

CELEDONIO NEGRILLO

YAMINA

NOVELA HISTÓRICA DE AVENTURAS
DE LOS SOLDADOS LEONESES
EN MARRUECOS



LEÓN

Imp. de la Diputación Provincial

1933

JT
WM

T. 1101504 C.

CELEDONIO NEGRILLO CORON

YAMINA

Novela histórica de aventuras de los soldados leoneses
en Marruecos



LEÓN
IMPRESA PROVINCIAL
1932



YAMINA

I

Fuenteclara.—La ronda de los mozos.—Un cura modelo.
Víctimas del caciquismo

En un delicioso valle cerrado por los ingentes picachos de la serranía de Riaño, oculto entre frondas de hayas y nogales, y arrullado por multitud de arroyuelos, que descolgándose de las alturas se precipitan de roca en roca formando bulliciosos torrentes hasta mezclar sus aguas con las del poético y caudaloso Esla, situó la fantasía del novelista un pueblecito de ensueño, al que llamaremos Fuenteclara.

Este pueblecito, para el que son las primeras caricias del sol naciente, podría por las riquezas minerales de su suelo y las bellezas de sus contornos, considerarse como elegido por la Naturaleza para exposición de sus más portentosos encantos.

En Fuenteclara, todos viven de su cotidiano trabajo, considerándose felices, porque ganan el pan sin vergonzosas claudicaciones, unos, en las minas de carbón, otros, en las faenas del campo, y algunos, dedicados al pastoreo. Son buenos creyentes, hasta el punto de que por nada dejarían de cumplir sus cristianos deberes.

Los días festivos, a la hora de la misa, concurre a la Iglesia todo el elemento joven, reuniéndose los hombres en el atrio para comentar los sucesos de la semana, hasta que el último toque les anuncia el momento de empezar el acto religioso.

Terminada la misa, salen de la Iglesia para situarse a los lados de la puerta y presenciar el desfile del bello sexo.

Ellas, muy honestas, muy limpias, exhalando aromas de agua fresca, reciben el homenaje de sus admiradores al tiempo que de reojo buscan al galán de sus ensueños, para enrojecer de pudor cuando tropiezan con su mirada, como si el amor fuera un pecado.

Allí, no se ven faldas cortas, escotes exagerados, melenas ni garsones; la mujer de Fuenteclara sabe, que sus mayores encantos y atractivos, son la honestidad y el pudor. Con esas virtudes, se considera superior a esa multitud de pizpiretas, que con sus impúdicas desnudeces y pintarrajeados rostros, pretenden torcer los designios de la Naturaleza.

Los domingos, después del Rosario, se organiza en el Campo de las Eras el baile de tamboril y el tradicional juego de bolos.

Los mozos, mientras unos bailan, los otros, formando grupo aparte, hacen gala de su destreza y fuerzas.

En mangas de camisa, dando al viento sus fornidos pechos, luchan por alcanzar el mayor

número de puntos en el lanzamiento del pesado proyectil.

El que está en turno, coge la bola con la diestra, avanza el pie izquierdo, la levanta hasta la altura de la vista ayudado con ambas manos, hasta que al fin la lanza con vigoroso impulso para hacerla caer entre los bolos, que ruedan derribados por la certeza del disparo.

Entre los espectadores, se encuentra siempre D. José, el simpático y bondadoso Cura Párroco, por quién todos en el pueblo sienten cariño y respeto. En sus mocedades, también jugaba a los bolos como el que más; pero como los años pesan ya mucho sobre sus hombros, tiene que conformarse con ser el árbitro de sus feligreses, a la par que vela por la pureza de sus buenas costumbres.

También después del Rosario, se reúnen en el atrio los niños de la escuela para ser conducidos sierra arriba por su culto Maestro D. Germán, que aprovecha el paseo campestre para dar a sus discípulos lecciones prácticas de Historia Natural y Botánica.



Son los primeros días de Abril. El Sol, que calienta las laderas de la sierra como en pleno estío, se refleja en las cristalinas aguas de los arroyos, que semejan corrientes argentíferas; las cigüeñas, situadas en lo más alto de la espadaña de la Iglesia, sostenidas sobre una pata y con la cabeza hacia atrás, agitan sus picos en monótono y ner-

vioso tableteo; los jilgueros, lanzan al viento sus trinos en amorosa competencia; los árboles, sintiendo circular bajo su corteza la cálida savia, hinchan sus yemas, preparándose a vestir las más preciadas galas; la Naturaleza toda, parece revivir a los primeros halagos de la Primavera.

Un grupo de mozos, recorre las calles del pueblo cantando al son de acordeones y panderos. De entre ellos, sobresale la voz potente y bien timbrada de uno que canta:

Asómate a la ventana
y alúmbrame con tus ojos,
niña de los labios rojos,
hermosísima serrana.

Alúmbrame con tus ojos
y déjame ver tu cara,
para ponerme de hinojos
ante el sol de Fuenteclara.

Son los reclutas del último reemplazo, que marchan a incorporarse a sus cuerpos. Rodeados de amigos, recorren las calles del pueblo dando serenata a las mozas, y recogiendo los obsequios de sus convecinos.

Al cruzar una calle, se encontraron con don José, el anciano sacerdote que en el pueblo simboliza la bondad, la caridad y la sabiduría.

Lleva más de cincuenta años rigiendo la parroquia, siendo tal la compenetración de ideas que existe entre él y sus feligreses, que no cambiaría su curato por una mitra, ni ellos permitirían que el buen pastor abandonara su rebaño.

— ¡Hola, muchachos! — exclamó D. José acercándose al grupo. — Mucho me complace veros tan alegres en vísperas de marcha.

— No hay motivos para estar tristes, Sr. Cura — replicó Paco Jiménez, que por su ilustración y natural gracejo, contaba con las simpatías de todo el pueblo. — A mí, por lo menos, me ha producido cierta satisfacción la bola que me saca de este oscuro rincón para llevarme al servicio. Voluntariamente, no me hubiera marchado; pero ahora que me ha correspondido ir por mi suerte, no cedería mi puesto, aunque me asegurasen una renta vitalicia.

— Tampoco a mí me importa ir al servicio — dijo otro del grupo.

— Ni a mí — fueron contestando todos uno a uno, haciendo alarde de despreocupación, por imitar la conducta de Paco, que entre ellos gozaba fama de templado.

— El ir al servicio en estos tiempos de ignorancia — continuó Paco — representa para todos un deber, y para muchos, un porvenir. Hay quién marcha sin saber leer ni escribir, más aún: sin saber expresarse, y cuando retorna al pueblo, parece cual si viniera de la universidad, más bien que de la milicia. Muchos, enamorados de la honrosa carrera de las armas, se quedan por allá luciendo vistosos uniformes, mientras los que regresan, suelen colocarse en destinos que les están reservados, en los que viven como verdaderos burgueses.

—Me emocionan tus palabras, hijo mío. El día que todos los reclutas vayan al servicio poseídos de tu moral y espíritu, España será grande. Ya sé que no te guía el interés de un destino ni el afán de ilustrarte. Tal vez, lo que te seduce, aparte de tu reconocido patriotismo, es el deseo de aventuras; salir de este tranquilo rincón de la montaña, para extender tu vista por más amplios horizontes; pero sea lo que fuere, estoy satisfecho de tí y de todos tus compañeros, porque veo que no habéis desaprovechado mis lecciones de ciudadanía. Marcháis contentos, porque os ha cabido el honor de vestir el honroso uniforme con que se distinguen los defensores de nuestra querida patria. Vais a cambiar la azada con que hasta ahora habéis removido la tierra, que con sudor y sangre fertilizaron vuestros mayores, por el fusil, que también ellos empuñaron para pasear triunfante nuestra gloriosa enseña por todos los ámbitos del mundo. ¡Acordáos siempre de que sois españoles nacidos en las tierras de Guzmán! Yo, confío en que si se os presenta ocasión, sabréis comportaros como dignos paisanos de aquel inmortal guerrero.

—Tiene usted razón, Sr. Cura—asintió uno del grupo.—Todo eso, está muy bien dicho. Yo, aunque sé poco de letra, he leído, que la patria se parece a una familia numerosa, en la que todos tienen el deber de trabajar por el bien común y velar por sus intereses.

—No es que se parezca, sino que todos los españoles constituímos una gran familia—intervino

un tercero. — Cuando la Guerra Europea, yo andaba de pueblo en pueblo comprando metal viejo, que vendía en muy buenas condiciones a los agentes franceses que venían a buscarlo, y en todas partes encontré los mismos nombres, los mismos apellidos, las mismas costumbres. A mí, que no me digan que el Pérez de Aragón, no descende del mismo tronco que el Pérez de Castilla, y que por las venas del Jiménez de la Mancha, no corre la misma sangre que por las del Jiménez de León. Por eso, no necesito que se me recuerden mis blasones de español para estimularme al cumplimiento del deber.

— Tampoco yo lo necesito; pero nunca estorba una buena recomendación — repuso Paco.

— A quien hacen falta esas patrióticas exhortaciones, es a Casianón, ese sinvergüenza, que valiéndose del cacique, ha empleado malas artes para librarse del servicio, empujando a Juan de rechazo.

— Pero Juan, alegará su condición de hijo de viuda — repuso D. José.

— ¡Alegar, alegar! Ya alegó a su debido tiempo; pero el padre de Casianón, de acuerdo con el cacique, ha hecho figurar con bienes de fortuna en el amillaramiento a la tía Cecilia, siendo esa la causa de que la Comisión Mixta no haya tenido en cuenta su condición de hijo de viuda. Esas infamias, no debían consentirse. Si yo me encontrara en el pellejo de Juan, dejaría inutil a Casianón para que se librara legalmente del servicio.

— ¡No, hijo, no! La venganza, es un gran pecado del que se vale el espíritu del mal para mantener a los hombres en abierta pugna. Debemos perdonar, siguiendo el ejemplo de Cristo con los que le crucificaron. El que perdona, revela un noble corazón y gana adeptos.

— ¡Muy bien dicho, señor Cura! Bastante fatigado se sentirá ese cobarde cuando empiece a remorderle la conciencia; pero tenga usted en cuenta, que si no se corrigen esas barrabasadas, hoy le toca a Juan, mañana a Pedro, pasado a Roque, y así, con nuestra incuria, ayudaremos al entronizamiento de la injusticia.

— El mejor remedio para cortar abusos, es, que todos en el pueblo se separen de esa política partidista, que enciende las pasiones y envenena la vida de los ciudadanos, y unidos en estrecho lazo, laboren por el bien de todos y cada uno. Yo, confío en que pronto ha de sonar la hora de la reflexión y de la justicia, ofreciendo nuevos cauces por los que ha de desarrollarse en franca renovación la vida ciudadana de nuestra querida España.

— Sonará, sí señor, sonará; pero será cuando yo marche a Marruecos, y después de haberme cubierto de gloria en cien combates, me asciendan a Cabo... a Sargento... a General, vuelva a España, subleve al pueblo y al Ejército contra los desaprensivos que la tienen convertida en coto de sus prebendas, y la Campana de Huesca sea una humilde esquila, comparada con la que he de hacer sonar a todo trapo. Después, asustado de sus pro-

pías palabras, dijo: «Perdóneme, D. José. Los vapores del vino, las desdichas de la patria y la satisfacción que siento por haberseme presentado ocasión de servirla, han excitado mis nervios, hasta el punto de convertirme en Angel Vengador, siendo esto causa de que no me haya expresado con todo el respeto que usted merece.»

Los mozos continuaron alegremente su ronda después de despedirse del anciano sacerdote, que marchó cabizbajo calle adelante, pensando cuánta razón tenía aquel muchacho.



II

Un hogar desgraciado.—Amores sublimes y amores financieros.—La ventana de Rosario.—Casianón a la vista

La fatalidad había golpeado con saña sobre el débil corazón de la tía Cecilia. En el breve transcurso de un año, la muerte había arrebatado traidoramente de su hogar, dos seres tan queridos como su bondadoso esposo y su hija Rosa, hermosa joven de diecisiete primaveras, en la que las bellezas morales corrían parejas con las perfecciones de su cuerpo; y cuando aún estaban sangrantes las heridas de su lacerado pecho, otra desgracia vino a producir nuevos degarros en las entrañas de aquella pobre víctima del dolor. Sin ninguna consideración ni miramiento a su pobreza y viudez, habían declarado soldado a su hijo Juan, único sostén que la quedaba en la tierra. Para nada le servirían ya, sin los brazos de su hijo, aquellas parcelas de terreno, de las que hasta entonces habían sacado para ir viviendo, ni la tiendecilla que su Pedro le había puesto, más bien para que la sirviera de distracción, que con ánimo de lucro, pues a penas producía para cubrir gastos. En lo sucesivo, se vería sola y amenazada constantemente por la miseria; pero más que sus propias penas, la atormentaban las que embargaban el ánimo de su hijo, por el dolor que le causaba dejarla en tan desesperada situación.

Madre e hijo, se esforzaban por aparecer tranquilos, sin poder evitar que a través de sus ojos, se decubriera la lucha que sus corazones estaban librando.

—¡Juan, hijo mío! —musitó la tía Cecilia con débil voz velada por la emoción.

—A lo lejos oigo los cánticos de una ronda, y hasta creo distinguir entre otras, la voz de tu amigo Paco. ¿Por qué no te unes a ellos y te diviertes ya que será la última noche que pases en el pueblo?

—Precisamente por ser la última, quiero aprovechar todos sus momentos para vivirlos al lado de usted, madre mía. Mis amigos tienen ganas de rondar, porque no dejan como yo, una madre en el mayor desamparo. Ellos, dejan sus hogares al amparo de la miseria, y si algo puede conturbar su alegría, es únicamente la ausencia de la familia. Si yo supiera que a usted no había de faltarle nada, ni alimento, ni asistencia, ni compañía, también estaría contento, y con ellos rondaría; pero es muy duro pensar que se marcha uno al servicio, y el día que menos lo espera, le avisan de que su madre ha muerto de hambre.

—¿Quién habla de hambre en esta casa?— preguntó una melodiosa voz de mujer, al tiempo que irrumpía en la estancia alegre como un pajarillo la muchacha más linda de Fuenteclara y sus contertulios. —¿Acaso crees que en el pueblo somos tan malos que podamos abandonar a tu madre? ¡No, Juan, no! Ve tranquilo a cumplir el deber que con

malas artes te han impuesto, porque a tu madre, no ha de faltarle nada.

—Tú, seguirás siendo siempre el paño de lágrimas de los que sufren, Rosario. Con las que tus manos han secado, podrían empedrarse las calles del pueblo, si se convirtieran en perlas; pero en esta ocasión, a pesar de la emoción que me produce tu oferta, no puedo aceptarla, porque no es una limosna lo que yo reclamo para mi madre, sino un acto de justicia por el que se remedie su situación, ya que la injusticia de arrancarme de su lado haya de consumarse. Yo, te quedo profundamente agradecido, y quisiera que se me presentara ocasión de demostrártelo; pero debes reconocer, que la dignidad me impide aceptar limosnas. ¡Cómo había de reirse el padre de Casianón! «Si Juan ha marchado al servicio en lugar de mi hijo, —diría— mis buenas pesetas me cuesta mantener a su madre». ¡No! ¡Eso, nunca, Rosario! La situación de mi madre no será tan desesperada, si ella consiente en vender las tierras; con su producto, puede ir sosteniéndose hasta que yo regrese.

Después, dijo a Rosario en voz muy baja para que no pudiera ser oído por su madre:

—Tú, que tanto predominio ejerces sobre ella, podías ayudarme a convencerla.

Como si Rosario no hubiera oído las últimas palabras de Juan, exclamó:

Comprendo tu delicadeza, al no aceptar la suscripción que en favor de tu madre se ha inicia-

do; pero dime: si la protección y ayuda viniera de un pariente cercano ¿la aceptarías?

—No tenemos ningún pariente del que podamos esperar nada—respondió Juan, sin haber comprendido el alcance de las palabras de Rosario.

—Le tienes, Juan. ¿De qué había de servir la amistad que desde antiguo une a nuestras familias? Tienes una hermana, porque desde ahora, me declaro hija adoptiva de tu madre. ¡Ya verás cuánto voy a quererla, yo, que siendo niña perdí la mía!

La emoción había anudado la garganta de Juan, que a duras penas podía contener las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. Al fin, serenándose un poco, se apoderó de las manos de la joven, que cubrió de besos exclamando:

¡Rosario, hermana mía! ¡Ahora si que marchó tranquilo y contento!

Los ecos de la ronda, resonaban cada vez más cercanos a la casa de la tía Cecilia, hasta que al fin, se detuvieron delante de la misma puerta.

Paco Jiménez, el amigo inseparable de Juan, llegó sin anunciarse hasta la habitación donde se encontraba éste reunido con su madre y Rosario. Entraba como siempre, dando voces; pero al ver a la moza, que en aquellos momentos estaba radiante de belleza, se llevó ambas manos a la cabeza, exclamando con gesto cómico:

—¡Jesús, Juanillo, que divinidad de mujer se te ha metido por las puertas de la casa! ¡Luego, dirás que no tienes suerte! Sería yo capaz de hacer

un viaje a pie y sin dinero a la Isla de Caramanchimau, con tal de que a mi regreso, me concedieran como premio cinco minutos de charla con este portento de belleza.

—Pues hijo, aunque no sé dónde está esa isla tan rara que acabas de nombrar—respondió Rosario con cierto rubor—te doy por hecho el viaje y te adjudico el premio; puedes desde ahora mismo ejercer el derecho que te concedo, con tal de que seas formal y suprimas tus eternas tonterías.

—Seré todo lo formal que me permita la alegría que en estos momentos invade todas las fibras de mi cuerpo; pero te suplico que no llames tonterías a esas expansiones que siente mi alma cuando vuela al encuentro de la tuya. Me has concedido cinco minutos de audiencia, acaso por caridad, o tal vez por acabar de una vez conmigo, a semejanza del potentado, cuando oyendo molesto e impaciente las cuitas del mendigo, le alarga los diez céntimos de la limosna sin mirarle a la cara; pero no importa. Yo, acepto la tuya y la recibo, con el mismo placer que el condenado a muerte escucha la conmutación de la pena. Esta noche, a la hora que tú acostumbras a salir a la reja, me tendrás allí para embelesarme durante cinco minutos con la contemplación de tu escultural figura; para adormecerme con el fluido de tus divinos ojos; para embriagarme con la música de tu dulce voz; para...

—¡Calla, Paco, calla por favor! Jamás con tan pocas palabras, volverá a salir de tu boca tan gran número de disparates. Te he concedido autoriza-

ción para que me digas aquí mismo lo que tengas que decirme; pero a mi reja, ya sabes que no puedes, que no debes acercarte—respondió Rosario con sobresalto.

—¡Quién me lo impedirá! ¿Casianón?—replicó Paco.

Después, marcando mucho la pronunciación de las palabras, dijo pausadamente:

—Esta noche, a las diez, estarás en la reja, o yo llegaré hasta tí aunque tenga que forzar todas las puertas de tu casa.

—¡Por Dios, Paco, no me comprometas! ¡Ten compasión de mí!

—¿La has tenido tú de mí? ¡A las diez, en la reja, Rosario! Es la última decisión que me dicta la desesperación, al saber que en breve serás la mujer de ese bestia de Casianón.

Después, se dirigió a su amigo diciendo:

—¡Juanillo! Es necesario que des en el pueblo la sensación de que no te arredra ir al servicio. Tu madre te dará permiso para que vengas de ronda con nosotros.

—Ve, hijo mío, ve y diviértete, ya que por ahora es la última vez que puedes hacerlo en el pueblo.

Salieron los dos amigos a la calle para reunirse con los demás mozos; pero antes de que se alejarán, se oyó a Paco cantar con voz sentida:

«¡Rosarito de mi alma!

Te quiero, como a una madre.

Te quiero, como si fueras

carne de mis propias carnes

Rosario, lloraba acongojada con la cabeza apoyada sobre el hombro de la tía Cecilia, que empezaba a ejercer sus funciones de madre adoptiva.

—No llores, hija, no llores. Paco, no se atreverá a hacer lo que ha dicho.

* —¡Poco le conoce usted, tía Cecilia! Si esta noche no saliera a la reja, sería capaz de entrar en mi casa, aunque fuera por la chimenea. ¡Y lo peor, es que si no cumpliera su amenaza, me ahogaría la pena! ¡Qué desgraciada soy, Dios mío!

—¡Por Dios, criatura! ¿Qué estás diciendo?

—¡Digo la verdad, tía Cecilia! Por obedecer a mi padre, me puse en relaciones con Casiano, creyendo que algún día podría interesarse por él mi corazón; pero el tiempo pasa, y a medida que ese hombre se me hace cada vez más antipático, la imagen de Paco se aferra a mi pensamiento con dominio.

—Eso, es una monstruosidad, Rosario. Tu debes desengañar a Casiano, y evitar ese proyectado enlace, que será la desdicha de ambos.

—¿Me cree usted capaz de engañar a nadie? Ese es mi cantar de todas las noches; pero él, me dice que no me preocupe, que lo del querer viene más tarde. El tiempo que paso a su lado a la reja, es para mí un tormento. Aún no he tenido ocasión de escuchar de sus labios una galantería, ni tan siquiera una palabra afectuosa. Toda su conversación gira alrededor de las tierras, las yuntas, las ovejas que tienen nuestros padres, y lo que reuniremos cuando les heredemos. Compare usted la

delicadeza, la educación, la gallardía de Paco, la vehemencia con que me expresa su exaltado amor, con el egoísmo y la majadería de ese animal a cuyo yugo quiere uncirme mi padre, y podrá darse cuenta de la magnitud de mi desgracia.

—Pues hija mía, no lo entiendo. Quieres a Paco, y le rechazas; te repugna el trato con Casiano, y te dispones a casarte con él. ¿Está esto claro? Lo natural, es, que estando enamorada de Paco, te casaras con él, a pesar de los deseos contrarios de tu padre, porque el matrimonio debe ser consecuencia lógica del amor.

A las diez en punto estaba Paco Jiménez en la reja de Rosario.

Sus amigos, habían ocupado las dos entradas de la calle para estorbar el paso de Casianón, que no tardó en presentarse.

—¿Quién tan mal te quiere que por aquí te envía?—le preguntó uno con sorna.

—Voy a cortejar a mi novia. ¿Qué se te ofrece?

—Se me ofrece decirte, que esta noche has llegado tarde, y otro ocupa tu puesto en la reja de Rosario.

—¡Eso es mentira!—replicó Casianón con rabia—. Vosotros os queréis burlar de mí.

—Si no estás ciego, puedes comprobarlo con solo adelantar unos pasos hasta el centro de la calle.

Avanzó Casianón, y cuando se cercioró de la verdad, quiso lanzarse a la carrera en dirección a

la ventana; pero los vigorosos brazos de los mozos, le sujetaron fuertemente. Sintióse impotente para luchar contra los humoristas que le cortaban el paso, empezó a gritar como un energúmeno:

— ¡Rosarioooo...! ¡Rosarioooo...! ¡Mañana se lo diré a tu padre!

Los mozos, refan a carcajadas la simpleza de Casianón. Uno de ellos, le dijo en tono zumbón:

— ¡Casianón! Tú, debías pedirle relaciones a la burra del tío Lucas, que está vacante, porque Rosario, no será para tí. «No se hizo la miel para la boca del asno». En cambio, ya verás que pareja tan feliz hace con Paco Jimenez.

— ¡Ah! ¿Es con Paco Jimenez con quien está hablando mi novia? Pues habeis de saber que no me importa, porque mañana se marcha al servicio y cuando regrese, me habré casado con ella.

— Pero es que Rosario no se casará contigo, porque no te quiere. ¿Sabes? A quién ella quiere, es a Paco.

— ¡No me importa! Me quiere su padre, y basta.

— ¡Casianón! ¡Hermosa cabeza tienes para ingresar en la cofradía de San Cornelio!

— ¿Eso qué es?

— Vete a que te lo explique el Duque de Veragua.

— Otro mozo, le dijo, poniéndole una mano sobre el hombro:

— No seas desatento, Casianón. Ahí tienes a Juan, que va a sustituirte en el servicio. ¿Porqué no le das las gracias?

— Sus buenos cuartos ha costado a mi padre que me den por inútil, y sus buenos cuartos ha dado ya para la suscripción de la tía Cecilia.

Juan, que hasta entonces había estado separado del grupo, se puso lívido; de un salto, se colocó frente a Casianón, y cogiéndole por las solapas de la chaqueta, le zarandeó con furor al tiempo que exclamaba:

— ¡Eres un canalla! ¡Mereces que te aplaste como a una vil cucaracha! ¡Díle a tu padre, que mi madre no come pan de ladrones!

— Al darse cuenta Casianón de que las cosas tomaban mal cariz, salió huyendo, perseguido por las cuchufletas de los mozos.



III

Cartas de aliento.—Hacia Marruecos.—De León a Vigo.—

Momentos evocadores

—«¡Madre mía!—escribía Juan desde el Regimiento.—Cierra tu corazón al dolor, y alégrate de que Dios te haya dado un hijo que poder ofrendar a la patria para vengar sus ultrajes. España entera vibra de indignación ante la barbarie de los rifeños, que desde Annual a Melilla, han empapado la tierra con la sangre de sus hijos. Mi batallón, ha recibido orden de estar preparado para embarcar al primer aviso. Paco, mi noble amigo, ha querido unir su suerte a la mía, presentándose voluntario. Al marchar, madre mía, solo siento la pena de que tú, en vez de alegrarte por la ocasión que se te presenta de poder rendir con tu hijo el tributo de tu sangre a España, te preocupes demasiado de su suerte. Envíame tu bendición, que será el salvoconducto para llegar al cielo, si Dios dispone que ofrende mi vida en los sagrados altares de la patria.»

Aquella carta, fué un cáliz de amargura para la tía Cecilia.

Su hijo amado, tan trabajador, tan bueno, tan querido de todos en el pueblo, aquel hijo de sus entrañas que era el único lazo que la unía a la Tierra, se le llevaban a la guerra.

Hasta entonces, había podido mitigar el dolor de la ausencia, gracias a los buenos oficios de la bondadosa Rosario, que desde la marcha de Juan, había desplegado todos los recursos de su alma generosa, para que en nada pudiera notar la falta de su hijo aquella madre desgraciada; pero en lo sucesivo, aunque su Juan la escribiera todos los días, viviría en constante sobresalto, porque la traidora bala de un rifeño, podría cortar su preciosa existencia en una décima de segundo.

Angustiada por el dolor la pobre madre, mostró la carta a Rosario, que después de leerla y esforzarse por aparecer tranquila, dijo:

—Del estado de ánimo de usted, pende el de su hijo en la guerra. Este muchacho patriota y pundonoroso, puede convertirse en el cobarde más despreciable, si alguna vez deja usted vislumbrar en sus cartas síntomas de sufrimiento.

—Te prometo, Rosario, que mi hijo no ha de impacientarse con mis cartas. Por la que voy a escribirle ahora mismo, puedes juzgar de mis palabras.

La tía Cecilia se retiró a un gabinete y escribió: «¡Juan, hijo mío! Grande es mi pena al saber que te ha correspondido ir a la guerra; pero me resigno, porque la patria necesita de sus hijos más esforzados para vengar la terrible ofensa recibida en los campos rifeños. Cumple siempre con tu deber y si alguna vez tu valor flaquea, piensa en que tu madre moriría de vergüenza si fueras tachado de cobarde. Junta con una medalla de la Virgen

del Carmen, que espero lleves siempre pendiente del pecho, te envío mi bendición. Si alguna vez te encuentras en trance apurado, la virgen te salvará si se lo pides con fe.»

Aquella carta, fortaleció el espíritu de Juan, harto deprimido por las circunstancias en que había dejado a su madre.

— ¡Mira, Paco, mira que cosas tan bellas sabe escribir mi madre! — decía Juan a su amigo enseñándole la carta. — Estas líneas trazadas por su vacilante mano, son prueba fehaciente de que por sus venas corre la hidalga sangre española en toda su pureza. ¡Fíjate bien en lo que dice aquí! «Tu madre se moriría de vergüenza si fueras tachado de cobarde» ¡Es todo un poema, digno de figurar en los anales de la Historia!

El monstruo de acero, haciendo crujir sus herrajes y arrojando densas nubes de humo por sus férreas fauces, se lanza veloz a través de los campos leoneses, arrastrando tras sí el pesado convoy de sangre joven y vigorosa, que la patria envía a Marruecos para que al ser derramada sobre su ingrato suelo, haga germinar en él semillas de paz y cultura.

Al llegar a la estación de Astorga, un gentío inmenso invadía los andenes, apesar de lo intempestivo de la hora.

— Hermosa perspectiva presenta esta ciudad. — indicó Juan a su amigo.

— Esta célebre ciudad querrás decir.

— Sí, ya lo sé. Célebre por sus mantecadas.

—No, Célebre, porque escribió una de las páginas más gloriosas de nuestra independencia. Nadie como estos nobles maragatos supo teñir de rubor los atezados rostros de los soldados de Napoleón.

Nuevamente se puso el tren en marcha, deslizándose majestuoso sobre los rieles, y lanzando contra el suelo vaporosas nubes a medida que se alejaba, aumentando progresivamente la velocidad.

Desde el interior de los coches, se veían desfilar girando en uniforme movimiento, pueblos, caseríos, campos incultos poblados por ovejas y pastores; campesinos que saludaban a las tropas agitando al aire sus sombreros.

Juan, que viajaba por primera vez en ferrocarril, se sentía admirado ante los paisajes que se sucedían a la vista como en cinta cinematográfica.

—¡Mira, Paco, mira cuánto carbón!—exclamaba con entusiasmo al descender por las vertientes del Puerto de Manzanal.—¡Igual que en nuestra tierra!

—Igual que en nuestra tierra, porque aún no hemos salido de ella. Estamos en el dintel de una zona de belleza paridisiaca, en la que la mineralogía, la fauna y la flora, están dignamente representadas. Vamos a entrar en el Bierzo, privilegiado rincón leonés, que goza de la vegetación de las costas cantábricas y del benigno clima de las regiones andaluzas.

Como serpiente en fuga, fué descendiendo el convoy por las accidentadas pendientes de La

Granja y Torre, hasta alcanzar el fondo del valle, dejando a su derecha la pintoresca villa de Bemibre. Más allá, se abre el Bierzo en anchurosa vega policromada por lujuriente vegetación, que alimentan las cristalinas aguas del poético Sil de auríferas arenas. A su izquierda, iban dejando las elevaciones de Sierra Cabrera, dominadas por el Teleno, coloso de aquellas cumbres bravías, que se eleva en protesta contra la incuria y abandono en que los gobernantes tienen sumido un país, que no obstante las riquezas naturales que encierra, ha merecido el calificativo de Hurdes Leonesas. A la derecha sobre una prominencia del terreno, una fortaleza de muros agrietados carcomidos por la acción implacable del destino, levanta el esqueleto de sus legendarios torreones en demanda de un vasallaje y poderío, que finó con los últimos caballeros del Temple; y a sus pies, Ponferrada, la industriosa y bella ciudad berciana, que descendiendo al llano, ha tendido sus tentáculos en todas direcciones para arrancar a la montaña sus minerales y a la vega sus frutos.

En esta ciudad, como en Astorga, recibieron nuestros soldados rendido homenaje de sus paisanos.

La población en masa se congregó en la estación para despedir a los aguerridos leoneses, que inflamados de patrio ardor, no llevaban a Marruecos otra ambición, que la de conquistar lauros para su bandera.

—¡Que admirable es nuestra tierra!—decía

Juan sin salir de su asombro.—Jamás creí poder hallarme en un país de tan sugestivo panorama como este en que nos hallamos.

—A decir verdad, en las profundidades de este valle se dieron cita la hidalguía y la riqueza; la virtud y la poesía. Con estos elementos, fueron tejiendo los bercianos un dosel, bajo el que mora el espíritu de sus mayores idealizando el ambiente. Esos fuertes torreones, que dominando la ciudad, el río y la llanura proclaman la grandeza y poderío de sus antiguos dueños los caballeros templarios, forman rudo contraste con el misticismo que fluctúa bajo la severidad de las bóvedas de los que fueron suntuosos cenobios perdidos en la inmensidad del bosque, y con la atrayente belleza de poéticos lagos y arroyos de cristal, que descendiendo de la montaña, fertilizan los campos antes de rendir al Sil el tributo de sus aguas.

Mas allá, fuera del alcance de nuestra vista, se encuentra la importante villa de Cacabelos, regada por el Cúa y rodeada de espléndidos viñedos, que constituyen su principal riqueza; y algunos kilómetros más abajo, en la confluencia del Burbia y el Valcarce, se alza la alegre ciudad de Villafranca, plantel de hidalgos y poetas, y el más rico florón del vergel berciano.

En este noble solar, vió la primera luz el inmortal soñador Enrique Gil y Carrasco, autor de «El Señor de Bembibre», obra de exquisita literatura, que en interesante trama, refleja la severidad de las costumbres en la época del feudalismo.

Continuó su marcha el convoy cruzando huertas y viñedos a la sazón, cargados de frutos, que con su aroma y policromía contribuían poderosamente a la exaltación de aquellas bellezas naturales.

A medida que el tren se aproximaba a Galicia, iba transformándose paulatinamente el panorama; las montañas que antes cerraban el horizonte en círculo, se aproximaban entre sí, hasta dejar reducido el valle a una estrecha garganta, por cuyo fondo discurrían en forzada competencia el ferrocarril, la carretera y el río.

Al llegar a Montefurado, llamó la atención de Juan el túnel por donde se precipitan las aguas del río Sil.

— Ese túnel, — explicaba Paco. — le abrieron los romanos para desviar la corriente del río, en busca del filón que proporcionaba el oro de sus arenas.

El terreno que cruzaban ahora, era un laberinto de estrecheces y elevadas cumbres pizarrosas pobladas de castaños, cuyas alturas fué escalando el monstruo de acero en pos de la anchurosa vega del Cabe, dominada por el soberbio castillo de los condes de Lemus.

Poco después de abandonar Monforte, la noche ocultó a la contemplación de los viajeros el hermoso espectáculo que ofrecen los campos gallego y portugués, separados por las plateadas aguas del caudaloso Miño, que sirven de frontera a las dos naciones hermanas.

Privados nuestros amigos de la luz del Sol, se

replegaron sobre los asientos del coche, ensimismándose en sus mútuas meditaciones.

Juan, con el fusil entre las piernas sujeto con ambas manos y la cabeza caída sobre el pecho, parecía dormir; sin embargo, su alma estaba muy despierta y a muchas leguas de distancia de aquel vagón de tercera en que le habían *encajonado*. Entre su madre y él, se había establecido una corriente telepática, cuyo fluído ponía en comunicación sus almas doloridas, mientras sus cuerpos permanecían insensibles a cuanto les rodeaba.

También Paco tenía su pensamiento fijo en aquella reja en que una noche, arrancó su secreto a la santa, a la mártir, a la bellísima e incomparable Rosario. ¡Que feliz se sentía ahora que sus almas se habían desposado a través de los hierros de su ventana! «¿Por qué no me expresaste de palabra lo que con tanta elocuencia me transmitían tus ojos? Yo te hubiera jurado amor eterno, y ante mi juramento, se hubieran estrellado las exigencias de mi padre; pero hoy, ya es tarde, porque aunque Casiano no sea dueño de mi corazón, le tengo prometida mi mano» — «Mas como esa mano no puede separarse del corazón, que es mío, — había respondido Paco, — tú no te casarás con Casianón».

Un soldado andaluz, que se había alistado en el batallón como voluntario, sacó a Paco de sus meditaciones, dándole con el codo al tiempo que le decía:

Despiértese osté, compare, que estamo yegan-

do a Vigo. ¿Osté no ha estao nunca en Vigo? ¿No? Pos no sabe osté lo que es cosa guena. ¡Mía que no habé visto Vigo, que e mas bonita que una seviyana en noche de boa...! ¡Y aluego presumía ayé de habé viajao! Sepa osté que Vigo tiene la mejó bahía der Mundo y que a los inglese le gusta una jartá.

El tren se había detenido. Los soldados descendieron de los vagones, y formados en columna tomaron el camino del muelle, donde les esperaba un barco listo para embarcar al primer aviso.



IV

De Vigo a Melilla.— Las mujeres gallegas.— Delirante despedida.— La noche en el mar.— Lugares de evocación.— El "Mare Nostrum".— Melilla a la vista

Vigo, la ciudad reina de la maravilla y el encanto, que custodiada por el adusto Castillo del Castro, moja coquetona sus plantas en las límpidas aguas de su grandiosa bahía, reservaba a nuestros expedicionarios momentos de emoción nunca sentida en el transcurso del viaje.

Desde las primeras horas de la mañana, empezaron a llegar al muelle donde se hallaba atracado el «Santofirme», barco de carga que había de conducir las tropas a Melilla, mujeres del pueblo, que con esa sensibilidad y fino instinto de la mujer gallega, veían en los soldados leoneses a sus propios feudos, que en aquellos momentos estarían embarcando en otros puertos con el mismo destino y los abrazaban con amor de madre, con pasión fraterna, con fe de enamoradas.

También aquellos mozos robustos, sintiendo sobre su pecho el latido amoroso de los corazones femeninos, veían ensancharse los límites de su aldea, hasta convertirse en fronteras de un pueblo que se apiñaba y unía sus fervores para redimirse de la tragedia de Annual.

Prontamente se formaron comisiones de mujeres, que postulando por las calles de la ciudad,

aprontaron metálico para donaciones a las tropas; otras, poseídas de entusiasmo, entregaban el importe de la pesca vendida, y muchas, subían sobre cubierta llevando sobre la cabeza sendas cestas de seleccionados pescados, que entregaban a los soldados, exclamando:

— Ahí tenedes, meus filliños, pra que non vos falte nada drant'o camiño.

A la caída de la tarde, libre de las amarras, empezó a moverse el «Santofirme» con majestuosa arrogancia en dirección a las islas Cies, como si conociera el valor de la carga que conducía sobre sus lomos.

¡Fué aquel un momento de delirante emoción! Una inmensa y abigarrada muchedumbre, llenaba los muelles agitando sus pañuelos en despedida; los balcones de la ciudad, habían sido engalanados con colgaduras; los barcos surtos en el puerto, estaban empavesados, y haciendo sonar sus sirenas, se disponían a dar escolta al «Santofirme»; los soldados, habían trepado hasta lo más alto de las escalas, y con la cabeza descubierta, recibían aturridos la amorosa ofrenda, que en desbordamiento de sus más delicados sentimientos, les tributaba el pueblo de Vigo.

Juan, se sentía anonadado ante la sublime explosión de las afecciones gallegas, tan en armonía con la mágica grandeza de aquella misteriosa bahía de ensueño, por cuyas tersas aguas cruzaban centenares de barquitos de vela, semejando bandadas de blancas gaviotas, atraídas por algún

banco de sardinas; minúsculos pueblecillos, se extendían a lo largo de la ribera, cual si hubieran descendido de las verdes montañas circundantes, para reflejar sus lindos contornos en el bruñido espejo de la líquida superficie.

Escurriéndose entre las islas Cies y la ribera, buscó el «Santofirme» salida al mar, dejando tras sí aquellos gratos lugares, que poco a poco fueron esfumándose con la distancia, como se esfuman los recuerdos en el cerebro humano con la lejanía del tiempo.

Por el Oeste, el astro rey, presentando su enorme disco rojo sin destellos, sin brillo, descendiendo poco a poco como engullido por la enorme boca del horizonte, se hundía en los abismos del océano, para cruzar al Este por la quilla del Mundo, jugando con nuestro planeta como los delfines con los grandes transatlánticos.

La noche oscura, serena, tachonada de rutilantes estrellas, que desprendiéndose de la bóveda celeste, se precipitaban sobre la líquida llanura, dejando tras sí la estela luminosa de su paso, embrujó al mar convirtiéndole en encantado lago de brillantes fosforescencias, sobre cuya superficie resbalaba el casco del «Santofirme», trenzando con su hélice una guirnalda de esmeraldinos joyeles.

De vez en cuando, un reflejo intermitente, indicaba el establecimiento de un faro en la costa cercana.

Una ciudad flotante, que pasó muy cerca del

«Santofirme», preguntó su nacionalidad y rumbo.

—Soldados españoles para Marruecos—respondió el Oficial de derrota.

—Aquí, soldados ingleses con destino a la India—informaron los del paquebot.

Volvió a brillar el Sol, reververando sobre las costas portuguesas, renaciendo la actividad sobre la cubierta del «Santofirme».

La suerte seguía protegiendo a los expedicionarios; el mar presentaba una superficie plana, sobre la que millares de gaviotas se zambullían en busca de la pitanza, o se mecían alegres dando graznidos de satisfacción.

Los delfines se entregaban a ejercicios acrobáticos alrededor del barco, siendo algunos alcanzados por las balas de los oficiales expedicionarios, que para librarse del tedio, se dedicaban a la caza.

Por la banda de babor, se descubría recortándose sobre los acantilados de la costa, la silueta del magnífico palacio de Cascaes, residencia veraniega de los que fueron reyes de Portugal; por la de estribor, unas islas, que son albergue de confinados, emergían del mar como enormes cabezotas de mónstruos marinos.

Aún navegaban nuestros soldados a lo largo de las costas lusitanas, cuando la luz cedió nuevamente su puesto a las tinieblas.

—Al abandonar la costa de Portugal—decía Paco a su amigo—cruzaremos frente a lugares que han marcado eras gloriosas de nuestra Historia. Palos de Moguer, Cádiz, Trafalgar... ¡Lástima que

la noche los oculte, y el Cabo de San Vicente nos desvíe de su emplazamiento!

Ya había transcurrido la media noche, cuando un reflejo luminoso llamó poderosamente la atención de nuestros amigos.

—Cádiz a babor. Dentro de cuatro horas pasaremos a la altura de Tánger, y poco después, entraremos en el Estrecho—se oyó decir a un marinero, que contestaba a las preguntas de un soldado.

—Jamás pude soñar—decía Paco a su amigo—que en una noche callada como ésta, desfilarían ante mi vista pueblos y lugares, que por sí solos forman grandioso monumento a la imperecedera raza de los íberos. Cádiz, cuna de las libertades patrias, y Tánger, moderna Venecia del pueblo musulmán, son dos hermanas gemelas, que tienden adelante sus brazos sin poderse estrechar, porque pueblos intrusos las separaron bruscamente para quebrantar la santa quietud del «Mare Nostrum», del que forman pórtico y diadema.

A medida que el barco avanzaba hacia la embocadura del Estrecho, el corazón de Paco latía con más violencia.

El faro de Trafalgar trajo a su memoria la gloriosa derrota que a nuestros barcos infligió la poderosa escuadra de Nelson.

Ahora, el mar convertido en caudaloso río de ingentes y enriscadas orillas, decora la escena conduciendo a los expedicionarios ante los muros de

Tarifa, (1) que para los leoneses encierran el simbolismo del valor y la lealtad.

Una laja pizarrosa que se desprende de la costa para convertirse en pequeña isla llamada de las Palomas, atalaya los peligros que pudieran amenazar a la ciudad, oculta tras el misterio de sus evocadores torreones.

Dominando las mágicas sombras de la noche, se dejó ver por los soldados leoneses tras la torre del homenaje, el espectro de Guzmán, arrojando al campo de la traición el puñal, que había de dar honra y prez a su apellido.

En la costa fronterera, asentada sobre las escarpas de los acantilados, levanta sus muros Alkázarseguir, rememorando las andanzas de nuestros vecinos los lusitanos; después, Punta Leona amenazando con sus pétreas garras a Punta Carnero; Yebel Marsa (2) mojando sus plantas en el mar y su cúspide en las nubes; luego, los pueblos del Campo de Gibraltar (3) desperezándose con sueño lento parpadeo, mientras por la banda de estribor una línea de fuertes, que cual chimeneas de fábrica se elevan sobre los conos montañosos de Anyera, actúan de valladar entre la civilización y la barbarie; y por último, Calpe (4) girando sus ojos de

(1) Las tarifeñas, siguen la costumbre de taparse el rostro como las moras.

(2) Monte de Marza.

(3) Yebel Tarik, o monte de Tarik; por corrupción Gibraltar.

(4) Gibraltar.

perfidia para iluminar las montañas marroquíes, mientras Avila (1) escudriña la figura del Hombre Muerto (2) sobre la cúspide del enorme monolito que Hércules hizo emerger del mar, y atisba con mirar receloso el Campo de Gibraltar y las estribaciones de Sierra Carbonera.

Después, los límites del mar quedaron marcados por una línea de brumas a babor, y las abruptas montañas de Gomara a estribor; luego, cielo y agua, hasta descubrir los espolones del Cabo Tres Forcas, y al doblarlos, la ciudad de Melilla, donde al desembarcar, tropezaron los expedicionarios con queridos compañeros que se les habían anticipado.



(1) Ceuta, que con Gibraltar, forma las columnas de Hércules.

(2) La cúspide del Peñón de Gibraltar, se llama así, porque semeja el cadáver de un hombre tendido sobre un catafalco.

V

La plaza de Melilla.—Horas de angustia.—Actividad de las tropas.—La caída de los últimos puestos.—Rumores alarmantes.

En aquellos tiempos en que los piratas berberiscos asolaban con sus incursiones las costas mediterráneas de España, hubo necesidad de ocupar algunos puntos extratécnicos en las costas argelinas y marroquies, que pudieran servir de base para darles la batalla en sus propias guaridas.

El año de 1494, salió de Cádiz una expedición mandada por Pedro Estopiñán, que a expensas de D. Juan Clarós de Guzmán, Duque de Medinasidonia, ocupó un pequeño poblado situado sobre un elevado peñón al Este de Tres Forcas y próximo a Mar Chica, conocido entre los moros con el nombre de Melilla.

Sería prolijo enumerar la serie de asedios, asaltos y vicisitudes porque ha pasado aquel peñón desde su ocupación, hasta el año 1909, en que descendiendo la población al llano, se extendió a derecha e izquierda de las márgenes de Río de Oro, creciendo rápidamente para convertirse poco después en una de las más populosas ciudades de las costas marroquies.

Cuando los soldados leoneses desembarcaron, la población civil vivía horas de angustia. Temerosa de un inminente ataque, abandonaba durante

la noche sus hogares para buscar seguro refugio bajo los túneles de la ciudad, cuyo recinto se consideraba seguro contra los ataques de la morisma.

Todas las tropas estaban en el campo, sufriendo en Monte-Arruit el asedio de los rifeños las que no habían sido deshechas.

Los poblados de Zeluán, Segangan y Nador habían sido evacuados por la población civil, no contándose entre los moros con más amigos que Abd-el-Kader, Kaid de Benisicar, de quien por otro lado se dudaba que pudiera contener a su gente.

Fuerzas del Tercio, desembarcadas horas antes, habían sido enviadas a ocupar algunas de las primitivas posiciones, situadas en las inmediaciones de la plaza.

Se trabajaba con ardor en la construcción de una trinchera, que rodeando la población la libra de posibles sorpresas.

Las tropas no se daban momento de reposo. Al romper el día, empezaba el desfile de convoyes para abastecer las posiciones avanzadas, que después de doce años de lucha, volvían a ser las mismas que al empezar la ocupación del territorio; pasando a su regreso a ocupar en la trinchera el sector que se les hubiere asignado, donde permanecían ojo avizor la mayor parte de la noche.

Toda la población, especialmente los barrios extremos, se hallaba convertida en enorme campamento, cuyos elementos aumentaban de día en día, sin que nadie se explicara la causa de que tan nu-

meros contingentes permanecieran a la defensiva, sin acudir al socorro de las posiciones sitiadas, dejando en cambio a los moros la iniciativa del ataque.

Los expedicionarios leoneses habían establecido su campamento en la calle del Siete de Julio del Barrio Real, donde supieron granjearse las simpatías de todo el vecindario. Gracias a ellos, había renacido la calma y cesado el éxodo porque venían atravesando aquellas buenas gentes.

—Dormid tranquilos, porque mientras estamos aquí nosotros, no entrarán—habían prometido nuestros soldados; y aunque los edificios aparecían acribillados a balazos por los nocturnos tiroteos, no entraron. Para evitarlo, todas las noches desplegaban en guerrilla dos compañías a lo largo de la trinchera, se situaba otra en sostén algunos metros detrás, quedando de reserva la cuarta en el cauce de Mezquita.

Las noticias que llegaban del campo eran alarmantes en sumo grado. La columna del general Navarro, refugiada en Monte-Arruit, había perdido la artillería y se hallaba en situación desesperada. Sin víveres, sin agua, con muchos muertos, que había de enterrar dentro de la posición, con numerosos heridos y enfermos que morían por falta de asistencia, llevaba muchos días aguantando el cerco cada vez más apretado de los moros, esperando el prometido socorro que no había de llegar nunca.

Desde los aeroplanos se les arrojaban cartu-

chos, que se abollaban al chocar contra el suelo, y sacos de hielo, que generalmente caían fuera de la posición, costando muchas vidas alcanzarlos.

En esta gravísima situación se encontraban, esperando en cada momento ver asomar por la parte de Zeluán el ansiado socorro, cuando de la conferencia de generales celebrada en la Comandancia general de Melilla, salió el acuerdo de abandonarlos a sus propios recursos, aunque autorizándoles para que pudieran pactar con el enemigo.

Agotados todos los medios de defensa, viendo cómo los moros diezmaban sus tropas en las indispensables aguadas, y queriendo dar fin a tan cruenta lucha, que a nada conducía ya que de seguir resistiendo habían de sucumbir irremisiblemente, reunió el general Navarro a los jefes y oficiales en consejo de guerra para acordar las bases de la rendición.

Izada bandera de parlamento, se pusieron al habla con los jefes de kábila, y tras de reñida discusión, en la que aquellos salvajes llevaron al ánimo de nuestros hermanos el convencimiento de que obraban con lealtad, se convino en que serían entregadas las armas, y escoltadas las tropas hasta un lugar desde donde pudieran llegar sin dificultad a Melilla.

El primero en salir acompañado del prestigioso Kaid amigo de España (?) Ben-Chel-lal, fué el General, seguido de un grupo de oficiales, a los que rodearon los jefes de kábilas, conduciéndolos

a la estación; detrás seguían los heridos y enfermos transportados en camillas y, por último, el resto de la tropa formados en pelotón, después, de haber dejado sus armas arrimadas al parapeto, según estaba convenido.

Ya bajaban los nuestros a media ladera, cuando la morisma, con instinto de tigre hambriento, se lanzó sobre ellos disparando sus fusiles a mansalva sobre la masa humana, que caía abatida en confuso montón.

Muchos volvieron atrás para tomar sus armas; pero ya los moros se habían apoderado de ellas, siendo recibidos a tiros; entonces vino la dispersión de los pocos soldados que quedaron con vida, comenzando una cacería horripilante por aquellas fieras sedientas de venganza.

¡Borremos de nuestra memoria el recuerdo de la horrenda tragedia en que la traición y ferocidad, de los rifeños hicieron correr arroyos de sangre por las peladas laderas del fatídico monte!

Por Zeluán, se tuvo conocimiento en Melilla de la rendición de Monte-Arruit; después, fué Nador quien comunicó que Zeluán no contestaba a las llamadas del heliógrafo y, por último, llegó la rendición de este poblado, tras la homérica resistencia sostenida en la fábrica de harinas, con lo que todo el campo quedó en poder de los rebeldes.

¿Por qué—preguntarán los profanos—no se pasó por la Restinga y avanzando por las llanuras de Arkemán y pozos de Aograz no se llegó a

Zeluán, que pudo ser base de socorro a Monte-Arruit? ¿Por qué no se evacuó la guarnición de Nador por Mar Chica bien por sorpresa o con el auxilio de la Escuadra? ¿No se abrió la Bocana con fines militares?

Secretos del mando son estos en los que los militares disciplinados no pueden bucear.

Desaparecidos en el campo los últimos núcleos de resistencia, quedaba el General en Jefe libre de aquellas preocupaciones, pudiendo dedicarse con más calma a la preparación de sus planes.

Circulaba por la plaza el rumor de que los moros estaban colocando cañones en el Gurugú. ¡Fantasías de las gentes! ¿Cómo habían de subir cañones al Gurugú sin disponer de carreteras ni caminos transitables? El ganado era imposible que pudiera subir por aquellas rápidas vertientes erizadas de peñascos, no ya arrastrando cañones, ni aun sin carga; además, en nuestras abandonadas posiciones de Basbel y Jardú, no se había observado aun la presencia del enemigo.

Después de la rendición de Nador, empezaron a ser hostilizados los convoyes al Atalayón; más tarde, también lo fueron las posiciones de las faldas del Gurugú, y, por último, lo fué también el Zoko el Had, a pesar de nuestra amistad con los de Benisicar.

Un día salió del pico de Jardú un reflejo luminoso seguido de una detonación a la que nadie dió importancia, creyendo que se trataba del cañonazo que en las plazas africanas se acostumbra a dispa-

rar para anunciar el medio día; pero otra detonación y después varias, hicieron volver los ojos a los confiados melillenses en dirección al Gurugú, viendo con asombro convertido en realidad, aquello que días antes se consideraba un imposible.

Una granada cayó en la cuna de un niño; más la Providencia, que vela siempre por la inocencia, la enterró suavemente entre las ropas de la cama, sin dejarla explotar.

Juan, que con frecuencia recibía cartas alentadoras de su madre, se mostraba de buen humor y sobrellevaba los sacrificios que imponía la campaña sin dar muestras de fatiga. Siempre que se necesitaban voluntarios para prestar algún servicio extraordinario, se presentaba él llevando a remolque a su inseparable amigo.

Los oficiales, en atención a su situación y conducta, habían tratado varias veces de colocarle en un destino que le alejara hasta cierto punto de los peligros de la guerra; no aceptando él, porque como decía muy bien, donde está el peligro está la gloria.

Al regresar una noche de conducir un convoy, dijo a su amigo, que había quedado de servicio en el campamento:

— ¡Vengo indignado! Cada vez entiendo menos lo que está ocurriendo en esta campaña. Cuando esta mañana nos dirigíamos al Zoko el Had, un grupo de moros dispersos a lo largo de la carretera, pregonaba cínicamente con sonrisa burlona:

«¡Tabaco de Nador! ¿Querer tabaco barato? ¡De Nador, paisa, de Nador!» Parecía que tuvieran empeño en demostrar que la mercancía que ofrecían a mitad de precio, era el producto de los crímenes cometidos en aquel poblado. Lo más irritante era presenciar el regocijo conque algunos soldados lo adquirían, sin que los oficiales intervinieran, si no para detener a los moros que quizá estarían autorizados, para advertir a la tropa la procedencia del tabaco y evitar su venta.

—Querido amigo—replicó Paco.—Todos sabemos, que al aduar de Mezquita, habitado por el «Gato» concurren algunos cantineros, para comprar tabaco procedente del saqueo de Nador. Pensando mal, habría que suponer que la casa del «Gato» es un centro de espionaje a favor de los moros; pero a nosotros nos está vedado opinar, porque individualmente, somos la más insignificante rueda del engranaje que constituye esa gran máquina llamada Ejército. Nuestra misión es girar al rededor de nuestro eje, sin ocuparnos de los demás elementos que la integran, porque a pesar de nuestra insignificancia, cualquier desviación que ejecutemos puede entorpecer la buena marcha del conjunto. Esos moros a quienes te refieres, deben ser amigos nuestros, por cuanto se les permite transitar entre las tropas con entera libertad.

—Con entera libertad transitan también entre los rebeldes, sirviéndoles de intermediarios en la venta de lo robado a nuestros compatriotas, al tiempo que les servirán también de espías.

VI

El despertar de un pueblo.—Convoyes y escaramuzas.—
Los soldados del 36.—Compañerismo.—Tizza y Casabo-
na.—Espionaje

La magnitud del desastre y la ferocidad desplegada por los moros contra los vencidos, despertaron el alma nacional, tan al margen hasta entonces de los asuntos de Marruecos.

Como la voz de un solo hombre, se alzó la del pueblo español en protesta contra los causantes de la terrible hecatombe, exigiendo responsabilidades a la vez que reclamaba rápido y cumplido desquite, para lo cual, adoptando todas las provincias un gesto de suprema gallardía, pusieron a disposición del Ejército de operaciones cuantos elementos consideraron necesarios para emprender una ofensiva de castigo.

¡Lástima que estos nobles anhelos no fueran debidamente encauzados!

Diariamente llegaban a Melilla tanques para agua, camiones, coches, impermeables, mantas, colchonetas, abrigo, que enviados directamente a los batallones sin orden ni concierto, aumentaban la impedimenta produciendo trastornos, más bien que los positivos beneficios que hubieran sido de esperar, de haber intervenido el Estado Mayor en la organización y unificación de los envíos, para

distribuirlos con arreglo a las necesidades del Ejército en general.

La plaza continuaba abarrotada de soldados, y aún seguían llegando batallones de la Península, sin que nadie pudiera adivinar el número de tropas que el mando consideraba necesarias para romper el cerco establecido por los moros, ni cuando sonaría la hora del avance.

Los convoyes al Atalayón, eran hostilizados durante todo el trayecto con fuego de cañón y fusilería desde las alturas y estribaciones del Gurugú, apesar de los blocaos establecidos para protección de la carretera, y no obstante ser conducidos por la playa de Mar Chica.

El espíritu de los soldados leoneses era excelente, y el de los oficiales magnífico. En cuantas ocasiones se les habían presentado, supieron unos y otros colocar a respetable altura el nombre del Regimiento de Burgos. Bien es verdad que con oficiales como los del expedicionario, nuestros soldados hubieran sido capaces de marchar a la conquista del Vellochino de Oro.

Una prueba de este elevado espíritu, la dieron los tenientes Herrero y Carracedo la noche que los moros destruyeron el blocao de Mezquita, que situado al borde de un barranco, flanqueaba la posición de Taguil Mamín.

Serían las once de la noche, cuando las descargas del blocao y las bombas de mano que sobre su débil techumbre arrojaba el enemigo, sembraron la alarma en nuestro campo.

Dominando el estrépito de los infernales artefactos de destrucción, hería la quietud de la ciudad como penetrante estilete, el grito de guerra de las mujeres, excitando a la horda salvaje para que no desmayara en el asalto.

En Melilla, donde Herrero y Carracedo prestaban servicio de vigilancia, se creyó desde los primeros momentos, que en el barrio del Real se estaba librando un encarnizado combate; y como allí se hallaba atrincherado el batallón de estos oficiales, acudieron veloces a ocupar su puesto en la trinchera.

Todos los compañeros les felicitaron al verles llegar jadeantes a compartir con ellos las horas de incertidumbre y peligro.

Poco después, llegaban también las fuerzas de choque de la columna del General Sanjurjo, atraídas por la violencia del combate.

A las dos de la madrugada, empezó a decrecer la intensidad del fuego, hasta que el blocao de Mezquita quedó en completo silencio. Al estampido de las granadas, sustituía ahora el canto gutural de las moras; canto que para los nuestros era lúgubre siseo de lechuza, mientras acariciaba los oídos rifeños con la suave melodía de la victoria.

Como epílogo de esta noche dantesca en que risas y quejumbres se fundieron en la horrible mueca de la muerte, sobrevino la prisión y suicidio del Alferez que mandaba el puesto.

También los dos entusiastas oficiales de vigilancia, tuvieron que sentir no haber sabido reprimi-

mir sus bélicos instintos: en vez de la citación en la orden general de la plaza, que sus compañeros esperaban, pasaron a estudiar un curso de fortificación al fuerte de Cabrerizas Bajas.

Una de las virtudes mas cultivadas por los oficiales del expedicionario de Burgos, era la del compañerismo. Hombres que vivían bajo la misma tela de la tienda de campaña, que habían prestado el mismo juramento y unían sus esfuerzos a la hora del sacrificio bajo los pliegues de la misma bandera, no admitían entre sí rencores ni rencillas, dando al traste con cualquier aspereza que pudiera ser causa de tibieza en el mutuo aprecio.

En las pocas horas que el oficio de soldado les dejaba libres, se reunían en cualquier tienda de campaña, donde salían a relucir las andanzas de cada uno, sobre todo, si pertenecían al género frívolo.

Cuando no había tela que cortar, se acumulaban cargos contra uno cualquiera, que a su vez, se defendía heroicamente de las falsas acusaciones.

A cada cual, se le había reconocido una manía:

A Madroñero, se le acusaba de ser el tormento de los maridos confiados, aunque su especialidad, al decir de Carracedo, eran las viudas, sin que por eso se hubiera mostrado nunca desdeñoso con ciertas solteras, que creyéndole libre de compromisos amorosos, le hacían la rosca con andaluz inocencia.

Lozano, tenía varios proyectos para terminar

la campaña, y aseguraba que por un procedimiento telepático de su invención, había logrado descubrir los planes de Abd-el-Krin.

Romero, invocaba a los espíritus para que le informaran respecto al fin de la campaña.

Por aquel entonces, Abd-el-Kader empleaba todos sus esfuerzos en contener a su gente, que influenciada por los propagandistas rebeldes, se mostraba inquieta y propicia a levantarse en armas contra los españoles.

Después de laboriosas gestiones, se convino en que permanecerían neutrales, para lo cual, habían de ser eficazmente protegidos contra los rifeños por una serie de blocaos, entre los que figuraban Casabona, Tizza y Sidi Amarán.

Pocos días después de construídos los blocaos que los de Benisicar habían solicitado para su defensa, se pasaron algunas de sus fracciones al enemigo, dando lugar con su conducta desleal, al desarrollo de una serie de encarnizados combates.

Una mañana en que aun no se habían desvanecido las sombras de la noche, se organizó una fuerte columna en las inmediaciones del barrio del Príncipe, y por la carretera de Hidun, escaló las alturas de Tres Forcas.

Delante, marchaban los esforzados soldados del Tercio, que por haber cometido alguna falta, habían de dar cara al enemigo, sin otra defensa que la pala o el pico con que habían de abrir trincheras a las guerrillas en el curso del combate; detrás, sus compañeros de cuerpo, despechugados

y con las mangas de la camisa regazadas hasta los hombros; luego, infantería, artillería, intendencia y sanidad, con todo el fúnebre cortejo de coches Loner, ambulancias-autómóviles, artolas y camillas para recoger los humanos despojos que indefectiblemente habían de producirse durante la lucha.

La kábila de Beni-Bugafar, situada en una depresión del terreno a lo largo de la playa, fué sorprendida en pleno reposo. Atacada por retaguardia y con los flancos cortados por las tropas españolas y por el mar, no les quedaba más recurso que entregarse, o lanzarse a una lucha desesperada, lucha sin otra esperanza que la de morir matando.

Desde las alturas veían nuestros soldados como avanzaban las guerrillas del Tercio, sin encontrar ninguna resistencia. Sin duda los hombres habían abandonado la kábila para unirse a la harka rifeña. En cambio, observaban con pena el terror sembrado entre las mujeres a los primeros disparos. Las infelices, salían de sus casas, muchas de ellas en paños menores, para ocultarse en la espesura de las punzantes chumberas.

Como bandada de palomas dispersas por la presencia del milano, se las veía correr de un lado a otro sin rumbo fijo, hasta que caían en poder de los legionarios, o encontraban un refugio que les permitiera pasar desapercibidas.

Mucho debió irritar a los moros esta sorpresa,

por cuanto todo el día estuvieron hostilizando a nuestras tropas con tesón inusitado.

Hubo un momento en que ejercieron tal presión sobre una de las guerrillas, que el mando creyó conveniente reforzarla con las ametralladoras de Burgos.

Madroñero, que estaba pesaroso por no haber encontrado aún ocasión de distinguirse, recibió la orden con señaladas muestras de alegría.

A la cabeza de su gente y bajo el fuego enemigo, llegó hasta la guerrilla, emplazó las máquinas, dió la voz de fuego, y... nada, ni un tiro. Parecía como si las ametralladoras Coll hubieran sido adquiridas para desfiles y maniobras en tiempo de paz.

Madroñero, muy tranquilo, con la flemma que es necesaria cuando se está recibiendo el fuego enemigo sin poderlo contestar, ordenó la retirada hasta el abrigo donde había dejado el ganado, y después de cargadas las máquinas, regresó al punto de partida.

Algunos días después, se quedaba el batallón sin ametralladoras, por haberle sido recogidas para cambiarlas por otras que ofrecieran garantías de funcionamiento.

Con ser mucho lo que los soldados leoneses se habían distinguido en la conducción de convoyes, nunca rayaron a tan elevada altura como en el combate librado el día 8 de Septiembre de 1921, con motivo del convoy a Casabona.

Serían las siete de la mañana, cuando saliendo

de Melilla, se dirigían al Zoko el Had contentos y animosos, como si en lugar de ir a jugarse la vida en encarnizada lucha, fueran a la pintoresca romería de la Virgen del Camino.

Desde que dieron cima a la meseta del Zoko, empezaron a ser hostilizados por el enemigo, que desde las alturas de Frajana, tenía enfilados todos los puntos vulnerables de la carretera.

Al llegar a la posición, hubo de acogerse el batallón al amparo del parapeto Norte por la parte exterior, en tanto que la artillería desalojaba al enemigo, que por su proximidad, no permitía a la infantería desplegar en guerrilla.

A las ocho de la mañana, empezó la dislocación de fuerzas. La primera compañía, al mando del teniente Saavedra, marchó a relevar a una mía de Regulares de Ceuta, que acababa de ser materialmente deshecha; la segunda, a las órdenes del teniente Tejeiro, se separó para conducir un convoy al blocao de la Corona; la tercera, mandada por otro oficial, fué destinada a proteger las ametralladoras del Tercio; la cuarta, a las órdenes del capitán Herranz, había quedado antes de llegar al Zoko, en observación del enemigo; y las ametralladoras, al mando de Madroñero, pasaron al interior del Zoko, donde también se hallaba desde la llegada el Comandante Morales, Jefe del Batallón.

La jornada, fué dura. El enemigo, fuertemente atrincherado, no cedía el terreno, sino a cambio de causarnos sensibles bajas.

El teniente Saavedra, dando a su tropa elevado ejemplo de sacrificio, marchaba estóico a ocupar el puesto que se le había señalado, sin preocuparse de que el enemigo, por haberle reconocido como Jefe, concentraba sobre él todos sus esfuerzos.

Antes de haber logrado emplazar la guerrilla, cayó herido de un balazo, siendo sustituido por el alferez Santiago, que resultó el héroe de la jornada, mereciendo su actuación calurosas felicitaciones.

También la tercera compañía se distinguió notablemente, teniendo a raya todo el día al enemigo, que no pudo lograr sus objetivos.

El alferez González, estuvo a punto de ser herido por uno de esos proyectiles, que al enterrarse a sus piés, le envolvió en una nube de polvo.

Las compañías que no pudieron tomar parte activa en esta operación, se mostraban pesarosas de haberse hallado ausentes de sus compañeros en los trágicos momentos del combate.

Uno de los que más se lamentaron, fué el Comandante Morales, por no poder visitar las fuerzas de su mando durante todo el día, a causa de la intensidad de fuego en la zona que había de atravesar para llegar a ellas.

No obstante el aislamiento en que operaron las compañías de Burgos, fué tal el espíritu de las tropas y se distinguieron en tan alto grado, que formadas las fuerzas de la columna en Rostrogordo, se hizo desfilar en cabeza al expedicionario,

después de una alocución del General, en que las presentaba como modelo de tropas aguerridas.

Nueve muertos y doce heridos, fué el precio de los laureles que los soldados leoneses conquistaron en Casabona para la bandera del Regimiento.

La ignorancia en que los españoles han vivido hasta ahora respecto a Marruecos, ha sido causa de que una gran mayoría pensara ingénuamente, que los moros son unos bobalicones, que creen que España recoge la luz del Sol durante el día para iluminar de noche sus campos; que los aeroplanos son pájaros tontos, y que en la presente campaña, para darles sensación de un poder de que carecía, embarcaba los batallones durante la noche para volver a desembarcarlos por la mañana.

Los moros son excelentes guerreros, que conocen perfectamente el arte de la guerra, y saben asimilarse perfectamente sus doctrinas. Si Abd-el-Krin no hizo uso de los aeroplanos, fué porque no encontró quién quisiera vendérselos; no porque le faltara quién supiera conducirlos; y respecto al conocimiento del número y empleo de nuestras fuerzas, tenía tan perfecto servicio de espionaje, que sus kaidés conocían el número de fuerzas desembarcadas, su calidad, destacamentos que ocupaban y operaciones en proyecto. Para ello, contaba con las indiscreciones de los oficiales en el hotel, la locuacidad de la dama en la tienda del judío, la verbosidad del asistente en los corrillos,

la confianza del cantinero, la confianza en el moro amigo, y otra serie de circunstancias que para ellos no pasan desapercibidas.

Un día fué linchado en el Barrio del Real un espía, que había, bajado de Jardú para rectificar el tiro de la pieza de artillería que allí tenían emplazada.

Trataban los moros de volar el polvorín del Hipódromo; más como la humedad de aquellos lugares evitaba a la caída del proyectil las columnas de polvo que les hubieran servido de referencia, enviaron a un hermano del «Gato», que vestido a la americana con traje claro y sombrero de jipijapa, se aproximó a unos niños que jugaban para preguntarles:

—¿Tiran muchos cañonazos desde el Gurugú?

—Si, señor, muchos—respondieron.

—¿Hacia dónde suelen caer los proyectiles?

—En las calles del barrio y en las casas.

—¿No caen también hacia allí—dijo señalando el polvorín.

Un niño, a quién el espía se hizo sospechoso, corrió a contar a su madre la conversación que había escuchado.

Era la madre una mujer, que había perdido un hijo en el desastre, y sintiendo en aquellos momentos anhelos de venganza, se reunió con otras vecinas, yendo con ellas en busca del espía.

La actitud del vecindario debió intimidar al moro, que procurando pasar desapercibido, se

refugió en una casa propiedad de su hermano, alquilada a un matrimonio cristiano.

—Escóndeme, que me persiguen—dijo a la inquilina.

—No, no te escondo. Vete—respondió.

—¡Mira, que van a matarme!

—Alguna vez había de llegar la hora de que pagaras tus crímenes.

—Cuando mi hermano sepa que no me has prestado hospitalidad, te echará de la casa.

—A tu hermano llegarán a conocerle, y llevará como tú su merecido. ¡Vete! ¡Vete inmediatamente si no quieres que grite, canalla! ¡Así pagáis las riquezas que habéis acumulado con la protección de España!

—¡Calla, que me pierdes!—rugió el hermano de «Gato» intentando tapanla la boca.

Entonces, se entabló una lucha desesperada entre la mujer y el espía. Ella era valerosa, y se defendía heroicamente de él, que trataba de arrastrarla a las habitaciones interiores.

El miedo, la consciencia de una muerte próxima si llegaba a ser descubierto y la hostilidad de aquella mujer en la que vanamente había confiado, restaban fuerzas al moro, que al sentir el vocerío de la gente que le buscaba, dejó de defenderse, implorando nuevamente protección en actitud patética.

Un empujón de la varonil hembra, le lanzó hasta el centro de la calle, donde cayó sobre él una turba de mujeres y chiquillos, que como en-

jambre de furiosas abejas, cayeron sobre él ofreciendo el repugnante espectáculo del linchamiento, insólito en los anales de las costumbres españolas.

Por esta vez, los rebeldes del Gurugú, no pudieron rectificar el tiro sobre el polvorín del Hipódromo.



VII

El avance.—Castigo del cielo.—Pedro "El Botero".—Un crucificado.—Paz a los muertos.—Del Batel al Río Igán

Por fin, llegó la hora del ansiado avance.

Los moros, que tenían como cosa cierta que la retirada de las tropas españolas obedecía al propósito de abandonar Marruecos, al divisar las columnas de avance desde sus puestos de observación, creyeron que se trataba de uno de tantos convoyes al Atalayón, y solo enviaron pequeños destacamentos para que obstaculizaran el paso de las fuerzas; por eso, cuando las vieron rebasar la tercera caseta del ferrocarril y tomar posiciones frente al poblado de Nador, se lanzaron con rabia a su encuentro para retrasar la ocupación y dar tiempo a sus familias para que se pusieran en salvo, ya que la sorpresa abría a los españoles amplios horizontes en el camino de las represalias.

Guiadas las tropas españolas por expertos generales y poseídas de excelente espíritu, marchaban a ocupar los objetivos que de antemano les habían sido señalados, con la misma precisión y exactitud que si se hallaran evolucionando en un campo de maniobras.

Los moros se batían con rabia, defendiendo el terreno palmo a palmo, hasta que una bala les hacía rodar sin vida, o un ataque a la bayoneta les

llenaba de pavor, obligándoles a dar la espalda en franca huida.

Donde con más tesón se sostuvieron, fué en las Tetas de Nador.

Una compañía de Regulares, de aquellos leales soldados rifeños, que en las horas angustiosas del desastre estuvieron a nuestro lado hasta que desarmados y licenciados quedaron a merced de sus compatriotas, fué la encargada de vencer este último núcleo de resistencia, en el que el enemigo tenía colocada una pieza de artillería de montaña.

Con el ardor de siempre, con la fe que nuestros heroicos oficiales supieron inculcar en sus rudos cerebros, se lanzaron al asalto, logrando coronar ambas prominencias, después de haber regado copiosamente con su sangre las empinadas laderas.

Puede decirse, que la jornada de Nador marcó los primeros laureles para la corona que el Ejército y la Marina habían de ceñirse al dar el golpe final a las huestes de Abd-el-Krin.

Al entrar las tropas en Nador, contemplaron con dolor el montón de ruinas a que había quedado reducida la hermosa villa, que como miniatura de una gran ciudad situada en la ribera de un mar de juguete, reflejaba sus encantos en las tranquilas aguas de Mar Chica.

Era Nador un incipiente pueblo comercial de calles amplias y bien trazadas, con modernos, aunque humildes edificios; disponía de una flotilla de barcos pesqueros, que era esperanza de futuras industrias; a su pequeño embarcadero, acudían a

comerciar los cárabos de Quebdana; contaba con almacenes de cereales, fábrica de harinas, de gaseosas, restaurant, fondas y otros diversos establecimientos; y en su centro, como remate de la labor de un pueblo cristiano en tierra de infieles, una torre señalaba el emplazamiento de la Iglesia franciscana de reciente construcción.

La ferocidad rifeña, lo había escarnecido todo, desde lo humano a lo divino: la población había sido saqueada y entregada a las llamas, violadas las mujeres y quemados vivos cuantos seres cayeron en su poder.

Hombres, mujeres y niños, fueron encerrados en una casa, a la que prendieron fuego, sin atender a los desgarradores lamentos de las madres, que pedían gracia para sus hijitos.

De la horrenda tragedia no hubieran tenido conocimiento exacto los españoles, si uno de aquellos desgraciados a quien se conocía por Pedro «El Botero», no hubiera dejado escrito en la pared el proceso de sus desventuras, al tiempo que pedía venganza.

La Iglesia no obedeció a la mecha de los fanáticos; pero ellos se dieron mañana para destrozarse la techumbre y *hacer guerra a los santos*, disparando sus fusiles contra las imágenes.

Alguno pagó bien caro su sacrilegio. El día que se ocupó Segangan, apareció a la vista de nuestros soldados erguida sobre un parapeto, la figura de un moro, que vestido con alba y casulla, movía el brazo derecho con exageraciones de loco,

simulando grotescamente la acción de bendecir.

Cuando sin duda hacía reír a sus compañeros con sus ridículos movimientos, se le vió dar un salto en el aire y caer de cabeza como herido por el rayo.

Después de la ocupación de Nador, los soldados de Burgos quedaron destacados en sus inmediaciones.

A nuestros amigos les correspondió situarse en un valle, ocupando una casa inmediata a la del Amadi, desde la que vigilaban la carretera y las avenidas del Gurugú.

Al ajetreo de los días de convoy sucedió una quietud, que los nuestros aprovecharon para lavar sus ropas y tomarse un merecido descanso.

Parecía aquella posición un lugar de recreo, al que les hubieran enviado para recompensarles de sus pasados desvelos. En ella, dormían bajo techado, comían todos los ranchos calientes, paseaban por las inmediaciones, y hasta se permitían el lujo de bañarse en la playa de Mar Chica.

Bien es verdad que los moros se estaban portando como bellísimas personas; pues a pesar de tener establecida una guardia a la vista de la posición, nunca llegaron a hostilizarla.

Después de la ocupación de Nador, era indispensable atacar el imponente macizo del Gurugú, no tanto por la constante amenaza que representaba para Melilla en poder de los moros, cuanto por la moral que se les ganaba para futuras empresas; pero el Estado Mayor, deseoso de ahorrar

sangre española, no quiso lanzarse a su ejecución, sin un concienzudo estudio que le permitiera las mayores garantías de éxito.

Debido a esto, pudo decirse que la ocupación de la ingente montaña, se realizó de una manera científica, siendo el número de bajas muy inferior a los cálculos más halagüeños.

Siete columnas tomaron parte en la operación, saliendo a distintas horas de sus emplazamientos para coincidir con matemática exactitud en los puntos señalados de antemano por el mando.

Los moros, viendo soldados por todas partes y temiendo ser envueltos, atendieron más a conservar la línea de retirada, que a la defensa de sus posiciones.

Solo en algunos puntos, como Taxuda, donde se vieron fuertemente presionados, se llegó a combatir con verdadera saña, hasta que convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, emprendieron la huida dejando el campo sembrado de cadáveres.

Los soldados de Burgos contemplaban con envidia desde sus parapetos las distintas fases de aquella importante operación, en que otros cuerpos más afortunados, iban a cubrirse de gloria.

Por teléfono recibió orden el Jefe del destacamento, de enviar un pequeño grupo al mando de un oficial a las estribaciones próximas, para vigilar los movimientos del enemigo por aquellos contornos.

Todos los soldados querían formar parte de

esta tropa, siendo por tanto elegidos los que llegaron antes.

Entre ellos figuraban los inseparables Juan y Paco, y los famosos asistentes Pascasio y «El Terrible»; dos buenos muchachos, que en los días de escasez hacían el milagro de proporcionar buen plato a sus oficiales.

Al regresar, cuando se acercaron a unas chumberas para saciar la sed y el apetito con los sabrosos chumbos, sembraron la alarma en una piara de gallinas, que mansamente sesteaba a la sombra de sus pencas; y considerándolas buena presa, las persiguieron hasta rendirlas, presentándose en el campamento con un pequeño botín.

Tras otro paréntesis de inactividad, vino la ocupación de Atlaten y Segangan, con poca resistencia del enemigo; y por último, la del Monte Uixan, monte de hierro, cuyas incalculables riquezas han despertado bastardas codicias.

Aquí, los moros, que habían perdido la moral a consecuencia de los continuos descalabros sufridos, no esperaron la acometida de los nuestros; pero intentaron destrozarse sus guerrillas volando el polvorín de la mina, lo que hubieran conseguido de tener la serenidad necesaria para calcular la distancia y prender la mecha en el momento oportuno.

Segangan, era un pintoresco poblado, al que daba importancia el ferrocarril y su proximidad al centro minero del Uixan.

En el barrio moro, se encuentra la zauia del

Mizzián, caudillo de la campaña de 1911, a quien España no pudo seducir ni con alhagos, ni con dinero. El Mizzián era un fanático de su causa, a quien los moros seguían con fe ciega, porque entre ellos tenía predicamento de santo.

Un día, le aconsejó uno de sus notables, que no expusiera tanto la vida en los combates.

—La bala que a mí me mate, tiene que ser de oro—respondió él con firmeza.

Desde entonces, a la terminación de cada encuentro, sacudía la chilaba en presencia de los suyos, que admirados ante el portento de ver caer en tierra los proyectiles dirigidos contra el pecho de su señor sin haberle causado el menor daño, se inclinaban para besarle el borde de las vestiduras con la religiosidad que el pueblo judío tocaba la túnica de Cristo, buscando en el contacto la curación de sus males.

Una bala de plomo dirigida por un cabo español, deshizo la superchería. Para que los moros creyeran en la muerte de su ídolo, fué necesario autorizarles para que se trasladaran a Melilla a visitar el cadáver.

El entierro del Mizzián, constituyó una imponente manifestación de duelo. Tanto los moros leales como los rebeldes, acudieron a testimoniar su devoción al ínclito guerrero, que prefirió la vida azarosa de la campaña, a la tranquilidad y bienestar que le hubiera proporcionado una inteligencia con España.

Aún hoy, son muchos los kabileños que se

dirigen a Segangan para orar en la tumba del Santo.

Después de la ocupación de estas posiciones, el hilo misterioso que sujetaba las decisiones del mando, quedó en tensión como otras veces había ocurrido, causando asombro entre los no iniciados, aquellos largos intervalos de tiempo que se dejaban transcurrir entre una operación y otra, cuando nuestras tropas habían ganado la moral al enemigo.

A nadie se ocultaba, que los moros, ante el inquebrantable empeño de vencer, puesto de manifiesto por nuestros bravos soldados, solo deseaban unos días de respiro—que se les concedían sin tasa—para trasladar al interior sus familias, ganados y cosechas, con grave perjuicio de los nuestros, que nunca pudieron recoger el fruto de sus victorias.

Tras largos días de inactividad, prosiguió el avance, llegando fácilmente a Zeluán, en cuya fortaleza y poblado se encontraron vestigios de haber sido tratados los prisioneros con la mas refinada maldad. Allí, como en Nador, fueron encerrados los indefensos vecinos del poblado y los rendidos de la Alcazaba, en el edificio llamado «Casa Laina», donde fueron quemados vivos después de atormentados; pero donde llegaron al mayor refinamiento de su crueldad, fué en el acto de crucificar a uno de aquellos infelices. Entre los prisioneros tomados en la Alcazaba, había un Capitán de la Policía indígena, a quien los moros querían mal, quizá porque se excediera en el cumplimiento de

sus funciones. Para vengarse acaso de él, por algún acto punible que en ellos hubiera castigado, resolvieron crucificarle; y para llevar a cabo tan terrible martirio, copia del que para redimir a la humanidad hubo de realizarse fatalmente en el Gólgota, le sujetaron las muñecas con alambre trenzado, y le colgaron del techo con los brazos en cruz y el cuerpo suspendido a lo largo de la pared.

Por la situación de los impactos hallados en la silueta marcada por las grasas del desventurado, se comprende que se ejercitaron al blanco sobre su cuerpo, procurando no causarle heridas de muerte, que les hubiera privado del satánico placer de quemarle vivo.

Al entrar nuestros soldados en aquel tétrico recinto, descubrieron sobre el suelo y las paredes las huellas del martirio sufrido por los que en vida, fueron sus hermanos de raza y religión.

A la ocupación de Zeluán, siguió la de Monte Arruit, El Batel y Dar-Drius, por el llano, en avance general con otras columnas, que partiendo de Beni-Sicar, invadieron Beni-Bugafar, Beni-Sidel y parte de Beni-Said, estableciendo su cuartel general en Dar-Quebdani.

¡Monte-Arruit! ¡Monte de la traición y de la muerte debieran llamarte! Mas de mil cadáveres cuyos esqueletos reposan hoy a tus plantas, hicieron ofrenda del jugo de sus carnes para que empapándose en tu estéril corteza, sirviera de guano fertilizante a esas florecillas amarillas con que te adornas en Primavera, cuyos cálices contienen hoy

la esencia de la vida de aquellos mártires, sobre cuyos cuerpos se alza el símbolo de la redención con los brazos abiertos en señal de perdón y olvido.

Allí se detuvo la columna algunos días para dar paz a los muertos.

En el llano, dando vista a la estación y al pie mismo del monte, se abrió una ancha y profunda zanja en forma de cruz, a cuyo fondo fueron a parar los restos mortales de la columna Navarro.

Después de cumplido tan piadoso deber, continuó el avance, encontrándose la carretera jalónada de cadáveres a derecha e izquierda; pero donde el desastre de la retirada alcanzó sus mayores proporciones, fué en el trayecto comprendido entre el río Igán y El Batel. En este trozo de carretera, aparecían revueltos en confuso montón cadáveres de hombres y animales; ambulancias volcadas; automóviles, camiones y carros quemados; cargas bastes y monturas esparcidos en todas direcciones.

En el profundo cauce de aquel río sin agua, se ocultó una vez mas la traición que venía acosando a nuestros soldados, desde que se declararon vencidos.



VIII

**En Uestía. — Añoranzas. — El encuentro de "Lobatón". —
Esperanzas y temores. — La fidelidad de un perro**

Después de la ocupación de Dar-Drius, nuestros protagonistas quedaron destacados en Uestía, bonita posición a orillas del Kert, cuya misión era proteger la carretera y evitar las incursiones de los kelachas, tribus nómadas que habitan los montes de este nombre.

Desde el primer día de la ocupación, empezaron a desarrollarse una serie de trabajos encaminados a mejorar las defensas de la posición y el alojamiento de la tropa.

Paco, que tras de abandonar los estudios de l'armacia aprendió el oficio de albañil, era un buen elemento del que se valió el Capitán para fortificar y adornar la posición en forma tal, que vista desde la carretera, parecía un magnífico castillo con sus correspondientes almenas y torretas.

Todos los días bajaban los inseparables amigos a pasear por las orillas del río, buscando un paraje solitario, donde libres de inoportunos testigos, se deleitaban con el recuerdo de sus mútuos amores.

A veces, a falta de otras novedades, leían y releían las cartas atrasadas que habían recibido de Fuenteclara, haciendo de cada párrafo un comentario.

—Mira, Paco—decía Juan a su amigo enseñándole una carta.—Mira que bonita letra tiene mi madre a pesar de sus años. La firmeza de sus rasgos, denota que fueron trazados por una mano tranquila. ¡Cuánto me satisface esto! Si un día descubriera en sus cartas esas líneas inciertas que se describen cuando el pulso está alterado por la fiebre o la debilidad, no me cabría duda de que se hallaba enferma. ¡Pobre de mí si esto ocurriera! Pero no. Rosario es muy buena, y la cuidará como si fuera su madre.

—¡Dichoso tú que tienes madre! —repuso Paco.—Nada hay en el mundo tan abnegado, tan grande, tan sublime como ese sentimiento de las hembras hacia sus hijos desde que los sienten bullir en el vientre. ¡Yo, también tuve madre! Una madre cariñosa y buena como todas, que sólo vivía para mí; pero la perdí siendo niño, cuando más necesitaba de su amor para crecer, como las plantas necesitan las caricias del Sol para llegar a su completo desarrollo. En mi soledad, busqué la mano suave que antes alisaba mis cabellos, y tropecé con los brazos de Rosario, que se ceñían a mi cuello con amor de ángel, como si Dios me la enviara para que empezáramos a amarnos desde el dorado paraíso de la inocencia; y la amé primero, como ángel; luego, como hermana; y ahora, con el amor loco de la desesperación; con la rabia del tigre enjaulado, que presencia a través de los barrotes de la jaula el rapto de su hembra. Rosario y yo, habíamos nacido el uno para el otro. Aún

no sabíamos andar, y ya nos buscábamos a gatas atraídos por mútua simpatía; juntos, dimos nuestros primeros pasos por la escuela, y juntos hemos crecido, sin que la más leve nube de disgusto haya sombreado jamás nuestro amor de hermanos, hasta que a su padre se le ocurrió la descabellada idea de casarla con Casianón. Entonces fué cuando no resignándome a perder para siempre a la compañera de mi vida, sentí que el amor fraterno se trocaba en pasión de macho, y los celos empezaron a corroerme el corazón y el cerebro. Muchas veces salí a su encuentro para declararla mi amor, y otras tantas la cobardía ahogó las palabras en mi garganta, hasta que al fin, la víspera de nuestra marcha, me atreví a declararme a ella, y ya conoces el resultado de nuestra entrevista en la reja: — «¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Quién lo hubiera sabido! Ahora, ya es tarde; estoy comprometida; tenga empeñada mi palabra» — ¡Cuentos y zaradajas de las mujeres, amigo Juan! ¡Desgraciado del que confiando demasiado en su amor, deja entre sus manos el corazón!

— Eres injustos con Rosario, Paco.

— ¿También tú te declaras en su favor? Al separarme de su reja aquella noche memorable en que por vez primera la declaré mi amor, llevaba el convencimiento, apesar de sus reservas, de que nadie más que yo era dueño de su corazón; ¡pero cuán equivocado estaba entonces! ¡Jamás hubiera pensado que las dos cartas que la he escrito, hubieran podido quedar sin contestación!

—¿Tienes la seguridad de que han llegado a su poder?

—Las cartas, no se pierden nunca, amigo mío.

—No se pierden cuando no hay una persona interesada en lo contrario, que se atraviesa en su camino. ¿Ignoras que el cartero de Fuenteclara fué colocado por la influencia de Casianón del que es inseparable? No te quepa duda de que si Rosario no te ha contestado, ha sido por no haber recibido tus cartas. Si hubieras presenciado la escena que se desarrolló en mi casa la noche de la última ronda, otro concepto formarías de ella.

—¿Qué escena fué esa, Juan? ¡No me hagas concebir una esperanza para sumirme después en la desesperación! Cuéntame lo ocurrido si quieres dar paz a mi espíritu.

—Nada puedo decirte, porque mi madre me exigió silencio; pero bástete saber, que Rosario, en el estado de nerviosismo en que la pusiste, confesó a mi madre cosas... pero nó, no esperes que quebrante mi promesa.

—No me digas nada, porque ya me lo has dicho todo. ¡Es la eterna acémila cargada de dinero el obstáculo que se interpone entre nosotros! ¡El Becerro de Oro ante el que se prosterna el padre de Rosario para ofrecer el sacrificio de su hija; pero yo destruiré el ídolo y dejaré en libertad a la mártir! ¡Pobre amor mío con qué ligereza de pensamiento te he ofendido! ¡Ahora, ya veo claro, y jamás volveré a dudar de tí! Un favor espero que me concedas, Juan. Pide a tu madre que hable con

Rosario, que la diga cuanto estoy penando por ella, y que una carta suya la llevaría siempre en el pecho como sagrado relicario. ¡Tú, que aún no has sentido el saetazo del amor, no puedes comprender la dulzura que encierran las frases cálidas de la mujer amada!

Ya se retiraban al campamento, cuando Juan divisó al otro lado río un hermoso perro negro, que avanzaba con dificultad hacia la orilla. Llamándole con ademanes y silbidos, logró que el animalito le respondiera con ladridos de alegría y movimientos de cola, al tiempo que arrastaba su cuerpo por la arena.

Juan, que hasta para los animales era compasivo, se descalzó vadeó el río y acercándose al pobre animal, observó que tenía una pata rota.

Con muchas precauciones para no hacerle daño, le llevó en sus brazos hasta la orilla opuesta, le depositó suavemente en el suelo mientras se calzaba, trasladándose después con él al campamento, donde le curó con esmero y le dió la mitad de su pan.

Era el animal un hermoso ejemplar de Sether, que llamó la atención en el campamento.

—¿De dónde has traído ese perro?—preguntó el Capitán.

—Le encontré herido en la orilla opuesta del río. Es muy cariñoso y parece inteligente; pero está mal herido en una pata, y aunque se la he entablillado, temo que no quede bien o que sobrevenga una infección.

—¿Por qué no le llevas a Dar-Drius para que le cure un veterinario? Allí está mi amigo Alvarado a quien puedo recomendarte.

—Muy agredecido, mi Capitán. Si usted me lo permite, marcharé mañana mismo con el convoy.

Juan estaba contentísimo por la deferencia del Capitán. Un veterinario, era una garantía para la completa curación de su perro.

Una cosa valadí le tenía preocupado. ¿Cómo se llamaría el simpático animal? Le había llamado ya con todos los nombres de perro que conocía, y nada; como si le hablara en latín.

—Pues señor, voy a tener que bautizarle de nuevo, ya que no conozco su nombre de pila— decía. —Veamos que nombre es más bonito: ¿Moro...? ¿Sultán...? ¿Raisuli...? ¡Nada, que no se salir de Marruecos!

—¡Ponle Casianón, hombre, ponle Casianón! Parece mentira que no hayas pensado en un nombre tan simpático...—dijo Paco entrando en la tienda.

—¡Que más quisiera Casianón que tener el talento de este perro! En todo caso, si había de compararle con él, le llamaría D. Casiano; pero para complacerte sin que se repita el caso de que un animal lleve nombre de persona, le llamaremos Doncas.

—En lo que debes complacerme, es en escribir a tu madre pidiéndole lo que hemos acordado. Estoy viendo que mañana te marchas a Dar-Drius, sin haber pensado siquiera en ello.

—Pierde cuidado, Paco. Tus asuntos, me interesan tanto como los míos. Para que no puedas acusarme de olvidadizo, ahora mismo lo dejo todo para complacerte.

Sacó Juan de su morral recado de escribir, se sentó en el suelo, y sirviéndole de mesa el saco de paja que usaba para dormir, escribió a su madre una larga epístola dedicada toda ella a los amores de su amigo. Después que éste la hubo leído, preguntó con creciente interés:

—¿Cuándo tendremos contestación?

—Suponiendo que mi madre conteste a vuelta de correo, hemos de tardar en recibirla lo menos ocho días.

—¡Ocho días...! ¡Dios me dé paciencia para esperar con calma tanto tiempo!

—¿Pero qué es lo que te ocurre, Paco? Desde hace algún tiempo, observo un cambio en tus maneras, que me inquieta. Te veo retraído, preocupado, taciturno. ¿A dónde fué a parar aquella jovialidad de otros días? Esta tarde te mostrabas confiado, y ahora vuelves a sentirte pesimista. ¿Qué te ocurre? ¿Es que no tienes confianza en mí para descubrirme tus pesares?

—Aunque quisiera, no podría descubrirte la causa de mi malestar, porque la ignoro yo mismo. Es algo muy terrible que se cierne sobre mi cabeza; así como un vago presentimiento de futuras desdichas. Pesa sobre mí una constante amenaza, de cuya influencia no puedo librarme a pesar de mis esfuerzos.

—Eso, es la neurastenia, que se está apoderando de tí. Procura comer bien, pasea mucho por las orillas del río, báñate todos los días y verás cómo logras vencer esa melancolía.

—¡Muy bien! ¡Cuando tengas el corazón deshecho por el amor de una mujer, y la veas próxima a caer en brazos de otro a quien aborrezcas, no te preocupes! Le regalas al feliz mortal una corbata, y tu te purgas con agua de Carabaña; verás que bien marchas del vientre al día siguiente. ¡Con qué facilidad se torea los toros desde la barrera! ¡No encontrarías tan fáciles soluciones si te vieras en mi caso!

Juan, no supo que contestar a los exaltados razonamientos de su amigo. Sus penas y pesares, le afectaban tanto como las propias. Hubiera querido decirle todo lo que en un momento de debilidad había confiado a su madre Rosario; pero le parecía un sacrilegio quebrantar el secreto que se había comprometido a guardar. Por fin, compadecido al verle sufrir tanto, le echó un brazo por el cuello, diciéndole confidencialmente:

—Te juro por mi madre, que Rosario te quiere tanto como tu a ella. Con decirte esto, no creo quebrantar el secreto que me hallo en el deber de guardar.

Aquella sincera declaración iluminó el rostro de Paco de tan intensa alegría, que parecía como si se hubieran abierto ante él de par en par las puertas del Paraíso. Fué tan profunda la emoción sentida, que permaneció largo rato sin pronunciar

palabra, amparado en los brazos de su amigo.

Aquellos cambios bruscos en que con frecuencia solía pasar del abatimiento a la alegría, eran los que con razón tenían preocupado a Juan, hasta el punto de haber resuelto hablar reservadamente con el Médico del Batallón.

A la mañana siguiente, marchó Juan a Dardrius formando parte del convoy, y llevando sobre una de las acémilas el Sether recogido a la orilla del río Kert.

Su primer cuidado al llegar a aquel gran campamento, fué visitar al Veterinario a quien el Capitán le había recomendado.

Se hallaba Alvarado tomando el desayuno en su tienda, cuando un asistente le pasó la tarjeta que para el llevaba Juan.

Era el Veterinario un muchacho joven, de agradable presencia y temperamento nervioso. Sin terminar de tomar el desayuno, salió de la tienda, y encarándose con Juan, le dijo atropelladamente:

— ¡Hola, muchacho! ¿Qué tal os va por Uestía? ¿Cómo se encuentra mi amigo Luengo? ¿Dónde tienes el perro que he de curar?

— Aquí le traen, mi Teniente — respondió Juan señalando al acemilero, que se acercaba en aquel momento. — Vea que hermoso animal. Si usted pudiera curarle, le quedaría profundamente agradecido.

— Haré cuanto esté de mi parte por satisfacer tus deseos. ¡Pero, caramba! Este perro, es «Lobatón».

El pobre animal, al sentirse nombrado por el Veterinario, daba muestras de alegría y trataba de acercarse a él.

—¿Ves como atiende por su nombre? ¿Donde le has encontrado?

—A la orilla del Kert, próximo a Uestfa. Venía desfallecido de hambre y cansancio, y yo le curé y le dí mi pan.

—El que echa pan a perro ajeno..... Procura que no le vean los Regulares, porque te quedarás sin él.

—Es que si tiene dueño, estoy dispuesto a entregárselo.

—Desgraciadamente, no le tiene. Su dueño, fué un Sargento de Regulares de Melilla, que quedó muerto en el campo hace seis días, y sin duda, este animal ha sido herido defendiendo su cadáver. En el Grupo, todos conocen a «Lobatón» y le quieren; por eso te digo, que si le ven, han de procurar quitártelo.

—Siendo así, comprenderá usted que nadie tiene mas derecho que yo a conservarle.

—¡Buen tiro!—exclamó el Veterinario al reconocer la herida.—Bala Remington, y a muy corta distancia. Lo raro, es que no haya perdido el brazo.

—¿Quedará bien?—preguntó Juan con interés.

—Ya veremos. Depende de muchas circunstancias.

Lavó Alvarado cuidadosamente la herida, extrajo esquirlas, ligó huesos, unió tejidos y enta-

blilló la pata del animal con todo esmero. Terminada la operación, dijo a Juan.

— Si logras que «Lobatón» permanezca en quietud durante ocho días, quedará completamente curado. Si se presenta inflamación, que no espero, vuelves con él por aquí.

Se despidió Juan del Veterinario lleno de reconocimiento, regresando seguidamente al campamento.

Excusado es decir el interés que se tomó para que el perro no se moviera durante el tiempo que le habían señalado.

Desde aquel día tenía un huésped mas con quien compartir su pan, porque aunque nada habíamos dicho, Juan tenía un huésped, debido al suceso que vamos a relatar.



IX

Empujadas por la sed — La sorpresa — Aixa y Yamina — Los dominios del Burrajai — La falacia de los kaidés — Corrientes de simpatía

Algunas noches sentían los centinelas ligero rumor de pasos y conversaciones contenidas, por el fondo del barranco que limita la posición de Uestía por el Noroeste.

Comprobadas por el Capitán las manifestaciones de los centinelas, tuvo empeño en averiguar lo que aquello significaba, y con tal objeto, colocó una emboscada en las inmediaciones del barranco.

A la segunda noche de estar en acecho, pudo comprobarse, que aprovechando la luz de la Luna, desfilaba un grupo de mujeres y niños en dirección al río, con ánforas a la espalda. Para saber si venían escoltadas, las dejaron pasar, decidiendo sorprenderlas al regreso, en vista de que iban solas.

Al verse descubiertas, arrojaron al suelo las ánforas, y huyeron dando gritos de terror.

Como los soldados tenían la consigna de no disparar los fusiles contra ellas, les fué muy fácil la huída; sin embargo, pudieron apresar una mora joven y una niña, que llevaron a la presencia del Capitán.

La niña, que representaba tener de trece a catorce años, se mostraba curiosa e indiferente: en

cambio, la joven, en cuyos ojos se pintaba el espanto, temblaba como un azogado.

En la posición había un soldado, que por haberse criado en Argelia, hablaba el árabe con perfección, sirviéndose de él el Capitán para entenderse con las moras.

—¿Cómo te llamas?—preguntó a la joven.

—Aixa, señor—respondió con voz dulce y quejumbrosa.

—¿Qué temes, que así tiembles?

—Temo por mi honor y por mi vida.

—Piensa que estás entre españoles para los que el honor de las mujeres es sagrado; y respecto a tu vida, puedes tranquilizarte; nosotros, solo hacemos guerra a los hombres.

—¿Entonces por qué nos habéis aprisionado?

—Porque una cosa es que no os hagamos guerra, y otra muy distinta, que os dejemos transitar libremente por el territorio, facilitando noticias y medios de subsistencia a nuestros enemigos.

—¿Qué piensas hacer de nosotras? Yamina y yo, no nos dedicamos a esas cosas que dices. Vivimos solas en nuestra choza, y si nos habéis encontrado en unión de las demás mujeres del poblado, ha sido por la necesidad en que nos vemos de bajar por agua al río.

—¿Por qué cometéis la imprudencia de pasar rozando nuestras posiciones?

—Porque la sed nos arrastra, y no tenemos otro camino para llegar al río, que el fondo del barranco donde hemos sido sorprendidas.

—¿No teneis agua al otro lado de los montes?

—De hambre y sed han muerto nuestros ganados; de hambre y sed moriremos también nosotros si Al-lah no lo remedia. No tenemos mas agua que la del Kert, a donde no podemos llegar sin peligro de caer en vuestras manos, porque tenéis tomados los pasos transitables.

—¿Por qué no os sometéis?

—Nadie en la kábita quiere la guerra; pero no hay quien se atreva a pronunciar la palabra paz, por temor a Burrajai, ese bandido que nos ha llevado a la ruina, y no sabeherir mas que por la espalda.

—¿Por qué no bajáis al río escoltadas por algunos hombres que os defiendan en caso de necesidad?

A esta pregunta, la mora bajó la cabeza sin dar contestación. Comprendiendo el Capitán que algo ocultaba, la dijo:

—Si contestas con sinceridad, os dejaré en libertad; de lo contrario, os enviaré a la presencia de mis jefes para que ellos dispongan de vosotras. Dime, Aixa. ¿Por qué no os acompañan algunos hombres en vuestras excursiones nocturnas?

—Porque en nuestro aduar no hay hombres útiles—confesó con aire temeroso.—Se los ha llevado el Burrajai. El día que logréis dar muerte a ese bandido sanguinario, os quedarán eternamente agradecidos los kelachas.

—¿Cuántos hombres siguen al Burrajai?

—Mas de trescientos.

—¿Dónde se encuentra ahora?

¡Quién lo sabe! Desde el Batel a Dar-Drius, tiene su campo de operaciones. Sus puestos de observación, están situados en los picos mas elevados de estos montes de Kelacha, desde donde vigila la carretera y se lanza sobre las presas que considera seguras.

—¿Es cierto cuanto acabas de decirme?

—¡Te lo juro por Al-lah!

El Capitán, que era un noble corazón, sintió compasión por aquellas pobres criaturas, a las que la guerra hacía arrastrar una vida miserable, y no queriendo despedirlas sin que llevaran grata impresión de su corta estancia entre los cristianos, llamó a Juan, que era de quien se valía mas que del asistente, para darle una orden reservada.

Aixa, que hasta entonces había permanecido tranquila, empezó a dar muestras de inquietud.

El Capitán la invitó a sentarse; pero ella rehusó diciendo:

—¿Para qué he de sentarme? ¿No me prometiste que si decía verdad nos dejarías en libertad? ¿Por qué nos retienes? ¿Será cierto lo que se dice de vosotros en el aduar?

—¿Qué se dice de nosotros?—preguntó él algo amostazado.

—Dice el Kaid, que en vuestro avance no dejáis nada en pie; que incendiáis los poblados, saqueáis los silos, os apoderáis de los ganados, deshonráis a las doncellas, asesináis a ancianos y niños, no dejando a vuestra espalda mas que devastación y muerte.

—¿Eso dice el Kaid?— rugió el capitán con indignación. ¡Mírale las manos, que seguramente las tendrá manchadas con la sangre que su traición hizo derramar en Monte-Arruit! ¿Puedes tú citar un solo caso concreto que sirva de testimonio a lo que dice el Kaid? ¡No! ¿Verdad? Pues tampoco él, que se vale de esos viles procedimientos para sostener la rebeldía y el odio contra nosotros. Los cristianos tratan a los prisioneros de guerra como hermanos por precepto de religión, y por el imperio de las leyes; siendo la libertad lo único de que se les priva. Los españoles, por cuyas venas corre vuestra sangre, os compadecen y disculpan vuestros crímenes, porque son consecuencia de la barbarie en que os halláis sumidos. Esos kaides que se han impuesto a las kábilas por el procedimiento del terror, aprovechan vuestra ignorancia y fácil credulidad para oponeros como barrera humana al avance de la civilización y el progreso, que son paz y riqueza. Ellos saben muy bien que en las kábilas ocupadas por España, ha sustituido el derecho de la justicia al derecho de la fuerza. El fusil, elemento de destrucción, ha sido sustituido por el arado; y campos que solo ofrecían a la vista del caminante espinos y abrojos, rinden hoy a sus dueños espléndidas cosechas. El kaid bárbaro y arbitrario, que se enriquecía con el producto de confiscaciones y tributos, ha dejado paso al kaid honrado, inteligente y bueno, que administra justicia bajo la vigilancia de las autoridades españolas.

Cuando el capitán, excitado por el efecto que

en su espíritu habían producido las manifestaciones de Aixa, que se esforzaba en llevar a su ánimo el convencimiento de que los moros eran víctimas de la felonía de los kaidés, se presentó Juan con una fuente, de cuyo interior se desprendían vapores capaces de excitar los deseos del estómago mas sibarita.

—¡Esos somos nosotros!—exclamó con vehemencia señalando la fuente que Juan dejaba sobre la mesa.—Me dijiste que tenías hambre y todas las fibras de mi corazón temblaron de amargura. Yo no dormiría tranquilo esta noche, si antes no cumpliera con el primero de los deberes que imponen las obras de misericordia. Saciad vuestro apetito sin ninguna repugnancia, porque tanto como estimo mi religión, respeto la vuestra, cuyos preceptos he tenido en cuenta al disponer este refrigerio. Podéis comer con tranquilidad, porque esa carne procede de una res degollada con cara a Oriente por un matarife moro, y en su condimento no ha entrado para nada la grasa de cerdo, que os veda el Korán. Ahora, comprenderás la causa de que te haya retenido a mi lado mas tiempo del que hubieras deseado.

El rostro de la mora, se había ido tiñendo de grana a medida que el capitán avanzaba en su discurso. Se hallaba confusa y humillada ante la conducta de aquel enemigo extraordinario, que pudiendo disponer de su vida, la trataba de una manera tan delicada como jamás ella soñó que pudieran ser tratadas las mujeres. ¡Cuán distinta fué la

conducta que los suyos siguieron con las españolas que cayeron en su poder! Algunas, perdieron la vida en defensa de su honor; otras, que intentaron huir, fueron muertas a balazos; y las que quedaron prisioneras, sufrieron toda clase de ultrajes.

En el corazón de Aixa habían germinado repentinamente sentimientos de gratitud y afecto hacia aquel hombre, para ella por tantos motivos digno de admiración. Le miraba extasiada, pendiente de su voz, y aun cuando el argelino traducía literalmente las palabras del capitán, parecía como si ella, penetrando en el alma de su interlocutor, descubriera sus mas íntimos pensamientos. De improviso, cayó de rodillas a sus pies, le cogió una mano, que apoyó sobre su frente, y con dulce voz, velada por la emoción exclamó:

—¡Eres bueno como las promesas del Profeta! ¡Perdóname la ofensa que te he inferido con mi desconfianza! Ahora, te admiro tanto, que el temor que antes sentía de ser tu prisionera se ha convertido en deseo de ser tu esclava.

Esta vez fué el Capitán quien tuvo que admirarse de la sinceridad y nobleza de aquella singular criatura, que sin conocer las asechanzas y peligros que amenazan constantemente a la mujer, abría de par en par las puertas de su corazón, dejando al descubierto todas las nobles afecciones que encerraba su alma bravía.

—¡Levanta, mujer, levanta!—dijo él cogiéndola por ambas manos y haciéndola ponerse en pie.— En esa actitud hieres mi dignidad de caballero.

Jamás creí encontrar en una mujer de tu clase tan sutiles percepciones. Tú, no puedes ser mi esclava, ni la esclava de ningún cristiano. Ante el Profeta, eres una cosa bella, un objeto de placer, una promesa allá en el Paraíso, para los que mueren matando cristianos; pero ante el Dios único, todos somos iguales, porque creó a la mujer para compañera del hombre; no para esclava. Y ahora, que ya estás persuadida de mis buenas intenciones, sentáos a la mesa y comed, porque es tarde y estarán temiendo por vosotras en el aduar.

—Oyéndote hablar, no me acuerdo de que tengo hambre—respondió Aixa tomando asiento. —Son tan bellas y tan nuevas las cosas que te oigo decir, que mi alma se alborozaba ante la percepción de esa felicidad y armonía que debe existir en los hogares cristianos. ¡Qué dichosas deben ser las mujeres de tu país! A nosotras, aquí, ya sabes lo que nos espera. Somos flores de un día, a las que el marido sustituye apenas deshojadas por otras más lozanas, quedando relegadas a ejecutar las más rudas faenas del campo. Llega en este país a tal extremo el desprecio a nuestro sexo, que no es raro, sino muy frecuente, ver a una mora arrastrando un arado, ayuntada con una vaca o un borrico.

—Pues si tú misma conoces lo bárbaro de tu religión para con las mujeres ¿por qué no te haces cristiana?

Aixa contestó a esta proposición con una sonora carcajada; pero arrepentida por temor a haber

ofendido al capitán, se apresuró a desagraviarle diciendo:

—Perdóname si te he molestado con mi risa. No me he reído de tu proposición, sino de los efectos que se producirían si la tomara en consideración. ¿Cuánto tiempo crees que duraría la cabeza sobre mis hombros desde que en el aduar supieran que me había hecha cristiana? Es una locura pensar en eso. Yo nací mora y mora tengo que morir.

—Será porque tú querrás cerrar los oídos a la voz de la verdad y de la razón.

—¿Y quién había de iniciarme en esta verdad si yo me decidiera a conocerla?

—Si tú lo deseas, yo mismo, cuando bajes por las noches al río, te instruiré en los mas elementales conocimientos que necesitas para ser cristiana, y confío en que al compararlos con los de tú absurda religión, reconocerás el error en que hasta ahora has vivido.

—Si has de ser tú quien me instruya, acepto muy gozosa; pero a fuerza de sincera, he de advertirte, que más lo hago por el placer de verte con frecuencia y oír de tus labios esas cosas tan galanas que sabes decir, que por la confianza que tenga en mi misma de poder llegar a abrazar el cristianismo por convicción, aunque me sería muy grato, solo por ser tu cristiano. Lo que si te prometo, es poner en juego toda mi voluntad para verte complacido.

—Con eso me basta, Aixa.

—¿Si los moros se enteran de mi decisión y

me quitan la vida te acordarás alguna vez de la pobre Aixa?

Emocionado ante tan ingenua pregunta, respondió:

—Cuando, como tú, se está en la primavera de la vida, no se piensa en la muerte, querida Aixa; pero si Dios dispusiera de tí en sus misteriosos designios, lloraría siempre la pérdida del alma grande, noble y generosa, que supo acercarse a la mía salvando las dificultades de raza, idioma y religión.

—En tus ojos leo la verdad de tus palabras, y en tu semblante la nobleza de tus sentimientos. Alégrate, y no hagas caso de la humorada de mal gusto que he tenido al pensar en cosas fúnebres.

Mientras Aixa hablaba con el Capitán, la niña sostenía animada conversación con Juan, que se había sentado a un lado de la mesa.

Charlaban y reían como si fueran antiguos amigos.

—Oye, morita. Hablas muy bien el castellano —decía él. —¿Dónde lo has aprendido?

—No podría decirlo aunque quisiera. La primera vez que vinieron por aquí los españoles, observé que entendía todo lo que decían, sin poder explicarme la causa.

—¿Cómo te llamas?

—Yamina. ¿Y tú?

—Yo me llamo Juan.

—¡Qué nombre tan feo! Así dicen por la noche los perros del aduar. «¡Juan, Juan, Juan!»

—No, Yamina, no dicen eso. Fíjate bien esta noche, verás como dicen: «¡Guau, guau, guau!»

—Era una broma, tontín. Escucha: ¿Quién ha guisado esta carne?

—El cocinero de los oficiales. ¿Quieres comer más?

Juan acompañó a la pregunta la acción de servir; pero la fuente estaba vacía.

—¡Qué vergüenza! — exclamó Aixa dándose cuenta. — Nos lo hemos comido todo.

—No te asombres, Aixa. — intervino el Capitán. — Os lo habéis comido todo, porque yo dispuse que os sirvieran poco para que pudiérais gustar de varios platos. Juan, ve a la cocina, y encárgate de que las moritas estén bien servidas.

Salió Juan de la tienda en dirección a la cocina seguido de Yamina, que colgándose de su brazo, le dijo:

—Voy contigo. Quiero saber como guisan los cristianos.

En la cocina, estaba Pinocho, cocinero de los oficiales, a quien sus compañeros apodaban así por el aspecto cómico de su rostro, que a consecuencia de unas quemaduras sufridas en la niñez, presentaba una sonrisa burlona, más acentuada cuanto más disgustado se encontraba.

Le cuadraba bien el apodo, porque presumía de haber ejercido todas las profesiones desde monaguillo a torero.

Al verle Yamina, se encaró con él preguntándole:

—¿De qué te ries?

—Yo no me río—respondió «Pinocho» poniéndose encarnado.

—¡Mira, Juan, que cara tan rara pone y dice que no se río!

—Él es el único que lo cree así, porque considera natural la expresión de su semblante; los demás, que ven siempre una sonrisa de mofa en su cara, confunden con frecuencia el gesto del dolor o la contrariedad, con el de la satisfacción.

—¿Eres tú quien ha guisado la carne que hemos comido Aixa y yo?—preguntó la niña.

—Sí, yo he sido.

—Pues te doy la enhorabuena, porque lo haces muy bien. ¿Qué tienes en esta cacerola?—interrogó de nuevo levantando la tapadera. —¡Huy qué bien huele!

—Dentro de un momento, podrás apreciar lo bien que sabe—repuso «Pinocho» al tiempo de vaciar su contenido en una fuente, que puso en manos de Juan.



X

**Semillas de amor. — Los sueños de Yamina. — Tácito ar-
misticio. — Idilios nocturnos**

Al salir las moras de la posición, llevaban la impresión de que bajo los dominios del Sol, no existían seres tan galantes, simpáticos y humanitarios como los españoles.

Aixa, que había recibido en pleno corazón el primer dardo disparado por el niño del carcaj, se consideraba incapaz de resistir las sugerencias de aquel joven arrogante y pudonoroso, que si la retuvo algunas horas a su lado, fué para colmarla de atenciones.

Caminando preocupada al lado de Yamina, se detenía de vez en cuando para confiar a la niña sus dudas y temores.

—¿Qué te ha parecido de los españoles, Yamina?—preguntó con voz temblorosa.

—Que son muy simpáticos y muy buenos.

—¿Y qué me dices de Carlos?

—¿Quién es Carlos?

Aixa, sintió que el rubor encendía sus mejillas; pero ante la inocencia de la niña, se rehizo pronto y contestó:

—Carlos, es el Jefe de los españoles, que tan hidalgamente se ha portado con nosotras; aquel joven tan guapo que estaba sentado a mi lado.

—¡Mucho te has impresionado al nombrarle,

Aixa! Tú voz, tiembla con la emoción que te produce su recuerdo. ¿Tú le quieres?

Otra vez volvió a enrojecer la mora, al sentir el dedo de la niña sobre la llega de su corazón; pero se sintió protegida por las sombras de la noche.

—Sí, le quiero, Yamina—respondió.—Le quiero, con el ansia que el náufrago siente al estrechar contra su pecho la tabla salvadora, que ha de dejarle sobre las arenas de la playa. Confío en él, con la fe ardiente que la madre pone en la misericordia de Al-lah cuando le pide la salud de su hijo. Carlos, es para mí el faro que ha de guiarme en la travesía del mar proceloso de la vida. Ante él, me veo gratamente dominada por la elocuencia de sus palabras; lejos de él, me siento atraída por la poderosa fuerza de su simpatía. Hasta tal punto llega su dominio sobre mí, que estoy decidida a acatar sus deseos, aunque sean contrarios a mis convicciones. ¿Sabes que me ha propuesto que abrace su religión?

—¿Y tú, que piensas hacer?

—Ya te he dicho, que su voluntad es la mía. Deseo entregarle mi alma para que la moldee a hechura de la suya.

—¿Y si se enteran en el aduar?

—¡Al-lah es grandel!

—¿Qué será ahora de tu Yamina si la abandonas? Sin padres, sin parientes, sin una persona amiga que la tienda la mano, solo la queda esperar, que un día, su cuerpo abatido por el hambre

y la sed, caiga sobre las calcinadas tierras de Kelacha para no levantarse más.

— Lejos de quedar abandonada, como temes, no te separarás de mí jamás. Así me lo ha prometido Carlos.

Al escuchar las últimas palabras de Aixa, Yamina palmoteó gozosa exclamando:

— ¡Qué felicidad no separarme nunca de mi querida Aixa! Si tú te haces cristiana y me llevas contigo, también querrá Carlos que yo lo sea— ¿Verdad?

— ¿Quiéres tu serlo?

— ¡Qué se yo de esas cosas! Tú que me quieres tanto, sabrás lo que debo hacer. ¿No te ha enseñado alguna oración?

— No; pero me ha relatado cosas muy hermosas de su religión.

— Yo se una oración muy bonita, que debe ser de cristianos. Todas las noches al acostarme, tengo la costumbre de rezarla, sin que pueda traer a mi memoria dónde ni cuando la he aprendido. Verás:

«Jesús, José y María
os entrego el corazón
y el alma mía.»

— En verdad que es bonita Yamina. Me gusta mucho, y creo como tú, que debe ser de origen cristiano, no solo porque está en castellano, que ya es una garantía, pues según tengo entendido todos los españoles son cristianos, sino porque en el Korán aparecen los nombres de el Nsarani,

Yusef y Mariem, que deben ser los mismos que tú citas. De todos modos, mañana saldremos de dudas preguntádoselo a Carlos. ¡Qué lástima de que no te acuerdes de la persona que te la ha enseñado! ¿No habrá sido algún soldado?

—No, Aixa. Cuando vinieron aquí por primera vez los soldados españoles, ya sabía yo esa oración. A veces, se fijan en mí mente algunos detalles relacionados con los primeros tiempos de mi infancia, que me hacen pensar si habré nacido entre cristianos; pero tengo que rechazarlos por absurdos. Recuerdo como un sueño lejano, y sueño debió ser, que siendo muy niña, me hallaba en un gran palacio rodeada de criadas, que parecía que no tuvieran otra cosa que hacer, que atender a mi diminuta persona. Me mudaban de ropa muchas veces al día con vestidos caprichosos, y me paseaban en un cochecito entre macizos de flores y verdes praderas, que contorneaban el edificio. A veces, una gran señora me llevaba en magnífico carruaje a un lugar donde concurrían muchísimas personas elegantemente ataviadas, para oír cánticos y músicas, que nada tienen de común con los que oímos a los artistas que los notables suelen traer de Fez para celebrar sus esponsales. Aún sigo soñando muchas noches con aquella gran señora. La veo, que acercándose a mí sonriente, me toma de manos de una criada, me desnuda, me acuesta en una cama muy chiquitita, muy bonita, cubre mi cuerpo con sedas y blondas, me da un beso en la frente, y se marcha muy despacito.

volviendo la cara atrás alegre y sonriente. Cuando al despertar me encuentro tirada sobre nuestra desgarrada estera, veo con pena desvanecerse las locas quimeras forjadas durante el sueño en mi pobre imaginación; pero el hechizo continúa por algún tiempo, y si no tuviera la seguridad de que el Kaid Tahar me recogió por compasión a la muerte de mis padres, que eran tan moros como yo, acabaría por volverme loca en el empeño de creer reales mis ilusiones, porque aunque en el aduar saben todos que mis padres fueron asesinados por unos bandidos, ¿cómo te explicas tu esa facilidad con que yo entiendo todo lo que hablan los cristianos?

—El único que hubiera podido aclarar esas dudas que te asaltan, era el Kaid; pero la mano criminal que cortó su existencia, enterró el secreto con su crimen. En el aduar, sabemos que una noche se presentó llevando sobre el arzón de su caballo una niña como de tres años, que dijo haber recogido al lado de los cadáveres de sus padres, asesinados por unos bandidos; ¿pero quién asegura que el Kaid dijo la verdad? Quizá todo lo que tú piensas no sean quimeras. ¡Quién sabe si un día se descubre que eres la hija de un príncipe cristiano!

—No tanto, Aixa; pero no te quepa duda de que mi vida, está rodeada de algún misterio.

Por los ladridos de los perros, se dieron cuenta las moritas de que se hallaban ante las primeras casas del aduar. Al entrar en el poblado, fueron

recibidas con muestras de júbilo por sus convecinos, que a pesar de lo avanzado de la hora, se hallaban reunidos comentando los sucesos de la noche, y lamentando la desgracia de que las consideraban víctimas como prisioneras de los españoles.

En un principio, creyeron que habrían podido evadirse de la persecución de los soldados, y que ocultas en algún barranco, habrían esperado ocasión propicia para regresar al aduar; pero su sorpresa pasó de límites, cuando refirieron las delicadas atenciones que para con ellas habían tenido los cristianos.

Al día siguiente, algunos niños haraposos se acercaron a la posición acompañados de Yamina. En sus macilentos rostros, llevaban marcado el sello de la depauperación producida por el hambre. Los soldados les dieron algunos trozos de pan, que devoraron con fruición, porque acostumbrados al de cebada, aquello les parecía un delicioso manjar.

Desde entonces, todos los chiquillos del aduar pululaban por los alrededores de Uestía con entera libertad, y las mujeres bajaban a la aguada durante la noche sin ningún temor, cual si entre moros y cristianos se hubiera establecido un tácito convenio de amistad.

Yamina, entraba y salía en la posición como si fuera su propia casa. Se notaba en ella la satisfacción que sentía cuando se encontraba entre los españoles, para todos los cuales tenía siempre un a

sonrisa; pero con quien mejor se entendía era con Juan, que la mimaba como si se tratara de una hermana menor. Comía siempre con él sin ninguna preocupación, y si alguna vez no le encontraba porque estuviera de servicio, se ponía de mal humor, y reñía con el Capitán por haberle mandado fuera del campamento.

Las mujeres del aduar, bajaban todas las noches al río formando grupos; pero Aixa y Yamina, salían siempre solas, recatándose de la vista de los demás moradores, porque no hubieran tardado en ser denunciadas al conocerse sus andanzas.

Ni una sola noche habían faltado las moritas a la cita en el transcurso de dos meses. Sigilosamente y siguiendo camino distinto al que empleaban las demás mujeres, se dirigían al río, llenaban sus vasijas, y al regreso, se detenían en las inmediaciones de la posición, a donde acudía con pressteza el Capitán, avisado por los ladridos de «Lobatón».

Se había hecho el perro muy amigo de las moras, y en cuanto las presentía con su fino olfato, corría de un lado para otro, saltaba, ladraba y se mostraba nervioso hasta que le dejaban libre el paso de la alambrada. Entonces, se lanzaba a su encuentro en veloz carrera, las echaba las patas sobre los hombros, las lamía el rostro dando pruebas del mayor contento, prodigando después las mismas caricias al Capitán, cual si el inteligente animal sintiera alegría por la felicidad de aquellos seres.

Había descubierto Carlos en Aixa un talento natural y una asimilación de ideas asombrosos. Entendía de cuanto la hablaba, y a veces, le dejaba perplejo con sus razonamientos. A fuerza de admirarla, la compasión, que en un principio le movió a brindarle protección, se había trocado en otro sentimiento, por el que se veía fatalmente arrastrado hacia ella. Avivaban la llama de su amor, los progresos que hacía en su idioma y religión. Había logrado persuadirla de la falsedad de las doctrinas de Mahoma, hallándose dispuesta a comulgar en el cristianismo cuando lo dispusiera su Carlos, como ya le llamaba familiarmente.

Habían convenido, que para completar su instrucción, se trasladaría a España con Yamina, donde permanecerían hasta que él cumpliera su compromiso en Marruecos y fuera a buscarlas para quedar unido a ellas para siempre; pero le era tan dolorosa la separación, que iba dejando transcurrir el tiempo, sin fijar definitivamente el día en que debía verificarse la partida.

XI

Inútil espera.— Un rayo de esperanza.— La cabeza de Aixa.— El asalto a la posición.— Guerra a muerte

Una noche esperó Carlos inútilmente la visita de las moras. Hora tras hora hasta el amanecer, se pasó sobre el parapeto escrutando el terreno a través de la densa oscuridad, tratando de descubrir algún indicio, que le diera la clave de lo ocurrido para que por primera vez faltara a la cita su adorada Aixa.

Momentos hubo en que la desesperación le puso en trance de salir con parte de la fuerza y lanzarse sobre el aduar; pero desconocía el terreno y su situación, datos indispensables para obrar con algunas probabilidades de éxito. Además, ¿con qué derecho podía comprometer la vida de sus soldados en una empresa que solo a él interesaba?

Un vago presentimiento le anunciaba que Aixa se hallaba en difícil situación, produciéndole angustias tenerla tan cerca y no poder correr en su auxilio.

Con los primeros albores de la mañana, le llegó la esperanza de adquirir noticias por los niños que a diario se aproximaban a Uestfa en busca de comida; pero transcurrió el tiempo, sin que nadie apareciera por aquellos contornos, ocurriendo lo mismo en los días sucesivos.

La ansiedad del Capitán, le conducía a forjar en su calenturienta imaginación planes descabellados, que él mismo rechazaba apenas concebidos.

A la cuarta noche de ausencia, se acercó un moro a las alambradas gritando:

— ¡Paisa, no tirar! ¡Yo estar amigo! ¡Traer recado de Aixa!

Al enterarse el Capitán de la presencia del mensajero, se arrojó sobre el parapeto, llamándole loco de alegría.

— ¡Ven, morito, ven! — decía. ¡Tú, me traes la vida! ¿Dónde está mi querida Aixa?

Después, dirigiéndose a los soldados, exclamó:

— ¡Dejad libre el paso inmediatamente para que entre el moro!

— No jaser falta — gritó desde fuera el mensajero. — ¿Tú querer moncho a Aixa?

— ¡Más que a mi vida! — contestó el Capitán poniendo en sus palabras toda la fuerza de la fe conque fueron pronunciadas.

— ¡Puéis ahí va eso como recuerdo de Aixa! — replicó lanzando un objeto voluminoso, que cayó rodando hasta el centro de la posición.

Un oficial que fué a recogerlo, quedó aterrado al descubrir en el suelo la cabeza de una mujer.

La angustia del Capitán al reconocer en aquel despojo humano la cabeza de la infeliz Aixa, solo es comparable a la que debió sentir el defensor de Tarifa, al presenciar la degollación de su inocente hijo.

Trémulo, con el corazón desgarrado por la intensidad del dolor, cogió entre sus manos aquella linda cabeza, que parecía desprendida de una estatua de bronce, y depositó un beso sobre su tersa frente, en el que se concentraba el fuego de la pasión que supo inspirarle aquella noble criatura, que había rendido la vida en holocausto a su amor.

De rodillas, anonadado, llorando como un niño, dejaba caer sus lágrimas sobre aquel rostro querido, cual si fueran aguas del Jordán, que el alma de Aixa retenida allí, quisiera recibir antes de volar al Paraíso.

Una descarga que se dejó sentir en el parapeto, le sacó del abatimiento en que había caído.

Los centinelas habían descubierto varios bultos, que arrastrándose sigilosamente por el suelo, se acercaban a las alambradas.

Advertidos los oficiales, se aprestaron a repeler el ataque que el enemigo les preparaba.

Todos los soldados se hallaban en el parapeto con los fusiles apuntados al lugar donde se suponía que se encontraban agazapados los moros; los granaderos en su puesto, con la granada en la mano, esperaban la voz de mando para prender la mecha y lanzarla sobre el enemigo. El silencio, era solemne, sepulcral.

Un soldado, se separó del parapeto para decir al oído de uno de los oficiales:

—Mi Teniente, están cortando la alambrada.

Aunque los moros habían tomado infinitas

precauciones para asaltar la posición, no les fué posible evitar que los nuestros oyeran el sonido característico producido por las tijeras al cortar el alambre de la defensa principal.

La voz de fuego corta, enérgica, vibrante, lanzada por un oficial, fué seguida de una descarga y una lluvia de bombas de mano, que sembró de mortífero plomo las inmediaciones del recinto.

Los ayes de dolor que siguieron a la primera descarga, fueron indicio cierto de la serenidad con que los soldados de Burgos recibieron la visita de las huestes del Burrajai.

A la media hora de iniciado el fuego, se retiró el enemigo, sin haber intentado siquiera recoger sus bajas, lo que era prueba del quebranto sufrido.

Cuando al romper el día se hizo la descubierta, se encontraron rastros de sangre, y cinco cadáveres que aquellos salvajes se habían visto precisados a abandonar en la huída.

El Capitán, que había jurado solemnemente vengar la muerte de Aixa, no se dió por satisfecho con este castigo, y ordenó, que desde aquel día se estableciera una emboscada, que sin ningún género de consideraciones, hiciera fuego sobre todo enemigo, hombre o mujer, que se descubriera al alcance de sus fusiles. Quería castigar a los hombres, por asesinos, y a las mujeres por viles e ingratas, ya que habían pagado su generosidad con la delación de Aixa; pero fué en vano su empeño, porque desde aquella noche nadie volvió a transitar por aquellos parajes.

Queriendo el Capitán rendir un póstumo homenaje a la mujer que tanto amó, hizo practicar una cavidad sobre una roca, en la que colocó los preciosos restos, cubriéndolos con una losa de mármol; después, consultó un calendario, y viendo que como santa del día figuraba la Magdalena, exclamó emocionado:

— ¡Parece que Dios lo ha querido! Por amor, fué cristiana y santa aquella mujer, que hasta que conoció al Divino Maestro, vivió en constante orgía, haciendo comercio de su cuerpo. Por amor a un cristiano, abjuraste tu religión para seguir la mía, muriendo virgen y martir apenas la Divina Gracia tocó tu corazón. Mi alma, presiente que has sido recibida ante el trono del Altísimo con el nombre de Magdalena.

Y mandó grabar esta sencilla inscripción en el mármol:

CARLOS A MAGDALENA



XII

Nostalgia. — Tempestades del espíritu. — La hora del correo. — El veneno de una carta. — Delirio de amor. — El Tercio de Extranjeros. — Dos kabileños de Beni-Said. —

En los confines de M'talza

La trágica muerte de Aixa, había impresionado dolorosamente a toda la guarnición de Uestía.

Ya no se oía en los alrededores de la posición la alegre algarabía que los soldados formaban en los trabajos cotidianos, ni a la orilla del río se divisaban los lienzos de adobes puestos a secar, ni los acemileros subían cantando por las empinadas veredas cogidos a la cola de los mulos mientras trasportaban materiales para las obras. A la febril actividad de los días pasados, sustituía ahora el más completo hastío. Todos los rostros estaban marcados con el sello de la más profunda tristeza, no habiendo un solo soldado que no deseara abandonar aquel lugar de maldición, que ofrecía todos los matices de un lúgubre cementerio. Hasta «Pinocho» parecía haber cambiado su forzada sonrisa por una horrible mueca.

Juan, se hallaba inconsolable por la misteriosa desaparición de Yamina, la niña grácil, inteligente y simpática, que habiéndose adentrado en su pecho, se eclipsaba cuando más necesitaba de su cariño; cuando su dulce voz acariciaba su ser como

bálsamo adormecedor de las amarguras que le embargaban.

El negro fantasma de la fatalidad, que con la presencia de la niña parecía haberle marcado rumbos más felices, se alzaba nuevamente ante él para empujarle por el trágico camino de desdichas que el implacable dedo del destino le tenía trazado.

Paco, se mostraba desde algún tiempo huraño con todos, hasta con su amigo Juan, que en distintas ocasiones había tratado de fortalecer su fe en Rosario; aquella fe en la mujer amada, que por la carencia de noticias, empezaba a bambolearse como débil hoja de papel arrebatada por el viento.

Con frecuencia, se separaba de la posición, viéndosele desaparecer entre los olivos silvestres, como si fuera en busca de una bala enemiga, que trajera a su espíritu, en la muerte, la paz que no podía lograr en vida.

La pérfida serpiente de los celos, se le había enroscado a la garganta, inoculando en su cerebro quimeras de traición.

Un día que Juan le vió más taciturno que nunca, quiso consolarle, y echándole un brazo por el hombro, exclamó:

—¡Pobre amigo mío! Los celos te trastornan, haciéndote injusto con todos, hasta contigo mismo. Ya no te preocupa el amigo por el que dejaste la tranquilidad de la aldea, para acompañarle en los azares de la guerra; ya no te importa arrojar fango a la dignidad de aquella santa mujer, en cuyo martirio debieras buscar la razón de su silen-

cio; ya no sientes la propia estimación, dando lugar a que con tus prolongados paseos, pueda cebarse en tí la maledicencia, pensando que buscas ocasión de desertar, o de que un «paco» te quite de en medio, porque te asustan las penalidades de la campaña.

La palabra desertar, hirió los oídos de Paco Jiménez como zumbido de siniestro abejorro; su cuerpo, tembló bajo el brazo de Juan; sus puños se crisparon, y con los ojos centellantes y la voz enronquecida por la ira, respondió:

—¿Te precias de ser amigo mío y has tolerado semejante insulto? ¡Señálame al canalla que haya puesto en duda mi honor! ¡Pero no... Juan! Los que así me juzgan, tienen razón, pues que desertar, es buscar como yo cobardemente la muerte. El silencio de esa mujer, me hace vivir en constante agitación; bulle mi cerebro con la presión de una caldera, y los nervios se me encrespan para dejarme después entregado a una laxitud mortal. ¡Soy un desgraciado!

Juan, sufría, viendo a su amigo a punto de caer en una de aquellas crisis nerviosas que tanto le inquietaban.

Un toque de atención dado por el corneta de guardia, le hizo volver la vista hacia un grupo de soldados que se arremolinaban alrededor de un cabo, de cuyo hombro pendía una cartera de cuero repleta de correspondencia,

—¡El cartero! — exclamó Juan con alegría. — Vamos a ver si hoy tenemos más suerte.

Toda la compañía se había reunido en el centro de la posición, en espera de ese codiciado papel, que tiene la virtud de poner en comunicación las almas gemelas a través de centenares de kilómetros. En esos momentos de emoción, de duda, de esperanza, todos los brazos se alzan en dirección al cartero, que impasible ante el torbellino de diversas pasiones que le rodea, va tirando las cartas en dirección de quien las reclama al ser nombrado.

A medida que los soldados las reciben, se les vé alejarse en busca de un apartado rincón, donde al amparo de indiscretas miradas, puedan aspirar con fruición los aromas de amor, que a través de mares y montañas, llegan hasta ellos desde el hogar querido.

Por la expresión de sus curtidos rostros, se adivina si las noticias que reciben, son satisfactorias, alarmantes o indiferentes; aquel, sonríe maliciosamente mientras lee; el otro, frunce el ceño; el de más allá, dóbla la carta con aire despectivo, y la guarda en el bolsillo sin haber terminado su lectura.

Alguna vez, se oye un llanto sofocado y angustioso de algún desgraciado a quien la familia comunica de sopetón la muerte de algún ser querido.

La eterna historia de la vida, se ve representada en aquel pequeño recinto, en el que la guerra ha reunido una ínfima parte de la Humanidad. Al lado del que ríe, se sienta el que llora sin consuelo; junto al optimista, se sitúa el desesperado;

frente al rico, se establece el miserable a quien sus deudos no pueden enviar mas que pesares.

Al ser nombrado Paco por el cartero, un frío glacial recorrió sus venas. De nadie esperaba carta, como no fuera de Rosario. ¡Oh si fuera de ella!

Un extraño presentimiento, le obligaba a retener el sobre entre sus manos sin abrirlo, cual si temiera ver salir de su interior el mayor de los males.

—De quién has tenido carta. ¿Acaso de Rosario?—preguntó Juan acercándose.

—No lo sé. Ni conozco la letra, ni he podido descifrar el sello de la estafeta de procedencia; solo puedo decirte, que este sobre me quema las manos; parece como si dentro trajera mi sentencia de muerte.

—Déjate de tonterías, Paco. Abre la carta, que es el camino más corto para averiguar quién te escribe.

Con un rápido movimiento rasgó el sobre, desdobló el pliego, y fijando en la firma la mirada con avidez, exclamó:

—Froilán Samper... ¿Quién es este Samper que me escribe desde Fuenteclara?

—Es el hijo de la posadera, que se estableció en el pueblo el año pasado. ¿No recuerdas de él? Estuvo de ronda con nosotros la última noche que pasamos en el pueblo.

Mientras Juan hablaba, Paco leía con febril interés, buscando la razón de aquella carta que le

dirigía un individuo con quien no había sostenido trato alguno. De pronto, su rostro tomó un tinte cadavérico; sus ojos, desorbitados, solo distinguían sobre el papel líneas rojas, que se iban ensanchando hasta hacerle verlo todo de color de sangre; sus puños se crisparon estrujando entre sus dedos la ponzoñosa carta, y volviendo la espalda a su amigo, se alejó exclamando con violencia:

— ¡Maldita ella, y malditos cuantos habéis sostenido tan indigna farsa!

Juan, lejos de ofenderse por la grave injuria que acababa de recibir, sintió pena por su amigo, y corrió tras él llamándole.

— ¡Detente, Paco! — gritaba intentando alcanzarle. — ¡Te lo pido por nuestra antigua amistad! ¡Te lo ruego por la memoria de tu madre! ¡Escúchame por favor!

— ¿Qué pretendes? — respondió Paco deteniéndose un momento. — ¿No os habéis burlado bastante de mí? ¡Toma! — dijo arrojando la fatídica carta a sus pies. — ¡Lee eso, y no vuelvas a cruzarte más en mi camino!

La actitud de Paco, había dejado como en suspenso las facultades mentales de Juan, que sin poderse mover del sitio en que se encontraba, cual si hubiera quedado petrificado, se preguntaba si lo que le estaba sucediendo era realidad, o se hallaba bajo los efectos de una pesadilla; pues únicamente así, podía su imaginación presentarle como enemigo irreconciliable al más querido de los amigos.

Una ráfaga de viento, hizo cruzar ante sus ojos la carta de Samper. Indudablemente, en aquel papel se encontraba el enigma de la actitud de Paco. Avanzando unos pasos se apoderó de él, y leyó: «Querido amigo: Seguramente no sabrás que el domingo se publicó la primera amonestación de Rosario y tu rival Casianón...»

— ¡Qué bárbaro! Le llama amigo, y le clava en el corazón el dardo de los celos. ¡Pobre amigo mío cuanto sufre por ella! Esta maldita carta, ha sido la causa de su desesperación. Ya no cree en el amor ni en la amistad. Es un escéptico; pero yo llevaré la paz a su espíritu cuando pueda aportar pruebas evidentes del error en que le ha precipitado la mala voluntad de un malvado. Esperaré a que mi madre explique esta nueva fase de los enmarañados amores de Rosario, aunque preveo que para publicar las amonestaciones, no se ha tenido en cuenta su voluntad.

Dos días llevaba Juan sin ver a su amigo, cuando recibió carta de su madre. ¡Cuán diferentes eran las noticias que le enviaba, a las recibidas por Paco! «Intentan cometer con Rosario la mayor de las vilezas—decía la madre.—Se ha publicado la primera amonestación, sin su consentimiento, y pretenden casarla muy en breve, aunque no podrá ser tan pronto como desean, porque la pobre, está enferma a consecuencia de la impresión sufrida. En el delirio de la fiebre, llama a Paco para que la saque de manos de sus verdugos».

No obstante el sentimiento que le producía la

enfermedad y apurado trance en que se encontraba Rosario, sentía Juan la satisfacción de poder acercarse a su amigo con la rama de oliva, llevando a su ánimo la dulce calma que produce en los enamorados la seguridad de poseer el corazón de la mujer amada. Dolorosa era la noticia que tenía que comunicarle; pero confiaba en que Rosario sacaría fuerzas de flaqueza para resistir a los mezquinos planes de su padre.

Después de buscarle sin resultado por todos los rincones de la posición, empezó a impacientarse, temeroso de que en un arrebato de desesperación, hubiera atentado contra su vida.

Nadie le había vuelto a ver desde la tarde en que recibió la fatal noticia.

Deseando agotar todos los medios de información, se dirigió a la tienda del Capitán, suponiendo fundadamente que él podría informarle respecto a desaparición de su amigo.

—Paco Jiménez—dijo el Capitán—me pidió permiso para presentarse voluntario en el Tercio, y se lo he concedido. Allí, iremos a parar los que hemos perdido el apego a la vida por haber recibido profundas heridas en el corazón. El Tercio, es el crisol donde se fortifican los espíritus y se purifican las conciencias. Bajo los pliegues de sus gloriosas banderas, se cobijan los deheredados de la fortuna, los perseguidos por la justicia, los maltratados por el amor. Todos marchan en pos del mismo ideal: aumentar nuevos laureles a su gloriosa enseña. Todos caminan hacia el mismo fin: des-

posarse con la muerte, que en cada combate se muestra ante las guerrillas insinuante, magnífica, tentadora, brindando su descarnado pecho al legionario que ambiciona la gloria y el olvido de su pasado.

—Pero Paco, no se encuentra en ese caso— se atrevió a replicar Juan—mi amigo, ha sido víctima del engaño de un malvado. Lea usted esta carta, y verá que en su resolución obró con ligereza.

Leyó el Capitán la carta, y devolviéndola a Juán, exclamó emocionado:

—¡Pobre muchacho! Corre y búscale dondè se halle. La desesperación le arrastra en pos de la muerte. Que vuelva de su acuerdo, si aún es tiempo: o que en la hora suprema, cuando de su pecho se escape el último aliento, pueda dibujarse en sus labios una sonrisa en lugar de una maldición.

Marchó Juan a Dar-Drius anhelante por encontrar a su amigo, presentándose al Jefe de la Bandera allí destacada. Era éste un Comandante joven, buen mozo, de mirada franca y aspecto atrayente, que ganaba voluntades a las primeras palabras que se cruzaban con él.

Sus patillas weilerianas y el curtido pecho al descubierto, le daban aspecto de guerrero invencible.

—Siéntate, muchacho—le dijo poniéndole una mano sobre el hombro.—¿Qué te trae por aquí? ¿Acaso vienes a compartir la gloria de nuestros valientes?

—No, señor—respondió Juan con el rostro encendido por el rubor. —Vengo a saber de un amigo querido, que en un momento de arrebató debe haber ingresado en este cuerpo.

—¿Cómo se llama?—preguntó el Comandante tomando un libro de un pequeño armario.

—Francisco Jiménez.

—Me suena. Jiménez... Jiménez... ¡Aquí está! —exclamó señalando con el índice una línea del libro. —Ingresó voluntario hace dos días, por el tiempo que dure la campaña. Ayer, precisamente, marchó a incorporarse a Dar-Quebdani.

Se despidió Juan del Comandante, regresando a Uestfa preocupado por la suerte que pudiera haber a su amigo. Se daba el caso de que por la parte de Dar-Quebdani, se venían librando una serie de combates, que la escabrosidad de la sierra y la tenacidad de los moros en la defensa de sus posiciones, hacían duros y sangrientos. Sabía él, que el Tercio lucha siempre en la vanguardia, y que si los rifeños tienen fama de valientes, los kabileños de Beni-Said lo son por excelencia.

Pelean los españoles en el Rif, con enorme desventaja respecto a los indígenas: artistas, estudiantes, comerciantes, labradores, empiezan a ser soldados, cuando como reclutas llegan al cuartel y les entregan un fusil, que no saben manejar; el rifeño, en cambio, empieza a ser guerrillero cuando apenas puede sostener un arma entre las manos. Los que habéis recorrido los campos del Rif en son de guerra, habréis podido observar con

qué envidia contemplan el armamento de nuestros soldados esos pequeñuelos harapientos, que se acercan a nuestros campamentos en busca de un mendrugo.

El más valioso regalo que hace un moro a su hijo cuando apenas ha llegado a la pubertad, es un fusil con su correspondiente dotación de cartuchos. Con él siempre pendiente del hombro, le veréis concurrir a las faenas del campo, al zoko, al santuario; el fusil, al que todo lo fía, es su mejor amigo, y la más sólida garantía de consideración y respeto entre los suyos. Así ha de ser en un pueblo indómito y salvaje, del que la Historia no sabe que haya sido domeñado por ningún otro pueblo extranjero.

El rifeño, se encuentra siempre dispuesto a hacer guerra ya contra el Sultán, con las kábilas vecinas, o bien contra fracciones de la suya. Sus aduares, están casi siempre situados en lugares extratéticos, y rodeados de espesas chumberas como defensas accesorias, que les hacen inabordables para quienes no conozcan los laberintos de la entrada.

Lo único capaz de unir a los rifeños en estrecho lazo, es la guerra; así, Bu-Hamara pudo agrupar bajo su mando las kábilas de Quebdana y Guelaia para luchar contra el Sultán; el mismo ejemplo ofrece Mohamed-el-Mizzián sublevando Guelaya contra España; al Cherif Raisuni, le siguieron en su rebeldía las kábilas de Yebala; y por último, el cabecilla de Axdir, logró hacerse obedecer

por todas las kábilas del Protectorado español, en la terrible lucha, que tuvo como epílogo su completa sumisión.

Entre todas las kábilas que forman el carcomido imperio de Marruecos, descuellan por su acometividad y tesón en la defensa de su suelo, las kábilas del Rif oriental, figurando a la cabeza de éstas la de Beni-Said. Durante muchos años sirvieron estos kabileños de barrera a la invasión española, hasta que viéndose a punto de ser envueltos, resolvieron someterse.

Estos indígenas, enfrascados en las arideces de sus montes, se pliegan al terreno en forma tal, que ni la artillería es capaz de hacerles descubrirse; siendo frecuente que la infantería se vea precisada a arrancarles de sus trincheras con la punta de las bayonetas.

Esta, es la causa de que los combates en Beni-Said, se desarrollen siempre con encarnizamiento.

Se cuenta de un kaid, que en uno de los ataques a la bayoneta, fué abandonado por su gente, que escasa de municiones y viendo acercarse en arrollador empuje a los soldados españoles, huyeron despavoridos. El Kaid, los apostrofó, y no logrando contenerlos, volvió el arma contra ellos hasta agotar los cartuchos que le quedaban; después, la arrojó lejos de sí por inservible, y continuó en su puesto luchando a pedradas contra los españoles, que admirados de tanto heroísmo, trataban de salvarle la vida, invitándole a rendirse; pero el moro, lejos de atender a razones, continuaba arro-

jando piedras con fiera saña, hasta que después de haber producido algunos heridos, sin poder ser reducido, se vieron los soldados obligados a darle muerte.

Si valientes son los soldados de Beni-Said, no tienen menos de leales. Al someterse a las tropas españolas el año 1920, garantizaron la seguridad y el orden dentro de la kábila, cumpliendo tan fielmente su promesa, que podía transitarse libremente por aquellos parajes tanto de día como de noche, sin temor a contratiempo. De enemigos, habían pasado a ser los mejores auxiliares del malogrado general Silvestre en su avance sobre la bahía de Alhucemas; después, al sobrevenir el desastre de Annual, el Kaid Kaddur Naamar, a quien el General había colmado de mercedes y distinguido entre sus mejores amigos, le traicionó en los momentos más difíciles; pero no logró arrastrar tras sí a la kábila, que si en un principio tuvo que amoldarse a las circunstancias provocadas por la invasión de tensamanis y beni-tusines apoyados por los de Beni-Urriaguel, al volver los españoles, les abrieron de par en par las puertas de la kábila, y levantaron harka para ayudarles; si bien es verdad, que algunas fracciones colindantes con las citadas kábilas, se sumaron a la rebelión.



XIII

El relevo.— En busca de Yamina.— El cinismo de los moros.— Confidentes inconscientes.— El heroísmo de Paco

La noticia del relevo fué acogida con júbilo por la guarnición de Uestfa, que aún se hallaba bajo la impresión de los pasados sucesos.

Aquella posición tan bonita, tan alegre en otros tiempos, desde cuyos parapetos se dominaba la carretera, el río y la llanura, había perdido para los nuestros todos sus atractivos, quedando convertida en lugar de confinamiento, ya que solo aburrimiento y melancolía se respiraba en el ambiente de sus contornos.

El espíritu de Aixa, fluctuaba sobre aquellos lugares con tintes de tragedia.

La tertulia de soldados, que por la noche a la luz de la luna se formaba sobre la banqueta del parapeto para contar cuentos de aparecidos o consejas de aldea, había quedado disuelta por falta de concurrencia.

Ahora habían sido destinados a la columna volante de Dar-Drius, y estaban contentos con el cambio de destino, no solo porque abandonaban aquellos lugares de maldición, sino también porque en aquel gran campamento se reúnen fuerzas de todas las armas, que le convierten en populosa ciudad militar.

A la llegada de la compañía, fueron recibidos por sus compañeros de batallón, con quienes compartieron alegremente cambiando mútuas impresiones del tiempo que habían permanecido ausentes; pero guardándose de referir lo ocurrido en Uestía, por haberles recomendado silencio el Capitán.

El campamento de Dar-Drius, situado sobre las llanuras de la Abbada, fué trazado por el ilustre general D. Federico Berenguer, con vistas a convertirle en una ciudad, que en día no muy lejano, pueda ser centro de contratación de las futuras explotaciones agrícolas de las llanuras de Metalza.

Cuenta la incipiente ciudad, con calles amplias y rectas, en las que el comercio va levantando algunos edificios de piedra y ladrillo.

Entre sus industrias, figura una pequeña fábrica de luz eléctrica, cine, restaurant, tiendas de comestibles, de tejidos, cervecerías, y otra porción de establecimientos.

El agua, que antes de la evacuación había de tomarse de unas fuentes en el cauce del Kert, se obtiene ahora dentro del campamento, gracias a los pozos que se han abierto para el servicio público y de las tropas.

No es de extrañar que los soldados prefieran los servicios de este campamento a los de los pequeños destacamentos, a pesar de que truecan el descanso por el constante ajetreo de los convoyes, y la forzada quietud en la protección de

aguadas y caminos, aguantando el sol canicular en el verano y las lluvias torrenciales en invierno, sin más amparo que el capote manta, del que se valen como paraguas y sombrilla.

En la actividad de aquella urbe militar, se encontraban distracciones para todos los gustos, como las que pudiera haber en cualquier ciudad española, con solo hacer un pequeño esfuerzo de imaginación y unas cuantas consideraciones filosóficas: unos, acudían a la llegada del tractor-carril, con la misma ilusión que si esperasen el rápido de Asturias; otros, que acudían a tomar café a una barraca de madera servidos por una cantinera guapa, se creían hallarse muellemente sentados sobre uno de los divanes del León D'Or; y muchos, que solían aliviar sus pesares en las cervecerías, se imaginaban descubrir tras las tablas del mostrador del Bar Azul la simpática cara de Jeromo. Aquellos a quienes agradaba pasear por el campo, podían alejarse unos centenares de metros del campamento, sin temor a contratiempos.

En Dar-Drius, había mercado todos los días, y zoko, al que concurrían los desocupados, una vez a la semana.

Los únicos precedentes de Uestía que continuaban apesadumbrados, eran el Capitán, de cuya imaginación no se borraba un momento el recuerdo de Aixa, y Juan, que aunque había recibido noticias de Paco, aún no había logrado entrevistarse con él. También le atormentaba el recuerdo de Yamina a la que parecía haberse tragado la tierra.

Por nada dejaba de acudir al zoko, donde concurrían algunas mujeres con lana, huevos, pollos, sal de mina y otros productos del país. Cada vez que veía una morita joven, creía reconocer en ella a Yamina.

Un día, se detuvo ante una jovencita que vendía chumbos, sin lograr que ninguno de cuantos pasaban ante su puesto, hiciera aprecio de su mercancía.

Al ver a Juan, que inmóvil frente a ella la contemplaba con curiosidad, le dirigió una sonrisa, al tiempo que con un mohín gracioso, le invitaba a comprar la exquisita fruta.

—¿Quere chumbo?—interrogó mimosa.

—¡Oye, morita!—preguntó Juan a su vez como si no hubiera oído.—¿De dónde eres?

Ella, se encogió de hombros sin contestar.

—¿Conoces a una morita de tu edad que se llama Yamina?

—¿Yamina? La, Fatma.

—¡Válgame Dios! No me ha comprendido. Cree que la he preguntado por su nombre. ¿Sabes algo de español, Fatma?

—La.

—¡Que lástima! Esta morita, podría darme algún detalle de lo ocurrido después de la muerte de Aixa.

—Aixa morrer, susurró la morita, poniendo un destello de inteligencia en su semblante.

—Ya lo sé, Fatma. ¿Pero qué ha sido de Yamina?—preguntó con afán, creyendo por las últimas

manifestaciones, que aquella mora estaba en el secreto de la tragedia de Uestfa.

—Mira, morita! Si me dices lo que ha sido de Yamina, todo esto para tí—exclamó colocando cinco duros en plata sobre la palma de la mano.

Ella, tomó uno, y llevándolo con coquetería a la altura de la vista, le dijo sonriente:

—Isto doro, todo chumbo.

—¡No quiero chumbos!—respondió malhumorado.—¡Quiero que me digas dónde está Yamina, si es que lo sabes.

Aturdida la morita y dando muestras de no entender una palabra de cuanto Juan hablaba, le devolvió el dinero.

Verdaderamente, no debía conocer a Yamina, y si sabía algo de la muerte de Aixa, sería por referencias recogidas en algún zoko.

Todas las tardes en que el servicio se lo permitía, paseaba Juan con su perro por las orillas del río. Le divertía ver como al paso de Lobatón huían los lagartos, buscando refugio en los agujeros, y como al encuentro de algún camaleón, el chepudo animal tomaba el color de la rama que le servía de sostén, y abría su enorme bocaza pretendiendo intimidar al perro.

A veces, era una liebre que saltaba a sus pies, olvidándose entonces de sus penalidades para recordar días más felices, en que se reunía con los cazadores de Fuenteclara y otros pueblos comarcanos, para batir jabalíes y rebecos. Persiguiendo a la liebre, recordaba aquellos momentos de emo-

ción en que un corzo acosado por los ojeadores, daba un formidable salto para ponerse a salvo de las escopetas, o anunciaba su presencia un corpulento oso, atronando con sus fieros rugidos las gargantas de la sierra.

Estos espectáculos en que Juan encontraba distracción, no dejaban de estar exentos de peligro, a poco que se desviara del radio de protección, porque como había dicho Aixa, el campo de operaciones del Burrajai, estaba entre Batel y Dar-Drius.

Paseaba una tarde río abajo, distraído en la contemplación de cantineras y soldados que afanosamente se entregaban al lavado de sus ropas en la corriente de aquellas aguas salitrosas. Dejando tras sí el puente y la cascada, descendió al fondo del profundo cauce, continuando su paseo hasta llegar a un remanso donde se bañaban unos cuantos soldados. Más abajo, un escuadrón abreva sus caballos, y a continuación, dos soldados de Ingenieros que llenaban de agua un tanque, charlaban confiadamente con cuatro moros armados, que parecían ser de la Harka amiga. Marchó el escuadrón, marcharon soldados y lavanderas, y como el servicio de protección empezaba a retirarse, también Juan tomó el buen acuerdo de regresar al campamento. Poco después de su llegada, tuvo noticia de que aquellos moros que había visto en la aguada, pertenecían a la partida del Burrajai, y se habían llevado prisioneros a los dos soldados del tanque.

Crean los moros, que en la guerra todos los medios son lícitos para conseguir el fin que se proponen; así, es muy frecuente que el vendedor de naranjas, que establece su puesto a la entrada de la posición, el carnicero que suministra la carne, el vendedor de huevos y gallinas, y todos los que con las tropas tienen alguna relación comercial, acudan durante la noche a impacientar las tropas con sus paqueos. Los hay tan cínicos, que entre disparo y disparo, se permiten chanzas con los oficiales, a quienes suelen llamar por su propio nombre: «¡Capitán Fulano! ¿Quere huivo? ¡Toma huivo!» Y pun... un disparo. «¿Quere gaina? ¡Toma gaina!» Y pun... otro disparo.

Cuando al día siguiente se presentan en la posición a ofrecer su mercancía con cara de ingenuos, si se les pregunta por los paqueadores de la noche anterior, responden con evasivas; pero dejando adivinar en su maliciosa sonrisa que fueron ellos.

Los moros, disponen de buen servicio de espionaje, empleando en su propio beneficio los confidentes que paga el Estado.

Hubo un tiempo en que las confidencias menudeaban tanto, que los jefes de posición habían terminado por aprenderse de memoria aquellos célebres telefonemas cifrados, que decían: «Confidencias aseguran que 2433-8292-5516...»

Había confidencias de dos duros, de tres, de cinco; a veces, el confidente, para dar confirmación a sus noticias, se acercaba a la posición con

dos o tres amigos, disparaba sobre ella unos cartuchos, y a casita con la ganancia.

Los soldados, suelen ser con frecuencia elementos inconscientes de espionaje, que el moro sabe apreciar en su verdadero valor.

Cierta noche se hallaba Carlos en unión de sus oficiales rodeando una bien provista mesa, sobre la que aparecía el cadáver de un pollo asado depositado en una fuente de porcelana, tan escuálido, que parecía muerto de debilidad por no haber podido resistir el ayuno de Ramadán. Un oficial, armado de cuchillo y tenedor, quiso trincharle, sin tener en cuenta, que en Marruecos todo se nos resiste, incluso los pollos muertos. Al primer intento, resbaló el cuchillo sobre la piel del animalito, que cual si estuviera vivo, saltó de la fuente, chocó contra la cara de un asistente, yendo a posarse en el suelo, donde quedó cubierto de polvo.

Aquel accidente, que entre otras gentes hubiera sido causa de disgusto, sirvió para que todos hicieran chistes más o menos ingeniosos con relación al pollo acróbata.

Otra fuente bien repleta de chuletas y patatas fritas apareció en escena; pero estaba escrito, que Carlos no había de cenar a gusto aquella noche; aún no había tenido tiempo de probar la carne, cuando apareció un ordenanza, dándole la orden de que se presentara inmediatamente al Jefe del Batallón.

Transcurrida media hora, regresó a la tienda, diciendo a los oficiales:

—¡Señores! mañana, hay que racionar a la fuerza para tres días; el oficial de semana, pasará revista de armas, municiones y vestuario, dándome cuenta detallada del estado en que en encuentra el calzado; y ahora, veamos si podemos cenar tranquilos.

—¿Habrà operaciones, mi Capitán?—preguntó un alfez.

—No puedo contestar a esa pregunta; pero tampoco veo motivo para que usted deduzca de las órdenes del Jefe, que pueda haber operaciones. Está dispuesto que la fuerza cuente siempre con raciones para tres días, y que diariamente se pase revista de armas y municiones. Por lo que respecta al calzado, ya sabe usted que es una de mis preocupaciones.

Se dió el Oficial por satisfecho con aquella explicación, convencido de que el Capitán había recibido órdenes reservadas.

Al día siguiente había zoko, y Juan, siguiendo su costumbre, fué a dar una vuelta por si la Providencia quería depararle la fortuna de encontrar a Yamina.

Un grupo de asistentes y cocineros rodeaba a un vendedor de huevos y gallinas.

—¿Por qué comprar hoy tanto, paisa?—preguntó el moro a uno de aquellos soldados...

—Porque mañana vamos de operaciones—contestó.

—Ya estar yo saber que ir a Ben-Tieb.

—Pues si que estás bien enterado. Vamos a Tugunt.

—¿Tú que sabes?—terció otro.

—Pues si yo no lo sé, que soy el asistente del Jefe que irá mandando la vanguardia de la columna ¿quién ha de saberlo?—replicó con énfasis.

—Anoche, después de la cena, se reunieron en la tienda de mi amo todos los jefes de las fuerzas de vanguardia para recibir instrucciones, y pude enterarme de que mañana de madrugada, salimos racionados para tres días por lo que pueda ocurrir.

El moro escuchaba con atención el relato del soldado. Cuando terminó de hablar, le quedaba sin duda por recoger algún detalle, porque para que el inconsciente confidente siguiera hablando, se aventuró a decir:

—No puedo creer que vayáis a Tugunt, porque está tan lejos, que llegaríais extenuados y sin fuerzas para combatir.

—Es que nosotros, vamos solo como columna de apoyo, y no llegaremos a Tugunt. Nuestra misión, estriba en evitar que gentes de Mtalza y Tafersit acudan al combate. El choque principal, está encomendado a la columna de Dar-Quebdani.

—¡Cuidado, paisa! Yo estar amigo, y querer que cristiano pegar fuerte; pero saber que en Tugunt haber moncho moro.

—No hay nada que temer. Si los moros son muchos, más somos nosotros—dijo, y explicó con minuciosidad los elementos que en hombres, ga-

nado y material integraban las columnas que habían de tomar parte en la operación.

— ¡Viva Esbania, paisa, viva Esbania! ¡Yo estar amigo! Comprar a mí todo día huivo, que vender rial más barato que todo moro.

De nada servía la reserva que Carlos había guardado con sus oficiales. La falta de prudencia al hablar delante de los asistentes de asuntos tan importantes, traía como consecuencia, que los moros conocieran los planes de la campaña apenas concebidos por el Estado Mayor.

La operación de Tugunt, fué sangrienta. Los moros, lejos de ser sorprendidos, como se esperaba, tuvieron tiempo de elegir posiciones ventajosas, en las que fuertemente atrincherados, defendieron el terreno con tesón.

No pudiendo los nuestros desalojarlos con el fuego de sus fusiles, marchaban a pecho descubierto al asalto de las trincheras, por cuya posesión se entablaban luchas homéricas.

El Tercio, se cubrió de gloria una vez más.

Al día siguiente del combate, «El Telegrama del Rif» cantaba sus hazañas, siempre dignas de emulación, en entusiástico artículo de fondo.

Entre los distinguidos, figuraba el legionario Francisco Jiménez, que en el asalto de una trinchera, viéndose rodeado de enemigos, se sirvió del fusil como maza, haciendo rodar sin vida a gran número de ellos, hasta que uno que llegó hasta él agazapado, le atrevesó el pecho con una gümía.

Esta noticia, fué un rudo golpe asestado a la sensibilidad de Juan. Desde aquel día, ardía en deseos de marchar a Melilla para visitar a su amigo en el Hospital; pero la noticia de un próximo relevo, le privó de solicitar el correspondiente permiso.

¡Qué inmensa alegría iba a recibir Paco en medio de sus dolores! Porque Juan había vuelto a recibir carta de su madre con noticias de Rosario, que continuaba enferma de cuerpo; pero fortalecida en el espíritu hasta el punto de haberse atrevido a decir a su padre, que ni arrastrando se dejaría conducir a la Iglesia para pasar como una oveja más al rebaño de Casianón.

En el poco tiempo que los leoneses estuvieron en Dar-Drius, supieron hacerse cartel, como se dice en el argot popular, no sólo entre el elemento civil, sino entre los mismos soldados de otros cuerpos, que admiraban en ellos el trato correcto, la gracia en el decir y la simpatía que despertaban entre aquellas saladísimas cantineras andaluzas, algunas de las cuales les lavaban gratuitamente la ropa, y hasta solían regalarles de vez en cuando un paquete de cigarrillos. Por eso, el día del relevo, hubo lloriqueos, dulces promesas... y opíparas meriendas preparadas con exquisito gusto para *su hombre* por aquellas ingenuas amadoras, en cada una de las cuales encarnaba una Madelón francesa.

Dos compañías, marcharon destacadas a la Zauia de la Abbada, excelente posición en el llano

de Sepsa, a dos kilómetros de Dar-Drius; la cuarta, se dividió en pequeños destacamentos perdidos en la soledad de las inhospitalarias tierras de Beni-Said en sus linderos con las de Mtalza.

También en esta etapa, que parecía de tranquilidad y reposo, encontraron los expedicionarios de Burgos ocasión de añadir nuevas páginas de gloria a las numerosas que ya llevaban escritas en el historial del Regimiento.

Sobre una planicie de tierras muertas en las que ni vegetales ni animales dan muestra de existencia, se alzaba una corraliza de pequeñas dimensiones, de cuyo centro brotaba la caperuza de una tienda de campaña, que servía de albergue a un teniente, un sargento, dos cabos y veintiocho soldados. Ni un hombre más cabría en aquella choza de tela, ni un palmo más de terreno podría aprovecharse dentro del recinto de aquella posición, conocida con el nombre de Ictiuen.

A sus inmediaciones, una serie de barrancos trazados en ondulaciones de mar en lucha, dan aspecto de excavaciones practicadas por el espíritu del mal, para que en su fondo pueda tejer celadas la traición.

Ni un árbol, ni un espino, ni un pájaro; solo tierras pardas y piedras pizarrosas.

Durante la noche, suele quebrantar el silencio de aquella soledad el lúgubre aullido de los chacales, o la horrible carcajada de la hiena pidiendo carne; carne de la que tanto abundó en Annual, en Batel, en Monte-Arruit, y de la que tanto esca-

seaban ahora las fieras, porque nuestros soldados, en su victorioso avance, daban paz a los muertos que quedaban sobre el campo.

El Teniente, era un hombre alto, grueso, simpático, de mirada tan apacible y tan dulce trato, que quien no conociera sus andanzas por Marruecos, no podría comprender que aquel rostro bondadoso pudiera transfigurarse al ser iluminado por los destellos de Marte.

Era este, Juanito Rodríguez Lozano, como cariñosamente le llamaban sus compañeros, y como también le llaman cordialmente sus paisanos del Valle de Bernesga.

A pesar de las reducidas dimensiones del círculo de acción en que se movían, se deslizaban felices los días para aquel grupo de patriotas leoneses, en el que el Teniente tenía más de padre que de jefe.

Conocedor de los efectos perniciosos que en la tropa produce la inactividad, procuraba tenerlos distraídos todas las horas del día, empleando su vasta cultura en hacer patria, ya dándoles conferencias de Agricultura, Ganadería, Mineralogía e Historia, o bien inculcándoles sanos principios de ciudadanía. Por la tarde, jugaba con ellos una partida de bolos, y por la noche, leía y se entregaba a la vigilancia de la posición mientras las demás dormían. Solo cuando los gallos de los aduares enemigos anunciaban la proximidad de la aurora, se tendía sobre su saco de paja en busca del necesario descanso.

Todos los días, al hacer la descubierta, se quedaban apostados cuatro soldados y un cabo para proteger el tendido de una línea telefónica.

De la vigilancia de estos servicios, se hacía cargo el Sargento, que como todos los de esta sufrida clase, era un fiel cumplidor de sus deberes militares.

Una mañana, despertó Juanito al estampido de una descarga de fusilería, y con la intuición propia del hombre avezado a los azares de la guerra, se dió perfecta cuenta de que la descubierta había sido objeto de una agresión, y saltando de la cama, se calzó unas zapatillas, cogió un fusil y un corraje, que se colgó del hombro, y se lanzó desnudo fuera de la posición, seguido de su asistente y otros tres soldados que encontró a su paso.

A las siete, había salido la fuerza de descubierta envuelta en tan espesa niebla, que no permitía percibir los objetos a mayor distancia de diez metros.

Caminaban los soldados en fila india por la ladera de una hondonada, en cuya parte superior se hallaba el puesto de observación que habían de cubrir, cuando a dos metros del parapeto sonó una descarga, que hizo rodar sin vida a los soldados Valentín Porras y Victoriano González, que marchaban a la cabeza; los demás, que aún no se habían descubierto, se arrojaron al suelo mientras el enemigo abría intenso fuego sobre todos los frentes de la posición, para evitar la salida del supuesto socorro.

En energético contraataque pudo llegar Lozano hasta los suyos, que oyendo tras sí las palabras de aliento de su Teniente, se desplegaron en guerrilla, y persiguieron al enemigo, que abandonó el campo en precipitada fuga, dejando tras sí rastros de sangre y más de doscientas vainas de cartuchos Mauser, que ellos recogieron.

Sensibles fueron nuestras pérdidas; pero mayores lo hubieran sido sin la intervención del Teniente y la pericia del Sargento, que ante el peligro que ofrecía la niebla, supo conducir a su tropa en un orden de formación adecuado al momento.

Es el sargento español el más firme pilar sobre el que descansa la complicada máquina del Ejército; el primer cilindro, que ha de laminar la materia prima, que constituye su masa principal; la línea de contacto entre la oficialidad y la tropa; el sembrador de subordinación y disciplina; el espejo moral de los soldados en paz y en guerra; el mecánico que lleva sobre sí el peso de todo el engranaje burocrático.

Reconociendo los Poderes la capital importancia que para el Ejército tiene esta humilde clase, han querido mejorar su situación económica por medio de pluses de reenganche y diversas gratificaciones, que no alcanzan a satisfacer sus honradas ambiciones, ya que lo que el sargento precisa, aparte de la unificación de sus devengos en paga, mejorada por quinquenios, es la elevación de su nivel social, reconociendo su empleo como

el primer peldaño de una carrera, que le permita escalar los primeros puestos de la Milicia, después de haber pasado por la Academia Regimental de Cadetes de Cuerpo, y por la de su arma, en la que debían entrar sin oposición.

Esas son las aspiraciones de estas beneméritas clases, que tras de haber agotado su juventud y haber empleado sus energías en el servicio de la patria, ven caer con las rosadas ilusiones de los primeros tiempos, las doradas hilachas de sus galones, después de haberlos llevado quince años sobre los brazos.

Hay que abrir amplios horizontes a los hijos del pueblo que no pueden costearse la carrera militar, para que cada uno pueda, como los soldados de Napoleón, llevar en su morral el bastón de Mariscal.

La proximidad a Dar-Drius, hacía más llevadera la vida a los de la Zauia de la Abbada, entre los que se encontraba el Médico D. César Alonso Delás, hombre bondadoso por naturaleza, espíritu selecto, amante de su profesión, de la que resultaba ser un místico sacerdote.

Ni la hora ni el lugar, eran pretexto para que Delás dejara de acudir, si era requerido para reconocer a un enfermo o curar un herido; bien lo había demostrado en cuantos combates tomó parte, y muy particularmente en Dar-Azugaj, donde bajo el fuego de cañón y fusilería del enemigo, practicó la primera cura a todos los heridos del Batallón, con tanta delicadeza y esmero como

podiera hacerlo en una sala de operaciones; cual si el sagrado deber que estaba cumpliendo, le hubiera hecho olvidar el peligro a que se hallaba sometido.

Sin embargo, Delás era pacifista. No cabía en su cabeza, que los hombres cumplan un deber de patria matando a otros hombres de quienes no han recibido agravio, y cuya muerte puede sembrar la desesperación y la miseria en multitud de hogares; por eso él, que ejercía completo dominio sobre su sistema nervioso, que jamás se alteraba, no podía resistir que se diera mal trato a los moros; que se les paqueara cuando se hallaban dedicados al pastoreo.

Había en la posición un oficial, que solía contrariarle, porque cada vez que un moro se situaba al alcance de su fusil, rompía fuego sobre él. Un día, que tiroteaba a un grupo situado en las inmediaciones de Ain Kert, se aproximó a él con un gesto, que igual podía ser una mueca que una sonrisa, para decirle:

—¿Por qué tiras? ¿Qué daño te hacen esos moros? Piensa que esos hombres, que se ven obligados a traer sus ganados cerca del río, tendrán hijos, que como los tuyos, estarán en estos momentos sintiendo la inquietud del peligro que amenaza a sus padres.

El Oficial, no hizo caso y siguió tirando. Poco después, contestaban los moros a la agresión en tan gran número y con tal violencia, que para repelerlos, hubo necesidad de sacar de la posición

dos piezas de artillería. Entonces, Delás, se aproximó al Oficial diciéndole al oído:

— Si nos hacen alguna baja, la responsabilidad herirá constantemente tu conciencia.

Aquella misma noche, se acercaron los moros a paquear la posición. Una bala rompió un cepillo, agujereó un maletín de mano, y hubiera taladrado la cabeza del Médico, si momentos antes no se hubiera acostado, ya que tenía por costumbre sentarse en la cama, precisamente en el sitio por donde el proyectil trazó su trayectoria. A veces, pagan justos por pecadores.

Un mes aproximadamente hacía que los leoneses habían salido de Dar-Drius, cuando volvió a reunirse nuevamente el Batallón de Burgos en aquel campamento.



XIV

Aires de Traición.—El tormento de Aixa.—Proposiciones humillantes.—La soledad de Yamina.—Todo por el amor.
El puñal de Maimón

Desde el día en que Aixa conoció a Carlos, empezó para ella una nueva vida, que aunque llena de sobresaltos por el peligro que encerraba el trato con los cristianos, brindaba goces espirituales y atractivos jamás por ella imaginados.

El respeto con que él la trataba, sus maneras distinguidas y su persuasivo lenguaje en materias sociales y religiosas, la habían llevado al convencimiento de que Marruecos es un país bárbaro y oscurantista, en el que la mujer tiene menos valor que una bestia de carga.

Estas consideraciones, eran causa de que su amor por Carlos, se hubiera transformado en mística adoración.

El día en que los bárbaros kelachas la sacrificaron impíos a sus ruines inspiraciones, lo pasó dominada de profunda preocupación y tristeza, cual si hubiera leído en el insondable libro del porvenir, que aquel faro encendido como por arte mágico a sus pies para iluminar ante ella senderos de felicidad, quedaría extinguido apenas aquella noche intentara aspirar los deleitosos perfumes del jardín de sus amores.

Al llegar la hora de costumbre, acechó desde el interior de su choza el momento en que las demás mujeres del aduar bajaran al río, para marchar tras ellas a la cita de su adorado Carlos; pero transcurría el tiempo, sin que a sus oídos llegara el murmullo acusador de su paso.

Aquel silencio absoluto, aquella quietud de las fuerzas naturales, que daba sensación de toda carencia de vida, ponía en sus venas corrientes de hielo, que se traducían en sacudimientos nerviosos.

—¿Qué te ocurre, Aixa? —interrogó Yamina acariciando a su protectora. —Nunca te ví tan alterada como esta noche. ¿Temes algo por Carlos?

—Temo por nosotras, niña mía— respondió Aixa suspirando. —Hace una hora que debieron pasar las mujeres de la aguada, y esta tardanza pone en mi corazón angustias de agonía. No sé por qué presiento la traición de nuestras convecinas, confabulándose contra mí para tenderme un lazo.

—¿A qué esperar más con esos temores? Marchemos a Uestía, y si llegamos con bien, le pediremos a Carlos que nos aparte de estas gentes esta misma noche.

—¡Tienes razón, Yamina! Marchemos dando el último adios a estos parajes donde tanta hambre y sed hemos padecido. Mañana, alumbrará para nosotras un nuevo sol; el sol de los cristianos, que luce con destellos de amor y concordia.

Tomaron las ánforas que les servían de pre-

texto para entrevistarse con Carlos, y se disponían a salir, cuando llenó el marco de la puerta la figura de un moro alto, musculoso, cetrino, de mirada penetrante, rostro enjuto y barba rala, que tratando de suavizar con una sonrisa la dureza de su semblante, exclamó:

—No te asustes, Aixa; no he venido para inferirte ningún daño.

Ella, que había reconocido en el recién llegado al odioso Burrajai, lanzó un grito penetrante, y replegándose hacia un rincón de la choza, cayó sin fuerzas sobre la estera que la servía de lecho.

—Serénate, Aixa, y comprende, que si yo hubiera querido castigarte, lo hubiera hecho cuando conocí tus debilidades. Estoy al corriente de tu conducta, y si no he estorbado tus amores con el Capitán de Uestfa, ha sido porque entraba en mis planes utilizarlos.

Aixa, intensamente pálida, presintiendo que tras las apacibles palabras del bandido rugía la tormenta de sus criminales instintos, elevó hacia él sus ojos suplicantes, diciendo:

—¡Burrajai! La ingratitud de unas mujeres, que gracias a la hidalguía de los españoles no han visto morir a sus hijitos de hambre y sed, me ha puesto villanamente en tus manos. Si es cierto que me traes la paz, si pretendes utilizar mis relaciones con los cristianos para concertar con ellos un pacto beneficioso a los habitantes de Kelacha, cuenta conmigo; pero por Al-lah te ruego, que no me obligues a cometer ninguna indignidad.

— Todos los medios son dignos, cuando se trata de arrojar de nuestro suelo a unos perros cristianos, que llegaron hasta nosotros en son de guerra. La confianza que tu has sabido inspirarles, favorece grandemente mis planes, a los que has de someterte sin titubeos, teniendo presente, que de tu comportamiento depende que alcances una señalada recompensa, o que me vea precisado a imponerte el más duro castigo.

— ¡Eres terriblemente cruel, Burrajai! Leo en tu pensamiento con claridad meridiana las torturas a que quieres someterme.

— Nada de torturas, Aixa. Se trata sencillamente de aprovechar tus cordiales relaciones con los cristianos, para que con el menor sacrificio de los nuestros, logremos apoderarnos de la posición que ocupan. Tu papel, es sencillísimo: se limita a que lleses contigo a Uestía a las tres jóvenes más lindas de Kelacha, y las ayudes a enamorar y ganar la confianza de tus amigos, logrando que en vuestros coloquios nocturnos, se vayan separando progresivamente de la posición; lo demás, corre de mi cuenta. Una advertencia he de hacerte. Como podría ocurrir que estuvieras verdaderamente enamorada, desde este momento estarás vigilada de cerca, para que no puedas traicionar a los tuyos.

Tan indigna proposición, encendió la sangre en las venas de la mora, cuyos hermosos ojos fulguraron destellos de furor; pero ante el peligro que la amenazaba, ahogó en su pecho aquel conato de

rebeldía, y procurando dar a su semblante expresión de calma y sumisión, respondió:

—Sin duda, desconoces el comportamiento de los cristianos para con los vecinos de este aduar. En una noche en que la sed agarrotaba nuestras gargantas y la sangre golpeaba nuestras sienas con siniestro martilleo, desafiamos el peligro de caer en sus manos cien veces peor, según vosotros, que la lenta agonía que produce el ansia de beber. Tomando infinitas precauciones, nos deslizamos por el fondo del barranco de Uestia. Todo marchaba bien. Sin la menor dificultad, logramos llegar al río, donde lavamos nuestras ropas e hicimos provisión de agua, y ya regresábamos al aduar por el mismo camino que habíamos llevado, cuando fuimos descubiertas por los españoles, que pudieron habernos aniquilado con el fuego de sus fusiles, y solo se conformaron con perseguirnos. Todas consiguieron ponerse en salvo, menos Yamina y yo, que fuimos detenidas y conducidas a la posición. Cuando allí conocieron la angustiosa situación en que se encuentran los habitantes de este aduar, no solo nos concedieron la libertad, sino que nos prometieron dejarnos franco el camino de la aguada. Considera la capital importancia que para los vecinos de este poblado tiene semejante concesión, sin la cual nos sería imposible la vida, ya que en estas arideces no podemos contar con más agua que la del Kert. Creo, que sin detenernos en sentimentalismos, y dejándonos guiar solamente por nuestra conveniencia, debemos sos-

tener buenas relaciones con esos cristianos a quienes tu quieres aniquilar.

—No discurre mal, muchacha; pero como se da el caso de que las mujeres no tenéis derecho a opinar, harás lo que se te mande, sin preocuparte para nada de las conveniencias de la kábila.

La mora, hacía poderosos esfuerzos por aparecer tranquila ante Burrajai, dominando las violentas contracciones de sus nervios.

—Ya se que no tengo derecho a mezclarme en tus asuntos; pero tampoco tú puedes obligarme a ejecutar actos que repugnan a mi conciencia—contestó con fingida calma.

—¿También te permites darme lecciones? Ten cuidado con lo que dices. Esta noche, se representará el primer acto del drama que vamos a poner en escena. Tú, bajarás a Uestía acompañada de las jóvenes que te he indicado, las presentarás a los oficiales, y pondrás en juego toda tu astucia para que ganen pronto su confianza; me conformo con que esta primera noche, salgan a despediros fuera de las alambradas; después, en noches sucesivas, procuraréis traerlos prendidos de vuestros encantos, hasta separarlos doscientos metros de su puesto. Con esto, terminará tu misión, y prestarás un señalado servicio a nuestra causa; pero como podría ocurrir que intentaras traicionarnos, he resuelto que Yamina quede en rehenes, y su cabeza responda de tus actos.

La niña, que a la llegada del bandido se había deslizado sigilosamente hasta el exterior de la

choza, al escuchar la terrible amenaza, se sintió poseída de pavoroso miedo, que anulaba su voluntad y agitaba su cuerpo con espasmos.

La sacó de este marasmo la voz penetrante y angustiada de Aixa, que gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Huye, Yamina! ¡Sálvate!

Con las energías que presta en el peligro el deseo de vivir, corrió la niña veloz, hasta ocultarse en un macizo de chumberas, desde donde podía observar sin ser descubierta, el desarrollo de los acontecimientos.

Momentos después, sobre el foco luminoso que de la choza irradiaba al exterior, se destacó la silueta de dos bandidos, que obedeciendo órdenes del Burrajai, salían en su persecución.

Yamina, les vió acercarse a su escondrijo, y detenerse un momento, intentando rasgar con sus miradas de felino, el negro manto, que la noche, piadosa y protectora, había tendido sobre ella.

Temblaba su cuerpo ante la presencia de los bandidos, y en sus violentos espasmos, sentía que las afiladas puas de las chumberas, se clavaban en sus carnes, cual si cómplices de sus enemigos, trataran de arrojarla en sus manos criminales,

—En este infierno de chumberas, no es fácil que se haya escondido—dijo uno de los bandidos.
—Más seguro es que haya buscado refugio en casa de alguna vecina.

Con esta creencia, se alejaron hacia el interior del poblado.

Poco después, le pareció a Yamina sentir el eco de unos gemidos lastimeros, que parecían partir del interior de la choza que habitaba con su protectora.

Con el corazón oprimido por la angustia y sin reparar en el peligro que la amenazaba, se deslizó como una sombra hasta la parte posterior de la vivienda, se encaramó sobre el alfeizar de la ventana, y mirando por los intersticios de las maderas, descubrió llena de horror, el más repugnante espectáculo de la perversidad rifeña. Tendido sobre la mugrienta estera, yacía desnudo el bronceado cuerpo de la infeliz Aixa. Un morazo de mala catadura, enarbolaba una cuerda de cáñamo, mojada, dejándola caer con estudiada parsimonia sobre la espalda y nalgas de la víctima. Hilillos de sangre manaban de las numerosas heridas producidas por las bárbaras flagelaciones; adheridas a la cuerda, pendían algunas tiras de piel.

Sentados en el suelo con las piernas cruzadas, se alineaban a lo largo de la estancia los secuaces del famoso bandido, contemplando lascivos la belleza venusiana de aquella estatua de carne, sin que sus endurecidos corazones sintieran un movimiento de compasión hacia ella.

— Aún estás a tiempo para arrepentirte, Aixa — aconsejaba con flema el Burrajai. — Desecha tus locas pretensiones, porque ni ese perro cristiano ha de querer casarse contigo, ni yo había de consentirlo. Abandona tus escrúpulos y ayúdame a desarrollar el plan que te he propuesto, teniendo

como cierto que el hombre por quien te sacrificas es un farsante, que trata de perderte abusando de tu ingenuidad y cariño. Es, además, un enemigo de nuestra religión, a quien tenemos el deber de aniquilar.

—El honor, la hidalguía y todas las demás virtudes que anidan en el corazón de ese caballero, son inconcebibles para un alma negra como la tuya, saturada de crímenes y traiciones—replicó la mora con energía.

El bandido, sin inmutarse, ordenó al verdugo:

—¡Maimón, suministra a esta mocita otra tanda de veinticinco azotes! ¡Yo doblegaré tu soberbia!

—Tú podrás destrozar mis carnes a golpes de látigo; pero eres impotente para quebrantar mi voluntad.

—¡Ya lo veremos! ¡Pega fuerte, Maimón!

Otra vez presenció Yamina, horrorizada, cómo la cuerda manejada por el miserable verdugo se hundía en las maceradas carnes de su adorada protectora, dejando marcadas sobre su epidermis profundas huellas de dolor. Ligeros gemidos se escapaban de su garganta, agitándose su cuerpo en leves convulsiones; pero de sus labios no brotaba una sola palabra para pedir conmiseración. Su ardiente fe en la nueva religión, que de hecho había abrazado, la permitía encontrar recursos para resistir y conquistar la palma del martirio con la placidez de los primitivos cristianos.

De pronto, sus labios se movieron, de su gar-

ganta se desprendió el perfume de una oración semiprofana, un halo luminoso envolvió su cuerpo virginal y las gotas de sangre, desprendidas de sus dolorosas llagas, quedaron convertidas en resplandecientes rubíes.

A cada golpe que recibía, pronunciaba una parte de su extraña oración:

— Por Jesús.

— ¡Pega fuerte, Maimón!

— Por María.

— ¡Más fuerte! ¡Pega con toda la fuerza de tus brazos!

— Por mi amor—repetía la mártir a cada golpe, como si hiciera ofrenda de su tormento a los tres seres que en aquellos momentos ocupaban su pensamiento.

El verdugo siguió golpeando a la par que ella recitaba su oración, hasta que poco a poco fué debilitándose su voz, se aflojaron sus músculos y su cuerpo quedó sobre la estera sin movimiento.

Creyéndola muerta, Yamina huyó aterrada de aquellos lugares, dirigiéndose a Uestía, donde esperaba encontrar refugio y protección.

Caminaba con infinitas precauciones, ocultándose de mata en mata, cuando, ya cerca de la posición, percibió un destello luminoso que la obligó a ocultarse precipitadamente entre unos arbustos, frente a los cuales pasaron poco después dos morros armados.

La circunstancia de ir uno de ellos fumando la había librado de caer en su poder.

La estrecha vigilancia que el Burrajai había establecido en las inmediaciones de Uestía la privó de llegar hasta sus amigos aquella noche.

Acometida, de súbito, su débil naturaleza por las intensas emociones sufridas, se sintió sin fuerzas para seguir luchando. Jamás desde la muerte del Kaid Tajar se había considerado tan desgraciada y sola. Una profunda tristeza, unos vehementes deseos de llorar, se apoderaron de su espíritu al verse tan villanamente perseguida, y no sabiendo dónde volver sus ojos, se acurrucó entre los espinos y lloró copiosamente, amargamente, hasta que, llorando, se quedó dormida.

Cuando despertó, el sol doraba las cresterías de los montes, ahuyentando trasgos y fantasmas; las alondras entonaban desde las alturas sus armoniosos trinos; el Kert serpenteaba en la llanura como cinta de plata. Todo en aquel nuevo día invitaba al regocijo: la luz, las aves, el agua pura y cristalina que cruzaba ante su vista con dirección al mar.

La contemplación del río la produjo deseos de beber, de jugar en descalza en la corriente. Al mirar de nuevo hacia los dominios del Kert, tropezaron sus ojos con el campamento de Uestía; entonces se agolparon a su cerebro los trágicos sucesos de la noche anterior. ¿Qué habría sido de Aixa? ¡Parecía muerta cuando la dejó! ¡Tuvo tanto miedo.....! Ahora se encontraba allí, entre el aduar y el campamento. ¿Por qué estaba allí.....? ¡Ah, sí! Había intentado llegar hasta sus amigos

para informarles de lo ocurrido y que corrieran en auxilio de su desdichada protectora.

El recuerdo de su encuentro con los moros puso en su pensamiento nuevos temores.

A unos centenares de metros, bajo sus pies, se alzaban airosas las tiendas de campaña donde una noche la brindaron grato asilo; a sus espaldas, las enriscadas alturas de Kelacha, guarida de chacales y bandidos.

En este trance, sentía violentos deseos de correr hacia sus amigos, de gritar con toda la fuerza de sus pulmones pidiéndoles auxilio; pero la contenía el temor de ser descubierta por alguno de aquellos lobos carniceros al servicio de Burrajai.

Entre estas dudas y temores, fueron transcurriendo las horas del día, largas, interminables, hasta que llegada la noche, acosada por el hambre y la sed y resuelta a saber lo que hubiere sido de su protectora, se revistió de valor y, con infinitas precauciones, fué acercándose al odioso poblado donde la negra ingratitude tejía en aquellos momentos una palma de martirio. ¡Cuántos sobresaltos sufrió la pobre niña hasta llegar a la ventana de la choza! Moros que cruzaban, mujeres que reían, conversaciones animadas, en las que el nombre de la mártir era pronunciado con palabras de vilipendio, de injuria, de condenación.

De un salto se situó sobre el alféizar de la ventana y miró por las rendijas. Al instante su rostro se tiñó de carmín y su alma se inundó de gozo. Aixa, su queridísima Aixa, no había muerto.

Estaba allí tendida sobre la estera, con un codo en tierra y la cabeza apoyada sobre la mano. De sus labios se desprendían palabras confusas entre las que sonaba claramente el nombre de su amado.

Rápida como el viento saltó a tierra, y sin ningún género de precauciones se lanzó al interior de la choza, estrechando contra su cuerpo el de la infeliz Aixa, cuyo rostro cubrió de besos y lágrimas.

— ¡Yamina! ¡Hija de mi alma! ¡Pobre de mí que te creía en salvo! — exclamó Aixa con pena —. ¡Huye de aquí, si no quieres que tu fin sea como el mío! ¿Acaso crees que mi tormento ha terminado? ¡No, Yamina querida! Mis verdugos son hombres que desconocen la compasión. Si me han concedido estos momentos de reposo es porque esperan, para continuar su tarea, que mi cuerpo adquiera la sensibilidad perdida por haber llegado al límite del dolor. Para después tienen algo macabro que se relaciona con Carlos y conmigo. No he podido descubrir claramente sus proyectos; pero estoy segura de que tratan de suprimirnos a ambos, siguiendo tú la misma suerte si logran apresarte. ¡Huye, Yamina! ¡Sálvate, hija mía, ya que yo haya de morir sin remedio!

— ¿Cómo quieres que te deje abandonada a tus verdugos? Lo que sea de ti, será de mí, Aixa querida. Si has de morir, quiero morir contigo. ¿Para qué quiero la vida sin ti? Pero hemos de poner cuanto esté de nuestra parte para salvarnos. ¿Por qué hemos de esperar aquí pacientemente la

muerte? Huyamos aprovechando este descuido de tus guardianes, y lo que sea de una que sea de la otra.

— ¡Qué más quisiera yo que poder seguirte; pero carezco de fuerzas para tenerme en pie! ¡Bien sabían esos cobardes cuando me dejaron sola que no podría separarme de aquí!

Después preguntó con interés:

— ¿Has visto a Carlos?

— No, Aixa. No me ha sido posible verle a pesar de mis intentos; pero si tú quieres, le veremos esta noche. Al dirigirme aquí he podido observar que han quitado la vigilancia del camino.

— ¡Con qué placer le daría el último adiós! ¡Pero es imposible! Mi cuerpo está convertido en una piltrafa, impotente para separarse de esta mugrienta estera. Si, como dices, está libre el camino, ¡ve tú, Yamina mía! Dile que sus enemigos carecen de fuerza para conseguir que le traicione, aunque me arranquen las carnes a pedazos; dile que a su lado he vivido las horas más felices de mi vida, que muero por su amor y que para él será mi último pensamiento; dile que muero contenta, porque su fe es la mía, y en esta hora suprema en que tan de cerca me acecha la muerte, espero alcanzar las promesas de su Dios, al que reconozco por único y verdadero. ¡Una terrible duda asalta mi pensamiento en estos momentos! Me dijo él que para ser cristiano es necesario recibir las aguas del bautismo. ¿Será posible que a mí, que muero por su fe, no me sea permitido entrar en el

Paraíso por no haberlas recibido? ¡Corre, Yamina, y si puedes llegar hasta él, pregúntale, porque, si es preciso, tú me llevarás aunque sea arrastrando hasta el pie de la posición! ¡Pero no! No es posible creer que Dios haya permitido el sacrificio de mi vida, para arrojarme después al fondo de las tinieblas.

Cerca de la choza se sintió rumor de pasos.

— ¡Ya están Ahí, Yamina! ¡Huye pronto! ¡Salta por la ventana! — exclamó Aixa a media voz.

— No será sin que antes me des un beso.

— Tómalo, hija mía, y otro para él, en el que va concentrada la esencia de mi amor y de mi fe.

Acababa la niña de saltar por la ventana, cuando sintió en el interior de la choza el murmullo que formaban los atormentadores de Aixa.

Temerosa de que la hubieran descubierto, corrió a través de los campos, hasta que se encontró lejos del poblado. Entonces, se detuvo para serenarse y ordenar un plan que la permitiera ponerse en comunicación con Carlos.

Saltando de mata en mata, se aproximó repetidas veces a la posición de Uestía por diferentes caminos; pero siempre tropezaba con un bulto, una sombra, una pareja en acecho.

Convencida, tras de dos horas de inútiles intentos, de que no podría cruzar el cerco de la posición sin ser vista, retrocedió hasta la choza, en la que entró después de convencerse de que ningún peligro inminente la amenazaba.

Allí se encontraba aún su protectora, en la

misma situación que la había dejado. Al verla entrar, se dibujó en sus labios una amarga sonrisa, al tiempo que preguntaba:

—¿Le has visto?

—No he logrado verle; pero no transcurrirá un nuevo día sin que nos hallemos a su lado, porque vengo decidida a no separarme más de ti ocurra lo que ocurra, hasta ponerte en salvo. He comprobado que la vigilancia sólo se ejerce en las inmediaciones de la posición; por lo tanto, esta noche nos ocultaremos convenientemente y de madrugada, podremos llegar hasta él sin ningún peligro.

—¡Quién verá el amanecer del nuevo día!— murmuró Aixa, sentenciosa—. Mis verdugos no han vuelto a martirizarme. Cuando esta noche vinieron a curar mis heridas con sal y vinagre, me concedieron hasta media noche, como último plazo, para entregar a los cristianos. El plan que me han propuesto es de lo más vil. Pretenden conducirme al barranco de Uestía para que desde allí llame a Carlos con voz angustiada, apremiante, como si por un caso fortuito me hubiera ocurrido una desgracia. ¡Infames! Sólo en sus mezquinos cerebros puede haber la idea de semejante traición. ¡No, no! Aunque me despedacen viva, no lograrán que les entregue a mi Carlos. ¡Antes me arrancarían el corazón!

—¿Y piensas permanecer aquí pacientemente hasta que vengan a buscarte para llevarte al matadero como mansa oveja?

— ¡Qué he de hacer si no puedo moverme!

— Yo te ayudaré, y si no puedes en pie, arrastrando has de salir de aquí en busca de tu salvación. ¿Qué sería de mí sin ti, Aixa querida? ¿Qué sería de tu Yamina sin su madrecita? ¡No, no quiero que me abandones, Aixa de mi alma! Revístete de fortaleza; haz un supremo esfuerzo, pensando que aquí te espera la muerte, con todos sus horrores, mientras que allí abajo, si logramos llegar, te brinda sus encantos la primavera de la vida, con toda la poesía del amor.

Yamina lloraba amargamente, abrazada al cuello de su protectora, mientras trataba de convencerla con sus razonamientos. Veía derrumbarse el único pilar que sostenía su mísera existencia y ponía toda la grandeza de su alma en contener la caída.

— Tienes razón, hija mía. Sería cobardía esperar la muerte sin lucha, sin rebeldía. ¡No quiero morir! ¡Quiero vivir para él y para ti! ¡Vamos!

Quiso ponerse en pie; pero al primer intento cayó su cuerpo pesadamente sobre el pavimento.

— ¿Lo ves, Yamina? ¡No puedo moverme! La triste realidad acaba de arrebatarme la última esperanza de liberación.

— No te desespere, Aixa de mi alma. Cógete a mi cuello con ambas manos; así. Ahora, aunque sufras, levántate poquito a poco...; así, así. ¿Ves cómo puedes, tontita? Otro poquito...; arriba... ¡Ya está! ¿Ves cómo te has levantado, monina? Ahora, quédate arrimadita a la pared mientras te visto, y

en seguidita nos vamos. ¡Cuánto van a rabiar esos perversos cuando vengan a buscarte y vean que has levantado el vuelo!

Cubrió Yamina el cuerpo de su protectora con una chibala, calzó sus pies con unas babuchas y, echándola un brazo por la cintura, exclamó gozosa:

— ¡Animos, Aixa! Vamos a pisar los umbrales de la libertad. Cógete a mi cuello y no desmayes. ¡Demos el último adiós a estos nidos de traidores!

Otra vez se iluminó el hermoso rostro de Aixa con los tintes de la esperanza; pero apenas intentó dar el primer paso, un gemido brotó de su garganta, mientras su cuerpo se abatía hasta caer en tierra de rodillas.

La desesperación de Yamina no tuvo límites. Derramando copioso llanto se abrazó a la cintura de su protectora y, haciendo un soberano esfuerzo, tiró de ella hasta ponerla en pie; después, entre suplicante y autoritaria, la obligó a caminar llevándola apoyada sobre sí, exclamando sin hacer caso de sus quejas.

— ¡No quiero que te quedes, y no te quedarás, no! ¡Tanto como dices quererme y pretendes abandonarme! ¿Ves cómo puedes andar? Cuando te canses, cuando ya no puedas resistir más en pie, yo te llevaré sobre mis hombros; todo menos dejarte en poder de esos criminales, que te darían muerte lenta a fuerza de tormentos.

Aixa, que a los primeros movimientos había reaccionado, caminaba lentamente, dolorosamente, apoyada en el hombro de Yamina.

—¿Ves cómo puedes andar? ¡Pobrecita mía! Estabas entumecida por los golpes. ¡Ah, si los cogiera Carlos por su cuenta! Pero ya las pagarán.

Aixa escuchaba con agrado la amena charla de la niña, cuyo afán era distraer a su protectora, mientras poco a poco se iban alejando de la choza.

Habrían caminado unos cien metros, cuando Aixa sintió necesidad de descanso. Sobre unas rocas se sentaron unos instantes, que Yamina aprovechó candorosa en trazar planes para el porvenir.

Sentada a los pies de Aixa, acariciaba mimosa una de sus manos, mientras decía:

—¡Qué agradable sorpresa vamos a dar a Carlos! ¿Qué pensará de nosotras cuando nos vea llegar a estas horas? ¿Y cuando sepa que vamos a quedarnos con él para siempre? Dime algo, mujer. ¡Estás tan callada...! Siempre que te hablo de él te emocionas mucho. ¿A qué se debe eso?

Unas lágrimas que cayeron sobre sus manos la hicieron exclamar con tristeza:

—¡Estás llorando por él! Si fuera tan malo como los demás hombres, no merecía el tributo de esas lágrimas; pero Carlos es muy bueno, te quiere mucho, y si supiera cuánto sufres, también lloraría por ti. ¿Saben llorar los hombres? Yo todavía no he visto llorar a ninguno.

Aixa derramaba abundantes lágrimas de emoción. Las palabras de la niña caían sobre su espíritu como bálsamo vivificador. Ahora que se veía alejada de la trágica choza que cubrió sus miserias y tormentos, se consideraba libre y feliz ba-

jo aquel cielo azul cuajado de rutilantes estrellas, respirando con fruición el aire de la sierra y esperanzada de llegar pronto al campamento de los españoles, punto culminante de sus máximas aspiraciones.

— Es cierto que lloro por él, Yamina. ¡Es tan bueno...! ¡Le quiero tanto...! Pero continuemos la marcha, porque con tu divina charla y el ratito de reposo que hemos tenido, parece como si hubiera rescatado todas mis fuerzas.

Buscando los lugares más apartados, siguieron descendiendo por la abrupta ladera del monte, ora deteniéndose para escuchar, ora para ocultarse, cuando, después de lento y azaroso caminar, descubrieron las luces de la posición de Uestfa.

— ¡Mira, Aixa! — exclamó Yamina, afectada por intensa alegría —. ¡Mira las luces de la posición! ¡Ya estamos cerca de Carlos! Siéntate un poquito mientras yo voy a llamarle, y verás qué pronto se presenta aquí con los suyos.

— ¡De ningún modo! — protestó con energía —. Esta aparente calma podría ser una aña gaza tendida por nuestros enemigos. Prefiero la muerte antes que poner su vida en peligro. Pasaremos la noche ocultas en la forma convenida, y cuando venga el día y los partidarios de Burrajai hayan abandonado la vigilancia de la posición, habrá llegado el momento de que nos presentemos a Carlos.

Ante tan rotunda negativa, no tuvo Yamina más remedio que rendirse y aceptar sus razonamientos, que no dejaban de tener buen fundamento.

Caminaban despacio, bordeando el barranco de Uestía, en demanda de un paso para descender al fondo y ocultarse en los socavones de cualquier torrentera. Arrastraba Aixa con ejemplar resignación el peso de sus dolores, auxiliada por Yamina, que, llevándola sujeta por la cintura, parecía como si quisiera compartir con ella aquel cáliz de amargura. De pronto, una sombra gigantesca, que, como brotada de la tierra, se alzó a sus pies, les interceptó el paso; un puñal se agitó en las tinieblas con siniestros fulgores; un grito penetrante rasgó el silencio de la noche, y dos cuerpos se desgajaron en tierra: el de Yamina, para rodar hasta el fondo del barranco, empujado por su protectora; el de ésta, para terminar su suplicio con la garganta atrevesada por el puñal del infame Maimón.



XV

El convoy.—Salvaoroyo el gitano.—El regreso.—El ataque.—La retirada.—Falta Juan a la lista

Era en ese mágico momento de lucha entre las sombras y la luz del tranquilo amanecer, en que al teñirse el Oriente de plata y púrpura se desvanecen los tenebrosos fantasmas que en el escenario de la noche actuaron de gigantes y dragones, cuando las agudas notas de un clarín, seguidas de floreadas dianas ejecutadas por las bandas de los cuerpos de Infantería, ponían en movimiento a las tropas.

Los soldados, abandonando el saco de paja que les sirviera de lecho, sacudieron y arrollaron la manta que habían de llevar en bandolera, sacaron del morral el pan y el plato y se lanzaron fuera de la tienda en alegre algarabía, para conquistar los puestos inmediatos al barreño de café que los rancheros habían preparado.

Quien los viera tan alegres y juguetones, podría creer que se disponían a asistir a una romería, más bien que a la conducción de un convoy, en cuya empresa era casi seguro que tuvieran algún encuentro con el enemigo.

Organizada la columna, se puso en marcha protegida por una guerrilla de jarqueños, de cuya lealtad, si son bien retribuidos, no se puede dudar mientras luchan al lado del más fuerte.

Ocupando un ancho frente, erguidos sobre sus nerviosos corceles, con la diestra en la carabina y la siniestra en las riendas, galopaban de un lado para otro haciendo fantasías moriscas, al tiempo que registraban barrancos, chumberas, peñascales y cualquier repliegue del terreno donde pudiera ocultarse un «paco» o un espía.

Nuestros soldados les seguían animosos, sin dar muestras de fatiga, a pesar de que los ardientes rayos del sol africano caían sobre sus cabezas como plomo derretido y, en continuo caminar de hombres y acémilas, levantaban densas nubes de amarillento polvo, que les cubría el rostro, dándoles aspecto de terribles bandidos.

La columna seguía su acelerada marcha, sin tomarse descanso; era necesario salvar aquellos veintiséis kilómetros que separaban el campamento de las líneas avanzadas antes de que el enemigo se diera cuenta de que aquellas fuerzas conducían un convoy.

Los soldados sudaban tan copiosamente, que llevaban sus uniformes empapados; sin embargo, no daban señales de fatiga, porque sabían que de su valor y resistencia dependía el honor de España, que, en un arrebatado de exaltado patriotismo, había dotado al Ejército de cuantos elementos pudiera necesitar para vencer y rehabilitar su fama comprometida en Annual.

— ¡Cantad, muchachos, cantad! — decía a sus soldados el oficial que mandaba la sección de vanguardia —. Cantando se olvidan los pesares, se

camina más aprisa y se van dejando atrás los kilómetros sin que nos demos cuenta.

Queriendo complacerle los soldados, rompieron a cantar aires leoneses, entablándose un pugilato entre el llano y la montaña.

— ¡Canta tú también, Salvador! — ordenó el Oficial, dirigiéndose al andaluz que marchó voluntario con el Batallón y caminaba jaleando alegremente a los cantores.

— Yo, mi tiniente — repuso el andaluz —, tengo mu malage pa cantá; pero si osté quiere, le pueo contá lo que le pasó a mi agüela er día que la diñó mi abuelito de mi arma.

— Si no es muy trite, puedes contarlo.

— ¡Qué ha e sé triste, señó! Se trata de un rasgo de honraé de un pare de familia. Verá osté: mi probesito agüelo era gitano y se yamaba Salvador como yo. A consecuencia de una patá que le pegó una borrica en salva sea la parte — señalaba al vientre —, cayó en cama mortá. Viéndole mi agüela tan malito, yamó ar señó Cura de la Merse, que yegó corriendo, y asercándose a la cama der moribundo, le dijo:

— Sarvaoriyo, hijo, ¿me conose?

— Sí, señó — respondió mi agüelo con una vosesiya quejumbrosa.

— Ya t'habrán dicho que la va a diñá.

— No, señó, no m'dicho na; pero basta q'osté lo diga.

— ¿T'arrepientes de toa, las cosa mala q'has jecho en er mundo?

— Sí, señó.

— Po mientras t'arsuervo, resa un Señó mío Jesucristo.

Viendo er señó Cura que mi agüelo perdía terreno, resorvió dale la Santa Unsión, y sacando los trevejo, empesó a rosiarle con agua bendita, y a leele orasione en un libro. A luego, dejando er libro sobre la cama, le fué untando en los ojo, en las mano... y cuando le iba a untá en los pie, ya mi agüelo l'había diñao. Er pae Cura, mu compungío, se despidió de la familia, y cuando fué a recogé er libro de las orasione que s'había dejao sobre la cama, se queó de una piesa. Po, señó — desía er Cura —, si yo le he dejao aquí.

— Se registró los bolsiyos, miró jata de bajo la cama... y ná, q'er pae Cura tuvo que dirse sin su libro, convenció de que se lo habían yevao las bruja. Ensegúa empezaron a amortajá a mi agüelo, y cuando mi agüela fué a quitá er corchón de la cama, dió un profundo jipío, ar tiempo de desí a los presente, agitando en la mano er libro der señó Cura: — ¡Probesito mío! Jata en la hora de la muerte s'acordó der pan de sus hijo. ¿Quiere osté mayó rasgo de honraé, mi Tiniente?

Los soldados reían el cuento de Salvador, y le animaban para que continuara en el uso de la palabra.

— ¿Otro cuentesito querei, niños? Pos habei de sabé q'er camino e cuesta arriba, que tengo los purmone reyeno e tierra y la barriga vasía. Ay, maresita e mi arma! ¿Por qué no sería verdá aque-

yo que te dijo mi tía cuando me yevabas metío en er banduyo? Jate caso e mí, Micaela. Tú echará ar mundo un churumbé con sotana y coroniya. ¡Ya ven ostés si hay distancia der guisopo ar chopo! Mi tía, que e corta e vista, no se fijó en los arminículos que yo traía ar mundo.

Después, poniendo la mano sobre el hombro al compañero que llevaba al lado, le dijo sentencioso:

— ¡Compañero e mi arma! Tú tiés una penita mu jonda, que si yo fuera mujé, te la desía.

— ¡Que se la diga, que se la diga! — gritaron gozosos los soldados.

— ¿Quiés que te la diga, compare?

— Dímela si quieres; pero te anticipo que quedarás desacreditado como gitano — respondió el compañero.

— Po escucha sin poné la monea en la mano, que e una camelansia de mi gente. Dende que hemo salío der campamento he oservao que caminas mu entristesío, con er pensamiento puesto en unos ojos negros..., mu negros..., más negros que la consensia d'un verdugo, q'er día que saliste de l'ardea te miraban mu serquita..., mu serquita..., disiéndote: «Juaniyo e mi arma! No m'orvies ni cambie por otro este corasón mío, q'arde inflamao por tus querele.» Y tú está triste por que no ha resibio er miyón de beso, er corasón, las entraña, y toa esa jartá de cosa que s'endiñan los enamoraos; pero tú no sabe que si no lo ha resibío ha sío porque hay un temporá deshecho en la

ma, y no ha yegao correo. Ya verá cómo mañana resibe dos miyones de besos, dos corasones y dos asauras.

Los soldados reían a carcajadas las ocurrencias del gitano, haciéndose su risa nerviosa cuando Juan contestó poniéndose muy serio:

—Todo eso podría ser verdad si yo tuviera novia.

—Oye, Salvaoriyo. ¿A que no adivinas de dónde soy yo?—insinuó el Teniente.

—Pa adiviná eso no jase farta se gitano, mi Tiniente. Osté e cordobano.

—¡Pues sí que te has lucido, Salvaoriyo! Ni por aproximación has acertado. Cualquiera hubiera comprendido, por mi acento, que soy gallego, del corazón de Galicia, de Lugo y no de Córdoba como tú dices.

—Poco a poco, mi Tiniente. Hay que distinguí. Se yaman cordobese a los de Córdoba, y cordobano a los gayegos, porque si se dobla er mapa caen ensima.

—¿Quieres ver cómo siendo yo gallego y tú gitano acierto lo que tú no has podido adivinar?

—E q'osté, mi Tiniente, como e de carrera, habrá estudiado la nicromansia, la numismansia y toas las camelansias que jasen farta pa adiviná er pensamiento.

A lo lejos, sobre los afilados picos de Beni-Uliches, empezaban a dibujarse los contornos de los parapetos y las caperuzas de las tiendas de campaña de los primeros puestos avanzados, in-

fundiendo su presencia nuevos bríos a los valientes soldados, que estoicamente sobrellevaban aquel exceso de fatiga.

Para evitar que alguno quedara atrás, se animaban entre sí, haciendo unos y otros alarde de resistencia. El más fuerte ayudaba al débil cogiéndole la manta o el morral, y si alguno conservaba una gota de agua en su cantimplora, la ofrecía al que veía a punto de caer desfallecido.

Aquel que no haya servido en las filas del Ejército no puede tener idea del espíritu de amor y sacrificio que anima en campaña y une en estrecho lazo de camaradería a los miembros que componen la gran familia militar.

Cuando hizo alto la columna, un ahogado murmullo de alegría se dejó escapar de todos los pechos. Era la satisfacción del deber cumplido; el placer que siente todo soldado cuando, a través de terreno hostil, ha logrado burlar la vigilancia del enemigo, llevando al compañero el pan y el agua que ha menester para mantenerse firme en su puesto.

El convoy había llegado a su destino como nunca: ni un tiro, ni un caso de insolación, ni un enfermo recogido por las ambulancias, a pesar de la dureza de la marcha.

Mientras se hizo la distribución de las provisiones entre los distintos puestos, rompieron filas los soldados, y a la sombra de algunos algarrobos que el odio al árbol había respetado para que sirviera de testimonio de que aquellas cumbres pela-

das fueron en otros tiempos asiento de frondosos bosques, se agruparon para tomar un bocadillo, mientras los «negros», como jocosamente llamaban a los rancheros, preparaban la socorrida paella.

Pronto desapareció toda muestra de fatiga en aquellos rostros juveniles tostados por el sol.

Después que hubieron cubierto las más perentorias necesidades de sus exigentes estómagos formaron diversos grupos, en los que se cantaba y se danzaba, como si los veintiséis kilómetros de marcha que acababan de recorrer, no hubieran producido efecto en sus resistentes músculos.

En el centro de uno de los grupos, aparecía Salvador divirtiendo a sus compañeros. Con la cara embadurnada de tizne, bailaba tangos gaditanos, haciéndoles desternillarse de risa con sus gestos y contorsiones.

En otro corro bailaban al son de un tambor varios soldados, animados por la «Jota», que con fuerte voz y exquisito estilo cantaba un cabo aragonés

Después de dos horas de bien merecido descanso, emprendieron el retorno al campamento; y aunque no era de presumir un encuentro con el enemigo, ya que lo natural hubiera sido el ataque al convoy por la mañana, no por eso dejaron de tomarse las debidas precauciones para la seguridad de la columna.

Los jarqueños marchaban en vanguardia como lo habían hecho a la ida, confiándose a la infantería la vigilancia de los flancos.

El terreno, casi siempre en declive favorable, facilitaba la rapidez de la marcha. El sol había perdido su fuerza ofensiva, y una ligera brisa refrescaba el ambiente, compensando a las tropas del calor sufrido por la mañana.

Alegres y confiados bajaban los soldados cantando en demanda del llano, que por percibirle a sus pies desde aquellas alturas les parecía más próximo de lo que en realidad se hallaba.

Llevaban cuatro horas caminando y aún les quedaba por recorrer la quinta parte del camino, cuando el sol empezó a ocultarse tras los elevados picachos de Beni-Tuzin.

Queriendo el jefe de la columna evitar que la noche les sorprendiera entre las asperezas del monte, ordenó que se forzara la marcha para ganar el llano antes de que cesara el crepúsculo vespertino, porque temía, con sobrado fundamento, que al darse cuenta los moros desde sus puestos de observación del retraso que llevaban intentarían tenderles una celada.

Una descarga que salió de unas chumberas confirmó los temores del jefe. Un grupo de moros oculto en ellas había pasado desapercibido para los flanqueadores, que, debido a su espesura, se vieron precisados a rebasarlas sin haberlas reconocido minuciosamente.

El enemigo había calculado que cuando llegaran allí las fuerzas habría cerrado la noche, consistiendo su ardid en que, hecha por ellos la primera descarga, se entablara tiroteo entre el flan-

co y la columna; pero las previsiones del jefe hicieron fracasar el plan.

Rápidamente se tomaron por las fuerzas de retaguardia las medidas necesarias para repeler la agresión, mientras la columna continuaba su acelerada marcha.

La retaguardia hacía titánicos esfuerzos por contener al enemigo, que aumentaba de modo asombroso por momentos, como si de cada piedra se levantara un moro.

La situación se hacía crítica. El enemigo había logrado envolverlos casi por completo, no dejándoles más camino libre para la retirada que el que conducía a su propio campo.

Los espíritus serenos siempre encontraron un supremo recurso para salvar las situaciones difíciles, como lo encontró Carlos, que era el jefe de las fuerzas encargadas de contener al enemigo. Aprovechando el boquete que habían dejado abierto en la ratonera, dispuso que dos secciones, favorecidas por la oscuridad, ocuparan el borde opuesto de un profundo barranco que tenía a sus espaldas, mientras él sostenía el paso con intenso fuego.

Los moros, dando aullidos de fiera, se aproximaban cada vez más a la guerrilla, pretendiendo aniquilarla por la fuerza del número; pero nuestros soldados resistían con valor, sin cederles un palmo de terreno, hasta que la voz del capitán les ordenó marchar a retaguardia. Todos entonces se precipitaron al fondo del barranco para ga-

nar el borde opuesto; todos menos Juan, que habiendo recibido dos balazos cayó rodando como un pesado fardo, sin que sus compañeros se hubieran dado cuenta.

Creyendo los moros que se les abandonaba el campo, se lanzaron ciegos en su persecución; pero se encontraron el paso cortado por una cortina de fuego, que les produjo numerosas bajas.

Ante el enorme sacrificio que les hubiera costado desalojar a los soldados de la excelente posición que ocupaban, optaron por retirarse, haciendo lo mismo los nuestros escalonadamente, hasta que, al alcanzar el llano, desapareció todo peligro de ataque.

Cuando llegaron al campamento y pasaron lista, observaron con dolor que Juan había quedado en el campo, a pesar del cuidado que habían puesto de no dejarse atrás ni un muerto, ni un herido.



XVI

El éxodo.—El tormento de la sed.—El virus de la guerra.—El instinto de Lobatón.—A la vista de Kelacha

Al caer Yamina al fondo del barranco sufrió un ligero desvanecimiento, pero la idea de la muerte la infundió energías, y, repuesta prontamente, se alejó de aquellos lugares en veloz carrera. En su loca huída, cruzó la carretera, atravesó el Kert y, tropezando y cayendo muchas veces en aquel terreno surcado de profundas grietas y cubierto de maleza, llegó hasta el límite del llano. Con frecuencia volvía la cara atrás creyéndose perseguida, y entonces el brillo del acero, que se hundió en la garganta de la mártir, cegaba sus ojos, erizando el miedo sus cabellos y poniendo alas en sus pies. A fuerza de correr, su cuerpo se fué debilitando, sus piernas se negaron a sostenerla, la zumbaron los oídos, se nublaron sus ojos y, al fin, cayó en tierra entregada, sin fuerzas, sin voluntad, esperando que de un momento a otro llegaran las fieras humanas a degollarla con el siniestro puñal, cuya hoja seguía viendo brillar en la oscuridad de la noche.

El cansancio y las emociones sufridas la sumieron en un profundo letargo, del que no des-

pertó hasta bien entrada la mañana. Al abrir los ojos se dió cuenta de la inmensa soledad en que se encontraba. Al otro lado del llano distinguía la crestería de los escarpados montes de Kelacha, que parecían tener ojos que la mirasen torvos, sombríos, amenazadores.

La presencia de aquellos montes trajo a su memoria los dramas y traiciones que en ellos se habían incubado, y, horrorizada, sólo pensó en huír lejos, muy lejos, hasta perdelos de vista.

Con la garganta seca y torturada por el hambre buscaba una fuente donde apagar la sed, y unas hierbas que acallaran los gritos de su estómago.

Sin saber hacia dónde caminaba, se internó a la ventura por una de las pedregosas gargantas de Beni-Uliches, que en cierta época del año debía ser cuna de impetuoso torrente, pero que entonces los calores del estío le habían secado, sin dejar otras huellas de su paso que las blancas arenas que limitaban sus orillas.

Todo el día vagó Yamina por aquellas solitarias angosturas. La animaban a continuar adelante en pos de la codiciada fuente algunos juncos que encontraba a su paso y la frondosidad de las perniciosas adelfas, que con tanta profusión se producen en los arroyos del Rif, y cuya sombra es tan traidora como engañosas sus hermosas y rosadas flores.

A la caída de la tarde, cuando ya el hambre, la sed y el cansancio habían agotado sus últimas

energías, descubrió sobre la ladera de un cerro las ruinas de un pequeño poblado, destruído sin duda por las bombas de la Aviación española.

A la vista de las chumberas que le circundaban, sintió renacer en su pecho las perdidas esperanzas. Todas las angustias, todos los dolores, todos los sobresaltos que hasta entonces había sufrido fueron dados al olvido ante la presencia de aquella exquisita fruta, que, coronando el borde de las amplias pencas, se ofrecía a sus imperiosas necesidades como providencial maná.

Sin preocuparse de los agudos espinos que al clavarse en sus dedos hacían saltar gotas de sangre de su delicada epidermis, comió con fruición, con placer, cual si aquella fruta fuera el mejor de los manjares.

Refrescada su garganta y confortado su estómago, recorrió aquellas ruinas en busca de un rincón que la permitiera pasar la noche a cubierto; y cuál no sería su sorpresa al descubrir una choza casi intacta, en cuyo interior dejaron abandonados sus moradores abundantes víveres, consistentes en higos, miel, manteca y algunos panes de cebada. En un rincón apartado encontró dos ánforas, una de las cuales estaba llena de agua.

Aquellos desolados lugares sirvieron de cobijo a Yamina durante largo tiempo. En ellos había encontrado el aislamiento apetecido por su deprimido espíritu, ya que la quietud y silencio de aquellas soledades sólo era turbado durante la noche por el monótono concierto de las alima-

ñas. Las provisiones que tenía aseguraban su alimentación por algunos días, y cuando se terminaran, allí estaban las chumberas cargadas de excelentes higos.

Lo único que la preocupaba era la provisión de agua. El ánfora que había encontrado llena iba tocando a su fin, sin que la hubiera sido posible encontrar una fuente que la pusiera a cubierto del tormento de la sed, a pesar de que había recorrido aquellos lugares en todas direcciones.

Un día se le ocurrió seguir una estrecha vereda que, partiendo del aduar, se perdía entre las fragosidades del monte. Ya en otra ocasión había seguido el mismo camino; pero cansada de andar y sin haber encontrado señales de lo que buscaba, había vuelto sobre sus pasos, poseída del mayor desaliento.

Aquel día se había propuesto seguir el sendero hasta llegar a su fin, aunque para ello tuviera que caminar muchas horas sin descanso.

Bordeando laderas, cruzando silenciosos barrancos, con las fauces secas y el corazón oprimido por la fatiga y la duda, caminó casi todo el día, hasta que, perdidas las fuerzas y agotada su última esperanza, se dejó caer en tierra en repentino abandono de desesperación.

Era aquel lugar la cúspide de una prominencia de amplios horizontes y tan triste perspectiva, que sólo ofrecían a su vista campos de desolación, planicies que parecían sembrados de sal, a las que la Naturaleza hubiera negado todo principio de vida.

De pronto, una pareja de alegres pajarillos, que pasó cantando sobre su cabeza, volvió en sí a Yamina del aturdimiento en que se hallaba.

— ¡Qué felices son las aves! — murmuró —. Dominadoras del aire, sólo precisan elevarse sobre las miserias de la tierra para descubrir la semilla o la fuente que generosas se les brindan. ¡Qué felices son las aves! El amor es la única razón de su existencia; sólo precisan la débil rama de un árbol para construir, entre mimos y gorjeos, el hogar de sus amores. Amor cantan los pajarillos desde que aprenden a lanzar al viento sus primeros trinos; amor a la vida, que para ellos se desliza llena de poesía; amor a los padres, que trabajan para llevarles al nido el cotidiano sustento, y les arrojan con sus alas; amor a la Naturaleza, que les cubre de plumas de vistosos colores; amor a la humanidad, a la que deleitan con sus armoniosos trinos, ¡En cambio, cuánta perversidad en los hombres! La avaricia les convierte en miserables; la vanidad, en necios; el vicio, en rufianes. ¿De dónde vendrán esos pajarillos? ¿Vendrán o irán a la fuente? ¡Quién pudiera seguirles en su raudo vuelo!

Cuando se hallaba entregada a estas filosóficas reflexiones, una bandada de jilgueros se elevó ante sus asombrados ojos, siguiendo distinta dirección que los anteriores pajarillos. Entonces se puso en pie, dió unos pasos en dirección al lugar de donde les había visto salir y de su pecho se escapó una exclamación de alegría. Allí mismo, a

treinta metros de profundidad bajo sus pies, descubrió una pequeña pradera, en la que había una fuentecilla rodeada de juncos, a la que acudían a beber multitud de pajarillos. ¡Qué feliz se sentía Yamina en aquellos momentos! La terrible pesadilla de la sed, que tanto la atormentaba, quedaba destruída desde aquellos momentos. Muy lejos estaba la fuente de su vivienda. ¿Pero qué tenía ella que hacer en todo el día?

Dando un pequeño rodeo llegó a la fuente, de cuyas aguas bebió con placer; después se sentó sobre el verde césped, siendo de nuevo asaltada por sombrías preocupaciones. Aunque en su camino no había encontrado rastro de vida, era indudable que aquella fuente, dada la escasez de agua de aquellos parajes, debía ser conocida por los habitantes de los aduares comarcanos, y esto la llenaba de zozobras, porque había llegado a tomar a los moros un miedo cerval.

Tras de descansar largo rato sobre la fresca hierba, emprendió el regreso al aduar, al que llegó sin haber tenido en el camino el menor contratiempo, a pesar de sus temores.

Desde aquel día, acudía frecuentemente a la fuente para hacer provisión de agua y lavar sus ropas, complaciéndose en tenderse sobre el césped, donde las horas transcurrían insensibles, mientras su fecunda imaginación la permitía descubrir horizontes de felicidad o la sumía en melancólicos abandonos.

Una tarde se hallaba tendida sobre el verde tapiz

de la fuente entregada a sus frecuentes meditaciones, sin que, al parecer, se hubiera dado cuenta de que el Sol estaba próximo a su ocaso y la noche iba a sorprenderla lejos de su albergue. Como cinta cinematográfica, cruzaba en aquellos momentos ante su pensamiento la historia de su vida, desde aquella trágica noche en que, abandonada al lado de los cadáveres de sus padres, la recogió el Kaid Tajar para llevarla sobre el arzón de su caballo a Kelacha, hasta aquellos críticos momentos en que, sin amparo ni sostén, se veía errante a través de unas tierras inhospitalarias, en las que no sabía si temer más a los hombres o a las fieras.

Dominada por la superstición, pensó que sobre su destino debía obrar la influencia de algún maleficio, que privaba de la vida a cuantas personas la tomaban afecto; así, habían muerto vilmente asesinados, primero, sus padres; después, el Kaid Tajar, y, últimamente, su inolvidable Aixa, la madrecita que se hizo cargo de ella a la muerte del Kaid.

El recuerdo de Aixa la hizo temblar de emoción y de miedo. El puñal alevoso que había visto hundirse en la garganta de su protectora brillaba de nuevo ante sus ojos con siniestros fulgores. Atemorizada, se puso rápidamente en pie, miró en todas direcciones y, cargándose el ánfora a la espalda, comenzó la ascensión de la empinada vereda, que, serpenteando, conducía a la cima del montecillo que le había servido de atalaya para descubrir la fuente.

Poco tiempo hacía que Yamina había emprendido el regreso cuando el Sol empezó a hundirse lentamente tras las ingentes montañas de Benituzín, dejando marcada una estela de sangre sobre el fondo plomizo de las nubes. Pronto la noche, ansiosa de dominio, se precipitó sobre la tierra sepultándola en densas tinieblas, que, difuminando el contorno de los objetos, los agrandaba, dándoles formas de seres monstruosos.

El miedo empujaba a Yamina, que, sintiéndose rodeada de misteriosas sombras, corría veloz por la estrecha senda que conducía a la choza, sin cuidarse de los espinos y guijarros que destruían sus pies descalzos.

Una descarga cerrada rasgó el silencio de la noche, rebotando su eco de valle en valle, hasta perderse en la lejanía de los montes; a continuación, un nutrido tiroteo fué indicio cierto de que no lejos de allí se estaba librando un encarnizado combate.

Poseída Yamina de indefinible pánico, dejó sobre el suelo la vasija que llevaba a la espalda, y, emprendiendo desenfundada carrera, huyó de aquellos lugares, que, bajo la apariencia de apacible calma, ocultaban en sus gargantas el venenoso virus de la guerra.

Cuando llegó a su vivienda, aún repercutía a lo lejos el ruido seco de los disparos...

Aquella noche la pasó en constante agitación. Cada vez que el sueño la rendía se sentía atormentada por terribles pesadillas, en que unas ve-

ces se veía caer en el fondo de un abismo sin fin; otras, era una fuente cristalina, cuyo caudal se convertía en sangre cuando acercaba sus labios para mitigar la sed, o una bestia feroz, que amenazaba devorarla, fascinándola con la mirada para que no pudiera moverse.

En este desconcierto de quiméricas ideas que torturaban su cerebro, un nombre llegó a su pensamiento, quedando grabado en él con irresistible dominio: ¡Juan! ¿Se encontraría quizá en el combate que tan terribles efectos había producido en su ánimo? ¿Estaría escrito que había de morir trágicamente como todas las personas que la habían amado?

Sin haber logrado conciliar el sueño, se levantó apenas el Sol tendió sobre la Tierra sus fulgores, con ánimo de buscar otro refugio que la ofreciera mayores garantías de seguridad.

Ya tenía preparado un pequeño hato y se disponía a coger algunos chumbos para el viaje, cuando de improviso sintió que dos brazos vigorosos caían violentamente sobre sus hombros. Aterrada, se volvió para implorar piedad de su agresor, encontrándose con Lobatón, que, no sabiendo demostrar de otro modo la alegría que le produjo el encuentro de Yamina, le lamía la cara y las manos, dando pequeños ladridos, que podrían interpretarse como palabras de salutación del inteligente animal.

La inesperada aparición del perro produjo en el espíritu de la niña tan saludable afecto, que ins-

tantáneamente se borraron sus temores para dar cabida a soñadas ilusiones. Creía ella que de un momento a otro sentiría sobre sus ojos el contacto de las manos de Juan para preguntarla como en Uestía: —¿Quién soy? No quería volver la cara atrás por no privar a su amigo de la ilusión de la sorpresa; pero como transcurría el tiempo y la esperada caricia no llegaba, empezó a impacientarse, acabando por gritar mientras corría de un lado para otro:

— ¡Juan! ¡Juan! ¿Dónde estás? No seas malo. Sal pronto, porque si no, me harás llorar.

Pero Juan no contestaba, ni ella logró encontrarle a pesar de haberlo registrado todo.

—¿Dónde está tu amo, Lobatón?—preguntó con los ojos arrasados en lágrimas, como si el pobre animal tuviera la inteligencia de un ser humano.

La decepción sufrida llenó de amarguras el corazón de la desventurada morita, que veía desvanecerse como el humo sus fugaces esperanzas. La vida, que por un instante se la había mostrado de color de rosa, volvía a vestir para ella los negros crespones de la soledad.

El perro parecía compartir el dolor de Yamina y, cual si la hubiera comprendido, saltaba a su alrededor dando ladridos, se alejaba corriendo, volvía sobre sus pasos y, sujetándole la ropa con los dientes, tiraba de ella como si la invitara a seguirle.

Esta conducta de Lobatón la sumergió en

un mar de confusiones. ¿Por qué con tanta insistencia tiraba de ella?— se preguntaba—. ¿A dónde pretendía conducirla el simpático animal?

De pronto, una idea luminosa desterró las sombras de su cerebro: ¡El combate! Esta terrible palabra se aferró a su pensamiento como garfios de acero, forjando violentas escenas de dolor y muerte. Ya no le cabía duda de que el intenso tiroteo que tanto la asustó la noche anterior se había desarrollado entre moros rebeldes y soldados de la guarnición de Uestía. La presencia del perro en aquellos lugares era el más lógico testimonio de los hechos. ¿Pero qué había sido de Juan? ¿Había sucumbido en la lucha? ¿Estaba herido? ¿Había caído prisionero? Estas reflexiones la llevaron a la conclusión de que si Juan no había muerto, debía hallarse en situación muy difícil; y dando por sentado que el perro había de conducirla al lugar donde él se encontraba, resolvió seguirle, poniendo en la empresa toda la abnegación que brotaba de su alma generosa cuando se trataba de llevar algún consuelo a las personas que la tendieron la mano en su abandono.

Caminando detrás de Lobatón, se internaron en las escabrosidades del monte, siguiendo la senda que ella conocía, cruzaron el barranco donde se hallaba la fuente y, tras de recorrer una extensa planicie de tierras yertas, se internaron en una zona de profundas barrancadas, que dificultaban la marcha y aumentaba la fatiga.

El pobre animal, que se mostraba nervioso e

impaciente cual si temiera llegar tarde, corría delante de Yamina, se detenía para dejarse alcanzar y, tras de hacerla una caricia como animándola para que continuara el camino más aprisa, volvía a alejarse y detenerse nuevamente.

Después de mucho caminar, se sentó la morita sobre una roca, a la vera del camino, para tomar aliento. Ya iba a emprender de nuevo la marcha, cuando sus ojos se fijaron en un objeto luminoso que se hallaba a poca distancia de sus pies. Al recogerlo para examinarlo, se encontró con una vaina de cartucho Máuser, descubriendo otras muchas diseminadas por los alrededores.

Si alguna duda la hubiera cabido respecto a la suerte de Juan, aquellos trozos de metal venían a confirmar los temores que el perro la había infundido con su extraña conducta.

A medida que avanzaba en su camino, encontraba nuevos indicios que la confirmaban en la creencia de que aquellos lugares habían sido teatro de la enconada lucha desarrollada la noche anterior.

Por fin, el perro se detuvo a ladrar al borde de un barranco. El corazón de Yamina empezó a latir entonces con inusitada violencia, cual si quisiera salirse del pecho. Ahogada por la emoción, corrió hasta situarse al lado de Lobatón, descubriendo en el fondo del barranco, semicubierto por tierra y ramaje seco, el cuerpo inanimado de un soldado... de su protector, ya que para reconocerle no precisaba de verle la cara: se lo había anunciado el corazón.

Descendiendo rápidamente por el talud del barranco, salvó en un instante la distancia que la separaba de su querido amigo, separó las zarzas y ramas secas que habían caído sobre su cuerpo, desabrochó la guerrera y la camisa y, llena de ansiedad, colocó la mano sobre su pecho para averiguar si aquel corazón tan amado acusaba algún átomo de vida.

De la garganta de Yamina se escapó un grito de alegría. ¡Juan vivía! Gracias a su robusta naturaleza, el corazón no había cesado en sus rítmicos movimientos, aunque, por la pérdida de sangre, funcionaba con debilidad.

Sujetándole por debajo de los brazos, trató de sacarle a lugar más despejado; pero pesaba tanto aquel cuerpo casi inerte, que no logró moverle de su sitio.

La más espantosa desesperación, se apoderó en aquellos momentos de Yamina. Ante su impotencia, le veía condenado a morir como un perro en las estrecheces de aquel barranco, que tenía todo el aspecto de una fosa, o a caer en manos de sus enemigos, que era todavía más terrible.

Nuevamente intentó salvar de las garras de la muerte aquel cuerpo querido, resultando vanos todos sus esfuerzos. En el forcejeo quedó al descubierto sobre el pecho de Juan una medallita que ella ya conocía: —Esta es la Virgen del Carmen —había dicho él un día para satisfacer su curiosidad de niña—; la imagen más venerada de toda la cristiandad, por los favores que dispensa a sus hi-

jos; la Patrona de los marinos españoles, que siempre la llevan pendiente del cuello. Se han dado casos de aplacar las furias impetuosas del mar, para salvar la vida a sus patrocinados.

A la vista de la medalla, cual si de súbito hubiera sido atacada de místico fervor, cayó de rodillas y, elevando los ojos al cielo, exclamó:

— ¡Madre de los cristianos! ¡Dame fuerzas para que pueda librar a este hijo tuyo de sus enemigos!

Cual si la Virgen hubiera escuchado su plegaria, acudió en el acto a su cerebro una idea sencillísima y genial: quitándose la faja que llevaba arrollada a la cintura, la sujetó por un extremo al cuerpo de Juan y por el otro al cuello del perro. El inteligente animal, que parecía comprender el designio de Yamina, tiró del cuerpo de su amo a una indicación suya, y poco a poco, arrastrándole entre ambos suavemente, lograron trasladarle hasta un lugar despejado, en que el barranco se ensanchaba, formando un pequeño valle. Yamina hubiera querido llevarle a su vivienda, pero estaba tan lejos, que hubiera sido locura el intentarlo.

Su mayor preocupación, de momento, era buscar un lugar seguro donde ocultarle de la vista de los moros. Cerca del lugar donde se encontraban aparecían profundos socavones producidos por las aguas torrenciales. Después de recorrer de un lado para otro los alrededores, descubrió un gran agujero en un talud, que, aunque probablemente sería la guarida de un chacal, podría servirle de

seguro refugio, mientras las circunstancias no permitieran trasladarle al lado de los suyos.

Siguiendo el mismo procedimiento de transporte que antes había empleado para sacarle del barranco, le condujo hasta el pie del agujero, observando entonces con el natural disgusto que sus cálculos habían resultado erróneos, toda vez que la entrada era tan estrecha, que ni el perro hubiera podido pasar al interior.

No por eso se desanimó Yamina. Ayudada por su despierta inteligencia, buscaba un recurso que la permitiera salir de aquella situación, que se hacía apremiante por el peligro que corrían de ser descubiertos por los moros. Ningún lugar más a propósito para sus fines que aquella cueva desviada de caminos transitables; pero era necesario ensanchar, para lo cual carecía de medios. De pronto, recordó que en el fondo del barranco donde encontró a Juan había quedado abandonado su fusil y corraje.

Aquel recuerdo fué para ella una revelación. Saltando como una corza, se dirigió al sitio señalado, recogió el armamento y regresó al lado de Juan, llevando el sello de la esperanza marcado en el rostro.

— ¡A trabajar, Lobatón! — ordenó al perro con energía—. ¡Aquí! ¡Escarba aquí! — indicaba, moviendo la mano en el fondo de la cueva.

Obediente Lobatón al mandato de Yamina, comenzó a ensanchar el agujero por el fondo, mientras ella, picando con la punta del machete,

lo hacía por los lados y la parte superior. Cuando la abertura adquirió la suficiente amplitud para dar paso a una persona, se introdujo por ella Yamina, y trabajó con tanto ahinco, secundada por el perro, que en poco tiempo logró dar a la cueva las dimensiones suficientes para que en ella pudieran alojarse dos personas.

Cuando terminó su faena se hallaba extenuada de cansancio, pero orgullosa del triunfo.

Con hierbas secas preparó a Juan un mullido lecho, sobre el que le acostó, disponiéndose después a curarle; pero pronto su espíritu fué invadido de profunda pena. ¿De qué servían todos sus esfuerzos si carecía de los elementos más indispensables para salvarle la vida? Ella había visto a los moros en diversas ocasiones desinfectar las heridas con aceite hirviendo, pero ni de ese medio disponía, aunque hubiera querido emplear tan bárbaro procedimiento.

El herido presentaba un estado lastimoso. La sangre y el barro formaban una costra alrededor de su cuerpo; tenía los ojos amoratados, los labios secos por la fiebre, continuando en el mismo estado de inconsciencia en que le encontró.

Yamina estaba verdaderamente aturdida, considerándose impotente para resolver tan difícil situación.

¡Ni una gota de agua para darle de beber y curarle las heridas! — exclamó, con doloroso acento —. ¡Qué desesperación; tener la fuente tan cerca y carecer de vasija para traerla!

En el rostro de la morita se habían marcado con insistencia las huellas de la angustia. Sentada al lado de su amigo, con las manos entrelazadas sobre las rodillas, le miraba con apasionamiento, con esa vehemencia que las madres ponen en sus ojos cuando por ellos quisieran transmitir la esencia de la vida al fruto de sus entrañas próximo a la muerte, con esa fogosa pasión con que algunas mujeres valerosas hacen ofrenda de su ser en aras del altar de sus amores.

De pronto se serenó su rostro, dibujándose en sus labios una sonrisa de satisfacción.

— ¡Qué tonta he sido no habiéndolo discurrido antes! ¡Vámonos, Lobatón! — exclamó, saliendo de la cueva y alejándose, seguida del perro.

Corriendo con toda velocidad que la permitían sus músculos, llegó a la fuente, se despojó de sus ropas interiores, las lavó y, empapándolas en agua, corrió de nuevo a dar de beber al herido.

Al escurrir un trozo de tela sobre sus labios empezó a reaccionar, cual si en aquellas gotas de agua que habían refrigerado su garganta estuviera contenido el elixir de la vida. Entre palabras incoherentes pedía agua, más agua, toda la que aquel cuerpo maltrecho necesitaba para apagar la sed que le devoraba. Ella, poseída de intensa emoción, exprimió la tela sobre la hoguera que abrasaba su boca, hasta que, viendo saciada su sed, rasgó la ropa en pedazos, los tendió al sol y, cuando se hubieron secado, procedió a lavar las heridas con todo el esmero que permitían sus escasos

récursos, ligándolas después con los vendajes que al efecto había preparado.

Tras de esta ligera operación, quedó el herido más tranquilo, aunque postradísimo a consecuencia de la sangre perdida.

Otro problema de difícil solución se presentaba a Yamina con caracteres alarmantes: el de la alimentación. Consideraba la urgente necesidad de dar a Juan algún alimento, para contener el derrumbe de sus escasas energías. ¡Pero era ella tan pobre...! En el aduar aún quedaba miel y pan de cebada. ¿Sería este alimento suficiente para sostener a un herido de la gravedad de su amigo?

Una idea generosa germinó en su cerebro:

— ¡Si yo me atreviera ...! — pensó —. En Uestía está la salvación de Juan. ¿Pero y si tropiezo con algún moro de la partida de Burrakai?

— El recuerdo de este bandido la hizo temblar; mas la idea de pedir ayuda en Uestía había tomado forma en su voluntad, acariciándola con el vehemente deseo de llevarla a la práctica.

— ¡Qué egoísta soy! ¿Había de dejarle morir por temor de tropezar con mis enemigos? ¡No! ¿Verdad que no, Lobatón? — decía, dirigiéndose al perro, que ladraba alegre, saltando sobre ella —. Es tu amo y mi protector; tú y él sois mis más leales amigos. Cuando la más espantosa soledad dibujaba horribles fantasmas en el horizonte de mi vida, Al-lah, siempre grande, siempre misericordioso, os puso en mi camino para que nuestros destinos vayan siempre unidos. ¡Qué lástima que

no hayas nacido persona, Lobatón! No habría quien te aventajara en inteligencia y elevación de sentimientos; pero, aun siendo perro, confío en ti más que en el moro más leal. Esta noche hemos de ir a Uestía; tú me acompañarás y defenderás en los peligros y, si es preciso, ambos perderemos la vida por él.

Para evitar posibles e indiscretas miradas, disimuló con piedras y ramajes la entrada de la cueva; después, tendiendo el brazo adelante, exclamó:

— ¡En marcha, Lobatón!

Ya habían caído las primeras tintas de la noche sobre la tierra cuando Yamina abandonó a Juan para dirigirse a Uestía en busca de socorro. La magnitud de la empresa que se había propuesto realizar infundía valor a su espíritu, tan saturado de amarguras por la cadena de desdichas que venía arrastrando desde que el infame Burrajai puso sus ojos en Aixa para valerse de ella como instrumento de perfidia.

Al pasar por la choza que hasta entonces le había servido de cobijo se detuvo para tomar algún alimento y gozar unos momentos de descanso, ya que la faena de aquel día había sido dura y llevaba muchas horas sin comer.

Unos higos secos y un poco de miel, único alimento que le quedaba, entonaron su estómago como si hubiera cenado en el mejor de los hoteles. También el perro pudo atrapar un pedazo de torta de pan de cebada, que debió saberle a pan de flor.

Después de media noche continuaron la marcha a través de un terreno accidentado, en el que ella no hubiera sabido orientarse, porque cuando lo recorrió la primera vez lo hizo en estado de inconsciencia.

Lobatón caminaba delante, desempeñando admirablemente su papel de guía. De vez en cuando se levantaban a su paso, en aturdimiento, bandadas de perdices, que veían interrumpido su sueño por tan molesto visitante; los chacales, que sin duda habrían saciado el hambre con los despojos del último combate, aun no habían hecho acto de presencia; la Naturaleza en pleno parecía haber caído aquella noche en profundo letargo.

A la alborada, descubrió Yamina el extenso llano de Sepsa, que se extendía a sus pies como parda alfombra salpicada del verde oscuro de los espinos; en su centro se alzaban, como pirámides de sal, las tiendas de campaña de Dar-Dríus, y al extremo opuesto, el crestón de Jamán y las cúpulas de Uestía, que daban a la posición aspecto de recinto sagrado, se recostaban graciosos sobre las eminencias de Kelacha.

A la vista de aquellos fatídicos montes, siempre sombríos a pesar de que los primeros rayos solares doraban sus laderas, el corazón de Yamina empezó a latir con inusitada violencia. El aplomo y confianza que en sí había conservado durante toda la noche se convirtió en aquellos momentos en miedo pavoroso. Contribuía a agravar su estado de ánimo la tendencia del perro a des-

viarla del camino de Uestía, actitud que ella interpretaba en el sentido de que Lobatón, con su fino instinto, trataba de desviarla de algún inminente peligro que la amenazaba.

El insomnio, la debilidad y la fatiga, juntamente con el miedo pavoroso que se apoderó de su espíritu a la vista de los montes de Kelacha, agotaron su organismo y anulaban su voluntad, hasta el extremo de que siguió a Lobatón como un autómatas, entre la pena de desviarse de Uestía y el temor de ser conducida a Dar-Dríus, donde podría ser hecha prisionera y tratada como espía.

El calor que se iba dejando sentir a medida que avanzaba la mañana era otro factor que contribuía grandemente al desfallecimiento que se había apoderado de ella en la última etapa de su jornada, cuando con sólo caminar unos centenares de metros más hubiera podido aspirar los aromas del triunfo.

Sacando fuerzas de flaqueza continuó caminando despacio, vacilante, con el pensamiento puesto en Juan y la esperanza en Al-lah, hasta que, dominando la inercia a la voluntad, se doblaron sus piernas, se nublaron sus ojos y cayó desvanecida a la vista de los parapetos de Dar-Dríus.



XVII

El talento de Lobatón.—Carlos y Yamina.—Nicasio, el de Taranilla.—Noticias de un desaparecido. — El deber de Yamina

Cuando Yamina cayó en tierra abatida por el peso de sus sufrimientos, Lobatón emprendió veloz carrera en dirección al campamento de Dar Dríus, saltó el parapeto, se internó en el recinto de conos y rectángulos formado por un núcleo de quinientas tiendas de campaña y, seguido de cerca por un grupo de soldados del regimiento de Burgos que le habían reconocido, llegó al lugar donde acampaba el expedicionario, lanzándose al interior de una tienda de elevados parapetos, que servía de alojamiento a Carlos y sus oficiales.

La presencia del perro en el campamento de los leoneses produjo sorpresa y confusión, porque sabida de todos su fidelidad, bien probada en diversas ocasiones, no podían explicarse su aparición sin que fuera seguida de la de su amo. ¿Dónde había estado Lobatón desde la noche del ataque a la retaguardia del convoy? ¿Qué había sido de Juan? ¿A qué obedecía allí ahora su presencia?

Todas estas dudas iban a ser prontamente resueltas de una manera inesperada.

Viendo Carlos que el perro había enflaquecido y suponiendo que no había comido desde el día de su desaparición, llamó a Pascasio para que le diera unos trozos de carne; pero antes de que hubiera podido regresar el asistente, empezó a impacientarse buscando la salida, que obstruía un grupo de soldados arremolinados a la entrada de la tienda, con el natural deseo de conocer algún detalle relacionado con la suerte que hubiera cabido al infortunado compañero perdido la noche del combate; y como no le dejaran el paso franco, les ladró con furia, hasta que, al fin, saltando sobre la masa humana, que se abrió en brecha, se alejó, perdiéndose de vista al fondo de la calle formada por las tiendas.

Habría transcurrido media hora después de este episodio, cuando sintió Carlos ligero murmullo de voces, entre las que le pareció oír pronunciar el nombre de Yamina.

Una evocación dolorosa atrajo a su cerebro la imagen de un ser querido, al que rindió el tributo de dos lágrimas, que, rebeldes, se desprendieron de sus ojos para caer rodando por sus tostadas mejillas.

Las voces seguían oyéndose más cerca, más claras, más precisas.

Un soldado entró en la tienda, exclamando con alegría:

— ¡Mi capitán! ¡Ahí traen a Yamina!

Carlos salió precipitadamente, tropezando con un grupo de soldados, entre los que descubrió a la pobre niña que, medio desvanecida y con la palidez de la muerte marcada en el rostro, era conducida por dos de ellos, que la llevaban sostenida por debajo de los hombros.

— ¡Yaminal! ¡Pobre Yanina mía! ¡En qué estado te encuentro! — exclamó, con doloroso acento —. ¡A ver uno que avise al Médico! — dijo después, dirigiéndose a los soldados.

Ella, como si la voz de su bienhechor la hubiera devuelto parte de las energías, le dirigió una mirada de gratitud, tendiéndole mimosa los brazos para colgarse a su cuello.

— ¡Carlos! — suspiró con débil voz —. ¡Qué feliz soy por haberte encontrado! ¡Cree que no te vería más!

El, emocionado, la estrechó paternalmente contra su pecho, cubriéndola de caricias. El amor intenso que supo despertar en su corazón aquella valerosa mujer, que valerosa le hizo sacrificio de su vida cuando la obligaban a traicionarle, se condensaba ahora en esta niña, que, asociada al triduo de sus amores, había perdido tanto como él y sufrido más que él en la sangrienta tragedia de Uestfa.

Después de la muerte de Aixa, su más ferviente deseo fué descubrir el paradero de Yamina para consagrarse a ella y procurar su felicidad, ya que para él se hubiera extinguido la antorcha que, inundando su camino de vivísima luz prometido-

ra de dichas sin fin, le hizo soñar un día con las delicias del Edén, para precipitarle en los horrores de un infierno, en el que se veía asediado por un vehemente deseo de venganza.

De una ojeada se dió cuenta del estado de la infeliz criatura, y, tomándola en sus brazos, la llevó a su tienda, depositándola en su propia cama.

Momentos después se presentó el Médico, que, tras un minucioso reconocimiento, llevó la tranquilidad al espíritu del Capitán, diciendo:

—Esto no es nada. Cansancio, inanición. Un vaso de leche con unas gotas de coñac y unas horas de reposo, será suficiente para que rescate las fuerzas perdidas.

Ocho horas consecutivas durmió Yamina, encontrándose al despertar en tan perfecto estado de salud, que sólo le quedaba el recuerdo de las penalidades sufridas.

Al saltar sobre la alfombrilla tendida a sus pies, descubrió un gran barreño de cinc lleno de agua, y, sobre un banco de madera, unas prendas de mujer.

—¡Qué bueno es Carlos!—murmuró, halagada por aquella delicadeza de su bienhechor—. No pierde detalle para que nada me falte. ¡Así se metió tan adentro en el corazón de Aixa!

Con inefable placer lavó su cuerpo, a cuya piel devolvió el agua fresca la tersura de que la falta de higiene le había privado, se vistió con las ropas que encontró preparadas y se puso a cantar alegremente, al tiempo que curioseaba cuanto

encontraba al alcance de sus manos. En aquellos momentos volvía a ser la niña simpática y revoltosa de los felices días de Uestfa.

Un soldado la interrumpió al preguntar discreto desde el exterior:

—¿Has despertado, Yamina?

—¿Eres bobo?—respondió la niña, riendo alegremente.

—No. Soy Nicasio, el de Taranilla, el hijo de la tía Domitila, y me ha puesto aquí el Capitán para que le avise cuando despiertes. ¿Has despertado ya?

—¡Sí, hombre, sí! Ya he despertado. En cambio tú estás dormido desde que naciste. Vete a decir al Capitán que estoy levantada y necesito verle.

Poco después entraba Carlos en la tienda, saltando Yamina sobre él para enlazarse a su cuello.

Quedó el Capitán admirado del cambio tan radical que se había operado en la salud de la niña. El descanso y el baño habían devuelto la flexibilidad a sus músculos y la alegría a su rostro moreno.

—¡Hola, pequeña!—exclamó, pasándole la mano por los cabellos—. ¡Cuánto me satisface verte tan alegre! ¿Has descansado?

—Perfectamente. Sólo que el baño me ha producido un hambre devoradora.

—Pues con un poquito de paciencia para esperar, podrás dar satisfacción a tu estómago.

—Está visto que estoy de suerte. Cuando suponía que los soldados que me recogieron me llevaban a la presencia del Jaquen (1) para que me azotaran por espía, Al-lah te pone en mi camino para que por segunda vez me protejas. ¡Si supieras cuánto miedo he pasado...! Los picos de Kelacha ejercen sobre mí terrible dominio; a su vista tiemblan mis carnes como si se sintieran próximas a ser desgarradas a cuchilladas por sus feroces habitantes. Cuando esta madrugada me dirigía a Uestía para pedirte amparo, un fatídico presentimiento me apartaba de aquella dirección; hasta Lobatón se negaba a seguirme, guiándome, en cambio, hasta aquí, donde no esperaba encontrarte. ¿A qué se debe tu estancia en Dar-Dríus?

—Hace ya tiempo que fuimos relevados de aquella maldita posición, que sirvió de cementerio a mis más bellas ilusiones. Y tú, ¿dónde has estado desde que me abandonaste? ¿Te encontrabas al lado de Aixa cuando la sacrificaron? ¿Conociste algunos detalles de su muerte?

—¡Aun me horroriza el recuerdo del tormento sufrido por aquella mártir que tanto te quería! Por ti se dejó azotar bárbaramente y por ti fué degollada en mi presencia, cuando con las carnes abiertas a golpes de látigo, huía de sus verdugos con la esperanza de llegar a tu lado.

Yamina refirió con todo género de detalles el suplicio de Aixa y su abnegación dejándose matar

(1) General.

antes que traicionar al hombre de quien sólo mercedes había recibido, y la vida errante que ella se había visto precisada a hacer para librarse de las garras de sus enemigos.

Carlos, emocionado con la narración de tantas amarguras y desdichas, daba desahogo a su corazón dejando resbalar libremente las lágrimas por sus mejillas.

— ¡Pobre Aixa! — suspiraba. Como imagen viva la llevo siempre grabada en mi pensamiento. Su alma y la mía se desposaron para vivir eternamente unidas.

— Esta tragedia se hubiera evitado, si nos hubieras enviado a España en la fecha que acordaste.

— ¡Tienes razón! Por el egoísmo de retenerla cerca de mí la perdí para siempre y te expuse a seguir su misma suerte; pero de hoy en adelante no volverás a correr ningún peligro, porque mañana mismo ingresarás en un colegio de Melilla, hasta que venga mi familia a recogerte.

— ¡Eso es imposible, Carlos! Antes de que cierre la noche he de marchar a donde me llama el deber. ¿Qué sería de él si yo no regresara?

— ¿Qué deber es ese de que me hablas? ¿Quién es él? — preguntó Carlos, perplejo, pensando que Yamina se hubiera enamorado de algún cabileno desarrapado.

— ¡Calla, hombre! Con la conversación se me había olvidado comunicarte el objeto de mi visita. Muy lejos de aquí, oculto en una cueva para

que noa pued ser descubierto por los moros, tengo a Juan herido de dos balazos; y como carezco de medios para curarle, he venido a que tú me los facilites.

Luego le refirió las extrañas circunstancias en que le había encontrado y las dificultades con que tropezó para sacarle del barranco en que había caído. Ante un hecho tan sublime y con tanta sencillez relatado, Carlos la contemplaba absorto, no alcanzando a comprender que en un cuerpo tan pequeño pudiera alojarse un alma tan grande y bien templada. Aquella niña débil, desgñada y harapienta se ofrecía a sus ojos como imagen viva de las tres virtudes teologales. ¡Qué aromas de grandeza exhalaba aquella flor silvestre nacida entre punzantes abrojos! ¡Qué hermoso ejemplo de caridad para los cristianos!

—¡Yaminal! ¡Hija mía! Desde la muerte de Aixa he vivido con la esperanza de encontrarte para retenerte siempre a mi lado, rindiendo así tributo a la memoria de la mártir; pero esto, que hubiera podido considerarse como una obra de caridad, se ha convertido en un deber desde que has ejecutado el acto heroico y humanitario de salvar a un soldado español de las garras de la muerte. Ya no volverás a separarte de mí hasta que te lleve al lado de los míos. Ahora mismo daré cuenta al General de lo que ocurre, y probablemente ordenará que salga la columna en busca de Juan. Lobatón, que te trajo hasta nosotros, nos servirá de guía.

—Sería inútil lo que intentas, porque daría origen a un combate cuyas consecuencias no se pueden prever, sin que lograrais alcanzar vuestro objetivo. Yo, en cambio, puedo llegar a él fácilmente sin infundir sospechas. Cuando se encuentre en condiciones de moverse por su pie, habrá llegado el momento de pensar en lo que ha de hacerse; hasta tanto, a mí sola corresponde velar por él. Sería muy ingrata pensando que una noche llegué a vuestra tienda con hambre, y tú y él me disteis pan y cariño. Tanto por ti como por él hubiera dado la vida, porque sois mis únicos amores después de la muerte de Aixa. Y bien visto, ¿para qué sirve mi vida? ¿Quién puede preocuparse en la tierra de un ser tan insignificante como yo? ¡Dichosa Aixa, que se redimió de las miserias del mundo! ¿Por qué me empujó para salvarme esta vida miserable? ¡Si me hubiera dejado morir con ella ya no luciría mi mala estrella! ¡En cambio, quién sabe las víctimas que costará todavía!

—¿Qué estás diciendo, criatura?

—Digo que un espíritu maléfico obra sobre mí, privando de la vida a cuantos me protegen, como si estuviera escrito que he de rodar por el mundo sin amores. Mis padres, Aixa, el Kaid han muerto vilmente asesinados, y quién sabe lo que podrá ocurrir todavía si no me apresuro a devolveros a Juan.

—¡Pobre niña! Siento con toda mi alma que tú, tan inteligente y vivaracha, te dejes dominar por presentimientos supersticiosos. Ignoro las cir-

cunstances en que hayan muerto tus padres, aunque no sería aventurado suponer que el robo ó alguna deuda de sangre fueran los móviles que impulsaran a sus asesinos. Respecto al Kaid y Aixa, sabido es que fueron objeto de ruines venganzas.

— Acaso tengas razón. El ambiente de ignorancia y barbarie en que se ha desarrollado mi vida puede ser causa de la explicación que doy a cuantos sucesos me ocurren; pero no dejarás de comprender que los eslabones de la cadena de desdichas que vengo arrastrando coinciden perfectamente con la desaparición de los seres más queridos.

— Sin tu abnegación, Juan hubiera perecido.

— Aun no sé si podré salvarle. Es tarde, Carlos. Prepárame cuanto creas necesario, porque quisiera llegar al monte antes de que cierre la noche.

Mientras Yamina cenaba, el Capitán se entregaba a preparar una cesta, en la que colocó un paquete enviado por el Médico y lo mejor de los víveres que tenía de repuesto.

Quando la morita terminó de cenar se dirigió a la salida del campamento, acompañada del Capitán y los oficiales, que no quisieron quedarse en la tienda, a pesar de su requerimiento para que no la acompañaran.

Carlos caminaba triste; ella, alegre como un pajarillo. Sus pensamientos vagaban en opuestas direcciones: de la roca que guardaba los despojos de Aixa salía una voz que le acusaba de abando-

nar a Yamina en la terrible aventura en que se había comprometido; de la cueva donde tenía oculto a Juan se desprendían llamadas telepáticas que acariciaban los oídos de ella, diciendo: ¡Ven! ¡Ven!

Quando se hallaban a cincuenta metros del campamento se detuvo Yamina, dejó el canasto en el suelo y exclamó, tendiendo la mano a los oficiales:

—No consiento que paséis más adelante.

Luego abrió los brazos en cruz, diciendo a Carlos:

—Dame un abrazo y un beso muy apretados, por si no volvemos a vernos.

—Bien quisiera quedarme, pero el deber me llama—dijo, y, colocándose el canasto sobre la cabeza, se alejó entonando alegremente una canción árabe.

—¡Ve con Díos, alma generosa!—exclamó Carlos, sin poder dominar la emoción que le embargaba.

Los oficiales la contemplaron absortos durante largo rato, viéndola desaparecer y aparecer de nuevo entre los repliegues del terreno, dando al viento sus harapos, como esquife velero que resbalara sobre las encrespadas olas del Océano.



XVIII

Remembranzas. — El hada de la noche. — Efluvios de amor. — Vigilancia peligrosa. — El inmundo jal-luf

Cuando Juan recobró el conocimiento tenía perdida la noción de cuanto le había ocurrido, creyéndose despertar de un profundo sueño; pero al intentar incorporarse sintió un agudo dolor que le hizo caer impotente sobre el lecho. Entonces comenzó a recordar de una manera imprecisa, cual si se tratara de episodios muy remotos, la marcha del convoy, el regreso, la emboscada. Haciendo un poderoso esfuerzo de imaginación, acudieron a su memoria, en confuso tropel, todos los detalles de aquel trágico momento en que, al sentirse herido y sin fuerzas para sostenerse, rodó hasta el fondo de un barranco, donde perdió el sentido. ¿Qué había ocurrido después? ¿Quién le había recogido? ¿Acaso había caído en poder de los moros? Al ocurrírsele este pensamiento tendió sus manos en todas direcciones, quedando aterrado al tropezar con las paredes de la cueva.

— ¡Dios mío! ¡Esto es un sepulcro! — exclamó con angustia el desventurado —. ¿Por qué habéis consentido que me entierren vivo esos salvajes?

Verdaderamente, aquel agujero, practicado en el talud del barranco, tenía todas las apariencias de una tumba.

Un rayito de luna que se filtraba a través de las piedras y ramaje con que Yamina había tapado la entrada del estrecho recinto llevó a su ánimo un átomo de esperanza; poco a poco fué su espíritu serenándose, y de deducción en deducción vino a la consecuencia de que si bien se encontraba en poder de los cabileños, parecía que por el pronto no abrigaban intenciones de causarle ningún mal. Le afianzaba en esta creencia la luz que se filtraba del exterior y las hierbas secas que le servían de lecho. ¿Pero por qué le habían sepultado en aquella cueva?

Así discurría, cuando sintió removerse las piedras que obstruían la entrada, dando paso a un torrente de luz azulada, que le permitió descubrir la extraña figura de un cuerpo humano que se arrastraba por el suelo hasta situarse a su lado.

—¿Quién eres y qué pretendes de mí?— preguntó Juan, intentando incorporarse.

—¡Hola, paisa! Se ve que no tienes ganas de morir. Ya eres otro hombre—contestó el recién llegado.

—¿Te han enviado los tuyos para que te burles de mí? Podrías tener más compasión de un pobre herido que se halla entre las garras de la muerte, en vez de venir a mortificarme. ¡Vete!

—¡Eres soberbio con las damas, por Dios grande!

— ¡No abuses de mi situación! ¡Vete! ¡Te lo ruego!

— ¡Eres ingrato!

— ¡Esa voz...! ¡Esa forma satírica...! Dime, por favor, ¿quién eres? ¡Mi cabeza no se encuentra en condiciones de discurrir.

— ¡Eres desmemoriado!

— ¡Basta! Vete y di a los que te envían que me maten si quieren, pero que me libren de tu presencia.

— Sobre mí no manda nadie; soy libre como las aves que cruzan el espacio; recorro el camino que por mi voluntad me he trazado, con el mismo albedrío que los ríos su cauce; soy hada de la noche, que abandonó su palacio de azuladas bóvedas, tachonadas de brillantes soles, para situarse a tu cabecera y servirte de dama enfermera y esclava. ¿Quiere tomar algo, mi señor? Una taza de leche... Un vasito de Jerez... Una copita de coñac... De todo traigo.

— ¡No te burles, morita! Ten compasión de mí, y si los moros no me han condenado a morir de hambre y sed, dame un poco de agua, por caridad.

— Los moros nada tienen que ver conmigo; fui yo quien te recogió en un barranco cuando estabas a punto de perecer, trasladándote a esta cueva, donde desgarré mis ropas para vendar tus heridas. Dos noches consecutivas he caminado a través de estos inhospitalarios montes, con el corazón oprimido por el miedo, en demanda de ele-

mentos para salvarte. La fatiga y el hambre me hicieron caer a la vista de Dar-Dríus, y gracias al auxilio que me prestaron unos soldados he tenido la dicha de volver a verte. ¡Ahora ya no morirás, porque cuento con lo necesario para tu curación y alimento.

—¿Pero quién eres que así te interesas por mí?

—¡Pobre de mí! ¡Ni aun el timbre de mi voz se ha marcado en tu memoria! Creí que después de la muerte de Aixa aun podía contar en la tierra con tu cariño.

—¡Yaminal! ¡Mi Yamina querida! ¡Mi ángel! ¡Mi bien! ¡Sí, eres tú, mi Yamina! Aunque no puedo contemplar tu rostro en la penumbra de esta cueva, reconozco tu voz y tu figura. ¡Perdóname que haya estado tan torpe! Tú misma dices que me recogiste cuando estaba a punto de perecer. Mi cabeza no rige con normalidad. ¡Cómo había de olvidarme de ti cuando tanto te he buscado!

—¿De veras que me has buscado? ¡Qué alegría saber que me quieres como antes!

—Como antes, no, Yamina; te quiero muchísimo más que antes; te quiero con un cariño que es primicia de mis mayores afectos; ansia de esclavizar mi voluntad a tus deseos; culto y adoración a la grandeza de tu alma; te quiero como nunca supe querer a nadie, ni aun a mi madre. Empecé a quererte primero por compasión. Me entristecía verte tan niña, tan inteligente, tan simpática, condenada a pasar la vida entre salvajes; después fué aumentando mi cariño con la devo-

ción que por ti sentía, viniendo a colmar la medida el sacrificio que por salvarme la vida te has impuesto.

—Si sólo el agradecimiento ha despertado en ti las exaltaciones de que me hablas. ¡pobre de mí! Esa virtud, entre los hombres, es flor exótica que pierde sus delicados perfumes al más leve soplo de la brisa.

—¡No, Yamina, no! El agradecimiento es una razón que me obliga, pero no la principal. Te quiero porque en mi corazón ha brotado espontáneamente ese sentimiento a fuerza de admirar, a través de tu cuerpo tan débil, tan femenino, un alma tan grande y generosa, forjada a fuerza de valor y sacrificio; te venero porque en tus hazañas veo la mano de Dios, que te ha puesto en mi camino para que no pueda dudar de su infinita grandeza.

—También yo a ti te quiero de una manera que no acierto a explicar. Nadie como tú ha hecho vibrar las fibras sensibles de mi corazón, despertando en mi alma anhelos de renovación, ansias de bañarse en el Jordán que cubría el velo descornado por tu mano generosa, para lavarse de las bajas pasiones que, como infernal cadena, viene arrastrando este pueblo salvaje, en el que tuve la desgracia de nacer. ¡Cuánto me he acordado de ti en mi solitario destierro! El día que te encontré me hallaba cogiendo chumbos para el viaje que iba a emprender en busca de tierras más propicias, cuando fui sorprendida por Lobatón, que

me dió un susto terrible, trocado prontamente en alegría, porque esperaba verte aparecer de un momento a otro por detrás de las chumberas; pero el tiempo pasaba, tú no llegabas y el perro se impacientaba por marcharse. ¡Qué amargo desengaño sufrió mi alma! El inteligente animal parecía compartir mi dolor; saltando de un lado para otro, parecía quererme decir que estaba allí para algo que me interesaba, hasta que, al fin, por su actitud y gestos, pude comprender la gravedad de tu situación, y gracias a Al-lah llegué a tiempo para salvarte; mas no, no fué Al-lah. Verás. Cuando llegué a tu lado quise sacarte del barranco, creyéndolo empresa fácil; pero me fué imposible moverte, porque pesabas tanto cual si hubieras echado raíces en la tierra. La desesperación que se apoderó de mí no tuvo límites. De nadie podía esperar ayuda, viéndote ante mi impotencia condenado a morir irremisiblemente en un barranco, o a caer en poder de los rifeños. Cuando mayor era mi abatimiento, me acordé de la medallita que llevas pendiente del cuello, y, recordando lo que un día me dijiste, imploré de la madre de los cristianos que me ayudara a salvarte. Al terminar mi súplica, la calma había renacido en mi pecho y una idea luminosa había germinado en mi cerebro: uní un extremo de mi faja a tu cuerpo y el opuesto al cuello de Lobatón, que me ayudó a traerte hasta este refugio.

— Eres un ángel, Yamina. La Virgen, que se ha valido de ti para salvarme, querrá también que

sane pronto de mis heridas y regrese al lado de los míos; entonces habrá llegado el momento de que puedas comprender la magnitud de mi cañño. Tú eres flor de estufa brotada en tierra de punzantes cardos, entre los que se pierde la fragancia sin fruto, la fragancia de tus delicados pétalos. En España tengo una madre que cuando sepa que te debe la vida de su hijo, te cederá el puesto que en su corazón dejó vacante la muerte al segar en flor la existencia de mi hermana Rosa.

— ¡Una madre! ¡Qué hermoso debe ser el tener madre! Muchas veces he soñado que la tenía, pero al despertar se desvanecían las mágicas quimeras del ensueño, encontrándome sola, sin más amparo que la tierra que me sustenta y el cielo que me cubre. ¡Oh, si esa dulce ilusión se convirtiera en realidad! Sería la prueba más evidente de que Al-lah había escuchado mis oraciones.

— Dios escucha siempre los ruegos de las almas buenas. Cuando yo pueda andar me conducirás una noche a mi campamento y, con permiso de mis jefes, te llevaré al lado de mi madre.

— Cuando puedas andar no será para regresar a tu campamento, cuyos caminos y pasos están muy vigilados, porque los moros temen ser sorprendidos por el avance de las tropas españolas, sino para trasladarnos a otro lugar que nos ofrezca mayores garantías de seguridad que este, donde estoy temiendo que seamos descubiertos en cualquier momento. Conozco las ruinas de un

castillo, en las que, al regresar de una fiesta con el Kaid Tajar, nos guarecimos para librarnos de una furiosa tormenta. Pesa sobre él una leyenda de celos y sangre, de ruidos y fantasmas, que aleja de aquellos lugares a los moros con supersticioso temor. Allí esperaremos tu completo restablecimiento para ganar las líneas francesas y trasladarnos a Melilla desde cualquier población de aquella zona.

Juan escuchaba con admiración a Yamina, no teniendo que oponer nada a sus proyectos.

—Para cuando llegue ese momento—siguió diciendo—cuento con la generosidad de Carlos, que me ha ofrecido todo cuanto sea necesario para salvarte. ¡Fíjate qué cesto me ha preparado! Este paquete contiene medicamentos y vendajes; todo lo demás son comestibles.

Yamina fué enseñando a Juan, a medida que lo sacaba del cesto, latas de conserva de carne, pescado, leche, mermeladas y frutas.

—Muchas cosas traes de Dar-Dríus; pero aun no me has dado el agua que te pedí por caridad—reclamó Juan en tono afectuoso.

—¡Tienes razón! ¡Mal empiezo mi oficio de enfermera! Te daré una copita de coñac y un vaso de agua. Ya te dije que traigo de todo.

Cuando le dió de beber le practicó una nueva cura con los elementos de que disponía; tras de un minucioso lavado y unos toques con yodo, vendó sus heridas con la destreza de una consumada enfermera; luego encendió lumbre con unas

ramas secas, preparó una taza de leche, que le sirvió, y le obligó a acostarse sobre el lecho de hierbas.

—Ahora, a dormir—le dijo—. Hay que buscar en el descanso y el alimento el retorno de las energías perdidas.

—¿Tú no tomas nada, Yamina?

—No te preocupes de mí. Veré si encuentro en el cesto algo que me agrade. ¿Qué es esto que ha echado aquí Carlos?—exclamó, sacando del cesto un trozo de jamón—. ¡Huf, qué asco, jal-luf! ¿Cómo se le habrá ocurrido darme esto?

—El jamón es un bocado exquisito y un alimento especial para convalecientes.

—El jal-luf es un animal inmundo, de cuya carne prohíbe comer el Corán; por lo tanto, ni tú ni yo lo comeremos. ¿Entiendes? No he de consentir que por comerlo caiga sobre ti una nueva desgracia.

Juan accedió a sus deseos por no disgustarla. Ella, después de tomar una lata de sardinas, se acostó al lado del herido, quedándose poco después profundamente dormida.



XIX

El último adiós.—Hacia otras tierras.—El convoy enemigo.— Muerte de Lobatón.— La tempestad.— El Hach Abdal-lah.—El castillo de Meskur

Curadas asiduamente por las delicadas manos de Yamina, iban cicatrizando con rapidez las heridas de Juan, pero se acentuaba de día en día la palidez de su rostro a causa de la larga permanencia en aquel infecto agujero, del que sólo salía para respirar el aire del exterior durante la noche, al amparo de cuyas sombras se consideraba más seguro.

Sufría ella honda preocupación ante el temor de que aquella cadavérica demacración fuera indicio de una terrible enfermedad, que pudiera acabar en poco tiempo con la vida de su amigo, sin que fuera posible poner remedio a su mal.

Observaba él una metamorfosis completa en las costumbres de Yamina; ya no era la niña jugetona y revoltosa de aquellos felices días en que se conocieron en Uestía; ahora se había hecho seria, reflexiva y formal. Con el pretexto de vi-

gilar, había dejado de dormir en el interior de la cueva; y cuando por las mañanas pasaba a saludarle, nunca lo hacía sin antes lavarse y peinarse con esmero. Sus ropas, aunque viejas, las llevaba siempre limpias y cosidas; al abandono en el vestir había sustituido un prudente recato. En una palabra, la niña se transformaba rápidamente en mujer.

Una noche que se hallaban sentados a la entrada de la cueva, observó él que Yamina le miraba entristecida, como si en su pecho se encerrara una pena de la cual no quisiera hacerle partícipe.

Los rayos de la Luna, que en aquel momento se hallaba en el cenit, prestaban al rostro de Juan el tinte amarillento de los muertos.

—¿Por qué me miras con tanta insistencia? —preguntó, fijando en los ojos de Yamina su mirada—. Hace algunos días vengo observando en ti cierto malestar, cierta preocupación... ¿Por qué no me confías tus pesares? ¿Acaso has perdido la confianza en mí? ¿No me consideras digno de conocer tus secretos?

—No tengo secretos para ti, Juan. Es verdad que me siento afectada por poderosos motivos de preocupación, que seguramente no habrán pasado desapercibidos para ti. ¿Crees que puedo vivir tranquila mientras no te vea en lugar seguro? Los moros acentúan cada vez más la vigilancia de las líneas españolas; he observado que mis idas y venidas al campamento de los cristianos han despertado recelos en esos amigos vuestros, que, al

paso que os venden sus mercancías en el zoko, espían la capacidad y movimiento de las tropas; algunos se han atrevido a formularme preguntas atrevidas, a las que he contestado que representaba igual papel que ellos cerca de los cristianos. Pero... ¿me habrán creído? Por otro lado, tu salud... se quebranta. Es necesario que lo más pronto posible abandonemos esta fétida guarida.

—Por mi parte, estoy dispuesto a seguirte cuando dispongas.

—¿De veras, Juan, que serás capaz de sobrellevar las fatigas que suponen tres jornadas nocturnas? Porque has de saber que caminaremos durante tres noches consecutivas por caminos intransitables a través de escarpadas montañas para llegar al Yebel-Meskur, donde se encuentran las ruinas de que te hice referencia. Podríamos llegar antes cruzando el llano, pero está erizado de peligros, que quiero evitar a cambio de la mayor fatiga.

—La forzada quietud a que hasta ahora me han tenido reducido mis heridas ha entorpecido mis músculos, pero confío en que a las pocas horas de marcha habrán adquirido mis piernas la perdida flexibilidad.

—¡Qué alegría siento oyéndote hablar así! ¿Cuándo quieres que emprendamos el viaje? ¿Te parece bien pasado mañana? Aun es temprano; esta noche puedo trasladarme a Dar-Dríus en demanda de socorros; necesitamos ropa, víveres, dinero... ¡Quién sabe lo que puede ocurrirnos! ¿Quieres que marche ahora mismo?

—Vete, Yamina, y que Dios te proteja.

Despreocupada de aquellos temores que en el primer viaje invadieron su espíritu y aniquilaron sus energías, se dirigió al gran campamento de las llanuras de Sepsa, acompañada del fiel Lobatón, y después caminar a buen paso durante la segunda mitad de la noche, hizo su entrada en la tienda de Carlos cuando éste se disponía a tomar el desayuno.

—¡Hola, Yamina!—exclamó, sorprendido—. A tiempo llegas.

—Acepto la invitación y reclamo una parte para mi compañero de viaje.

—¿Ocurre algo por allá?

—Ocurre que Juan está en condiciones de moverse y mañana levantamos el vuelo.

—¿A dónde piensas llevarle?

—A Yebel-Meskur, en Beni-Tuzín. La primera noche nos dirigiremos por debajo de Tauriat-Aixa y Loma Roja para encaramarnos sobre el Yebel-Mauk, en cuyos bosques pasaremos el día ocultos; a la noche siguiente, por Sidi Amarú, Imeyaren y Tauriat-Amarán, bordearemos el llano de Midar, rindiendo jornada en Ulad-Yahia para saltar la última noche al Meskur. Allí tengo la esperanza de aguardar con tranquilidad hasta que se presente ocasión propicia de trasladarnos a la zona francesa.

—¿Pero tú conoces esa imponente cadena de montañas por la que intentas meterte?

--Mejor que los montes de Kelacha. Casi

siempre me llevaba consigo el Kaid Tajar en sus frecuentes excursiones.

—Me has dicho que bordearás el llano de Midar. ¿Por qué en lugar de internarte en la montaña no avanzas por la llanura, donde podríamos salir a vuestro encuentro?

—Porque mientras vaya tierra adentro puedo infundir curiosidad en los moros que encuentre a mi paso, pero no desconfianza; en cambio, en cuanto intentara cruzar sus puestos seríamos hechos prisioneros y conducidos a la presencia de Abd-el-Krin.

—Y, como es natural, vendrás a repostarte de víveres.

—Hoy he de darte un pellizco que, por ser el último, ha de hacerte mella. Necesito víveres, ropa y dinero; la cantidad en metálico la dejo a tu elección.

—Viveres tomarás de nuestro repuesto los que necesites; la ropa puedes comprarla a tu gusto en la tienda de cualquier hebreo; y en lo que respecta al dinero, ahí tienes la cartera con todos mis ahorros; llévatela.

—Billetes no quiero. ¡Si al fin fueran franceses...! Españoles resultarían comprometedores. Dame diez o doce duros, con los que yo negociaré en los zokos y ganaré el sustento de ambos.

—No está de más que lleves diez o doce duros en metálico y mil pesetas en billetes de veinticinco sin que puedas temer a contratiempos si tienes la prudencia de ocultarlos. Los moros ne-

gocian con toda clase de moneda, tanto de plata como de papel. ¿Quieres que te acompañe a la tienda de Ismael Bentolila para que compres la ropa?

— Prefiero que la compres tú; se trata sólo de adquirir un traje de moro para Juan.

— Comprendo. Quieres hacerle pasar por riñeño.

— Quiero presentarle como hermano mío, si la necesidad me obliga.

Mientras Yamina tomaba el desayuno, se dirigió Carlos a la tienda del hebreo, donde adquirió dos equipos completos de moros para ella y Juan. Cuando regresó dejó sobre la mesa un paquete de prendas, poniéndose a observar el efecto que en ella producía.

— ¿Eso es para mí? — preguntó, saltando del asiento para apoderarse del paquete.

— Para ti y para él — respondió el capitán.

— No quise decirte eso, Carlos. Preguntaba si es la ropa que he de llevarme.

— Sí. La que has de llevarte para ti y para él. La tuya es regalo de los oficiales de esta compañía, en obsequio a tu buen comportamiento con uno de nuestros soldados.

— ¡No! ¡Eso no! Juan no es vuestro; es mío, solamente mío, y para mí quiero conservar su vida. Si ese regalo viniera de tus oficiales por afecto hacia mí, o aunque sólo fuera por caridad, como limosna, quizá lo aceptaría; pero en esa forma no, porque supone en mí un comercio con mis más íntimos sentimientos.

—No quise herir tu amor propio con mis palabras, Yamina; me expresé mal hablándote de recompensa. Mis oficiales, más que premiar una acción que por su grandeza no tiene precio, han querido rendir este sencillo homenaje a mi hija adoptiva, tanto por afecto a ella como a mí. ¿Serías capaz de hacerles un desprecio?

—Si sólo las razones que has expuesto les obligan, acepto gustosa—repuso, al tiempo que desliaba el paquete—. ¡Oh, qué cosa tan bella!—exclamó gozosa a la vista de un caftán recamado en oro—. ¡Lástima que os hayáis gastado tanto dinero inútilmente!

—¿Por qué inútilmente?

—Porque lo que necesito es un traje de campesina y no de sultana; estos bordados, estos pendientes y collares sólo servirían para desbaratar mis planes, despertando la codicia de los moros. Devuélvelo a la tienda del hebreo y tráeme lo que te he pedido. Cuando haya triunfado en mi empresa habrá llegado el momento de que pueda lucir esas galas.

Ante los razonamientos de Yamina se vió el Capitán obligado a cambiar aquellas ropas por otras más armónicas con el fin a que se las destinaba.

Cuando llegó la noche, se despidió de su protector muy afectada.

—¡Adiós, Carlos!—le dijo, abrazándose a su cuello y derramando abundantes lágrimas—. ¡No sabes cuánta pena me causa esta despedida!

El, esforzándose por aparecer tranquilo, dijo:
—Puesto que no quieres quedarte, ve a poner término a tu humanitaria aventura y, tanto si triunfas como si fracasas, acuérdate siempre de que sólo tu presencia sería capaz de hacer renacer en mi pecho la perdida calma.

Volaba Yamina más bien que corría a lo largo de la llanura, ansiosa de llegar al lado de Juan, cuya situación la tenía seriamente preocupada.

A medida que se alejaba de Dar-Drfus, su espíritu iba serenándose y adquiriendo su habitual buen humor.

Cuando llegó a la fuente arrojó lejos de sí los harapos que durante mucho tiempo había cubierto su cuerpo, tomó un baño y se vistió con aquellas ropas que, por ser las primeras que usaba desde la muerte del Kaid, le parecieron dignas de una princesa.

Amanecía cuando llegó al lado de su amigo, que, viéndola vestida de nuevo de pies a cabeza, quedó admirado.

—¿Qué te parezco, Juan?—preguntó con un poco de coquetería.

—Estás hermosísima, Yamina. Con esas ropas me pareces más alta, más esbelta, más mujer.

—¡Adulador!

—Te digo la verdad.

—¿De veras que te gusto así? Antes no debíerte grato verme descalza y harapienta. ¡Soy tan pobre...! Hoy me regalaron este traje los oficiales de Carlos, por afecto, según dijeron; pero a lo

mejor ha sido para estimularme a obrar bien contigo. ¡Qué tontos! ¡Como si el corazón se conquistara con regalos! Hasta que yo dejé el mío entre tus manos no supe lo que era la felicidad. Ahora, para ser más de tu agrado, debería peinarme como las cristianas. ¿Cómo se peinan las cristianas?

Estas ingenuidades desconcertaban a Juan, que la miraba con asombro, preguntándose si la niña se habría convertido ya en mujer.

—Eres muy pequeña todavía para someter tu cabeza a los tormentos de la moda. Cuando seas mayor y nos encontremos en España no faltará quien te peine todos los días.

—¡España! ¡Esbania quebira!— como la llamaba el Kaid—. Cuando yo le preguntaba por ese privilegiado país señalaba hacia el lado del mar, diciendo: «Esbania es grande; sus costas se bañan en tres mares; sus monumentos evocan tres grandes épocas; sus banderas ondearon gloriosas en los tres continentes. Frente a nosotros está el Andalucía, la patria querida que los moros añoran.» ¡Cuándo podré visitar esas ciudades maravillosas de abencerrajes y almohades, en que alcázares y mezquitas, naranjos y palmeras, rostros morenos con ojos de pasión, gemidos de guitarra, cánticos y quimeras evocan una España caballerosa y romántica, que es la España nuestra, la España de los moros, que parece vivir bajo el encanto de uno de los cuentos de Scherezada!

—¿Cómo sabes tú esas cosas?

—No hay moro que las ignore. La tradición viene de padres a hijos, diciéndonos que aun nos quedan derechos sobre Andalucía. Hay quien conserva las llaves de la casa de sus antepasados, con la esperanza de poder un día tomar posesión de ella.

—También tú puedes contar con la llave de una casa en un pueblecito de las montañas de León, que es lo más poético y sugestivo de España.

—Cuando el Sol se haya hundido en el horizonte y la tierra se encuentre sumida en las tinieblas, comenzaremos ese viaje, que, si Allah nos protege, culminará en Fuenteclara, según me tienes prometido. ¿Verdad, Juan?

—¡Que Dios te oiga, Yamina!

Cuando el astro de la noche ocultó tras el horizonte el foco de sus pálidos reflejos, los dos jóvenes, recogiendo cuanto pudiera serles útil, emprendieron el camino de un nuevo refugio que les ofreciera más seguridad que aquel odioso agujero, en el que Juan había pasado días interminables enterrado en vida. Vestían de campesinos rifeños, llevando él su fusil colgado del hombro y ella un canasto con víveres sobre la cabeza.

«Si caemos en poder de los moros—había dicho ella—, tú no hablarás aunque te sometan a tormento. Desde este momento eres sordo-mudo, y de tu silencio depende el éxito de nuestra empresa.»

El prometió dejarse matar antes que pronunciar una palabra.

El silencio de la noche era solamente alterado por el rumor de sus pisadas. Dormía el viento, las aves, las fieras; solamente los hombres vivían en acecho, bordeando nuestros protagonistas dos líneas paralelas sembradas de fusiles, que se encañonaban mutuamente, dispuestos a vomitar por sus bocas el mortífero plomo de la venganza.

Orientados por la enorme masa del Yebel-Mauk, que como barrera infranqueable eleva hasta las nubes las aristas de sus cantiles, caminaban a campo traviesa huyendo de los poblados, que se delataban por los ladridos de los perros y el canto de los gallos.

El camino, surcado de torrenteras y barrancos, se hacía penoso por la continua repetición de subidas y bajadas.

A veces, el parpadeo de una fogata les permitía descubrir un puesto avanzado de los moros, en el que pasaban la noche entre sorbo y sorbo del aromático te, escuchando las quejumbrosas notas de un guembri.

Después de muchas horas de fatigoso caminar alcanzaron las enriscadas vertientes del Yebel-Mauk, y, trepando por ellas, llegaron a un bosque, en cuya espesura se refugiaron para descansar y pasar el día.

Cuando llegó la noche, emprendieron nuevamente la marcha, descendiendo por el camino de Sidi Amarú para cruzar el río Bu-Hafora por Imeyaren.

Se habían sentado a descansar sobre un riba-

zo a la orilla del río, cerca del santuario, cuando Yamina, temblorosa, se inclinó sobre el oído de su compañero para decirle:

—Escucha con atención... ¿No sientes rumor de pisadas?

Juan aplicó el oído en tierra para percibir mejor los ruidos extraños que había percibido su compañera y, poniéndose en pie rápidamente, exclamó:

—¡No nos queda tiempo que perder! ¡Se sienten pisadas de caballos que vienen en nuestra dirección! ¡Huyamos pronto si no queremos ser sorprendidos!

Apenas si les dió tiempo para internarse en el bosque cercano y precipitarse en el centro de una mata de espinos.

Poco después apareció ante ellos una caravana de dromedarios y borricos, que tenía todas las apariencias de un convoy.

Lobatón, que hasta entonces había permanecido quieto gracias a las constantes amenazas de su amo, se lanzó de un salto entre las acémilas dando ladridos.

Juan había cargado su fusil, dispuesto a vender cara su vida.

—¡Ojo avizor!—se oyó gritar a un moro—. Cerca de nosotros hay cristianos.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó otro.

—Lo delata la presencia de ese perro. Hay que registrar el bosque en todas direcciones.

—Este perro es mío—se oyó decir a una voz

en perfecto castellano—. ¿No has visto cómo ha venido a acariciarme?

—¿Y para qué queremos más perros que los que llevamos prisioneros?

Después sonó un pistoletazo, un gemido de Lobatón y la voz autoritaria del jefe de la caravana diciendo:

—¡Todo el mundo a su puesto! No perdamos tiempo, porque aquí no hay más cristianos que los que llevamos prisioneros.

Desde la mata de espinos que protegía a nuestros protagonistas vieron llegar hasta ellos un grupo de moros, que se aproximaban cual si les hubieran descubierto. Yamina, temblorosa y con irresistibles deseos de gritar, se apretujaba contra Iuan, buscando en él una protección ilusoria.

La orden del jefe hizo volver la espalda a los exploradores, que se incorporaron al grupo principal.

La voz autoritaria había infundido terror a Yamina, que reconoció en ella la del terrible Maimón. La que habló en perfecto castellano, inundó de emoción el espíritu de Juan, que desde el fondo de su alma agradecía la salvadora mentira que les libró de caer en las garras del sanguinario cabecilla.

Una vez más la bandera de la amistad flameaba sobre las escorias de las mezquinas pasiones.

Pasó la caravana y salieron ellos de su escondrijo, callados, sobrecogidos, como si temieran ser delatados por el eco de su voz.

—¡Pobre Lobatón!— se atrevió a decir él—. Quisiera verle por última vez.

Se acercaron al lugar donde había sonado el pistoletazo, encontrando al perro tendido sin vida, en medio de un charco de sangre.

Temerosos y entristecidos se alejaron de allí, ansiosos de llegar a los montes de Ulad-Yahia, donde se consideraban más seguros que en las inmediaciones de Midar, nudo de importantes comunicaciones.

Los cinco kilómetros que les separaban de aquellos montes los recorrieron en el transcurso de dos horas mortales, en que sus cuerpos se vieron sometidos a todos los temores.

Apartándose del camino, buscaron refugio en lo más abrupto del monte, donde pasaron el día descansando, hasta que, al llegar la noche, continuaron su éxodo.

Todo el valor desplegado por Yamina en la primera jornada se había convertido en miedo insuperable, que Juan trataba de contrarrestar llevando a su ánimo la confianza perdida.

La noche era lóbrega. El cielo, que al principio de la jornada se hallaba limpio de celajes, empezó a cubrirse de negros nubarrones, rasgados frecuentemente por la fulminante luminaria del rayo; gemía el viento entre las breñas, semejando sus rumores lamentos de condenados; aullaban los chacales, reclamando una presa que devorar; volaban a ras del suelo las aves agoreras, anunciando con sus lúgubres graznidos la proximidad de la borrasca; siluetas espectrales se alzaban como fantásticas visiones, acercándose y desapare-

ciendo para presentarse de nuevo en danza macabra; parecía, en suma, que aquella noche se habían desatado contra ellos todas las furias del Averno.

Juan, que sentía temblar bajo su brazo la mano de Yamina, preguntó:

—¿Tienes miedo?

—¡Temo por ti! ¿Ves esas sombras que se mueven sin ruido como si acecharan el momento de caer sobre nosotros?

—¡Nada temas, Yamina! Lo que tanto te asusta son matas de espinos agitados por el viento.

Retumbó el trueno con tal intensidad cual si las pétreas montañas se hubieran desmoronado de improviso sobre el fondo de los valles. Gruesas gotas de agua fueron heraldos de la tromba que a continuación empezó a descargar sobre Benituzín, convirtiendo en ríos los arroyos y en impetuosos torrentes los barrancos. Calados hasta los huesos, ateridos de frío y sin un refugio donde guarecerse, se hallaban detenidos ante el arroyo de Ulad-el-Hali, sin poderlo cruzar a causa del enorme caudal de su corriente. Del otro lado, y a pocos kilómetros, se hallaba el lugar elegido por Yamina para esperar la definitiva liberación, pero era imposible llegar a él en aquellas circunstancias.

—¿Qué hacemos?—preguntó Juan con desesperación.

Ella no contestó; no pudo contestar. El frío de la muerte atenazaba sus músculos y anudaba su lengua.

Dándose rápida cuenta de la gravedad de Yamina, la tomó en sus brazos y corrió con ella a lo largo del camino, dispuesto a entregarse prisionero en el primer poblado que encontrase, con tal de salvar su preciosa vida.

Diez minutos llevaba de jadeante caminar, cuando descubrió la blanca cúpula de un morabito, al que se dirigió sin ningún género de precauciones. A los reiterados golpes que dió sobre la puerta de la vivienda del ermitaño con la culata de su fusil, acudió un venerable anciano, que le franqueó amablemente la entrada.

—Pasa, joven, pasa—le dijo—. ¿De dónde vienes con esta terrible noche y qué le pasa a esa mujer?

Iba a contestar a las preguntas del moro, cuando recordó la recomendación de Yamina: «Desde este momento eres sordo-mudo, y de tu silencio depende el éxito de nuestra empresa.» Por señas dió a entender que su hermana necesitaba cambiarse de ropas mientras se secaban las que llevaba puestas y un poco de calor para reaccionar.

El moro, muy compasivo, encendió una fogata, entregó a Juan unas mantas para que abrigara a Yamina mientras se secaban sus ropas y se dispuso a preparar unas tazas de te.

El nuevo ambiente volvió a Yamina a la realidad. Sus asombrados ojos iban de Juan al moro, sin que pudiera explicarse la cordialidad que existía entre ambos.

—Sebah el jeir alic, sidi (1)—exclamó, dirigiéndose al anciano, con un saludo que parecía un gorjeo.

—Al-lah ibarec fic (2)—repuso él; luego continuó—: Por la mímica de este joven, que, según parece, es mudo, he comprendido que sois hermanos. ¿De dónde venía y a dónde vais con esta noche infernal? A ningún creyente se le ocurriría lanzarse al campo en noche tan perversa.

—Somos huérfanos y vamos en busca de trabajo a Tetuán.

—¿Es posible que vayáis tan lejos? ¿Por qué no lo buscáis en cualquiera de las ciudades próximas del protectorado francés?

Yamina no supo responder y el moro empezó a sospechar que le engañaban.

—Vamos a ver—dijo, poniéndose serio—. Yo conozco todas las familias de los aduares cercanos. ¿De dónde sois vosotros? ¿Quiénes son vuestros padres?

—Somos de Kelacha y venimos caminando por jornadas—respondió, azorada, viéndose cercada por las preguntas del ermitaño.

—Precisamente de Kelacha conozco a bastante gente. Da la casualidad de que antes de la tormenta pasó por aquí Maimón Mohatar conduciendo un convoy de víveres y prisioneros. ¡Mala persona el tal Maimón! ¿Le conoces?

(1) La mañana del bien sea sobre ti, señor.

(2) La gracia de Dios caiga sobre ti.

Al escuchar las últimas palabras del anciano, Yamina palideció, sintiéndose de súbito atacada de intenso temblor.

—¿Qué te ocurre, hija mía? ¿Te sientes mal otra vez? Voy a prepararte una taza de te, que te hará bien—exclamó el anciano con afecto.

Agitada y convulsa, tomó el te con precipitación, y mirando en todas direcciones, cual si se sintiera perseguida, exclamó:

—Ya debe haber cesado la lluvia; es necesario que nos marchemos antes de que rompa el día.

—¿Por qué esa precipitación? Aun no se han secado tus ropas; los caminos están intransitables. ¿Por qué no habéis de esperar aquí al nuevo día?

—¡Imposible! Hemos de marchar ahora mismo. ¡Vámonos, hermano!

Dándose rápida cuenta de las funestas consecuencias que la imprudencia que acababa de cometer pudiera acarrearles, se cubrió el rostro con las manos, rompiendo a llorar con desconsuelo.

—No te desesperes, criatura. Mientras estés en mi casa nada tienes que temer. ¿Pero por qué no has de corresponder a mi franca cordialidad? Desde el primer momento he comprendido que tratabas de engañarme, cosa que te será muy difícil. ¿Por qué no me dices la verdad? ¿Qué papel juega en tu vida Maimón, cuyo nombre tanto te aterra?

—Asesinó a mi querida Aixa.

—Algo tengo oído de esa Aixa, que, según parece, andaba en malos pasos con los cristianos;

de todos modos, hay que reconocer que Maimón es el verdugo de Kelacha. De acuerdo con el Burrjai, otro bandido de su calaña, asesinó a mi buen amigo el Kaid Tajar. ¡Buen corazón! ¡Buena persona! Jamás sus manos se mancharon en sangre.

—¡No podía ser otro que ese vil canalla el asesino de mi padre adoptivo!—exclamó ella, sin poder contener su indignación.

—¡Cómo! ¿Tú eres Yamina? Luego este que te acompaña no es tu hermano. ¿Quién eres?—preguntó, encarándose con Juan—. ¡Basta de farsas!

—Yo te diré quién es—repuso ella, imponiendo silencio a Juan, que se había puesto en pie para hablar—. Me has dicho que fuiste buen amigo de Kaid. ¿Me prometes guardarme en su nombre un secreto que voy a confiarte?

—Te prometo concederte cuanto me pidas en nombre de tan leal amigo.

—Gracias. En prueba de la confianza que me inspiras, he de confiarte que este que me acompaña ni es mudo, ni es mi hermano; es un cristiano por cuya vida tengo el ineludible deber de velar, porque él salvó la mía de la miseria y el oprobio.

—¡Un cristiano!—exclamó el anciano con sorpresa—. ¿Acaso fugado de entre los prisioneros que conduce Maimón?

—No. Gracias a Al-lah se ha librado hasta ahora de sus manos. Le recogí herido en un barranco de Beni-Uliches y he unido su suerte a la mía hasta que pueda lograr su libertad.

— Cuenta con mi apoyo, Yamina. No será el primer cristiano ni el último a quien facilite la fuga; pero antes de que amanezca es necesario que abandonéis esta casa para refugiaros en lugar seguro. Este lugar es de mucho tránsito y vuestra presencia en el santuario de Sido Barbiah podría infundir sospechas a los muchos creyentes que le visitan.

— Tenemos elegido sitio donde ocultarnos. ¿Conoces las ruinas inmediatas al río Suf?

— ¡No me hables de esas ruinas! En ellas mora el espíritu del Iblis (1).

— Eso creía yo, hasta que una noche, acompañada del Kaid, hube de acogerme a ellas para librarme de los horrores de una tempestad.

— ¡Ah!... ¿De modo que las conoces? En ese caso, nada tengo que advertirte. Se aproxima la noche en que el espectro de la castellana, víctima de los celos de su señor, aparezca ante el único torreón que queda en pie, agitando al viento las blancas togas de su mortaja. Tú te encargarás este año de sostener la leyenda, que hasta ahora me ha servido para salvar la vida a muchos inocentes. Ahí permaneceréis hasta que yo pueda entrevertarme con el argelino, que será el encargado de conducirnos hasta los puestos franceses.

— ¿Quién es el argelino?

— Un buen hombre perseguido por la justicia francesa. El era quien conducía el coche en que

(1) Diablo.

viajaban tus padres cuando fueron asesinados. Detenido por cómplice, se fugó de la cárcel de Argel y vino al Rif, con la esperanza de descubrir a los autores del crimen. Cuando supo que el asesinato había sido cometido por gentes del Kaid Tajar, se dirigió a Kelacha; pero al enterarse de su muerte, se volvió desde el Azib de Midar.

—¿Pero es que el Kaid Tajar era un bandido?

El anciano sonrió maliciosamente, diciendo:

—No era ni más ni menos que lo que son la mayoría de los kaides de M'talza; pero fuera de este defectillo, tu protector era un caballero.

La lluvia había cesado. El azulado manto del Universo volvía a lucir sobre la tierra sus brillantes joyeles; en los regatos borboteaban las últimas lágrimas de la tempestad.

—Ahora que cesó la lluvia debéis marchar —aconsejó el anciano—. Cuanto más alto crucéis el arroyo, más fácil os será su paso. Retrocediendo dos kilómetros evitaréis tropezar con el inmediato poblado y encontraréis un camino que os conducirá a las inmediaciones de las ruínas.

—Gracias por tus bondades, señor—exclamó Yamina, inclinándose respetuosa para besarle un extremo del jaique.

—Soy el Hach Abdal-lah. No os olvidéis de mi nombre.

—Adiós, Hach Abdal-lah—dijo Juan, tendiéndole la mano y ejecutando el saludo moro.

—Al-lah ibarec ficun—contestó el ermitaño. Se alejaron. Dos kilómetros más arriba en-

contraron el camino que les había indicado el Hach, por el que cruzaron sin dificultad el barranco de Ulad-el-Hali, internándose en los montes del Meskur. Por el Oriente empezaba a elevarse sobre el horizonte el lucero precursor del astro rey. La tierra empezó a sacudirse las negras sombras que la envolvían, desapareciendo el panorama fantasmagórico con las primeras tintas de la aurora.

Llevaban más de una hora caminando a buen paso, después de abierto el día, cuando del pecho de Yamina se escapó una exclamación de alegría:

—Han terminado por ahora nuestros sufrimientos, Juan—dijo a su compañero—. Dentro de ese enorme macizo de espinos y zarzales se encuentran las ruinas que han de ser nuestro cobijo hasta que Al-lah disponga.

Las lianas y zarzales habían tejido una espesa red, por la que tuvieron que atravesar ante un montón de piedras labradas, que con un pórtico y una pequeña torreta casi derruidos, eran los únicos indicios exteriores de lo que en tiempos pretéritos debió ser notable mansión señorial.

En granítica arcada, aparecían jeroglíficas inscripciones y carcomidos escudos, evocadores de perdidas grandezas. Sobre lo que debió ser foso defensivo, yacían lienzos de muro, empujados por la acción del tiempo o abatidos por el poder de algún guerrero. Y sobre el conjunto de las enmohecidas piedras, la hiedra había tejido un piadoso sudario, cual si con sus hojas hubiera querido sustituir al verde estandarte del Profeta.

Sobre una de las piedras, desprendida de un sillar, tomaron asiento para descansar.

—¡Gracias a Dios que nos ha permitido llegar, Yamina!—exclamó Juan, elevando sus ojos al cielo—. ¡Qué noche tan tenebrosa! ¡Cree que habíamos entrado en los dominios de las eternas tinieblas!

—También a mí me pareció cuando fuimos sorprendidos por la tempestad que no llegaríamos a gozar del nuevo día—repuso ella.

—Aquí no veo nada en pie, Yamina. ¿Dónde nos recogeremos?

—Hay sótanos y galerías cuya entrada oculta la maleza. Ven. Yo te guiaré.

Después de orientarse un momento, se dirigió a unas matas, que apartó con el pie, dejando al descubierto el arranque de una escalera, por la que descendieron, tras de haberla limpiado de maleza.

Un amplio sótano, alumbrado por una luz difusa que se filtraba a través de los zarzales que cubrían las ventanas, les pareció la más confortable cámara, comparada con la vivienda que habían dejado.

Como se hallaban rendidos por el viaje y las emociones, recogieron unos brazos de hierba seca, se acostaron sobre ella, quedando al poco rato sumidos en un sueño reparador.

XX

**Conjeturas.—Un rincón delicioso.—Dios es Dios...—La
promesa de Yamina.—Cristo y Mahoma**

Ya declinaba el sol hacia la lejanía de las tierras americanas, cuando nuestros protagonistas, abandonando su improvisado lecho, se reunieron en lo que en tiempos remotos había sido anchuroso patio de armas.

—Magnífica residencia gozamos—exclamó Juan con alegre acento.

—Y segura, debiste añadir—repuso Yamina—. Mientras estemos aquí nada tenemos que temer. Contamos, además, con la protección del Hach Abdal-lah, que ha de sernos muy útil para el desarrollo de nuestros planes.

—¿Qué opinas tú del Hach?

—Que está en el secreto de muchas cosas que a mí me conviene conocer, que le conviene alejar a los moros de estas ruinas y que debemos su protección a la amistad y negocios que sin duda le unían a mi protector.

—¿Tú crees?...

—Nada puedo afirmar hasta que descubra el paradero de ese argelino, que, según parece, se relaciona con el Hach y posee la clave de mi origen. Después de tu libertad, lo que más me interesa es saber quién soy. De las palabras del Hach Abdal-lah deduzco que el Kaid debió ser uno de tantos bandidos como pueblan el Rif y que si me recogió fué tal vez para asegurarse un pingüe rescate; pero tanto si fué así como si lo hizo por caridad, es lo cierto que para mí fué un padre complaciente y cariñoso, cuya memoria me será siempre grata.

—Si nos halláramos libres de preocupaciones sería delicioso pasar una temporada escribiendo la novela de nuestras aventuras entre estas históricas piedras, al amparo de las enramadas que, fervorosas, las ocultan a la vista de sacrílegas miradas.

—Sería delicioso si nos encontráramos con una repleta despensa y un abundante aljibe; pero es poco agradable teniendo que ir una vez por semana al zoko el Arba de Taurirt, que dista más de diez kilómetros, y diariamente al río Suf, si Al-lah no nos depara una fuente más cercana.

—Hacia el Norte parece que se extiende pujante la vegetación; exploremos el terreno, y tal vez encontremos algún venero oculto en la espesura.

Para orientarse subieron al pequeño torreón, observando que, como un oasis perdido en las peladas tierras del Meskur, descendía la floresta

en dirección al río, ocupando la cuenca de un estrecho valle, que más bien parecía un cauce sin agua.

Siguiendo el curso de una pequeña senda, que la maleza había dejado en libertad, fueron descendiendo en suave declive hasta el fondo de la depresión, donde los arbustos, trocados en pomposos árboles, tamizaban la luz con la espesura de su follaje, prestando a la soledad de aquel retiro encanto y poesía.

Un suave murmullo, un leve canto de ninfa en armónico concierto con las sentidas quejas de un ruiseñor hirió gratamente sus oídos, haciéndoles volver la vista hacia un grupo de zarzales, que con sus sarmentosos brazos ocultaban la cuna de un arroyuelo, que, al desprenderse de la hendidura de una roca, anunciaba su nacimiento gorgoteando sobre un lecho de finísima arena.

— ¡Al-lah es misericordioso! — murmuró Yamina con emoción—. Esta fuente que ha situado ante nosotros es una prueba de su infinita bondad.

Abriéndose paso entre los zarzales, llegaron hasta el pie de la roca y bebieron del chorro. ¡Excelente agua! Juan no la había bebido como aquella en todo el territorio de Melilla. La que llevaban para el Batallón de las aguadas era salobre como la de los ríos.

Ya era noche cerrada cuando regresaron al sótano de las ruinas. Después de cenar unas conservas se retiraron a sus respectivos lechos, preocupados ambos por sentimientos afines: pen-

saba ella quiénes serían los autores de sus días, tan vilmente asesinados por el Burrajai; meditaba él sobre la situación de su desventurada madre, de la que hacía algunos meses que carecía de noticias.

A la mañana siguiente volvieron a encontrarse en el patio cuando apenas había hecho su aparición la aurora. Quería él respirar la fresca brisa de la alborada y contemplar el magnífico espectáculo del despertar del día, del que por tanto tiempo se había visto privado.

Al aparecer el sol por el Oriente, elevándose majestuoso sobre el horizonte cual divina custodia de refulgentes destellos sobre el ara del altar, los picos de las montañas se tiñeron de oro; las flores abrieron sus cálices en ofrenda de perfumes; los pájaros entonaron un himno al Supremo hacedor, y Juan cayó de rodillas para elevar al cielo una oración por haberle permitido gozar de tan soberana grandeza.

Yamina también se prosternó al lado de Juan, permaneciendo largo rato en oración con la cabeza apoyada en tierra.

Cuando hubieron terminado, Yamina se puso en pie, exclamando gozosa:

— ¡Mira, Juan, mira qué sublime espectáculo ofrece la salida del sol! En este momento, desde todas las torres del mundo musulmán, parte solemne la voz del almuédano invitando a la oración a los creyentes. Tú mismo has caído de hinojos, coincidiendo con los millones de musulmanes.

que se prosternan ante las maravillas de la creación. La Naturaleza toda rinde homenaje de admiración a la infinita sabiduría de Al-lah.

—Desde todas las torres del mundo cristiano lanzan las campanas su metálica voz llamando a los fieles a la oración. Millones de cristianos, coincidiendo con los musulmanes, se prosternan ante la incomparable obra del Supremo artífice. El almúédano llama a los moros; la campana, a los cristianos. Dios es Dios y Mahoma su profeta, dicen los primeros; Dios es uno y trino y Cristo su hijo y enviado, dicen los segundos; pero moros y cristianos, budistas y judíos, brahmanes y fetichistas y todas las religiones, en suma, coinciden en la existencia de un ser supremo, que esencialmente les es común. Y no sería difícil hacer coincidir a algunas de ellas si al amparo de la divinidad no se hubieran creado bienes terrenales, que convierten en mercachifles a gran número de sus ministros.

Todas las religiones pretenden poseer la verdad revelada en dogmas y milagros, pero sobre todas se alza la voz de Cristo, que tiende a unir a la humanidad con vínculos de hermanos. Después de dos mil años de proclamada y sellada en el Gólgota con la sangre del Maestro, no hubo sabio ni filósofo que pudiera añadir ni quitar una sola palabra de sus doctrinas.

Ninguna religión ha sido tan combatida como la cristiana. Aquella civilización romana en que la sociedad se dividía en nobles, plebeyos, libertos y

esclavos alimentó durante muchos años a las fieras del circo con carne de cristianos, porque quería evitar que la igualdad ante Dios, predicada por el que arrojó del templo a latigazos a los mercaderes, prendiese en la conciencia de las multitudes oprimidas, pretendiendo apagar por el terror el faro que iluminaba los derroteros de una nueva sociedad más en armonía con los derechos del hombre.

15 Cuando las doctrinas de Cristo invadieron los alcázares y se encaramaron en los palacios reales, sus sacerdotes se ensoberbecieron y, desoyendo el divino mandato de «Amaos los unos a los otros», pasaron de oprimidos a opresores, persiguiendo con saña a cuantos se resistían a inclinar la cerviz para ser uncidos al yugo de la esclavitud.

20 «Mi reino no es de aquí», dijo Jesús ante el Poncio, cuando los sacerdotes comerciantes, presididos por Caifás, le acusaban de querer proclamarse Rey de los judíos. A pesar de esta rotunda negativa, algunos de sus vicarios, mirando a la tierra más que al cielo, han arrojado lejos de sí el sencillo báculo del pastor para empuñar el odioso cetro del déspota; más aún, para ceñirse una corona de coronas, que es el poderío que Lucifer ofrecía a Jesús si le adoraba, cuando desfallecía por el continuo ayuno en su retiro del desierto.

«Amaos los unos a los otros», dice la voz de Cristo, rebotando de siglo en siglo hasta nuestros días, mientras los encargados de expandir tan divino precepto cambian el signo de la redención

por el de Marte, llevando la guerra y el exterminio a todos los ámbitos de Europa.

El «Amaos los unos a los otros» fué siempre bálsamo vital que prestó energías a los creyentes para mantener enhiesta la bandera de Cristo en medio de una molicie que llevaba a la hoguera, entre cirios y sayales, a los enemigos del fariseísmo, mientras Roma se veía salpicada por el fango de todas las concupiscencias.

A pesar de tanta carcoma como ha minado los cimientos de su institución, Cristo triunfa en el mundo. Poco a poco, a través de los siglos, van extendiéndose sus doctrinas, haciendo desaparecer las testas coronadas y los esclavos, para reunir a todos los hombres en un plano de igualdad, en el que, formando una casta única que labore por la paz del mundo, haga descender al avaro de la dorada pirámide de sus riquezas y eleve al desgraciado sobre el nivel de sus miserias.

Cristo triunfa en el mundo. La Cruz de la redención, inconfundible con las fosforescencias de las mundanas corrupciones, brilla en el horizonte, sirviendo de norte a la Humanidad, que, tras ruda lucha, va consiguiendo bordar sobre los rojos crespones de su bandera estas palabras que inspiraron la tragedia del Gólgota: «Libertad, igualdad, fraternidad».

— Cuando te ví hacer la oración creí que adorabas a Al-lah.

— A Al-lah adoraba, Yamina. Acabo de decirte que hay un solo Dios, a quien los judíos llaman

Jehová, los moros Al-lah y Brahma los brahmanes; el Dios a quien tú adoraste es el mismo a quien yo adoré.

—¿A pesar de ser yo mora y tú cristiano?

—A pesar de eso, porque la multiplicidad de religiones obedece a la diversidad de falsos profetas. Mahoma, que no pudo negar a Cristo, se dijo enviado de Dios para reformar sus doctrinas, que, siendo intangibles, hubo de sustituir por otras, con una moral que tendía a halagar a sus adeptos con la promesa de placeres sensuales.

—Hay musulmanes de tan ardiente fe, que a veces ofrendan la vida en aras del ideal. Los isauas y hamachas constituyen dos cofradías que el día de la fiesta de sus respectivos patronos entran procesionalmente en las poblaciones del Imperio, llevando a la cabeza sus pendones y estandartes. A los atronadores golpes de bombos y panderos, se entregan a una danza extraña, que consiste en saltar y ejecutar rápidos movimientos de cabeza de atrás adelante, que acaban por congestionarles, lanzando entonces al espacio bolas de hierro erizadas de púas, que reciben con la cabeza; otros se golpean la frente con una pequeña hacha, hasta que la sangre se desborda por el rostro. Las moras, jaleándoles desde las azoteas, les arrojan corderos vivos, que ellos destrozan con las manos, comiendo de sus carnes palpitantes. El día que se celebran estas fiestas le está prohibida la salida de casa a los judíos y cristianos, porque si tropezaran con la procesión correrían el peligro de ser devo-

rados como los corderos. Algunos cofrades mueren a consecuencia de la congestión.

— Ese es uno de tantos fanatismos como padecen las demás religiones: los indios se arrojan al paso del carro de la diosa Siva para que les aplaste; muchos cristianos renuncian a los afectos familiares para encerrarse hasta el fin de sus días tras los muros de un convento; otros tratan de borrar el efecto de sus malas acciones haciendo de la Iglesia hogar y comulgando diariamente para diariamente pecar; llega a tal extremo la ceguera de algunos fanáticos, que no consideran caballeros a quienes no piensan y obran como ellos. Existe en España otro fanatismo que, sin ser religioso, se cubre con las apariencias de la fe. No hay acaparador o prestamista que no se presente ante la sociedad adornando su pecho con un escapulario, que les sirve de coraza contra el justo desprecio de los desposeídos. Sabiendo que un momento de arrepentimiento basta para salvarse, saquean a la humanidad, confiando en que si encienden una vela a Dios y otra al diablo no ha de faltarles ese momento.

Después de tan animada charla se dispusieron a tomar una taza de café, preparado con exquisito gusto por Yamina.

Esforzábese la morita por aparecer como una mujer hacendosa ante los ojos de Juan; sobre todo como una mujer, ya que en distintas ocasiones le había manifestado su disgusto por tratarla como niña. Ella atendía a la cocina, lavaba la ropa, asis-

tía a los zokos y hacía algunas exploraciones en dirección a las líneas francesas en busca de camino que ofreciera garantías de seguridad para la fuga.

Todas las tardes que tenían libres paseaban por el bosque, siendo su sitio predilecto las enramadas inmediatas al prodigioso peñasco, de cuyas desgarradas entrañas brotaba el murmurador arroyuelo, convirtiendo aquel retiro en un diminuto Edén.

Sentados una tarde sobre el musgo de una roca, bajo el amparo de la sombra proyectada por un algarrobo, observó Juan en Yamina un deje melancólico que no cuadraba con la alegría de su carácter. Parecía como si su espíritu, abandonando la materia, se fuera alejando en pos de un ideal como se aleja el perfume con la flor.

Una ligera brisa acariciaba la enramada, produciendo su roce con las hojas el leve rumor de un rezo; en la espesura trinaba un ruiseñor con sentido acento, acompañado en su dolor por la flauta de un mirlo.

Yamina estaba triste. Juan, que hubiera dado la vida por evitar a su compañera el más tenue velo de amargura, la miraba con afán, tratando de sorprender, para después aliviar, el secreto de aquella pena.

— ¡Yamina! ¡Hermana mía! — exclamó, por fin, tomando entre las suyas las manos de la mora —. ¿Qué pesar te aflige? ¿Por qué tan profundamente suspiras? ¿Qué contrariedad atormenta a tu corazón?

— ¿No sientes los gemidos de un ruiseñor en la espesura?

— ¿Es posible que te entristezca el canto de ese artista de los bosques?

— Me causa pena sentirle lamentarse en la soledad de su retiro. Sus dudas y temores son semejantes a los míos. ¿Sabes por qué sufre? No. No puedes saberlo, porque desconoces el lenguaje de la Naturaleza. De no ser así, no hubieras tomado por trinos de satisfacción sus lamentos, cuando el pobrecito tiene el corazón traspasado de dolor.

— ¿Y por qué sufre tanto?

— Por un amor perdido. Alguna alimaña mató a su compañera u otro ruiseñor se la ha robado.

— ¿Sólo eso te entristece, querida niña?

— Tan feliz soy a tu lado que mi dicha me parece un sueño, del que, al despertar, he de verme rodar nuevamente por el mundo sin cariño de nadie. Los lamentos de ese pajarillo me hacen pensar que al regresar un día de mis frecuentes excursiones puedo encontrar nuestro hogar vacío. Y si eso ocurriera, ¡pobre de mí! Si un alma perversa descubriera nuestro refugio y te causara algún daño o te arrancara de mi lado, yo no descansaría hasta encontrarte de nuevo. Y si Allah me negaba esa fortuna, le pediría la muerte, que sería mi más ardiente amor después de haberte perdido.

— Aleja de ti esos temores, que no han de llegar a realizarse. El día que encuentres una coyuna-

tura propicia pasaremos a la zona francesa, y una vez allí te conduciré al lado de mi madre, donde encontrarás la verdadera felicidad.

—¿Y qué harás tú?

—Reunirme con vosotras en cuanto obtenga la licencia.

—Y en Fuenteclara me ocurrirá lo que al pobre ruiseñor: una cristiana me robará tu cariño.

—¿Qué dices, hermana mía? ¿Crees que nadie será capaz de arrancarme tu querer del corazón?

—¡No me llares hermana! ¡No soy tu hermana ni quiero serlo!—exclamó Yamina con enojo; después, como si esta velada declaración de amor se hubiera escapado involuntariamente de sus labios, se cubrió su rostro de rubor y sus ojos se clavaron en tierra.

Juan, en cuyo pecho se había despertado el mismo sentimiento, la cogió la cara con ambas manos y mirándose en sus pupilas, de las que se desprendían gruesas lágrimas, exclamó con vehemencia:

—¡Yamina! ¡Vida de mi vida! Ya no puedo contener por más tiempo dentro de mi pecho esta pasión que me abrasa. Los constantes sacrificios y privaciones a que voluntariamente te has sometido desde aquel día en que me librate de las garras de la muerte, han transformado en fervoroso amor el afecto de los primeros meses. La diversidad de religión, que, como barrera infranqueable, se opone a nuestra felicidad, ha sido la causa que

hasta ahora me obligó a sufrir callando, desde el día que descubrí el secreto de tu amor. ¡Ven a mis brazos, y sellemos con un beso el pacto de la eterna unión de nuestras almas! ¡Dios lo ha querido!

Yamina, que al escuchar las primeras palabras de Juan se había colgado a su cuello, temblaba de emoción entre sus brazos, mientras una especie de congoja inarticulaba las palabras en su garganta.

— ¡Gracias, Dios de los cristianos! — exclamó, al fin, desprendiéndose suavemente de los labios de Juan —. ¡Gracias por haber atendido mis ruegos!

— ¿Qué le pediste a mi Dios, Yamina?

— Que despejara tu inteligencia para que pudieras comprender la inmensidad del amor que por ti siento, prometiéndole hacerme cristiana si atendía mis súplicas.

— Hoy es el día de las grandes sorpresas; el más feliz de mi vida. Con tu resolución queda zanjado el problema que tanto me ha mortificado.

— No es de ahora esa idea, aunque la deseché por creer que Al-lah había castigado a Aixa por renegar de su ley. Ahora estoy convencida de que el Nazareno es el verdadero Profeta, porque os protege en la lucha contra los moros y os colma de sabiduría y riquezas.

— Tienes razón, Yamina. Siempre los que profesan mi fe triunfaron en la lucha contra la media luna y obtuvieron las primicias de los descubri-

mientos en las artes y en las ciencias. Dios está con los cristianos. Ya ves cómo me ha protegido poniéndote en mi camino para que me salves la vida.

—Y a ti en el mío para que me arranques de la barbarie y me inicies en su Ley. ¿Cuándo podré ser cristiana?

—De hecho lo eres desde que has mostrado ese deseo; de derecho, cuando recibas las aguas del bautismo.

—Yo sé una oración que recité a Carlos, y me dijo que era de cristianos.

—Ya me has hablado de eso y otras cosas, que hacen pensar en los principios de tu infancia. Esa confusa aleación de ideas musulmanas y cristianas que se han fundido en tu cerebro me permite creer que has bebido en ambas fuentes. ¿Sabes quiénes son los personajes que nombras en tu oración? ¿Podrás decirme quién es María?

—¡Mariem! ¡Mariem!, madre de Sidna-Aixa! ¿Quiéres saber su historia?

—¿Qué historia es esa?

—Dicen los fakires que llegó a haber tal confusión de ideas en el mundo, que Al-lah envió a Sidna-Aixa, o Jesucristo, como le llamáis vosotros, para que enseñara a los hombres la verdadera Ley; después sus doctrinas se hicieron viejas, y Al-lah confió a Mahoma la predicación de otras nuevas. Mariem y Sidna-Aixa son santos que veneran los musulmanes.

—¡Pobres mahometanos! La ignorancia y el

fanatismo les impiden abrir los ojos ante la luz de la verdad, que es una, inmutable y eterna, como lo es su Generador. Y siendo Cristo el enviado de Dios para darla a conocer, todas las demás predicaciones han de ser falsas. La venida de Cristo al mundo fué prometida por Dios en el Paraíso y anunciada por numerosos profetas. A su llegada fué reconocido como el Mesías prometido, tanto por sus doctrinas como por sus milagros. En sus predicaciones ensalzó las virtudes, condenó los vicios, proclamó la igualdad de los hombres llamándoles hermanos, maldijo la guerra y dió ejemplo de humildad marchando a pie y descalzo. El, que arrastraba a las masas con su palabra y podía tenerlo todo por su voluntad. Para dar idea de su poder, curó a los enfermos desahuciados y resucitó a los muertos. Cuando creyó llegado el momento de la Redención, entregó su vida en aras de la humanidad, glorificando la infamante cruz, que pasó a ser el símbolo del credo cristiano. En cambio, Mahoma fué un ambicioso, que no reparó en medios para conseguir sus propósitos. A los dieciocho años de edad casó con la viuda de su amo, que había heredado grandes riquezas de su esposo. Ya con dinero, empezó las falsas predicaciones, que le concitaron las iras de los habitantes de Medina y le obligaron a huir a la Meca, donde, cambiando de táctica, halagó las pasiones de los árabes, prometiéndoles placeres sin cuento tanto en la tierra como en el Paraíso. A la mujer, que Dios creó para compañera del hombre, la consi-

deró como instrumento de placer, proclamando el derecho de sus adeptos a tomarla como esposa o concubina, destruyendo el sagrado principio del hogar. Estimuló en los árabes la afición a la guerra, valiéndose de ella para ocupar Medina, irradiando sus doctrinas desde esta ciudad por el razonamiento de las armas.

—En verdad que es defectuosa la religión de Mahoma. Pero poco ha me hablabas de los fariseos, de los hipócritas, de los déspotas cristianos, que llevaron la guerra a todos los ámbitos de Europa.

—Los que así obran lo hacen faltando a las doctrinas del Maestro; pero en contraposición a los falsos sacerdotes que volviendo la espalda a la pobreza se han aliado con los poderosos, dejándose arrastrar por el orgullo y la soberbia, frente a los hipócritas y fariseos, que haciendo ostentación de piedad explotan y humillan al desvalido, se alzan falanges de sacerdotes, que, siguiendo la ruta de los Apóstoles, abandonan la vida muelle de las ciudades para internarse en el corazón de pueblos bárbaros, sin más armas que la simbólica cruz ni más estímulo que su amor a la Humanidad. Muchos sucumben minados por las enfermedades, asesinados por los salvajes o devorados por las fieras; mas como si su sangre fuera riego fecundante derramado sobre la semilla de sus doctrinas, la conciencia de los pueblos despierta iluminada por el brillo de las virtudes de los mártires, y allí donde se alzó el cadalso, se eleva la

cruz de la redención para ser adorada por millares de adeptos. Por la misma senda caminan multitud de santas mujeres, que, abandonando bienestar y riquezas, se dedican al cuidado de niños, enfermos y desvalidos. No hay un lugar en la tierra, desde las heladas regiones de los polos hasta las caldeadas de los trópicos, donde no haya ondeado la bandera de la caridad cristiana.

—Ahora comprendo cuán superior es tu religión a la mía. Bien se me alcanza que Al-lah no creó a la mujer para que sirviera al hombre como animal de lujo. Tan inferiores a ellos nos consideran los moros, que ni para orar nos es permitida la entrada en la mezquita. El ambicioso Mahoma quiso halagar las pasiones de los hombres haciéndoles dueños del albedrío de las mujeres. La Guerra Santa, que él estableció, no pudo ser inspirada por Al-lah, porque siendo padre de la Humanidad ¿cómo había de ordenar que sus hijos se mataran entre sí? No puede ser verdadera la religión de un pueblo sumido en la barbarie; vosotros domináis sobre la tierra, el agua y el viento. ¡Al-lah está con vosotros! De hoy más, no viviré tranquila mientras no reciba las aguas del bautismo.

Juan, en un transporte de gozo, la estrechó contra su pecho y quitándose la medalla que llevaba pendiente del cuello se la entregó, exclamando:

—Hoy es el día más feliz de mi vida; como recuerdo de él, te regalo esta medalla que llevaba sobre mi pecho cuando me salvaste la vida.

—Gracias, Juan. De hoy en adelante la llevaré siempre pendiente de mi pecho, como tú la has llevado hasta hoy.

—Ahora comprendo cuán superior es tu religión a la mía. Bien se me alcanza que Al-lah no creó a la mujer para que sirviera al hombre como animal de faja. Tan inferiores a ellas nos consideramos los hombres que ni para orar nos es permitida la entrada en la mezquita. El ambicioso Mahoma quiso matar a las esposas de los hombres hacien-



doles dueños del albedrío. Las mujeres, la Qur-
ta Santa, que él esta no pudo ser inspirada por Al-lah, porque siendo padre de la Humanidad cómo habla de ordenar que sus hijos se mataran entre sí. No puede ser verdadera la religión de un pueblo sumido en la barbarie; vosotros domináis sobre la tierra, el agua y el viento. Al-lah está con vosotros. De hoy más no vivirá tranquila mientras no reciba las aguas del bautismo.

—Juan, en un transporte de gozo, le estrochó contra su pecho y quitándose la medalla que llevaba pendiente del cuello se la entregó, exclamando:

—Hoy es el día más feliz de mi vida; como recuerdo de él, te regalo esta medalla que llevaba sobre mi pecho cuando me salvaste la vida.

XXI

La venta de cartuchos.—Huyendo de la guerra.—En los
linderos de la libertad.—Legionarios traidores.—Perse-
guidos por Maimón.—El sacrificio de Yamina

El tiempo se deslizaba insensible para nuestros protagonistas que, cegados por el amor, se habían entregado a la felicidad entre aquellas ruinas, sin pensar siquiera que un día pudieran presentarse circunstancias adversas que les hicieran arrepentirse del desprecio al peligro en que vivían.

La única nube que a veces sombreaba los pensamientos de Juan era el recuerdo de su anciana madre, de la que llevaba más de un año sin recibir noticias, a causa de su larga permanencia en campo enemigo. Yamina, en cambio, se hallaba plenamente satisfecha de aquella vida, cuya prolongación hubiera deseado, de no ser por lo que de miserable encerraba para su compañero; pero como todo en el mundo tiene su término, también lo tuvo la falsa posición en que se hallaban situados desde su arribo a las ruinas del castillo. Al regresar un día del zoko dijo a Juan muy contrariada:
—Matos vientos soplan del Rif para los fran-

ceses. Hoy se ha predicado la guerra contra ellos en el zoko y los jefes están organizando harca. En las transacciones se han vendido más millares de cartuchos que granos de cebada. Si no abandonamos pronto esta pacífica mansión nos veremos con el paso cortado por todos los frentes y expuestos a caer en poder de nuestros enemigos.

—Tienes razón, amor mío, asegurando que corremos grave riesgo si no abandonamos pronto este lugar que, por su posición estratégica, ha de ser motivo de reñida lucha en caso de guerra. Me causa pena separarme de ese delicioso bosque, en el que rescaté la salud y me hice dueño de tu corazón; pero la voz de mi querida madre resuena siempre en mis oídos y quiero correr a su lado para abrazarla, aunque para ello tenga que afrontar nuevos peligros, que espero vencer con la ayuda de Dios. Tú, que hasta aquí fuiste mi guía, mi ángel bueno, lo seguirás siendo hasta que hayamos logrado nuestra completa libertad. ¿Cuándo quieres que partamos?

—Mañana por la noche, que ya estaré descansada de las fatigas de hoy.

—¿Viste al Hach?

—El fué quien me aconsejó la conveniencia de abandonar estos lugares y el camino que debemos seguir.

—¿Y el argelino?

—Parece que se le ha tragado la tierra.

—¿No le habló de ti el Hach?

—Sí; pero no comprendo su interés porque

ignore nuestro refugio. El Hach pensaba ponernos al habla en el santuario de Sidi Barbiah; pero se han precipitado los acontecimientos y no hay tiempo que perder.

—¿Conoces la ruta que hemos de seguir?

—No tiene pérdida. De Sidi Barbiah parte un camino que, pasando por Tizzi Nandrar, Bu-Ailma y Sidi Bu-Rokba, conduce a Akba-el-Kadi, en los confines de Gueznaya con la zona francesa, desde donde, ya en libertad, nos dirigiremos a Quifán, donde encontraremos medios para trasladarnos a Argel.

—Hablas con la seguridad del que viaja con escolta de lujo por un país exento de peligros.

—Hablo con la seguridad que presta la fe en el triunfo.

Al día siguiente hicieron su vida ordinaria, sin olvidarse de la visita a la fuente de la peña, en cuyas inmediaciones daba al viento el ruiseñor sus románticas endechas.

Cuando se hizo de noche, dieron el último adiós a aquellas ruinas de gratos recuerdos y, alumbrados por el potente foco de la luna, comenzaron su nueva peregrinación en demanda de los puestos franceses.

A pesar de las alarmantes noticias que Yamina había recogido en el zoko, el aspecto del país acusaba tranquilidad, no brillando en los picachos las acostumbradas hogueras llamando a concentración para la lucha, ni turbando la quietud del ambiente el más leve rumor; sin embargo, bajo la

apariencia de aquella ficticia calma, bullía el fantasma de la guerra animado contra los franceses por fakires fanáticos, que habiendo envenenado el espíritu de los rifeños con la ponzoña del odio, preparaban un ataque general a sus posiciones fronterizas.

Todos aquellos moros que durante el día se hallaban entregados al pastoreo y a las faenas agrícolas, cuando llegaba la noche se transformaban en intrépidos guerreros, que, armados de excelentes fusiles facilitados por hombres sin conciencia, se lanzaban a ocupar las posiciones que les habían sido señaladas de antemano, esperando en ellas hasta el nuevo día la orden de ataque. Patrullas de merodeadores que sólo viven al amparo de la guerra infectaban el país, atraídos por el olor a la carne y el afán de rapiña.

Nuestros jóvenes marchaban adelante, con la fe puesta en Dios y el corazón henchido de optimismo. Todo les parecía poético en aquella argentada noche en que la luna, rodeada de su corte de rutilantes estrellas, derramaba sobre la tierra torrentes de luz, que ahuyentaban las fatídicas sombras que en otra noche memorable hicieron temblar de terror a Yamina.

Caminaban cogidos amorosamente del brazo, complaciéndose él en referir a su compañera escenas de la montaña y episodios de su vida, cuando en alegre ronda recorría las calles de Fuenteclara para dar serenata a las mozas. Escuchaba ella con embeleso, sintiéndose emocionada al conocer los

amores de la infeliz Rosario, a quien querían hacer víctima de la codicia humana uniéndola a un hombre idiota, al que aborrecía no sólo por serlo, sino porque se había interpuesto como abismo infranqueable entre ella y Paco, evitando la santificación de sus amores.

Ya habían recorrido la mitad de su camino, cuando anunció su aparición el día, viéndose precisados a dar por terminada la primera jornada para ocultarse en una de las barrancadas de la vertiente Sur de Bu-Ailma. Desde su escondrijo divisaban las llanuras de Haraaf, que se perdían de vista entre los macizos montañosos de Beni-Hazm y Yebel Idris.

Cuando la noche se hizo cómplice de los jóvenes fugitivos continuaron la segunda jornada, que, por desarrollarse el camino sobre terreno llano, había de ser menos penosa que la anterior, aunque bastante más larga.

Sin ningún contratiempo ni suceso digno de mención, llegaron tres horas antes de romper el día a un altozano, desde donde, a favor de la luna, descubrieron los blancos conos de las tiendas de campaña de un campamento francés.

Abrazados estrechamente con la intensa emoción que presta al prisionero descubrir a pocos pasos abiertas de par en par las puertas de la libertad, se despidieron de aquellas tierras inhóspitas, lanzándose en frenética carrera en dirección al puesto descubierto.

No habrían recorrido cien metros, cuando un

silbido que atravesó el espacio rasgando el silencio de la noche, les dejó mudos de espanto.

Por instinto de conservación se arrojaron a tierra, y como descubrieran una pequeña zanja abierta por las aguas al borde del camino, se arrastraron hasta ella, dejándose caer en el fondo, desde donde Yamina, protegida por las matas, hizo uso de sus montaraces facultades, escrutando el terreno en todas direcciones. Poco después se dejó oír otro silbido imitando el canto del buho y a continuación se proyectaron sobre el camino unas sombras, que, avanzando cautelosamente, fueron a situarse cerca del lugar donde se hallaban ocultos nuestros protagonistas, donde se les unió un individuo, que se alzó de la maleza. Tan cerca se hallaban unos de otros, que Yamina pudo reconocer en el recién llegado el uniforme de la Legión francesa, y en las sombras que avanzaron por el lado opuesto, la indumentaria de los moros de M'talza.

—Es selam aalicum (1)—saludó, en voz baja, el soldado.

—U aalicum es selam (2)—respondieron los moros.

*Yamina oprimía con nerviosidad el brazo de Juan para que no perdiera sílaba de lo que hablaban. Desde que descubrió al soldado de la Legión, comprendió que su presencia en campo enemigo y

(1) La paz sea sobre vos.

(2) Sobre vos sea la paz.

de acuerdo con los moros, sólo podía obedecer a un plan de traición.

Como se expresaban en árabe sin temor a ser escuchados, pudo saber Yamina que aquel campamento que tenían a la vista sería atacado y pasada a cuchillo su guarnición antes de apuntar el día, de acuerdo con un grupo de alemanes, que se habían comprometido a franquear la entrada a los rifeños. Para asegurarse el éxito, habían logrado que todo el servicio de seguridad estuviera cubierto por los traidores a la hora convenida.

Cuando los conspiradores se alejaron, salieron de la zanja en que se habían ocultado, dirigiéndose al campamento francés con ánimo de desbaratar la negra trama que contra su guarnición había fraguado la traición de unos malvados.

A medida que avanzaban iban definiéndose con más claridad las líneas de los parapetos, los palos de las alambradas, el contorno de las tiendas, como si la colina que servía de asiento al campamento sintiera impaciencia por verles llegar y les saliera al encuentro.

— ¡Yamina querida! — exclamó Juan con emoción —. Antes de cinco minutos podremos dar gracias a Dios por habernos permitido alcanzar sin contratiempo nuestra suspirada libertad.

Iba a responder Yamina cuando, volviendo la vista atrás, descubrió la silueta de dos moros, que iban en su seguimiento.

Empujados por el terror corrieron velozmente, seguidos de cerca por sus enemigos, que tal vez

por no alarmar al campamento o porque tuvieran empeño en cogerlos vivos, no hacían uso de sus fusiles.

Ya habían sacado gran ventaja a sus perseguidores y confiaban llegar al campamento sin haber caído en sus manos, cuando se interpuso en su camino la odiosa figura del legionario traidor, que surgió de improviso como si hubiera sido vomitado por la tierra. Entonces Yamina, considerando perdida la partida, se detuvo para tomar aliento y gritando con toda la energía que permitía a su ánimo la desesperación de ver derrumbarse el castillo de sus doradas ilusiones cuando le consideraba más sólido, exclamó:

— ¡Franceses! ¡Los legionarios alemanes os hacen traición! ¡Prendedlos si no queréis ser pasados a cuchillo!

No pudo seguir gritando la pobre morita: una mano de hierro atenazó su garganta y la hoja de un puñal, que brilló siniestra en el aire, descendió rápida a clavarse en su pecho.

Yamina no pudo sentir el frío del acero que rasgó sus carnes, porque al reconocer en su agresor a Maimón perdió el conocimiento.

Juan se debatía en el suelo amarrado de pies y manos, mientras dentro del campamento se entablaba terrible lucha con los alemanes, que se resistían a ser detenidos. A poco quedó todo en silencio y los moros, viendo fracasado su plan, se alejaron de aquellos lugares, llevándose consigo a los desventurados jóvenes.

—¿Para qué queremos esto?—preguntó a Maimón un moro, que llevaba terciado el cuerpo de Yamina sobre una mula de las que habían llevado para transportar el botín del campamento francés.

—Es un excelente regalo que reservo para el Burrajái.

—¿Para qué la quiere muerta?

—¡Ah! No creí que mi gúmfá hubiera sido tan certera. Ya que para nada puede servirnos, arrójala fuera del camino.

El moro, obedeciendo las órdenes de Maimón, dejó caer sobre la maleza el cuerpo inanimado de Yamina.



XXII

A las puertas de la muerte.—Las dudas del Rumí.—Elocuencia de una madalla.—Historia de un expatriado.—La sombra de Maimón

—¡Mira, padre! Por el llano galopa en esta dirección un jinete que, si la vista no me engaña, debe ser mi hermano—así decía un morito de unos veinte años de edad a otro que representaba tener de cincuenta y cinco a sesenta y se hallaba sentado a la puerta de la casa que les servía de albergue.

—No es posible que tu hermano regrese tan pronto. Ha necesitado caminar a buen paso toda la segunda mitad de la noche para llegar a las líneas francesas y a penas si serán ahora las diez de la mañana.

—A pesar de eso, ya no me cabe duda que es mi hermano; le reconozco perfectamente a la distancia que nos separa. Lo que me extraña sobre manera es que sujeto entre sus brazos me parece distinguir el cuerpo de una mujer.

—¿Quién podrá ser esa mujer, hijo mío?

— Poco hemos de tardar en saberlo. Al aire de su caballo, en cinco minutos salvará la distancia que le separa de nosotros.

Momentos después se detenía a la puerta del Rumf un arrogante mozo, sujetando con la mano izquierda las riendas de su caballo y con la derecha el cuerpo inanimado de una mujer, que, por la densa palidez de su rostro, parecía un cadáver.

— ¿Qué ha ocurrido para que regreses con tanta precipitación? ¿Qué has hecho del prisionero? ¿Quién es esa mujer? (Esta sarta de preguntas dirigió el «Rumf» al recién llegado, sin darle tiempo siquiera a que se apeara del caballo.)

— El prisionero está en salvo, padre mío. Desde el lugar que tú conoces hice la señal convenida, y cuando vi descender monte abajo a la escolta de protección, le dejé marchar solo en busca de la libertad. ¡Pero, por Dios, no perdamos tiempo! Te suplico que pongas a contribución toda tu sabiduría para salvar, si es posible, la vida de esta desventurada que recogí herida al borde del camino.

— ¿En dónde la encontraste?

— Más allá de Ulad-Hamet, en el camino de Tauriart.

— Por aquellos lugares nunca faltan bandidos. Esta infeliz criatura habrá sido sorprendida cuando se dirigía al zoko y, después de robada, han tratado de asesinarla. Es el procedimiento de esa canalla que no da importancia a la vida de sus semejantes. Pasemos dentro y veamos si aun es tiempo de hacer algo por ella.

En el suelo, sobre una estera de paja, que es el lecho de los moros pobres, colocaron el cuerpo de la infeliz mujer. El «Rumí» procedió a reconocerla y al descubrir la herida, una mueca de pesimismo se dibujó en su rostro.

—No comprendo — dijo — cómo esta pobre criatura ha podido vivir tantas horas con la terrible puñalada que tiene en el pecho. En fin, mi deber es procurar su salvación por todos los medios que tenga a mi alcance, que, desgraciadamente, son bien pocos. Tú, Absalan, disuelve una pastilla de sublimado en un litro de agua hirviendo; y tú, Hamido, llama a tu madre, que debe estar en el huerto. ¿Qué significa esto, Dios mío? ¡Una medalla sobre el cuerpo de esta mujer! No te marches, Hamido. Lava esta medalla y devuélvemela bien limpia para que pueda saber a qué atenerme. ¡No sé por qué me figuro que estos destrozados vestidos de mora encubren el cuerpo de una cristiana!

—No lo creas así, padre. Tú sabes que después del desastre de Annual, muchas moras hacen ostentación de anillos, pulseras, medallas, cadenas y otra variedad de alhajas robadas a los españoles.

—También sé que los rifeños han aprisionado a muchas mujeres, algunas de las cuales han perecido en defensa de su honor.

—Pero ahora no creo que nos encontremos ante uno de esos casos. El color bronceado de esta mujer garantiza fácilmente su procedencia.

—Sin embargo, quiero saber qué medalla es esta; ve a lavarla y vuelve pronto.

Mientras los hijos daban cumplimiento a las órdenes del padre, éste se dedicó a reconocer detenidamente la herida. Después de lavarla con esmero, hasta dejar sus bordes completamente limpios, la sondeó, dejando escapar un suspiro de satisfacción: el arma había penetrado en el pecho por la parte superior del esternón y, desviándose al costado, resbaló sobre una costilla, produciendo un desgarró de veinte centímetros de extensión, sin lesionar ningún órgano importante. Parecía milagroso que la punta del acero no hubiera penetrado hasta el corazón.

—Ya está limpia la medalla, padre—dijo el menor de los hijos—. Es un bonito esmalte montado en oro.

El «Rumí» tomó la medalla de manos de Hamido y después de examinarla con interés, exclamó:

—¿Esa es la única observación que has podido hacer? ¿No te dice nada esta pequeña hendidura del aro y esta rayita marcada sobre el esmalte?

—No sé qué quieres decirme.

—¿No has reconocido en la figura esmaltada en la medalla la efigie de la Virgen del Carmen?

—Perdona mi torpeza por no haber comprendido nada de cuanto pretendes demostrarme; te ruego que te expreses con más claridad.

—He querido hacerte comprender que esta joven es cristiana y que sin la intervención de la Virgen, el arma que rasgó la piel de su pecho la hubiera partido el corazón.

—No pongo en duda tus palabras, porque

conozco tu sabiduría; pero en materia religiosa, ¿quién te dice que no pudo ser Mahoma quien la salvó la vida? No te disgustes porque te exponga mis dudas con entera franqueza.

—No sólo no me disgusta, sino que me alegra tu noble proceder, porque me das ocasión a reforzar tu fe cristiana con la demostración de este milagro. Empezaré por decirte que la herida no sería grave sin la sangre perdida; pero dada la sana constitución de esta joven, confío en curarla en el término de veinte días. Ahora, coloquemos la medalla pendiente de su cuello, tal como debía llevarla en el momento de ser herida. Así. ¿Qué te parece? Fíjate bien y dime qué lugar ocupa en el pecho.

—El centro del esternón.

—Es decir, que si el arma hubiera penetrado por ese lado la muerte hubiera sido instantánea.

—Indudablemente, la hubiera herido en el corazón.

—Pues bien; fíjate en la medalla y verás cómo la raya que antes te indiqué empieza en el lugar del pecho de la imagen, correspondiente al que la medalla ocupaba sobre el cuerpo de esta mujer.

—Exacto. ¿Pero qué quiere decir esto?

—¿Aun no lo has comprendido? Quiere decir que el arma iba dirigida al corazón; pero al tropezar con la medalla, se desvió, partió el aro y salió resbalando sobre la costilla, sin penetrar en el pecho. El hecho de seguir la línea trazada sobre la imagen la misma trayectoria que la herida es la

más gráfica explicación que la Virgen ha podido darnos de su divina intervención.

— ¡Es verdad! ¡Y yo que no había pensado en eso!

— ¡Hijos míos! La fatalidad hace que vivamos entre infieles; pero la mano de Dios no nos abandona. Este es uno de los medios de que se vale para fortalecer nuestra fe.

Cuando el «Rumí» terminó la cura de la joven improvisó un mullido lecho, sobre el que fué depositada. Después vertió sobre sus labios unas gotas de un elixir fabricado por él con hierbas campestres. A poco, su rostro fué tiñéndose de vivo carmín, se abrieron sus ojos, girando una mirada extraviada en todas direcciones y de su boca salieron algunas palabras incoherentes que afirmaron al «Rumí» en su creencia de que se hallaba ante la presencia de una mujer cristiana.

Poco después se reunía con ellos la esposa del anciano moro, llevando sobre la cadera un canasto de verduras.

— ¿Cómo has regresado tan pronto, Absalam? — preguntó al mayor de los hijos.

— Porque las circunstancias me obligaron a regresar al galope de mi caballo.

— ¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Acaso fuiste sorprendido en tu obra humanitaria?

— Tranquilízate, madre. Se trata de causa bien diferente.

No te alarmes, Sora. Penetra en esa habitación si quieres ver lo que nos ha traído Absalam.

Sora abrió la puerta de la estancia donde se encontraba la joven, exclamando entre curiosa y confusa:

—¿Quién es esta mujer?

—Esa misma pregunta nos estamos haciendo nosotros desde que la hemos visto—respondió el esposo—. Sólo sabemos que Absalam la recogió del sitio donde sus asesinos la dejaron por muerta y que, por diversas circunstancias, he deducido que se trata de una cristiana, a la que damos protección; por lo demás, no tardaremos en saber quién es.

Muchos días transcurrieron sin que la infeliz criatura se hallara en condiciones de ser interrogada. Tantas cuantas veces lo había intentado Sora, había sólo logrado palabras incoherentes, hasta que una mañana, al acercarse al lecho para servirla un vaso de leche, la enferma se apoderó de una de sus manos, exclamando con débil voz:

—¡Por compasión, señora! Arranca de mi pecho estas dudas que me atormentan. ¿Quién eres? ¿Dónde me encuentro? ¿Estoy acaso en poder de Maimón? ¿Qué ha sido de mi Juan?

—Calla, hermosa joven, y descansa. Tu cabeza no rige bien todavía. ¡Fué mucha la sangre que perdiste!

—Te equivocas creyéndome trastornada. Jamás mi cabeza discurrirá con más firmeza que en estos momentos. ¡Contéstame, por compasión! ¿Me encuentro en poder del criminal Maimón Mohatar?

— ¡Jesús, que nombre tan abominable! ¿Por qué te acuerdas de ese engendro del infierno, hija mía?

— ¿Luego no estoy en su poder? ¡Alabado sea Al-lah! Pero, dime: ¿Quién eres y quiénes son esos moros que durante mi enfermedad he visto acercarse a mi cama con frecuencia?

— Son mi esposo y mis hijos.

— ¡Ah!...

Transcurridos unos instantes, volvió a preguntar:

— ¿Por qué exclamar poco ha dijiste «Jesús»?

— No sé. Es una costumbre tomada de mi esposo.

— ¿Cómo te llamas?

— Sora. ¿Y tú?

— Yamina; pero Juan, algunas veces, me llamaba Carmen.

— ¿Quién es ese Juan a quien tanto has nombrado durante el delirio de la fiebre?

— Aunque quisiera, no podría decirlos quién es. Sólo sé que él es el complemento de mi vida; mi hermano, mi compañero de desdichas, mi maestro, mi redentor; es, en fin, lo único que me liga a la tierra. Después de mi querida Aixa, él ha sido el único ser que me ha abierto de par en par las puertas de su corazón.

— ¿Le quieres mucho?

— Su vida y la mía están tan íntimamente ligadas, que la una sin la otra no pueden subsistir.

— ¿Dónde le conociste?

—Es una historia muy larga de contar.

—Intrigadísima estoy por conocerla.

—Pues verás: A la muerte de mis padres, asesinados cuando yo era muy niña, fuí recogida por el Kaid Tajar; pero éste fué asesinado a su vez y yo quedé en el mayor desamparo. Una mora joven, hermosa y buena como los ángeles del Paraíso, se compadeció de mí al verme tan pequeña y me llevó a su choza. Felices vivíamos con nuestro cariño en medio de nuestra pobreza, hasta que los españoles se establecieron por segunda vez en los Montes de Kelacha. Desde entonces empezamos a padecer mucha hambre y mucha sed; ellos habían ocupado todos los pasos que conducen al río, sin que pudiéramos hallar el medio de beber una gota de agua sin la amenaza de caer en sus manos; sin embargo, empujadas por la necesidad, bajábamos al río desafiando el peligro, hasta que una noche nos prepararon una emboscada, en la que Aixa y yo caímos prisioneras. ¡Qué felices fuimos aquella noche! En vez del daño que esperábamos recibir, nos colmaron de agasajos y atenciones, dándonos libertad y la seguridad de que podríamos bajar al río todas las mujeres del aduar, sin temor de ser molestadas. Aixa, que quedó prendada de Carlos, que así se llamaba el Capitán que mandaba aquel puesto, bajaba todas las noches conmigo a visitarle y cenar en su compañía. Pronto, de aquella comunidad de sentimientos, brotó el amor; mas cuando todos nos disponíamos a gozar de una vida mejor, la traición se interpuso en nuestro

camino, segando en flor la vida de Aixa y lanzándome a mí a vagar por el mundo sin rumbo ni ilusiones. Un día, que encontré a Juan mal herido, le curé y procuré trasponer con él las fronteras de la barbarie, para buscar en otro ambiente que aquí no es posible lograr y cuando ya estábamos respirando aires de libertad, la misma mano que asesinó a la bondadosa Aixa clavó en mi pecho el puñal asesino; pero no es mi vida lo que me interesa por ahora, sino la de mi Juan, que vale más que la mía. ¿Me ayudarás tú, que pareces tan compasiva?

—No sólo yo, sino que también mi esposo y mis hijos se pondrán en movimiento hasta dar con el paradero de ese hombre a quien tanto amas.

—¡Si Maimón le hubiera asesinado!

—No es probable, porque, de ser así, mi hijo hubiera dado con su cadáver. No es corriente matar a los prisioneros mientras se portan bien, porque con la muerte de cada uno se pierde el importe de su rescate; sin embargo, muchos no pueden resistir la dureza de los trabajos a que los dedican y sucumben de fatiga; otros mueren por falta de alimentación y algunos, tal como artilleros y telegrafistas, son condenados a muerte por negarse a manejar contra sus hermanos cañones y aparatos de trasmisión. Nosotros, exponiéndolo todo, facilitamos la fuga al que podemos. Como mi esposo es español, sufre mucho presenciando las desgracias de sus compatriotas. Cuando se presenta ocasión de favorecer a alguno, uno de mis hijos le conduce hasta la frontera disfrazado

de moro, donde es recogido por un destacamento francés, con el que estamos de acuerdo.

—¿Cómo siendo tu esposo español se encuentra entre los moros?

—Azares de la vida. También, como la tuya, es una historia larga de contar.

En aquel momento entró el «Rumí», que, viendo a las mujeres en animada charla, preguntó:

—¿Cómo se encuentra hoy nuestra enferma?

—Muy mejorada y con muchas ganas de charla—respondió Sora.

—¡Cuánto me alegro, preciosa niña! Dentro de pocos días te encontrarás en condiciones de abandonar el lecho y responder a unas preguntas que deseo formularte.

—Pregunta cuanto quieras, porque, como ves, me encuentro en este momento completamente despejada. También yo espero conocer por ti algunas cosas que me interesan.

—¿Quién eres y a dónde ibas cuando intentaron asesinarte?

Yamina refirió al «Rumí» cuanto antes había contado a Sora.

—¡Ah! Creí que serías cristiana—manifestó con extrañeza.

—Aunque no he tenido ocasión de bautizarme lo soy de hecho. ¿También tú lo eres?

—Desde mi nacimiento.

—Cuando llegabas, me disponía a referirle tu historia—dijo Sara—. ¿Quiéres tú hacerlo en mi lugar?

—Con mucho gusto, si ella lo desea.

—Te escucharé complacida.

—Hace ya de esto veintitrés años. Era yo arquitecto de unas obras que se efectuaban en Melilla, de las que era dueño un caudaloso banquero, que gozaba fama de impulsivo, grosero y perturbado. Pocos eran los que en sus obras no habían sido atropellados por él. Un día en que yo dirigía la colocación de una moldura, me indicó con modales descompuestos que pasara a su escritorio, donde, a puerta cerrada, me hizo objeto de los mayores ultrajes. De pronto sonó un disparo, cayendo el desgraciado en tierra con la cabeza perforada de un balazo. ¿Quién disparó contra él? No lo sé. Al instante hicieron irrupción en el local obreros y empleados, que me gritaban: —¡Pronto, don Miguell! ¡Huya antes de que sea tarde para ponerse en salvo! —¡Pero, señores, si soy inocente! ¡Si no fui yo quien disparó!, contesté, lleno de desesperación. —Nadie lo creerá, respondieron. Entonces, viendo que se cernía sobre mi cabeza la amenaza de un terrible proceso por asesinato, huí despavorido, internándome en campo moro. Las angustias y el hambre que padecí hasta llegar a esta cábila protectora son indescriptibles. Sabiendo que en las plazas españolas entregan a los moros veinticinco pesetas por cada fugitivo que presentan, a los que cazan con perros como si se tratara de conejos, temblaba de terror cada vez que pasaba cerca de un aduar y sentía ladridos. Me ocultaba de día y caminaba durante

la noche, buscando mi sustento en el fruto de espinos y zarzales. Un día sentí que las fuerzas me abandonaban, hasta el punto de creer llegado mi último momento. El hambre y la sed agarrotaban mi garganta y devoraban mi estómago con zarpazos de tigre; mi cabeza bullía como hirviente caldera; mis ojos se desorbitaban ante la macabra danza ejecutada por los espinos, transformados de improviso en esqueléticos fantasmas. En esta situación, después de haber renunciado a la lucha y aceptado la muerte como supremo recurso contra mis tormentos, un ligero rumor de pasos despertó en mi pobre naturaleza un ansia irresistible de vivir. Haciendo un extraordinario esfuerzo de voluntad, me puse en pie, dispuesto a salir al encuentro del que se acercaba, aunque fuera un hombre sin corazón. Pero no; no era un hombre, sino un ángel, que Dios enviaba en mi auxilio; era mi adorada Sora, que, viéndome sucio, flaco, barbudo y desgredado, detuvo su paso, temerosa de tropezar con un bandido. Antes de que pudiera huir, tendí hacia ella mis manos suplicantes, y entonces, dominando al miedo los impulsos de su corazón, se acercó a mí, ofreciéndome las viandas que llevaba en una cesta. ¿Te acuerdas, Sora?

— ¡Cómo no he de acordarme si aquel fué el momento decisivo de mi vida! La primera sensación que me produjo tu presencia fué de temor; pero tu actitud pacífica y tus suplicantes miradas devolvieron la tranquilidad a mi espíritu. Por tu actitud y mímica comprendí que tenías hambre y

te ofrecí un pan de cebada y unos higos secos, que era todo cuanto poseía. Tan solo aceptaste un trozo de pan, que devoraste más bien que comiste; luego, apoderándote de mis manos, las cubriste de besos y lágrimas de agradecimiento.

— Aun siento la emoción de aquellos momentos, Sora querida, y como no quiero que Yamina me vea llorar, sigue tú refiriéndole el principio de nuestros amores mientras doy una vuelta por el huerto.

Cuando se ausentó el «Rumí» continuó su esposa el relato en la siguiente forma:

— Aquellos besos, aquellas lágrimas, eran la primera caricia que yo recibía de un ser humano; huérfana desde muy niña, jamás hubo una mano que se me tendiera afectuosa, ni palabra que sonara en mis oídos, ni mis carnes habían recibido otra caricia que la del látigo; por eso, al sentir sobre mis manos el ardiente contacto de sus labios, sentí cómo mi alma se inundaba en una placidez que jamás había experimentado; y yo, que tan necesitada me hallaba de protección, resolví ser su protectora desde aquel momento. Después de haberle indicado que se ocultara, nos separamos, y cuando la noche tendió sobre la tierra su negro manto, marché en su busca con el alma llena de temores, convencida de que si los moros me sorprendían a su lado, me harían pagar con la vida mi atrevimiento; pero resuelta a llevar hasta el fin aquella aventura, en la que tanto se había intere-

sado mi corazón. A medida que me aproximaba al lugar de la cita, sentía más vivos deseos de llegar a su lado; parecía como si aquel hombre ejerciera sobre mí pleno dominio. Una sombra que se destacó en la oscuridad, hizo que me detuviera; era él, que me esperaba y salía a mi encuentro. Cuando estuvo a mi lado, me dirigió unas palabras que, aunque no comprendí, sonaron en mis oídos dulces y sentidas como el canto del ruiseñor. Por señas le indiqué que se sentara, y, sacando de una canasta una cazuela de alcuzcuz que llevaba preparado, me senté a su lado y cenamos con insuperable apetito; después... hablamos mucho sin entendernos nada. El me envolvía en una mirada de amor, que me retenía a su lado con la fuerza de un imán; mirada que penetraba hasta el fondo de mi alma, haciéndome soñar despierta en una era de felicidad sin límites. Tres meses duraron nuestros ocultos amores, durante los cuales trabajé sin descanso para ganar su sustento y el mío. De zoko en zoko y de café en café pasaba la vida bailando al son de mi pandero, aguantando las frases groseras, las miradas lascivas, las proposiciones impúdicas de esas gentes relajadas, que en el opio, el kiffi, el te y las danzas eróticas buscan la preparación de sus fantásticos goces; pero todo lo sufría con heroica resignación, con tal de aliviar la situación de aquél que, oculto en las breñas del monte, esperaba mi llegada para compensarme con sus caricias de los ultrajes recibidos. Un día, que oí hablar al Jefe de la kábila de la construcción de una

casa, creí llegado el momento de mejorar la situación de Miguel, presentándole como arquitecto, cuya circunstancia había de serle favorable. Puestos de acuerdo—es de advertir que ya nos entendíamos perfectamente en selja—salió de su escondrijo y juntos nos dirigimos a la casa del kaid, donde se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—¿Qué busca por estas tierras este «Rumí»?
—preguntó el kaid malhumorado.

—Soy español y recorro el mundo en viaje de estudios; si quieres ayudarme, quizá también yo pueda serte útil—respondió Miguel.

—¿Qué sabes hacer que pueda serme grato?

—Soy constructor de casas al estilo de Europa. Al escuchar el kaid las palabras de Miguel, brillaron sus ojos de alegría.

—¿Cuándo has llegado a esta kábila?

—En este momento. Esta mujer, a quien pregunté por ti, fué tan amable, que me condujo a tu presencia.

—Muy bien, Sora—me dijo—. Te soy deudor de un señalado favor, que tendré en cuenta.

Después continuó, dirigiéndose a Miguel:

—Has llegado a mi kábila, como si hubieras sido enviado por Al-lah. Tengo el proyecto de levantar un edificio cuya construcción corresponda a mi rango y riquezas; si tu sabes interpretar mi pensamiento, a la terminación de la obra recibirás el premio a que te hayas hecho acreedor.

Pocos días después, Miguel, que se hallaba alojado en la propia casa del kaid, le presentaba

unos planos que le dejaron maravillado. Inmediatamente comenzó el acarreo de materiales y la apertura de zanjas, logrando que al cabo de un año las aspiraciones del kaid se convirtieran en realidad con la terminación de un edificio que causó admiración a todos los moros del contorno. Durante el tiempo transcurrido se había creado tan íntima amistad entre el kaid y él, que no sabían vivir el uno sin el otro. Aquél, gran observador de los corazones humanos, había descubierto en parte nuestros amores. Un día llamó a Miguel para decirle:

—No quiero perjudicarte por más tiempo reteniéndote a mi lado. Toma esta cartera, en la que encontrarás el fruto de tu trabajo, y continúa el viaje que por mi has interrumpido; pero antes de que emprendas la marcha quiero demostrarte mi afecto concediéndote algo que deseas y no te atreves a pedir.

—Guarda ese dinero, que bastante pagado me considero con tu amistad—respondió Miguel.

—No será el Meluli quien se lucre con el fruto de tu inteligencia y trabajo. Conserva en tu poder esa cartera y pídemelo lo que tanto deseas.

—Nada me seduce en este momento—contestó, eludiendo las insinuaciones del kaid.

—No eres franco conmigo. ¿Acaso no te agradecerá que te regale a Sora?

—¡No, Meluli! Sora no es un mueble que se regala a un amigo; Sora es un ser con alma, voluntad y albedrío, al que nadie tiene derecho a

rebajar al estado de las bestias. Te doy gracias infinitas, porque habiendo leído en mi corazón, has descubierto la pasión que me domina y quieres regalármela como me regalarías el mejor de tus caballos; pero no es así como yo la quiero. ¡No es de carne como se alimenta el alma, sino de las fibras sensibles del corazón! Sora no puede ser mía sino por su propia voluntad.

—¿Acaso te falta la voluntad de ella?

—Me falta otra cosa; me falta la voluntad de Dios, que no permite que dos corazones se acerquen para después separarlos por el insondable abismo de las creencias religiosas; tú sabes que yo soy rumí.

—Ese es un inconveniente muy fácil de resolver: si no quieres hacerte musulmán, os casáis primero por la Ley de Sora y después os trasladáis a cualquier población donde haya misioneros y repetís el acto por la tuya.

—Tiene razón el Kaid—dije yo, interviniendo para cortar la discusión. Miguel me dirigió una mirada interrogativa y con los ojos nos entendimos. Yo le amaba y no encontraba obstáculos a nuestra unión; pero él se hallaba obsesionado con la diferencia de creencias religiosas. Un día se me presentó en actitud resuelta, diciéndome:

—¡Sora! No puedo sufrir por más tiempo el tormento de verte a todas horas sin poderte hacer mi esposa; es necesario que yo parta, o que tú te hagas cristiana.

No sé si fué la pasión o la elocuencia que empleó para ponderar las excelencias de su fe lo que

me conmovió hasta el extremo de entregarme a discreción a su voluntad. Para no perder la consideración del Kaid, nos casamos por el rito musulmán, trasladándonos después a Fez, donde un padre franciscano bendijo nuestra unión. Nuestros hijos también han sido bautizados por el mismo sacerdote.

—Interesantísima me ha parecido la historia de vuestros amores. Yo también recibiré las aguas del bautismo cuando descubra el paradero de Juan y le arranque de las manos de sus carceleros—repuso Yamina.

—Todos en esta casa te ayudaremos a conseguir el logro de tus deseos. Ahora voy a dejarte sola para que descanses un rato, porque, abusando de la franca mejoría que se ha iniciado en tu salud, te hemos hecho pasar por intensas emociones; cuando estés completamente restablecida me acompañarás al zoko, y ambas nos pondremos en campaña para averiguar el paradero de ese cristiano, que se te ha metido en el corazón y ha trancado por dentro para que no puedas echarle.

La salud volvía a teñir del color de las amapolas el bronceado rostro de la morita, cuyas desgracias habían afectado tan intensamente a los honrados moradores de aquella vivienda, que ya la consideraban como un individuo más de la familia.

Un día en que Sora se hallaba regando unas flores, se acercó a ella exclamando:

—¡Sora de mi alma! En estos momentos en que me determino a partir siento el dolor que la

falta de tu cariño ha de producir en mi pobre corazón. En el poco tiempo que llevo a tu lado he aprendido a quererte como a una madrecita que sólo ha vivido para su hija. Tú, con tus asiduos cuidados, has devuelto la salud a mi cuerpo y hecho renacer en mi alma las perdidas esperanzas. Ten la seguridad, Sora querida, de que Yamina jamás se olvidará del bien que la has hecho.

—¿Qué estás diciendo, criatura? ¿Acaso te has vuelto loca? ¿A dónde podrás ir sola que no te aceche la desgracia o la traición? Nadie en esta casa consentirá que te separes de nuestro lado. Miguel y mis hijos se han consagrado a buscar el paradero del hombre por quien tanto sufres, y cuando lo hayan logrado no ha de faltarles el medio para libertarle. De ningún modo hemos de consentir que nuevamente vuelvas a vagar por el mundo sin rumbo fijo.

—¡Gracias, Sora! ¡Gracias, madrecita mía! Permíteme que te dé este nombre, ya que en tu regazo he encontrado caricias que sólo puede prodigar una buena madre; pero no puedo esperar más, porque mi conciencia se rebela contra mí, acusándome de ingrata, por hallarme entregada a esta vida de reposo, mientras él quizá se halle sufriendo toda clase de torturas. Desde mañana volveré a vagar de poblado en poblado, de zoko en zoko, hasta que un lamento, un rumor, una imprudencia me ponga en el camino que ha de conducirme a la prisión de mi adorado Juan.

—Desde que conocimos tu historia le buscan con afán mi esposo y mis hijos; por lo tanto, no debes impacientarte. La menor imprudencia podría echar por tierra en un momento el fruto de su trabajo. La cautela y la astucia son las armas que con más eficacia han esgrimido contra estos moros, que son de por sí astutos y desconfiados. Sobre todo, de quien más hay que guardarse es de ese odioso Maimón, que Dios confunda. Desde que se señaló su presencia en esta kábila son muchos los españoles que han puesto luto en el corazón de sus madres.

Al escuchar Yamina el nombre de Maimón, se puso intensamente pálida.

—¿Qué te ocurre, hija mía?—preguntó Sora, viéndola a punto de ser abandonada por las fuerzas.

—¡Ese fatídico nombre que acabas de pronunciar suena a muerto en mis oídos! Una noche en que vi brillar la luz de sus ojos infernales sobre la acerada hoja de un puñal, rodó por tierra, separada del tronco, la cabeza de mi adorada Aixa; otra vez, que me cegó el siniestro flúido de su mirada, fué para caer mal herida y perder a mi Juan. ¡Por Al-lah, Sora de mi alma, no vuelvas a nombrar en mi presencia a ese monstruo de perdición.

—Cálmate, hija mía; no volverán a mancharse mis labios con tan fatídico nombre. Ahora desiste de tu descabellado empeño y desde mañana, si quieres acompañarme al zoko, secundaremos

la campaña de investigación que han emprendido los míos.

Los proyectos de Sora devolvieron la paz al inquieto espíritu de Yamina.

XIII



XXIII

Los prisioneros de Ait-Kmara.—Los aeroplanos de bombardeo.—Escenas del zoko.—Difícil situación de Juan.—

Un auxilio inesperado

Poco después de amanecer, emprendieron ambas mujeres la marcha en dirección al zoko el Hazizar, llevando sobre la cabeza sendos canastos de huevos y legumbres.

La belleza de Yamina llamaba la atención de cuantos moros se cruzaban con ella, lo que la ponía fuera de sí, porque temía ser reconocida por alguno de los secuaces de Maimón Mohatar.

Varias veces encontraron grupos de prisioneros que, custodiados por algunos rifeños armados, se dedicaban a la construcción de caminos. Muchos, llevaban al descubierto sus carnes, ennegrecidas por el sol africano y todos tenían marcado en el semblante el sello del hambre y la fatiga.

Yamina, se detenía ante aquellos desgraciados soldados españoles, queriendo reconocer en cada uno el objeto de su amor, mientras ellos, viéndose

mirados de modo tan compasivo por una mora, sentían sus almas bañadas en dulce consuelo.

—No seas imprudente, Yamina—deslizó Sora al oído de su compañera, separándola de un grupo de prisioneros—. Si entre estos desgraciados se encontrara el hombre que buscas con tanto afán, habrías decretado su muerte y quizá la tuya. ¿Acaso has olvidado que nos encontramos entre los bandidos de Maimón?

El intenso temblor que se apoderó del cuerpo de la morita al oír pronunciar tan odioso nombre, la puso en mayor aprieto que si hubiera continuado contemplando a los prisioneros, porque viéndola estos desfallecer, la rodearon solícitos, dando lugar a que los guardianes acudieran para averiguar las causas de la reunion y disolverla a culatazos; pero antes de que hubieran podido llevar a la práctica sus salvajes designios, sonaron tres agudos puntos de corneta, que les puso en dispersión con infernal griterío.

—¡Reponte y huyamos, Yamina! ¡Los aeroplanos de bombardeo se aproximan!—exclamó Sora con angustia.

—Huye tú, que te debes a los tuyos; yo, moriré si ha llegado mi hora, entre este grupo de soldados españoles. ¿No te causa admiración verles tan valientes desafiar a la muerte por el solo placer de contemplar ese pedazo de patria que vuela sobre sus cabezas? ¡Mira como sonríen y agitan sus pañuelos! A todos los rostros ha vuelto en este momento el color sonrosado de la juventud.

¿Qué sera para estos hombres la patria, que al vislumbre de ella vuelven a la vida los que parecían a punto de rendirse ante la muerte? Sus cobardes verdugos, han huído al lejano ruido de los motores mientras ellos se extasían escuchando ese mismo ruido, que suena en sus oídos a marcha triunfal. ¡Vete, Sora, antes de que lleguen los aeroplanos y dejen caer sus mortíferas bombas sobre nuestras cabezas! ¡Qué feliz sería yo en estos momentos, si la muerte me sorprendiera en los brazos de Juan!

Por el horizonte apareció el primer aparato, seguido de otros varios, que avanzaban en ángulo agudo. Uno de ellos, descendió a pocos metros del suelo, enarbolando una gran bandera, que al ser taladrada por los rayos del sol, recibió el fuerte colorido de la sangre de la raza y de la riqueza de sus nobles sentimientos. Para colmo de entusiasmo, apareció sobre una de las alas la figura de un soldado, que dominando el ruido del motor con su fuerte voz, exclamó:

— ¡Adiós, hermanos! ¡Pronto seréis libres!

— ¡Viva España! — gritaban con entusiasmo aquellos desventurados.

— ¡Viva España! — gritó también Yamina, contaminada de los mismos fervores.

— ¡Calla, infeliz! ¿No ves que pasó el peligro y los moros se aproximan? ¡Pobres de nosotras, si los moros se han apercebido de tus vítores!

Pero no; los moros no solo no se habían apercebido, sino que en su aturdimiento, se habían olvidado del desvanecimiento de Yamina.

El Momentos después de haberse separado las moras de los prisioneros llegó a sus oídos el formidable estruendo de la explosión de las bombas que sobre el zoko y caminos adyacentes arrojaban los aviadores españoles y el griterío de hombres, mujeres y chiquillos, que, enloquecidos de terror, encomendaban su salvación a los pies, hasta alcanzar las cuevas preparadas de antemano para explotar el miedo.

Cuando los puntos negros que señalaban en el espacio la presencia de los aeroplanos se desvanecieron sobre la línea del horizonte, volvieron a poblarse de gente los caminos, recobrando poco después el zoko la animación que tuvo antes del bombardeo.

Los zokos marroquíes tienen muchos puntos de semejanza con nuestras ferias, que quizá en ellos encontraron su origen, o, por lo menos, copiaron mucho de sus caracteres, que el tiempo ha ido transformando.

En el zoko, como en las ferias españolas, se sitúa el ganado, dividido por clases, en uno de los extremos del ferial; allí opera el gitano, que, sin ser solicitado, interviene en los tratos gesticulando, llevándose aparte, ora al comprador ora al vendedor, para hablarles al oído y convencer a ambas partes de que hacen un trato ventajoso, reclamando al final el importe de una intervención que nadie solicitó; más allá, el carnicero amarra la res, la derriba y sacrifica con cara a Oriente, la desuella, rodeado de perros famélicos,

que esperan darse un festín con las entrañas, la cuelga de un trapecio de madera y, cuando aun se agita la vida en las celulas, la pone a la venta, cortándola en trozos, que pesa en una romana mugrienta; una plaga de moscas cubre rápidamente el cuerpo de la res; pero este detalle es de poca significación en Marruecos. Cerca de allí, escuchando las lánguidas notas de un guembri bajo las sucias telas de una tienda portátil, unos moros indolentes, recostados sobre una estera de paja, toman sorbos de te, mientras fuman una pipa de kiffi, que pasa ceremoniosamente de mano en mano; formando largas calles, se encuentran los hebreos vendedores de telas multicolores y pañuelos de seda de largos flecos, que son el encanto de las moras; los vendedores de hierbas aromáticas, especias y excitantes; los cambistas; las vendedoras de lana, mantas, jaiques, alfombras y otros productos de su manufactura; las que comercian con aves, huevos y tortas de pan de cebada o centeno, sentados todos en el suelo, con las piernas cruzadas detrás de su mercancía, protegidas ellas por grandes sombreros de palma, cuyas alas les caerían sobre los hombros al no llevarlas sujetas a la copa por unos cordones.

En un lugar reservado del zoko, se sienta el kaid, que administra justicia con fallos inapelables. Los castigos, se resuelven en multas, (que se pagan en el acto) conmutables por una tanda de palos al que se declara insolvente. Generalmente se condena a ambas partes, para que no pueda

creerse que hubo intención de favorecer a una de ellas.

A la caída de la tarde, cuando la animación comercial va decreciendo, empieza la actuación de los bohemios, que es otro aspecto pintoresco del zoko.

Formando círculo, en el que mujeres y niños sentados en el suelo con las piernas cruzadas ocupan las primeras filas, se agolpa el público alrededor del brujo, que arroja llamas por la boca; en otro lugar, escucha con emoción el relato de una leyenda de labios de un moro cetrino, que gesticula poniendo espanto en la expresión para dar a la escena un fuerte colorido de tragedia; en otro círculo, un morito vestido de arlequín hace piruetas, que son el encanto de la chiquillería; y por último, el encantador de serpientes, que con su varita de virtud en la mano, hace que un reptil se eleve vertical sobre la cola, mientras otros se le enroscan en la garganta y en los brazos.

No faltan en el zoko los curanderos, que operan con tanta más razón que en nuestra tierra, por cuanto la medicina está en poder de fakires fanáticos, que la aplican combinada con ciertos procedimientos fanáticos; la vendedora de narcóticos y venenos, que facilitan el medio de deshacerse de la belleza rival; el rebelde que sueña con un trono y un harén. Del zoko sale condenado a muerte el que contrajo deudas de sangre y robado el que vuelve a su aduar ufano de haber rematado un buen negocio.

A veces, cuando la tranquilidad y armonía del zoko parecen completas, cruza al galope de sus caballos un grupo de ginetes, que disparando sus carabinas, siembran el pánico y la confusión para apoderarse del ganado y llevárselo por delante, mientras otros moros a pie defienden la retirada.

El zoko, con su apariencia comercial, con su aspecto de mercado español al aire libre, es el lugar donde se forjan todas las rebeldías, ya contra el Sultán, ya contra las naciones protectoras o bien para combatir unas kábilas contra otras.

Podría decirse de los zokos marroquíes, que cada uno de ellos, representa una diputación kabileña.

Sora y Yamina, ocuparon un lugar en una de las filas formadas por las mujeres.

Entre los concurrentes al zoko, se veían muchos argelinos y algunos europeos y militares de diversas nacionalidades, que prestaban servicio a las inmediaciones de Abd-el-Krin; unos, como jefes y soldados de sus mejallas, y otros como espías y contrabandistas.

Pronto, ambas mujeres quedaron libres de los productos que habían llevado al zoko, debido a la mayor demanda con motivo de las concentraciones rebeldes en la zona de Aít-Kmara.

De regreso al aduar, Yamina caminaba impaciente y nerviosa por llegar al lugar donde había encontrado a los prisioneros, antes de que cesaran en los trabajos y fueran conducidos a su encierro.

El corazón la aconsejaba que buscara entre aquellos desgraciados soldados españoles y ella obedecía con fe ciega.

Una conversación sostenida por dos moros que caminaban delante de ellas, la produjo tremenda congoja. Su cuerpo, se agitaba convulso entre los brazos de su protectora, que trataba de calmarla ante el inminente peligro que corrían en aquellos lugares.

—Fué mucho atrevimiento el del rumí, descargando la mano sobre el rostro de Maimón—decía uno de los moros.

—Pero no se puede dudar de que estuvo valiente defendiendo a su compañero cuando Maimón le cruzó la cara con el látigo—repuso el otro.

—Ahora, pagará con la vida su atrevimiento.

—¿Piensas que le matarán?

—¿Qué otra cosa podía esperar después del terrible puñetazo con que destrozó las narices de Maimón? Abd-el-Krim se le ha regalado y él ha dispuesto que al amanecer se le administren doscientos palos en presencia de todos los prisioneros para que sirva de ejemplaridad; después, un par de tiritos y al barranco, para que sus despojos sirvan de pasto a perros y chacales.

—No me negarás que Maimón es un sanguinario.

—Sí. Como todos los cobardes que con él vinieron de Kelacha.

Yamina, que no había perdido un solo detalle de esta conversación, se hallaba bajo los efectos

de una sobreexcitación nerviosa, que la colocaba en los linderos de la locura.

Aquel Maimón criminal que se había deleitado en el suplicio de Aixa, se le aparecía ahora inclinado sobre el cuerpo desnudo de su adorado Juan, recibiendo sobre su rostro infernal las salpicaduras de sangre, que la cuerda emplomada hacía saltar de sus laceradas carnes; porque es de advertir, que para Yamina no podía ser otro que su Juan el infortunado rumí condenado a tan terrible suplicio; pero ella le salvaría, o moriría en la demanda; que nada hay tan sublime como arriesgarlo todo por el bien amado.

— ¡Sora! — exclamó volviendo los ojos a su protectora. — Tú, que has sido tan buena para mí, no me abandones en este doloroso trance. ¡Ayúdame a salvar a Juan de las garras de la muerte!

Los kabileños seguían su conversación, sin darse cuenta, al parecer, del efecto que sus palabras producían en el ánimo de Yamina.

— Le tendrán a buen recaudo. ¿Verdad? — preguntó uno de ellos.

— A fe mía que no se escapa. Está encerrado en casa de Tieb, con los pies aprisionados en el cepo y vigilado por una guardia de ocho hombres.

— ¡Pobre muchacho! ¡Tan joven y morir de ese modo! Me causa lástima.

— ¡Qué le hemos de hacer! La guerra es así. Ellos obran lo mismo con nosotros.

— ¡Eso es mentira! Cuando se termine la guerra se pondrán en claro todos los infundios que

ahora emplean nuestros jefes para fomentar nuestro odio a los cristianos y evitar que decaiga el espíritu guerrero de las kábilas.

— ¡Escucha, Sora! ¡En casa de Tieb! ¡Le han encerrado en casa de Tieb! ¡De allí, le sacaré yo, aunque tenga que asesinar a todos los que le guardan! — exclamó Yamina con vehemencia.

Tan fuerte se había expresado, que uno de los moros volvió la cabeza para mirarla.

— ¡Desgraciada! ¡Has labrado tu perdición y la nuestra! ¿Qué será ahora de Miguel y de mis hijos? ¡No tardará en presentar una guardia en casa para prenderlos y exigirles cuentas de tu conducta! — repuso Sora angustiada.

— ¡Perdóname, Sora! Vivo bajo los efectos de un dolor, que me arrebató la cordura; en lo sucesivo, procuraré dominarme; pero prométeme en cambio ayudarme a salvar a mi Juan en esta noche trágica.

— ¿Quién te ha dicho que Juan corre peligro? Mas difícil es nuestra situación, si como presiento, esos moros se ocupan de nosotras.

— ¡No, Sora, no! Mírales como se alejan sin preocuparse de nada! El corazón, que jamás me engaña, me dice que Juan está en peligro. ¡Ayúdame a salvarle, Sora! ¡No me niegues esta gracia y seré tu esclava por los días de mi vida!

— Bien, te ayudaré; pero apretemos el paso, porque mientras no llegue a casa, no estoy tranquila.

Recelosa Sora y acongojada Yamina, conti-

nuaron caminando, hasta que llegaron a su hogar sin haber sufrido contratiempo alguno. Reunida la familia al amor de la lumbre, hicieron diversos comentarios de los sucesos del día. Las impresiones de Miguel, eran pesimistas, pero lejos de comunicárselas a Yamina, trató de animarla y hacerla desistir de los descabellados proyectos que le había expuesto:

Ya había mediado la noche, cuando del laberinto de chumberas que rodeaba la casa del «Rumí», surgió a modo de un fantasma blanco, que se alejaba veloz, buscando la complicidad de la maleza para ocultarse a la vista de algún curioso inoportuno.

Era Yamina, que no habiendo logrado convencer a sus protectores para que secundaran sus planes, había aprovechado su sueño para lanzarse al campo, dispuesta a ponerlos en práctica por su cuenta.

De vez en cuando, se detenía medrosa para escuchar el mugido del viento, el lamento de algún chacal o el silbido de una víbora.

A duras penas podía contener los latidos de su corazón, que se agitaba cual si quisiera saltar en pedazos.

Una de tantas veces como había vuelto la cabeza atrás, observó, con terror, que un moro la seguía a pocos pasos. Quiso entonces huir, pero sus piernas se negaron a obedecer a la voluntad, se agitó su cuerpo en convulsiones espasmódicas, y una ola roja que nubló sus ojos iba a dar con

ella en tierra, cuando dos brazos vigorosos la sujetaron, mientras una voz amistosa la decía:

— ¡Animo, valerosa joven! No desmayes en tu intento, que aquí me tienes para ayudarte, si es que algo se puede hacer por ese infeliz por cuya salvación vas a arriesgarte.

— ¿Quién eres y que pretendes de mí? — preguntó Yamina rehecha del susto recibido, aunque recelosa.

— Soy un amigo de España, que ha descubierto el amor que sientes por el cristiano que ha de morir mañana, si no logramos salvarle.

— ¿Quién te ha dicho mi sentir?

— Tú misma te has descubierto cuando regresabas del zoko.

— Si es cierto lo que dices, si no eres un perverso que intentas perderme con engaños, dime; ¿qué fin persigues traicionando a los tuyos para salvar la vida a un rumí? Es muy extraño que te intereses por la salvación de un soldado desconocido, cuando en Annual y Monte-Arruit habrás cooperado a matarlos por millares.

— Te equivocas. Mis manos jamás se mancharon con sangre de cristianos.

— ¿Qué precio pones a tú traición?

— Ayudándote, no soy traidor; sirvo a mi patria.

— No me fiaré de tus palabras, mientras no sepa quién eres.

— ¡Soy español!

Al escuchar Yamina esta declaración, sintió como se dilataba su pecho.

—¿Naciste en España?— preguntó ya casi tranquila.

—Nací en el corazón de Iberia; en Madrid.

—¿Eres acaso alguno de esos contrabandistas que se enriquecen al lado del Abd-el-Krim?

—Soy un desgraciado, que el año mil novecientos once, mal aconsejado, abandoné las filas de mi regimiento, huyendo de las fatigas de la campaña, para caer en la degradación y vivir en la barbarie. Pocos días después de haber consumado la desertión, me hubiera presentado a mis jefes; pero supe por los moros, que uno de los que conmigo habían traicionado a su patria, había sido fusilado; entonces, me interné cuanto pude, llevando para siempre sobre mi conciencia el peso de la deshonra y sobre mi pecho el dolor de no poder volver a España, donde mis ancianos padres habrán muerto de pena y mis hermanos me estarán maldiciendo.

—¡Ah, vamos; quieres hacer méritos!

—Quiero hacerlos y deseo que se conozcan por si algún día me hago digno del indulto.

—¿Tienes algún plan para ayudarme?

—Tengo el único que nos puede dar el triunfo si tu sabes obrar con serenidad.

—Serenidad y audacia, no han de faltarme. ¿Puedo conocer tú plan?

—Cuando esta tarde regresábamos el «Argelino» y yo del zoko, hablábamos de ese pobre chico condenado a muerte por salir en defensa de un amigo a quien habían maltratado bárbaramente; la

excitación con que te expresabas, nos permitió darnos cuenta de que eras parte interesada en el asunto. Quizá yo no hubiera obrado, sin la insinuación de ese «Argelino» a quien tú nombre fué simpático.

—¿Quién es ese «Argelino»?—preguntó Yamina con interés.

—No se; uno al que los moros llaman «Tabyi» (1) que al parecer, también tiene que ver con la justicia. Toda la tarde estuvimos discutiendo sobre el medio de salvar al prisionero, hasta que él, que es hombre de recursos, se dió una palmada en la frente exclamando: —Si esa mora es lista, puede tener en sus manos la salvación de su amante. Vé en busca de ella y traémela—. Es cuanto puedo decirte del plan que tenemos a medias el «Argelino» y yo. ¿Y tú, que pensabas hacer?

—Arrojarme a los pies de Abd-el-Krim para pedirle la vida de mi Juan a cambio de la mía.

—Os la hubiera quitado a ambos.



(1) Artillero.

XXIV

El rico te de Ahmed.—Muerte de Maimón.—Hacia la libertad.—De Akba-el-Kadí a Uxda.—La fiesta de doña María de Mondragón.—Lucha de intrigas

—¡Ven aquí, ladrón! ¿Por qué has llegado tan tarde esta noche? ¡Digo! ¡Si no es Ahmet! ¿Quién eres y por qué no ha venido Ahmet?—estas admiraciones y preguntas hizo un rifeño que prestaba servicio de guardia en la casa de Tieb, a un chiquillo que se acercó vendiendo te.

—Soy su hermano, que he venido a sustituirle esta noche, porque quedó en casa revolcándose por el suelo con un cólico—respondió el morito.

—Bueno, está bien; prepara el te teniendo presente, que si no lo haces a mi gusto, te corto una oreja.

—Por ese lado, no tendrás queja de mí. Y a propósito; se me olvidaba daros un paquete de kifí que mi padre os regala para que perdonéis la falta de esta noche, y lo fuméis a su salud.

—El «Tabyi», se muestra siempre atento y generoso con nosotros.

El morito, puso a calentar agua en un hornillo portátil y cuando estuvo hirviendo, echó el azúcar y el te, lo movió con una cucharilla y lo sirvió en unos vasitos de cristal, en los que de antemano había colocado unas hojas de hierbabuena. Los rifeños lo tomaban a pequeños sorbos, dando muestras de satisfacción con chasquidos de lengua.

¡Ah el maún! — gritó un centinela—. ¡Ana buguit uahed el cas del atzai eshum! (1).

—Llévale al centinela un vaso de te y vuelve pronto—ordenó con énfasis el cabo.

Cuando el morito volvió al lado de la guardia todos estaban tendidos en el suelo bajo los efectos del mas profundo letargo. Para convencerse de su estado de inconsciencia, los zarandeó fuertemente por la chilaba y viendo que no salían de su amodorramiento, regresó al lado del centinela, le registró la skara (2) quitándole las llaves de la prisión, abrió la puerta, y se internó en las lobregueces del calabozo llamando muy bajito.

—¡Juan! ¡Juan! ¿Dónde estás, que no te veo?

—¡Yamina de mi alma!—contestó una voz harto conocida—. ¿Vienes a darme el último adiós?

—Vengo a darte la libertad el campo está des-

(1) ¡Eh, cabo! Yo quiero un vaso de te caliente.

(2) Bolsa de costado.

pejado de enemigos. ¡Huyamos antes de que puedan darse cuenta de mi estratagema!

—Pobre de mí, Yamina, que no puedo moverme! ¡Tu sacrificio, es estéril! ¡Mis pies, están apriisionados por un cepo fijo en tierra! ¡Mi muerte es inevitable!

—Iré a recoger las llaves, que estarán en poder del centinela.

—¡No, Yamina mfa! Esas llaves las lleva consigo mi verdugo Maimón.

En aquel momento, se oyeron en el exterior gritos e imprecaciones, entrando a continuación en el calabozo el terrible Maimón, que enfocando el rostro de Juan con una linterna eléctrica, exclamó dominado por la ira:

—¡Vas a decirme quién ha estado aquí, teniendo presente, que hasta saber la verdad, te iré arrancando una a una las uñas de las manos y de los pies y si no fuera bastante, te arrancarfa también la piel a tiras; perro cristiano!

Yamina, que apenas había tenido tiempo para esconderse detrás de la puerta, vió como Maimón sacaba unas tenacillas de la skara, dispuesto a llevar a la práctica sus amenazas. Entonces, saltó como una pantera sobre el terrible bandido, se apoderó de una gumía que llevaba a la cintura pendiente de un cordón y se la clavó con furia en la espalda, haciéndole rodar por tierra con el corazón partido.

En aquellos terribles momentos, la arrogante figura de Yamina se hallaba nimbada por la lumi-

nosa aureola del ángel vengador; su rostro se había encendido con el arrebol de las amapolas, mientras su brazo se mantenía en alto, como de gentil heroína sosteniendo con firmeza el puñal de la venganza.

Inclinándose sobre el cuerpo de Maimón, registró la skara, se apoderó de la llave del cepo y libertó a Juan de aquella terrible tortura; luego, sirviéndole de sostén, abandonaron aquella fétida prisión para sumergirse en la densa oscuridad de la noche.

¡Yamina! ¡Mi Yamina adorada!—suspiraba Juan, que aún se hallaba bajo los efectos de la bárbara sentencia que sobre él había pesado—¿Cómo podré pagarte tantos sacrificios?

—Ya ajustaremos cuentas; ahora, lo interesante, es ponerse en salvo.

—No puedo andar, Yamina. El cepo adormeció mis piernas.

—Un pequeño esfuerzo y habremos llegado a donde nos esperan los amigos.

Caminando trabajosamente bordeaban un barranco, cuando desde el lado opuesto se dejó sentir por dos veces al aullido del chacal.

—Hemos llegado—dijo Yamina—. Descendamos al fondo de este barranco,

Abajo, se encontraron con el Tabyi, que acostumbrado a mirar en la oscuridad, les había descubierto desde el borde opuesto.

—¡Qué terrible espera! Ya estaba arrepentido de haberte metido en tan difícil empresa; pero veo

que eres mujer inteligente y valerosa—exclamó el Tabyi dirigiéndose a Yamina—. Es necesario poner mucha tierra por en medio, si queremos asegurar el éxito obtenido.

—¿Tanto te interesa mi triunfo?

—¿Yamina; refirió al Tabyi en pocas palabras, el desarrollo del plan por él concebido.

—¿Cerrásteis la puerta del calabozo?

—Sí.

—Entonces, tardarán algunas horas en descubrir nuestra fuga. Interesa que lleguemos antes de que alumbre el sol al santuario de Sidi Barbiah, donde encontraremos amparo; desde allí, buscaremos el medio de saltar a la zona francesa, donde nada tendremos que temer.

—¿Qué ha sido de tu mujer y el pequeño Ahmet?

—Les envié delante con el cristiano que fué a buscarte y el prisionero maltratado por Maimón, que huyendo de la suerte que le esperaba, se refugió en su casa y le ocultó por lástima.

Dos caballos que el Tabyi se había encargado de robar, esperaban aparejados en el barranco.

—Tú, Yamina, montarás un caballo; en el otro, iremos el prisionero y yo, ya que a él le sería difícil sostenerse solo.

Después de dar el el último adiós a Ait-Kmara emprendieron la marcha al galope de los caballos siguiendo la contracorriente del Guis, siguiendo atajos y veredas que les apartaran de los lugares habitados.

Muy entrada la mañana, llegaron al santuario de Sidi Barbiah, donde fueron bien recibidos por el Hach Abdal-lah.

—¿Dónde está mi familia?—preguntó el Tabyi al anciano.

—Deben estar cerca de la frontera—después, dirigiéndose a Yamina, exclamó:

—Cuando supe vuestro contratiempo, experimenté gran dolor; pero el Tabyi, que es un buen sabueso, ha sabido encontraros y poneros en camino de salvación.

—¿Conocías al Tabyi?

—Es el argelino de quien te hablé.

—¡Alabado sea Al-lah, que me va a permitir saber quién soy!

—¡Alabado sea Al-lah, que ha permitido que te encuentre para que des testimonio de mi inocencia!—contestó el Tabyi.

—¿Qué secreto ocultan tus palabras y qué papel has jugado en mis desdichas?

—Soy un criado de tus padres, a quienes acompañaba el día que fueron asesinados viajando desde Melilla a Uxda. Las autoridades francesas, me aprisionaron como cómplice de los bandidos y causante de tu secuestro; pero logré fugarme de la prisión y desde entonces vengo dedicado a descubrir a los criminales y a averiguar tu paradero. El Hach me puso sobre tu pista y hoy ya puedo presentarme en todas partes libre de temores, porque eres la última prueba que me faltaba para demostrar mi inocencia.

— ¡Hábleme de mis padres; Tabyi! Hábleme de aquella gran señora esbelta, arrogante, hermosa, que se acercaba a mi cunita para hacerme crecer con sus caricias! ¡Aun la ví una noche, cuando el «Rumí» curaba la herida que me produjo Maimón! ¡Pobre madre mía! ¡Quién pudiera vivir unos momentos de realidad entre sus brazos! Dime, Tabyi. ¿Cómo era mi madre?

— Lo mismo que la has soñado: hermosa, arrogante, atrayente y de una bondad, que cautivaba a cuantos frecuentaban su trato.

— ¡Así tenía que ser ella! ¿Y mi padre? ¿Cómo era mi padre?

— Tu padre, corría parejas con tu madre: de elevada estatura y severo continente, no había notable en Uxda, que le igualara en riquezas, gentileza, distinción y bondad. Sentía adoración por su esposa, a la que no privaba de ningún capricho. Un día, le manifestó deseos de ir a Sevilla, su primera patria y a Sevilla intentó llevarla. ¡Ojalá no la hubiera escuchado! Cuando cruzábamos el Garet de Beni-Bu-Yahi en dirección de Melilla, cayó sobre nosotros la partida del Kaid Tajar capitaneada por el sanguinario Burrajai y ya sabes cual fué el resultado de este encuentro.

— Sí. El asesinato de mis padres y mi hundimiento en esta bárbara sociedad rifeña. Pero dime: siendo mi madre mora ¿cómo podía ser sevillana?

— ¿Quién te dijo que tu madre fuera mora? No sé si para casarse se hizo mahometana, o si tu

padre se convirtió al cristianismo; pero sé que era sevillana y graciosa.

— ¡Pobres padres míos! El amor, que a ellos les puso en manos de los bandidos, me ha llevado a mí a correr una serie de aventuras, cuyo final no puedo prever. Moro mi padre y cristiana mi madre; mora yo, y cristiano él. La historia de la familia, se repite. ¿Tendrá la hija el final de los padres?

Este diálogo fué cortado por el Hach, que dirigiéndose al argelino, exclamó:

— Es necesario que continuéis la marcha, si no quereis perder todo lo ganado. El prestigio que gozais entre los soldados de Abd-el-Krim, os puede valer para llegar a la zona francesa sin tropiezo, antes de que os alcancen los destacamentos, que seguramente se habrán movilizado en Ait-Kmara al conocer la fuga del prisionero y la muerte de Maimón.

— Tienes razón — repuso el argelino —. Pero debes tener en cuenta, que los caballos han llegado rendidos y no pueden hacer una nueva jornada sin haberles concedido algún descanso.

— Podéis llegar con ellos hasta Bu-Ailma, donde te será fácil sustituirlos por otros.

Siguiendo los sanos consejos del Hach, continuaron la marcha hasta el punto indicado, en cuyo bosque quedaron ocultos Juan y Yamina, en tanto que el Tabyi efectuaba el cambio de monturas.

— En estos momentos en que la alegría de verme a tu lado debiera invadir todo mi ser, un

vago presentimiento de futuras desgracias embarga mi alma—expresó Juan con amargura.

—Desecha esos fúnebres pensamientos y fija la mirada en aquellas elevadas cumbres del Yebel Idris, tras las cuales se oculta la libertad, la felicidad y el amor. Allí, está la frontera francesa, desde donde por Quifán nos dirigiremos a Uxda y desde allí a España, a tu llorada España, que cruzaremos como el torbellino para caer en brazos de tu adorada madre y no salir de Fuenteclara hasta el final de sus días. ¡Si supieras que ganas tengo de conocerla!

—¡Pobre madre mía! ¡Qué habrá sido de ella durante el prolongado silencio de mi prisión! El corazón me dice, que no volverá a sonar en mis oídos el timbre sonoro de su dulce voz, ni volveré a sentir sobre mis cabellos la suave caricia de sus manos.

—Acabará por enfadarme contigo, si continúas con tus eternos pesimismo. ¿Qué motivos tienes para pensar así de tu madre? ¡Calla! Allí se acerca el Tabyi con los caballos; salgamos a su encuentro.

Cuando se reunieron con el argelino, montaron a caballo, dirigiéndose al galope en dirección a la zona francesa por el camino de Iberkebaten. Los moros que encontraban a su paso, les saludaban atentos, preguntando algunos sin la menor desconfianza detalles de la guerra y noticias de Ait-Kmara.

Al llegar a Akba-el-Kadi, fueron detenidos por una patrulla de soldados franceses que les lleva-

ron conducidos a un puesto inmediato, donde el Jefe les sometió a detenido interrogatorio.

Después de las debidas aclaraciones, dejó en libertad al argelino y Yamina, dejando detenido a Juan apesar de las protestas de todos, porque como soldado español, debía ser entregado al Cónsul de España en Uxda.

Desde Akba-el-Kadi, fué traslado Juan a Qui-fán, a cuya población marcharon todos reunidos. Yamina, no quería separarse ni un momento de su amante, temerosa de perderle para siempre. Enterada de que al día siguiente sería trasladado a Uxda, se hizo acompañar del argelino a presencia del Jefe del campamento, quien al saber que era nieta de doña María del Carmen Mondragón, se deshizo en atenciones, poniendo a su disposición un automóvil, que dejó a Juan a la puerta del Consulado y a ella y el argelino, a las de un suntuoso palacio.

Antes de separarse Juan y Yamina, se abrazaron con intensa emoción.

— ¡Hasta dentro de unos instantes, amor mío! deslizó ella en sus oídos.

— ¡No olvides, que te llevas mi vida, Yamina mía! — respondió él con pasión.

La mano del argelino dejó caer por tres veces el pesado aldabón de la puerta principal, resonando el eco de sus golpes en el interior del palacio por pasillos y galerías. El postigo rechinó sobre sus goznes, presentándose ante los viajeros una

negra anciana, que con los ojos dilatados por el asombro y la superstición, retrocedió haciendo aspavientos y gritando:

— ¡Señora! ¡Señora! ¡Mi amita! ¡Ha llegado mi amita; ¡Corra, señora, corra!

— ¿Qué dice esa loca?— preguntó a los criados que encontró a su paso una arrogante dama de cabellos grises, que salió a uno de los corredores para informarse del escándalo que promovía la negra.

— ¡Mi amita, señora! ¡Acaba de llegar mi amita! ¡Yo la he visto a la puerta de casa vestida de mora!— seguía vociferando.

— ¡Qué amita ni qué ocho cuartos! ¿No sabes que la asesinaron en Beni-Bu-Yahi? Que pase quien sea al salón, y que espere.

Cuando Yamina pasó al interior del edificio, quedó maravillada de su magnificencia y de la semejanza que guardaba con aquel otro que ella veía durante los ensueños que la asaltaban en Kelacha. Al entrar en el salón, se detuvo ante un retrato de tamaño natural, exclamando con alegría infantil:

— ¡Tabyi! ¡Esa es la señora que yo veía en sueños! ¡Esa es mi madre!

En aquel momento, hizo acto de presencia doña María del Carmen Mondragón, que saludando con una ligera inclinación de cabeza, preguntó:

— ¿Qué desean ustedes?

Iba a contestar el Tabyi; cuando al volverse Yamina para contemplar a la dama que acababa

de hablar, lanzó doña María un penetrante grito exclamando:

— ¡Hija de mi alma, ven a mis brazos! ¡Sí, eres tú, mi nietecita, la imagen pura de la hija que tanto he llorado! ¡Quién había de creer que al final de mis días, había de recibir la incomparable dicha de tenerte a mi lado!

Yamina se refugió en los brazos de su abuela, agradeciendo desde el fondo de su alma aquellas caricias, de las que tan necesitada se hallaba.

Tras de largos momentos de efusión, en los que la abuela se gozaba en la contemplación de aquel hermoso rostro, tan semejante al de su malograda hija, recorrió Yamina con la mirada los cuadros que exornaban el salón, sintiéndose gratamente impresionada ante un óleo en el que resaltaba la arrogante figura de un caballero musulmán.

Doña María del Carmen, que se había dado cuenta del efecto que aquel cuadro producía en el ánimo de su nieta, exclamó sonriente:

— Gózate ante la varonil belleza de tu padre, con el apasionado amor que él te prodigaba cuando jugueteabas sobre sus rodillas.

El orgullo de la sangre árabe asomó por un momento a las mejillas de Yamina, al tiempo que de sus bellos ojos se desprendía el homenaje de dos lágrimas.

— Ahora, — dijo la abuela — quiero que recorramos las dependencias de la casa. Ya, no te acordarás de nada. ¡Eras tan pequeña...!

Salieron. Yamina iba delante, entrando y saliendo en las diversas dependencias, como si hubiera pasado toda la vida en aquel palacio.

—Este era mi dormitorio—indicó a su abuela señalando una puerta de cristales, que abrió, pasando al interior—. ¡Oh mi cunita! La cunita donde yo dormía cuando la gran señora que veía en sueños, se inclinaba sobre mi para besarme. ¡Esto es maravilloso!

La abuela, lloraba de emoción. En la prodigiosa memoria de Yamina, encontraba ella el afianzamiento de su cariño, al familiarizarse con los objetos que la rodeaban.

—¡Abuelita!—exclamó con zalamería—. Antes me llamaste Carmencita. ¿Acaso es ese mi nombre?

—Es el nombre que han usado casi todas las mujeres de nuestra familia, aunque a tu padre le agradaba más que se te llamara Yamina. ¿Quién es ese moro que te acompaña?—preguntó fijándose en el argelino, que las había seguido a respetable distancia.

—Un buen hombre, que me ha prestado un gran servicio; gracias a él, has podido tenerme hoy entre tus brazos.

—¿Tan desconocido estoy, señora?—preguntó el aludido—. Soy Mohamed el Tabyi, el criado que conducía el coche el trágico día en que fueron asesinados sus hijos:

—¡Pobre Mohamed! ¡Cuánto habrás sufrido con la inicua acusación de que fuiste objeto!

Cuando todo se puso en claro gracias a mis gestiones, hice que te buscaran por todas partes para comunicarte la noticia, no habiendo logrado encontrarte.

—¿Gracias, señora! No puede usted imaginarse el bien que acaba de hacerme. ¡Libre! Libre del peso de la deshonra para poder circular por todas partes con la cabeza erguida. ¡Al-lah es misericordioso!

En un amplio corredor, esperaba la servidumbre para dar la bienvenida a su nueva ama y ponerse a sus órdenes. Ella, fué saludándolos a todos con afabilidad, con sencillez; con aquella dulzura natural, que era su mágico talismán para la conquista de corazones,

Quiso el Tabyi despedirse; pero le retuvo la señora diciendo:

—Te soy deudora de un pequeño capital, correspondiente a los sueldos que has dejado de percibir desde la muerte de mis hijos, al que he de sumar la nueva deuda que acabo de contraer contigo, por la felicidad que con el rescate de mi nieta has introducido en esta casa. Desde hoy, ejercerás las funciones de mayordomo.

—Gracias, señora. Acepto con placer el destino. Ahora, la ruego que me autorice para retirarme, porque tengo que averiguar lo que haya sido de mi esposa y mi hijo.

—Antes, vete al consulado español y tráeme a Juan—ordenó Yamina.

—¿Quién es ese Juan?—preguntó la abuela intrigada.

—Es un soldado español, al que me liga una historia de aventuras y un amor sin límites. Mi novio. ¿Sabes? El que se unirá conmigo en matrimonio tan pronto como obtenga tu permiso.

—Eso, no puede ser, Carmencita. Tú, no te has dado cuenta de que desde la elevada posición que ocupas, no puedes descender a casarte con un soldado, cuando han de sobrar nobles caballeros que ambicionen tu mano y tu fortuna.

—Para mí, no hay más caballero, que el que generoso me tendió sus manos cuando moría de hambre y de sed. Ese, me quiere por mí, sin nobleza y sin fortuna, que para nada se necesitan cuando dos almas se han fundido con amor eterno en el crisol de los peligros, el dolor y la miseria.

—Eres muy joven para poder discernir en cuestiones de amor. Dejemos ese asunto, porque lo interesante ahora es ponerte en condiciones para que puedas ser presentada en sociedad; para lo cual, desde mañana haré venir a casa varios profesores especiales.

Yamina empezaba a sentir sobre su alma bravía el odioso yugo de las conveniencias sociales. Sin rebelarse contra su abuela, estaba decidida a desbaratar sus planes por un acto de audacia, si es que intentaba torcer los designios de su corazón.

Se hallaba bajo los efectos del mal disimulado disgusto que la contrariedad amorosa la había producido, cuando sonaron unos golpecitos discretos en la puerta de su cuarto.

—¿Quién es?— preguntó.

En la respuesta, reconoció la voz del argelino.

—Pasa, Tabyi. ¿Por qué no ha venido Juan?— preguntó viéndole entrar solo.

—No ha venido conmigo, porque el Cónsul ha dispuesto que pase a reponerse al Hospital; él espera que vayas a visitarle.

—¡Iré! ¡Vaya si iré! ¡Para que yo no fuera, sería necesario que me atasen! Dile, que me espere esta tarde.

El Tabyi no pudo cumplir el encargo de Yamina, porque cuando llegó al Hospital, no le permitieron la entrada. Lo mismo la ocurrió a ella, cuando por la tarde, autorizada por su abuela, se presentó a visitarle; estaba prohibida la comunicación con los soldados españoles.

Yamina empezaba a vislumbrar el hilo de una trama, que aparentemente se tejía contra ella.

Habían transcurrido mas de quince días sin que los enamorados hubieran podido verse ni comunicarse, cuando doña María del Carmen anunció una fiesta, en la que presentaría en sociedad a su nieta; recién llegada de los campos rifeños, donde se había desarrollado su vida en imponente lucha con los hombres y las fieras.

Había gran expectación por conocer a la neófita, de la que se refería una fantástica novela de dramas y heroísmo.

En los salones de doña María del Carmen Mondragón, se encontraba aquella noche lo más selecto de la sociedad uxdana.

Hermosísimas damas luciendo sobre la albura de sus pechos deslumbrante pedrería, capaz para redimir de la miseria multitud de hogares desgraciados, prestaba realce a la augusta belleza del salón, en el que mujeres, tapices, luces y flores, formaban armónico contraste.

Como airón de tanta elegancia y gentileza, irrumpió en el salón la escultural figura de Yamina airosa y elegante: envolviendo su cobriza figura entre vaporosas gasas, que vestía con inimitable gracia, cual si jamás hubieran cubierto su cuerpo virginal otra cosa que sedas y blondas,

Una doble fila de pisaverdes planchados y estirados, se formó a su paso, dándola escolta hasta el lugar donde se encontraba su abuela, que con aire señorial, fué haciendo las presentaciones.

Yamina, fué aquella noche el blanco de todos los saetazos de la envidia, el despecho y la ambición.

Aunque ella se había propuesto seguir al pie de la letra los consejos de sus maestros para salir airosa en aquella sociedad de hipócritas y fatuos, no pudo prescindir de su carácter liberal al contestar a ciertas insinuaciones.

Son ustedes unos pegajosos—dijo con enojo a un grupo de pollos desmedrados, que la molestaban con sus ridículas adulaciones.

Cuando mas asqueada se hallaba en aquel ambiente de intrigas y mentiras, la llamó su abuela para presentarla al Barón de Piffer, Teniente de Espais, hijo de noble cuna, llegado a

menos, pero con un blok de pergaminos, que trascendían a rancio desde lejos.

A las primeras palabras pronunciadas por el mohoso Barón, comprendió Yamina que aquel era el candidato oficial para marido elegido por su abuela; y queriendo librar la batalla en el terreno en que se la presentaba el enemigo, le cortó el paso diciendo:

—Distinguido Barón: le prohibo terminantemente hablarme de amores, porque hace tiempo que elegí al hombre que ha de ser mi compañero por todos los días de mi vida.

—Sí. Se dice que está usted enamorada de un soldado sin nombre ni fortuna.

—¿Sin nombre? Le han engañado a usted. Mi novio, se llama Juan; y eso de la fortuna, si yo no la tuviera para ambos, tampoco la necesitaba, porque es hombre honrado, que sabe ganar el sustento con el esfuerzo de sus brazos.

—Al decir nombre, quise decir posición. Vea usted la distancia que hay de un Barón a un soldado.

—A varón, no le gana usted. Tenga la seguridad de que si le oyera decirme tantas estupideces, saldría usted arrojado a puntapiés de este salón.

—¡Señorita!

—Le he dicho a usted lo que siento; puede retirarse.

El Barón de Piffer, no solo no se retiró, sino que estableció el cerco para la conquista de Ya-

mina, visitándola asiduamente, hasta que ella se negó rotundamente a recibirle.

Con este acto de rebeldía, quedaba declarada abiertamente la guerra entre la abuela y la nieta.



XXV

**Encuentro inesperado.—Extraña conducta de Yamina.—
Camino de Fuenteclara.—La casa vacía.—Compuesto
y sin novia.—La boda de Rosario**

El Cónsul de España en Uxda, hombre afable y compasivo, —virtudes raras en los cónsules españoles, conversó largo rato con Juan, quedando maravillado de sus trágicas aventuras y de las circunstancias novelescas de su fuga.

—Hoy mismo—le dijo—telegrafiaré a las autoridades de Melilla, dando cuenta de tú libertad y la de otro prisionero que me han entregado hace pocas horas. Mientras no reciba órdenes concernientes a vuestro destino, permaneceréis en una sala de convalecientes que para españoles tenemos en el Hospital, donde gozaréis libertad para salir como si estuviérais alojados en un hotel.

Juan quedó muy agradecido a las delicadas atenciones del Cónsul y por encontrarse rendido, se despidió, marchando al Hospital acompañado de un ordenanza.

A lo largo de la sala de convalecientes espa-

ñoles, paseaba un moro dando grandes zancadas y echando bocanadas de humo, que extraía de un puro sostenido con nerviosidad entre los dientes.

—¿Dónde está el soldado español que me indicó el Cónsul?—preguntó Juan al ordenanza del consulado.

El eco de su voz impresionó vivamente al fingido moro, que arrojando el puro lejos de sí, se dirigió a él con los brazos abiertos exclamando:

—¡Por fin has llegado! Solo Dios sabe el peso que tu libertad arranca de mi conciencia. Yo, que en un momento de ofuscación dudé de tu lealtad, no soy digno de te hayas expuesto a ser fusilado por castigar el ultraje que me infirió Maimón.

—¡Paco! ¡Mi amigo del alma! ¡Tu presencia me indulta de todos los pesares! ¡Cómo podía yo sospechar que tu fueras el prisionero libertado de quién me habló el Cónsul! Olvida esas pequeñeces en este día en que el sol de la libertad luce esplendoroso, inundando de luz el sendero de nuestra felicidad. ¿Ya no te acuerdas de Rosario?

—¡Rosario! ¿Qué habrá sido de ella? ¡Pobre de mí! Cuando llegue a Fuenteclara, la encontraré casada con Casianón y para no verme en la precisión de matarle, tendré que volver a Marruecos para que me dé muerte el maldito Maimón, o algún otro de los muchos maimones que infectan las kábilas rifeñas.

—¡Paz a los muertos! Maimón, se encuentra en estos momentos haciendo relación de sus méri-

tos a Satanás, para que le proporcione un buen destinillo en los infiernos.

—¿Ha muerto Maimón?

—A manos de Yamina, que fué quien me libertó.

—¡Qué criatura tan valerosa! La presentí en Midar cuando Lobatón se lanzó ladrando contra el convoy que me conducía prisionero; después, la ví el día del bombardeo del zoko, valiente, arrogante, vitoreando a España con el entusiasmo de una Agustina de Aragón, viéndola por último, cuando angustiada por tu difícil situación, juró salvarte a través de todos los obstáculos.

—¿Conoces a los que la ayudaron?

—Fueron, un desertor español, uno de tantos españoles, que por diferentes causas, forman legión en las costas marroquíes y un argelino, que al parecer, también se halla al margen de la Ley. El Cónsul, se ha interesado por el indulto del primero, que padece delirio por volver a España.

—Eso me dijo Yamina,

—¿Dónde está Yamina?

—No tardarás en verla. Sin duda, las efusiones de familia, la han retenido mas de lo conveniente.

—¿Pero es que tiene aquí familia?

—Y de lo mas distinguido; es nieta de doña María del Carmen Mondragón, apellido, como puedes apreciar, retumbante y sonoro.

—¡Quién había de pensar que Yamina fuera cristiana!

—Aún no sé lo que es, chico, porque según parece, su padre era moro.

—En fin, que ha resultado una mujercita interesante por todos conceptos.

Los sufrimientos de los últimos días, la debilidad adquirida en la prisión y los azares de la huida, habían producido un aniquilamiento en el organismo de Juan, que se dejaba sentir con mayores síntomas de gravedad, ahora, que con la libertad, habían quedado abandonados todos los resortes de resistencia física y moral.

—Me encuentro mal—dijo a su amigo, siento desvanecimiento de cabeza y flojedad en las piernas; quisiera acostarme. ¡Y Yamina sin venir! ¿Por qué no habrá venido? Tócame la frente, Paco; mi cabeza arde como un volcán en erupción. ¡Quizá tendré que renegar cien veces de la libertad tan anhelada!

Se acostó Juan abatido por el peso de sus dolencias y mortificado por la sospechosa ausencia de Yamina. Si él hubiera podido sostenerse en pie a buen seguro que se hubiera lanzado en su busca, aunque se hubiera visto precisado a recorrer una a una todas las calles de la ciudad; pero la fiebre le devoraba; y el estremecimiento de su cuerpo convulso, indicaba hallarse atacado de los primeros síntomas del paludismo.

Muchos días transcurrieron en esta situación, sin que Yamina hubiera hecho acto de presencia en el Hospital, hasta que al fin, pudo Juan abandonar el lecho y acompañado de su amigo, tras-

ladarse al Consulado, donde le dieron la dirección de doña María del Carmen.

En casa de esta señora, le esperaba la más terrible sorpresa. Recibido por la negra que ya conocen nuestros lectores, fué introducido en un gabinete coquetonamente amueblado, en el que poco después se presentó la abuela de Yamina, dama alta, enjuta, con un rostro moreno bien conservado, enmarcado entre sortijas de cabellos grises. A la presencia de la dama, Juan se puso en pie y ella fijando en él una mirada inquisitiva, le saludó con una ligera inclinación de cabeza y una fingida sonrisa.

— Siéntese joven, le dijo en tono afectuoso—. Supongo que será usted el soldado de quien con tanto interés me tiene hablado mi nieta.

— Me extraña mucho ese interés, cuando no se ha molestado en visitarme durante mi enfermedad ni una sola vez— contestó Juan con aplomo.

— Tenga presente, que no es decoroso en una señorita visitar a un joven, aunque se trate de un buen amigo.

— Yamina y yo, somos algo más que amigos.

— ¡Pobre chico!— exclamó con fingido acento. Lamento en el alma tener que matar unas ilusiones nacidas en la convivencia de un destierro, donde tanto usted como ella han vivido una vida engañosa; vida de forzada relación, en que ante la carencia de otros seres, se han visto privados de poder seleccionar los afectos, dándose el caso de que hayan confundido el amor con la amistad fraterna.

Mi nieta, siente por usted fraternal afecto; pero no amor. En los pocos días que lleva a mi lado, ha descubierto horizontes de felicidad, que la conducirán en breve a contraer matrimonio con un apuesto militar de la nobleza francesa.

Juan, se sintió morir al escuchar por boca de doña María la abjuración de su amada. Aquel amor que ella había provocado y él se había resistido a fomentar, le roía ahora las entrañas convertido en el vil gusanillo de los celos.

—¡Señora!— exclamó balbuciente de ira y emoción—. Tengo tan dentro de mi corazón a Yamina, que ni pisoteándole con la impiedad que usted lo acaba de hacer ahora, es posible arrancar de él la pasión que me ciega y atormenta. Sería ella misma quien me dijera que ya no me quería y no la creería, pensando que había perdido la razón. No es posible que la mujer que por amor corrió tantos azares y tantas veces expuso su vida por salvar la mía, haya dejado en tan poco tiempo de quererme. Vislumbro un obstáculo en el camino de nuestra felicidad, que estoy decidido a separar cueste lo que cueste.

—¿Qué quiere usted decir, joven? ¡Nada de obstáculos! Su voluntad y solamente su voluntad. Mi Carmen, no es hoy aquella morita desarrapada y hambrienta que merodeaba por los campamentos en busca de un mendrugo; aquella Yamina que usted conoció, ha muerto para resucitar convertida en una de las mas encumbradas damas de la sociedad uxdana, deslumbrante de belleza, mima-

da por la fortuna y halagada por una corte de admiradores a cual mas noble, que envidian las preferencias de que hace objeto al ilustre Barón de Piffer. Yamina, se hubiera casado con usted; María del Carmen Cerni de Celada y Mondragón, no.

— ¡Basta, señora! ¡No continúe escarbando en mi corazón con la punta del puñal! No conozco a esa María del Carmen de quién me habla, ni me importa saber quién es. He venido a ver a Yamina que se aloja en esta casa, y la veré. Ella, que es el único árbitro de mi causa, ha de ser quién dicte mi sentencia. Anúnciele mi visita, se lo ruego.

— Precisamente, fué ella quien me pidió que me encargara de desengañarle, porque la faltan fuerzas para causarle personalmente tanto daño. Sea usted comprensivo y considere, que cuando la enamoró, mi Carmencita era una niña inexperta.

— Cuando a un ser humano se le da la muerte, es indiferente el instrumento con que se produce. El que tiene valor para herir, no debe perderlo para dar la cara. Diga usted a Yamina, que si se niega a recibirme, llegaré hasta ella a todo trance.

— ¡Jesús que amor tan singular! ¿Pretende usted conquistar a mi nieta por la violencia. Tenga presente que cuento con influencia para que desde aquí le lleven conducido a la cárcel.

— ¡Perdón, señora! No he querido ofenderla. El rudo golpe que acaba de recibir mi sensibilidad, me ha trastornado. ¡La amo tanto... que por ella estoy dispuesto a sacrificarlo todo, incluso mi

amor! pero por caridad, ruéguela que se deje ver de mí por última vez, antes de que me separe de ella para siempre.

—Comprendo su situación y le disculpo. Vuelva mañana a la misma hora y tal vez logre facilitarle una entrevista con ella; pero antes, ha de prometerme que no pronunciará ni una palabra, oiga lo que oiga.

—Se lo juro.

—¿Por quién?

—¡Por mi madre!

Al día siguiente, se presentó Juan a la hora convenida en casa de doña María,

—Pase usted —le dijo amablemente, conduciéndole al salón donde días antes había recibido a Yamina y el argelino—. He hablado mucho de usted con mi nieta, que se ha sentido verdaderamente apenada. Me ha rogado, que le entregue en su nombre cinco mil duros, para que allá en su pueblo, rehaga su vida y conserve de ella un grato recuerdo.

—¡Señora! —rugió Juan, poniéndose en pie rojo de indignación— ¿Quién le dijo a usted que yo me vendo? ¡Guardé su dinero para comprar indignidades, que para rehacer mi vida, me basta con mi honradez y el esfuerzo de mis brazos! ¡He venido decidido a ver a Yamina, y la veré!

—La verá usted si ella lo consiente; por la violencia, no. Sí viene usted decidido a cumplir su juramento, también yo cumpliré mi promesa; de lo contrario, puede retirarse, en la inteligencia de

que si promueve escándalo, llamaré a los criados para que le arrojen a la calle.

—Séa como usted disponga, señora,

Así me gusta usted, razonable. Voy a llamarla, aunque dudo que quiera venir, porque está de un humor de mil diablos; hace dos días que no vé a su Barón y empieza a ser mal aconsejada por los celos.

Cada palabra pronunciada por doña María, era un dardo que se clavaba en el corazón de Juan. Parecía como si la sagaz señora se deleitara en írsele desgarrando poco a poco.

¡Carmencita, hija mía! —exclamó la dama levantando la voz— aquí, en el salón, te espera el militar de quien te hablé esta mañana.

—¡No quiero verle! ¡Qué se marchel—respondió a lo lejos la voz de Yamina.

Aquella respuesta, produjo infinita angustia en el ánimo de Juan, que hasta entonces había creído ser juguete de las intrigas de doña María.

—Sé compasiva, hija mía, con el hombre que tanto te ama y concédele la limosna de amor que de rodillas te pide. ¿Serás capaz de desairarle después de los sacrificios que por tí se ha impuesto?

¿Sacrificios...? ¡Por Dios, abuelita! ¡No me atormentes más con ese pedante! ¡No quiero saber nada de él! ¡Qué se marchel

—No se irá mientras no le recibas por última vez. ¡Pobrecillo! Hasta enfermo ha caído por tu culpa.

—¡Nunca, nunca! ¡Qué se marche! ¡No quiero verle! ¡Le aborrezco!

Iba a protestar Juan, cuando doña María le tapó la boca con la mano diciendo:

—¡Qué va a hacer usted! Sería empeorar la situación. Esta muchacha se ha enamorado tan locamente del Barón, que se excita cuando se la habla de otros amores.

La condena de muerte que había pesado sobre su cabeza, no produjo en el ánimo de Juan tan terribles efectos como la sentencia que acababa de oír de labios de la mujer adorada.

Aquel exaltado amor que durante su éxodo por las cábilas rifeñas había fomentado ella con tesón inusitado, se transformaba en aquellos momentos en activo veneno, que encendía la sangre de sus venas y golpeaba sus sienes con mazazos de gigante.

Yamina, aquella Yamina adorada, tan sencilla, tan apasionada, tan buena, en la que había creído ver fundidas sus existencias en una sola razón de ser, se alzaba ahora en el trono que la soberbia construyó, sobre pergaminos y riquezas, para fustigarle impía con el látigo del desprecio, arrojando su dolorido corazón al abismo de la desesperación, para que fuera devorado por los implacables gusanos de los celos.

—¡No quiere verme!— exclamó con desaliento.

—Adios, señora. Dígala que no volveré a impacientarla, que la amaré siempre y que la perdono todo el mal que me ha hecho.

—Supongo que irá usted satisfecho de mí, que hice cuanto pude en su favor.

—Si, si. Satisfecho..... y complacido. ¡Es usted muy amable!

Cuando llegó Juan al lado de Paco, que le esperaba en la calle, se tambaleaba como un beodo.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó el amigo—. Quién te vea con esa cara, creerá que acaban de desenterrarte.

¡Mas bien podrían pensar que acabo de recibir la muerte! ¡Yamina, la mujer ideal, el ídolo a quién levanté un altar dentro de mi pecho, no ha querido verme! ¡Hubiera preferido cien veces la muerte, antes que conocer la terrible verdad! ¡Me desprecia por otro...! Después de todo... ha hecho bien. ¿Quién soy yo para ella? Un pobre labriego que tiene que arrancar a la tierra el sustento, regandola con el sudor de su frente. ¿Quién es ella para mí? Un pensamiento, una idea, algo espiritual que quiero conservar grabado en mi cerebro, como algo que fué. Mi Yamina, la Yamina dulce, sencilla, apasionada y valiente que conmigo compartió azares y peligros, ha muerto, surgiendo de sus cenizas esta otra Yamina, que no me conoce, que no quiere verme, que me desprecia, porque la vanidad y las riquezas incensaron su cuna apenas abrió los ojos a la nueva vida. ¡Vámonos pronto de aquí, Paco, porque me arde la cabeza y temo perder la razón! ¡Ella de otro! ¡Si yo matara al Barón...! ¡Pero no! Matándole, destruyo su felici-

dad y yo quiero que sea feliz aun a costa de mi desventura. ¡Vámonos, Paco! Corramos al Consulado en busca de los pasaportes, o marchemos sin ellos aunque tengamos que caminar a pie hasta Melilla. ¡No puedo resistir la influencia del otro yo, que me cubré los ojos con una venda roja y me empuja hacia el crimen! ¡Huyamos, huyamos de esta ciudad maldita!

—Cálmate, Juan. Los celos son siempre consejeros de acciones reprobables. ¡Quién sabe a qué obedece la resolución de Yamina! Yo, que conozco la historia de vuestros amores, no puedo creer que haya dejado de quererte.

—Y sin embargo, así es. Me ha tenido a su lado y se ha negado a recibirme.

—Después de todo, debes alegrarte de lo ocurrido. Vale más una mujer de la montaña, que en el hogar espere la hora del regreso de la cotidiana faena para correr amorosa a tus brazos y, entre caricia y caricia, preparar la cazuela de patatas que el amor convierte en principesco festín, que vivir entre los esplendores de un palacio, sostenido con la fortuna de una esposa, de la que acabarías por ser lacayo.

—Tienes razón, Paco. El trabajo, honra; mientras el dinero envilece. Yo, hubiera regado el suelo con mi frente para ganar el pan de Yamina pobre; la Yamina rica jamás hubiera podido humillarme con sus riquezas.

Al día siguiente, de madrugada, salía de Uxda una ambulancia-automóvil de Sanidad Militar,

conduciendo a la zona española los dos soldados libertados del cautiverio. En el vado de Méxera-el-Melha, esperaban fuerzas del Zaiio, que se hicieron cargo de ellos, trasladándolos a Zeluán, donde tomaron el tren para Melilla.

Una alegría les esperaba después de tantos pesares; al presentarse en la Comandancia General, les dijeron que serían pasaportados para España por haber sido licenciada su quinta.

La primera preocupación de Juan, fué poner un telegrama a su madre, anunciándole su pronto regreso a Fuenteclara. Hora era ya de que terminase la prolongada angustia de aquella mártir, que se hallaría en constante sufrimiento desde que dejó de recibir contestación a la última carta.

Paco, también hubiera teleografiado. ¿Pero a quién? ¿A su padre? No se había dignado contestar a la carta que le escribió cuando llegó por primera vez a Melilla. ¿A Rosario? ¡Pobre! Había llovido mucho desde que se publicaron sus amonestaciones. Si sabiéndole vivo la había costado una enfermedad resistir, cuando la prisión le impuso silencio, fué muy fácil vencer su resistencia dándole por muerto. ¡Casianón le había ganado la partida!

En la representación del Cuerpo, les abonaron sus haberes pendientes y les dieron uniformes nuevos para que pudieran sustituir los andrajos que vestían.

Paco, siempre noble y generoso, pidió audiencia al Comandante General para darle cuenta de

la meritoria labor ejecutada en favor de los prisioneros, por algunos españoles, que en un momento de ofuscación, se pusieron fuera de la Ley, buscando asilo en las ingratas kábilas rifeñas.

Una tarde, les llamaron para hacerles entrega de los pasaportes. Llenos de alegría, recorrieron los comercios de la población, comprando diversos objetos de fantasía para obsequiar a parientes y amigos.

Juan, entre otras cosas, compró cigarrillos y una blusa de seda para su madre; Paco, también compró cigarros para el señor cura; pero aún no estaba satisfecho de sus compras. Deseaba adquirir algo para alguien, que no se atrevía a nombrar. De pronto, tuvo un arranque y cogiendo a Juan por un brazo, exclamó:

—¿Para qué quiero estos billetes que me han dado en el Tercio? ¡Vamos a una joyería; quiero hacerla un buen regalo aunque esté casada; pero se lo entregarás tú como cosa tuya; como agradecimiento por su comportamiento con tu madre.

A las siete de la tarde, anunciaba su salida el «Vicente Puchol» con tres penetrantes silbidos. La cubierta, iba abarrotada de soldados, que por distintas causas abandonaban aquellas tierras para volver a sus hogares. Sobre el muelle, quedaban muchos mas, que habían ido a despedir a sus paisanos y les veían alejarse con envidia.

Costeando los acantilados de Beni-Sicar, dobló el barco el Cabo Tres Forcas pasando entre sus pétreas garras y los Farallones, y poniendo

proa a Málaga, se perdió en la inmensidad del mar, oculto por las tinieblas de la noche.

Málaga la bella, pasó desapercibida para nuestros protagonistas, que al pisar tierra española, atravesaron la ciudad sin verla, corriendo a lo largo de la Alameda en dirección a la estación, temerosos de llegar tarde para tomar el correo.

Ambos amigos se sentían afectados de profunda melancolía. Parecía como si al acercarse al terruño que les vió nacer, sintieran la nostalgia de las sedientas tierras marroquíes.

El paraíso de la vega malagueña, pasó desapercibido para ellos, así como la portentosa obra que los titanes ejecutaron en El Chorro, rasgando el ingente cantil para dar paso a las aguas del Uad-el-Medina.

Todo el día discurrió el tren entre verdes viñedos y frondosos olivares; dejando a derecha e izquierda populosas ciudades y grandes cortijadas, en que la propiedad de uno, cultivada por centenares de esclavos, se pierde de vista en la lejanía del horizonte.

Mediaba la noche, cuando dejando atrás las enriscadas estribaciones de Sierra Morena, se lanzaba el tren por las dilatadas planicies de la Mancha, tan semejantes a la paramera castellano-leonesa.

A las siete de la mañana, llegaron a la gran urbe madrileña, trasladándose en un taxi a la estación del Norte, donde tomaron el rápido de Galicia. A medida que se aproximaban a las tierras de

León, les parecía ver alejarse los elevados picos de la cordillera, que tras la grandeza de su mole, guardaban codiciosos el encanto de esmeraldinos valles surcados por corrientes de plata.

— ¡Mira, Juan, mira la Catedral de León! — exclamó Paco, que asomado a la ventanilla, acechaba el momento de llegar a la ciudad de los Guzmánes—. Parece una fantástica carabela navegando sobre el verdoso mar de sus frondosas alamedas.

— No quiero ver nada, hasta que me enseñes la espadaña de la Iglesia de Fuenteclara, que para mí, es más hermosa que todas las catedrales de España — respondió Juan a su amigo.

De León, se trasladaron a Cistierna en un automóvil de viajeros, continuando el viaje a la mañana siguiente en dirección a Fuenteclara.

Las aguas del Esla, corrían turbulentas a causa de la tormenta que se estaba desencadenando en la montaña.

Densos nubarrones descendían hasta media ladera de los montes, ensombreciendo el valle y prestando al ambiente un tinte de melancolía.

— ¡Mal presagio, Paco! — exclamó Juan con áspero tono. — La montaña se nos muestra hostil.

No seas agorero; ya sabes que esta es la época más propicia para el desarrollo de las tormentas.

— Sin duda por eso, coincidiendo con esta, se está desarrollando otra en mi alma. ¡Ramalazos de fuego, rugidos de la montaña, aguas turbias que bajáis de Fuenteclara, ¿Que queréis decirme?

El automóvil se detuvo unos momentos en la carretera para que los dos amigos pudieran apearse.

Tomando un camino carretero, comenzaron a caminar aprisa, muy aprisa, porque el agua que caía les empapaba las ropas y el ansia de llegar les devoraba.

— ¡Allí está la espadaña del pueblo, Juan! Seguramente, la tormenta, ha impedido a tu madre salir a recibirnos.

— ¡Sí, la tormenta...! — respondió sentencioso. A la entrada del pueblo, se acercó un conocido a saludarles.

— ¡Te acompaño en el sentimiento, Juan! — le dijo tendiéndole la mano,

— ¡Cómo! ¡Qué dices! ¿Mi madre?... ¡Pobre madre mía! ¡Ya me lo anunciaba el corazón!

Con una congoja que le atenazaba la garganta y helaba la sangre de sus venas, corrió hacia su casa dando voces como un loco. Algunos vecinos compasivos, quisieron consolarle; pero ni les veía ni escuchaba sus palabras.

— ¡Madre mía! — gemía el infeliz, golpeando las puertas con desesperación. ¡Te mataron las malas artes de un cacique; pero yo te vengaré!

Los golpes que Juan producía sobre la puerta repercutían en la casa como en el interior de una tumba.

Por fin, los vecinos, lograron calmarle algún tanto y accediendo a sus deseos, le acompañaron hasta el cementerio, donde arrodillado ante la sepultura de su madre, rezó y lloró copiosamente.

—Era una santa—dijo uno de los vecinos.

—Si no hubiera habido cielo, Dios hubiera hecho uno para mi madre—respondió Juan con la voz segura y el rostro sereno.

Una escena bien distinta, se estaba desarrollando en otro lugar del pueblo en aquellos momentos. El mismo individuo que había dado el pésame a Juan, dijo a Paco después de saludarle:

—Cualquiera diría que vienes invitado a la boda.

—¿A qué boda?—preguntó con extraordinaria excitación.

—¡Tomal! A la de Rosario. ¿No sabías que se casa hoy con Casianón? Si te das prisa, aún puedes llegar a tiempo para presenciarla.

Paco no quiso oír más, Corriendo veloz, salvó en pocos momentos la distancia que le separaba de la Iglesia y abriéndose paso entre la muchedumbre, llegó al lado de los que iban a desposarse en el momento en que el sacerdote se dirigía a Rosario haciéndole la siguiente pregunta sacramental:

—¿Aceptas por esposo a Casiano?

—¡No!—respondió vibrante la voz de Paco, repetida por el eco de nave en nave—. ¡No se consumará el sacrificio, porque he llegado a tiempo para impedirlo.

—¡Paco!—exclamó Rosario cayendo medio desvanecida en sus brazos.

—¿Sabe usted ya a quien quiere Rosario, don José? Pues termine la ceremonia ya que la había

empezado—dijo Paco al cura con vehemencia; luego, dirigiéndose a Rosario, continuó:

—Dile a don José a quién quieres por esposo.

—¡A tí; Paco de mi alma! ¡A tí, que eres el único hombre en el mundo que ha sido capaz de interesarme!

—¿Lo oye usted, don José? Soy el único hombre a quien ella quiere por esposo; por lo tanto, a casar, don José, a casar. Y vosotros, —gritó encarándose con Casianón y sus familiares— ¡fuera de aquí, asesinos! ¡Habéis dado muerte por tormento lento a la madre de Juan y pretendíais hacer lo mismo con Rosario!

El pueblo, se había ido congregando poco a poco en la Iglesia.

Una voz que salió de la masa de curiosos, gritó con brío:

—¡Vivan los novios!

—¡Vivan!—repitió el clamor del vecindario.

Casianón y los suyos, avergonzados, se fueron escurriendo hacia la puerta de salida; pero no sin que antes escuchara la voz de Paco, que le gritaba con ironía:

—¡Me la quisiste robar, ladrón! ¿Por qué no vienes a disputármela en buena lid? ¡Aquí la tienes, Casianón! ¡Ven a por ella! ¡Bien se ve que perdiste el tiempo mientras estuve en el servicio!

—¡Paz, paz, hijos míos!—exclamó el cura con aturdimiento—luego, dirigiéndose a la novia, preguntó:

—Rosario Altea. ¿Quieres por esposo a Paco Jiménez?

—No haga usted preguntas tontas don José. ¿No acaba usted de oír que soy el único hombre a quien ama?

—¡Jesús, como vienes del Tercio! Me tienes desconcertado.

—Cálmese, don José. Ya sabe que le aprecio y le respeto; pero quiero que nos case usted rápidamente; para evitar que puedan presentarse nuevas complicaciones. Ya conocerá usted el refrán que dice: «El gato escaldado, del agua fría huye»; y a mi, me han tenido encerrado hasta ahora en una caldera de vapor.

El cura empezó a mirar de un lado a otro, como si buscara algo que precisara para terminar la ceremonia.

—¿Qué busca usted?— preguntó Paco con impaciencia.

—Las arras, hijo, las arras. Trae las arras de la Iglesia; Roque—dijo dirigiéndose al sacristán.

—¡No! las penalidades de la campaña, me han sido canjeadas por onzas de oro y un anillo, en el que mi amor queda prisionero de Rosario. ¡Tóme usted, don José, cásenos pronto!

Cogidos del brazo y mirándose amorosamente, salieron de la Iglesia seguidos de los numerosos vecinos que habían presenciado la ceremonia. Al llegar a la plaza del pueblo, se detuvieron.

—¿A dónde vamos?—preguntó ella—. Ni tú padre ni el mío querrán recibirnos. ¡Triste es confesarlo!

—No te apures, Rosario. Con tú cariño, me siento capaz de conquistar el mundo. Tengo en mi poder unos centenares de pesetas que me entregaron al regresar del cautiverio; con ellas, pasaremos la luna de miel en León; después, me sobran inteligencia y energías para ganar el bienestar de mi señora.

—¡Siempre galante y zalamero!

—¡Siempre ciegamente enamorado de mi Rosario!

Por una callejuela, desembocó en la plaza un grupo de vecinos, entre los que se destacaba la figura de Juan, que al ver a Rosario al lado de Paco, corrió hasta ella, abrazándola con efusión y dando rienda suelta a las lágrimas, que vergonzosas, pugnaban por sostenerse ocultas detrás de las pupilas.

—¡Rosario, hermana mía!—exclamó—. Viéndote feliz, se mitiga en parte la pena que me aniquila. ¡Dichoso Paco, que después de sus padecimientos, ha encontrado el Paraíso soñado! ¡Yo, en cambio, que llego sediento de amores, he tropezado con la soledad de una tumba!

—También nosotros tenemos nuestros pesares, Juan. ¿No crees doloroso que tengamos que marcharnos hoy mismo de Fuenteclara porque ni el padre de Paco ni el mío quieren recibirnos?

—¿Marchar vosotros de Fuenteclara? ¡No, y cien veces no! Os quedaréis en mi casa, que es la vuestra; quiero que a la vuelta de la faena diaria, después de haber regado con el sudor de mi frente

las tierras que heredé de mi padre, me espere un hogar alegrado por vuestro amor fraterno, en lugar de la tumba con que tropecé al entrar en este pueblo.

—¿Qué hacemos, Rosario?—preguntó Paco a su mujer en voz baja.

—Nos quedaremos. Después de muerta la madre, me considero en el deber de secar las lágrimas del hijo.



XXVI

Amor a la fuerza.—Alegría y dolor.—La bondad de un
marinero.—La mora de Juan.—Al fin dichosos

Doña María del Carmen, había puesto en juego toda su inteligencia y astucia para que Juan y Yamina no logran verse. Interesada en destruir aquellos plátónicos amores, tan inarmónicos con su altanería de dama principal, había logrado del Director del Hospital, que aprovechando la circunstancia que ofrecía el estado de postración en que cayó el excautivo los primeros días por efecto de la fiebre, le prohibiera la salida del establecimiento y evitara su comunicación con personas que pudieran ponerle en contacto con su nieta.

Con estas maquiavélicas maquinaciones, había logrado llevar al ánimo de Juan, la idea de que Yamina era una muchacha veleidosa, que influida por la vanidad, se había olvidado de él para caer en brazos del primer *pisaverde* que dobló el espino ante sus riquezas, mostrando como ejecutoria de hombría de bien, un pergamino de barón.

Tras la bien urdida trama de doña María, en la que suplantando al Barón, logró que Juan oyera de labios de su amada palabras de abjuración y desprecio, se desarrolló una escena violentísima entre la abuela y la nieta, en la que hizo su aparición la mora bravía de las kábilas rifeñas para dejar bien sentado que ni con amenazas ni con cadenas podría dominarse el imperio de su enérgica voluntad.

—Eres intolerable, hija mía—había dicho doña María—. Será necesario que te envíe a pasar una temporada en un convento, hasta que abandones esos resabios montaraces, que te igualan a las gentes de más baja condición.

—Para casarme con el hombre a quien amo, no necesito estudiar hipocresía; me basta con el carácter franco y tenaz que adquirí desde mi infancia luchando contra la adversidad.

—Eres aun muy niña para saber lo que te conviene; yo, que soy para tí dos veces madre y solo aspiro a verte dichosa, he de pasar por el dolor de separarte de mi una temporada, con la esperanza de que al volver a mi lado, llegarás dueña de la exquisita educación y distinguido porte que a tu elevada posición corresponden.

—¡No iré a ningún lado! ¡No y no! ¡Ya lo sabes, abuelastra!

—¡Irás hoy mismo sin falta, mala nieta!—repuso doña María con indignación, saliendo de la estancia y cerrando la puerta tras de sí con un portazo.

Mientras Yamina gritaba y pataleaba iracunda, su abuela llamó a la doncella, ordenando:

—Mariette, busque al Tabyi y dígale que se vea conmigo inmediatamente; después, arregle el equipaje de la señorita, porque marcha de viaje.

Cuando se presentó el argelino, le dijo en tono afectuoso:

—Mohamed, tu bien probada lealtad me aconseja confiarte una delicada misión, que espero lles a feliz término. Se trata de conducir a la señorita a un pensionado de Argel, donde permanecerá algunos meses, hasta ver si logramos cambiar ese carácter indómito, que tan poco la favorece, por otros hábitos más en armonía con el ambiente en que en lo sucesivo ha de vivir.

—¿Cuándo hemos de marchar?

—Hoy mismo.

—¡Imposible, señora! Nos sorprendería la noche en el camino y no quiero que se repita la tragedia de Beni-Bu-Yahi.

—En ese caso, saldréis mañana al amanecer.

—¿Está conforme la señorita con ese viaje?

—No necesito de su conformidad; tengo autoridad suficiente para obrar a impulsos de mi voluntad.

—Poco conoce usted a su nieta, señora. No será el Tabyi quien se comprometa a conducirla a Argel por la violencia.

—¿La tienes miedo?

—La tengo cariño, respeto y admiración. La mocita que en defensa de su amor dió muerte a!

bandido mas temido del Rif, es ante los ojos del pueblo una heroína de leyenda; por los cafetines del barrio moro, corren de boca en boca sus portentosas hazañas.

—Es así, que no puedo contar contigo. ¡Eres un ingrato, Mohamed!

—¡Señora! Acaba usted de herirme en lo más íntimo de mí ser. Mi adhesión a su nieta, no implica ingratitud hacia usted; yo soy un simple criado, que estoy dispuesto a obedecer; pero no a traicionar. Pídame cualquier sacrificio y lo llevaré a cabo sin protesta; mas no me obligue a forzar la voluntad de la señorita, porque no tendré valor para ello.

—Está bien, Mohamed; puedes retirarte y no volver por mi casa hasta que te avise. Por ahora, no preciso de tus servicios.

—¡Me despide usted, señora!—exclamó el Tabyi cambiando de color.

—Necesito de criados que me sean adictos. Salió de la estancia con la gorra en la mano y la cabeza inclinada sobre el pecho por el peso del sufrimiento que le producía la pérdida del destino. Al cruzar el patio, una voz argentina le hizo elevar los ojos hacia una ventana, donde descubrió a Yamina, que le hacía señas para que subiera.

—¿A dónde vas con esa cara?—le preguntó cuando estuvo en su presencia.

—¡Señorita Carmen! ¡Si usted conociera mi situación...!

—¡No me llares señorita, ni Carmen! ¡Imbe-

cil! Soy Yamina, la mora que conociste en Beni-Urriaguel. ¿Dónde has estado todos estos días que no he logrado verte a pesar de mis llamadas?

— Tu abuela me ha tenido alejado de aquí.

— ¡Mi abuela...! ¿Has visto a Juan?

— Aunque no le he visto, sé por la negra Zaidina, que estuvo aquí hace dos días, y marchó muy triste porque no quisiste recibirle.

— ¡Qué dices, Tabyi! Desde que regresamos de Quifán, no he vuelto a verle. ¡Cómo había yo de tratarle con desprecio, si en él se condensan todas las ilusiones de mi vida! Esta revelación, acaba de abrirme los ojos ante las intrigas de mi abuela. ¡Cobardes! Han querido alejarle de mí, sin comprender que con Yamina no se juega impunemente. Es necesario que averigües inmediatamente el paradero de Juan; si se ha ausentado de la ciudad, saldremos tú y yo en su seguimiento.

— Estoy a tu disposición, puesto que ya no pertenezco a la servidumbre de la casa; tu abuela me ha despedido, porque me negué a conducirte sin tu voluntad a un convento de Argel.

— ¿De modo que quieren que seas tú el encargado de mi secuestro? Tanto mejor; así, me evitan los sobresaltos de la fuga que tenía en proyecto. Vuelve a ver a mi abuela para decirle que te sometes a su voluntad y aceptas el encargo de conducirme a Argel; después, ya veremos que dirección tomamos.

La abuela de Yamina, creyó o fingió creer en la buena fe del argelino, quedando convenidos en

que a la mañana siguiente, emprenderían el viaje en automóvil.

En el Consulado español, supo el Tabyi, que dos días antes, habían sido conducidos a Melilla los soldados españoles evadidos del cautiverio.

El plan de fuga concebido por Yamina, era sencillo: fingir sumisión a su abuela y cambiar de ruta al alcanzar el empalme del camino de Melilla; pero no había tenido en cuenta la sagacidad de doña María. Momentos antes de emprender la marcha, se situó al lado del Tabyi, haciéndose cargo del volante, un individuo desconocido, que sin duda habría recibido la consigna de desbaratar sus proyectos. Quiso él protestar, cuando la dama le dijo con fingida sonrisa:

—He preferido buscar un conductor, para que no tengas otra cosa de que preocuparte que del cuidado de la señorita.

Tras de una despedida fría, dejó el claxon oír sus estridencias, deslizándose suave el automóvil a lo largo de la calle, hasta que enfilando la carretera de Argel, se lanzó en ella a setenta por hora.

Yamina, se revolvía impaciente sobre el asiento del coche, sin saber que partido tomar, pero decidida a frustrar los designios de su abuela. Elaborando un plan de fuga, pensaba que debía huir antes de llegar a Argel, porque si allí lo intentaba, era fácil que la policía se pusiera contra ella. Tampoco era empresa fácil sobornar al conductor, ni hacer contra él uso de la fuerza, porque en lucha con el argelino, podría éste llevar la peor parte.

Habían transcurrido dos horas de vertiginosa marcha entre tierras de labor y frondosos olivares, cuando Yamina, después de haber agotado todos los recursos de su fecunda imaginación para resolver la difícil situación en que se hallaba, golpeó el cristal de la delantera con los nudillos. Inmediatamente se detuvo el automóvil y apeándose el Tabyi, se acercó a la portezuela preguntando:

—¿Qué desea la señorita?

—Siento apetito, pareciéndome este sitio tan ameno, el más apropiado para tomar un bocado— dijo con un guiño de inteligencia.

El conductor, que estaba atento a la conversación, respondió antes de que pudiera hacerlo el argelino:

—Tengo orden de la señora, de no detenerme hasta que lleguemos a la puerta de una casa, cuyas señas me ha exigido mantener en secreto.

—¡Aquí no hay más señora que yo!—gritó Yamina con ira saltando del coche—. Si mi abuela ha dispuesto que me conduzca usted sin detenerse a la prisión que para mi ha elegido, yo dispongo no pasar de aquí hasta que haya tomado el desayuno. ¿Lo entiende usted bien?

El conductor, no tuvo más remedio que acceder a sus deseos.

Sobre una mancha de hierbas secas, tendieron los manteles, participando ambos hombres del desayuno, invitados graciosamente por Yamina.

La pureza del cielo, el perfume del ambiente y el refuerzo prestado a los estómagos, borró todos

los recelos, uniendo a los comensales en franca armonía. Quien los divisara desde la carretera, podría pensar que se trataba de una familia, que había abandonado la ciudad para pasar un día de asueto en el campo.

—Tengo sed, Tabyi, mucha sed—exclamó Yamina.

—Lo siento, señorita, porque por estos alrededores no se perciben señales que indiquen la existencia de una fuente.

—Saca agua del radiador—repuso, haciendo una seña solo perceptible para el argelino.

—¡Imposible! El agua del radiador está hirviendo. Si a la señorita le es muy necesario, puedo acercarme al último poblado que dejamos atrás y traer una botella,

—Sí, sí, vete enseguida.

Sin objeción alguna por parte del conductor, retrocedió el argelino los dos kilómetros que le separaban del aduar, regresando poco después con una botella de agua fresca y cristalina.

Cuando terminaron de tomar el desayuno, emprendieron nuevamente la marcha, viéndose precisados a detenerse a los pocos kilómetros, a causa de los extraños ruidos que producía el motor.

—También el motor tiene sed—dijo el conductor al argelino después de haber examinado el radiador—. Podías haber echado un cubo de agua en el depósito.

—Tienes razón; sin embargo, hasta ahora no

he notado la necesidad. La echaremos en el primer poblado que encontremos en nuestro camino.

Siguieron marchando con dificultad, hasta que descubrieron un pozo a la orilla del camino. Se apeó el conductor. Al quitar el tapón del radiador, se elevó el vapor a un metro de altura.

—Mal andaba ya esto—dijo, sacando una cuerda y un cubo de lona de debajo del asiento.

Hervía el agua según iba cayendo en el fondo del refrigerante, como si fuera vertida sobre una plancha de hierro candente. Se disponía el conductor a sacar del pozo el tercer cubo, cuando vio que el automóvil se alejaba a toda velocidad, dejándole burlado. Entonces, comprendió que la sed de Yamina, había sido solo un pretexto para dejarle en tierra.

—¡Eres el demonio, Yamina!—decía el Tabyi corriendo ya por el camino de Melilla en dirección a Mésera-el-Melha—. A mí, no se me hubiera ocurrido buscar en el radiador el medio de quitarnos de encima a ese animal.

—Cuando la inteligencia y el corazón se ponen de acuerdo, siempre se encuentran soluciones para los casos difíciles. ¡Buen chasco le hemos dado al aliado de mi abuela!

—El chasco, va a ser para mí cuando regrese a Uxda.

—Nada temas. Yo pondré a tu familia al abrigo de la miseria. Tu seguridad personal, es lo que por ahora me preocupa, porque mi abuela, no puede menos que vengarse de esta jugareta; sin

embargo, aunque ella logre que te encarcelen, a mi regreso a Uxda la exigiré tu libertad, o que me rinda cuentas de la fortuna que dejó mi padre.

—No puedes hacer eso, porque eres menor de edad.

—Pero mi futuro esposo, ejercerá la acción en mi nombre como tutor.

Después de cruzar el Muluya, atravesaron las llanuras del Zebra y por la carretera del Zaio, se dirigieron a Zeluán.

Poco antes de llegar al zoko de Ferrahía, se detuvieron a petición de Yamina, que tomando su maleta, se apeó, y situándose detrás del coche, dijo al argelino:

—No te muevas del asiento hasta que te avise.

Cuando se presentó de nuevo ante su compañero de viaje, iba con las mismas ropas que llevaba el día que la prestó ayuda para salvar a Juan de la prisión.

—¿Qué pretendes con ese cambio de indumentaria?

—¿No comprendes que una señorita elegantemente vestida se haría sospechosa si la vieran viajar en unión de un argelino.

—Tienes razón, Yamina. Veo que no pierdes detalle.

—¿Y si no fuera ese al motivo?

—No comprendo...

—Si Juan me viera con esas ropas, me miraría con recelo; así, solo verá a la mora que tanto amó.

—¿Sabes que también ahora tienes razón, Yamina?

A lo lejos, se recortaban sobre la llanura la alcazaba de Zeluán, el mogote de Tahuima y los elevados picachos de Beni-Bu-Ifrur y Mazuza, enmarcando con la restinga el pintoresco lago de Mar Chica.

—Allí está Melilla—exclamó el argelino, señalando con el dedo las alturas de Basbel y Hardú.

A la vista de la ciudad donde ella esperaba encontrar a Juan, se sintió profundamente afectada.

Cuando cruzaban por delante de la alcazaba, hizo detener el coche para examinar el rostro de los numerosos soldados que transitaban por aquellos alrededores; en cada uno de ellos, le parecía descubrir los rasgos de su amado.

Siguiendo la carretera, fueron dejando atrás campamentos y poblados, hasta que a las dos de la tarde, se detenía el coche en la plaza de España.

—Hemos llegado al final de nuestra aventura, Tabyi. Nuevamente te debo gratitud por haberme ayudado a conseguir la libertad, que perdí al hallar a mi familia. Ahora, que me encuentro en mi ambiente, deseo que regreses a Uxda al lado de los tuyos. Si la incompresión de mi abuela te hiciera objeto de persecuciones, confía en que no tardarás en volverme a ver, adornada con los laureles del triunfo. Para que te consueles de los sinsabores que tu lealtad hacia mi ha de proporcionarte, toma esos billetes, que asegurarán el bienestar de tu familia durante una larga temporada.

Así habló Yamina al Tabyi, haciéndole entrega de un fajo de billetes, que él aceptó después de tenaz resistencia.

Se ausentó el argelino y Yamina empezó a vagar por las calles de la población, sin rumbo fijo, con la esperanza de encontrar entre los numerosos soldados que por ellas circulaban, al hombre que siendo dueño de su corazón, lo era también de su albedrío.

Toda la tarde anduvo errante de plaza en plaza, de calle en calle, entrando y saliendo en cuantos establecimientos descubría soldados.

Los acordes de una marcha militar, llamaron la atención del público, que se agrupó en ambas aceras de la calle del General Marina. También ella se mezcló entre los curiosos, presenciando el paso de un batallón, que después de haber desfilado ante la Comandancia General, se dirigía al muelle para embarcar con rumbo a la Península. Dos soldados que marchaban por la acera opuesta llamaron su atención; sus ojos, se inundaron de alegría y de su pecho convulso, se escapó un grito penetrante, que hizo volver la cara a cuantas personas se hallaban a su alrededor.

— ¡Juan! ¡Juan! ¡Juan! — gritaba enérgica, mientras con los codos se abría paso entre la muchedumbre que presenciaba el desfile. Al intentar cruzar la calle a través del batallón, fué rechazada violentamente por un oficial; entonces, corrió a lo largo de las filas; pero cuando logró adelantar a las tropas, había ya perdido de vista el objeto de

sus ansias. Entonces, corrió de un lado para otro, gritando como una loca, sin darse cuenta de que todas las miradas se fijaban en ella.

—¿De dónde habrá salido esa pájara—comentó una vecindona en un grupo de comadres.

—Será alguna golfilla de campamento—intervino otra.

—Yamina no oía ni veía. Mezclada entre el numeroso gentío que se dirigía al muelle, avanzaba con la cabeza levantada y empinándose sobre la punta de los pies, sin hacer caso a cuanto la rodeaba.

Cuando llegaban las tropas a las primeras casas del Mantelete, sonó un agudo toque de atención, cesó la música y se abrieron las filas para continuar la marcha a paso de camino.

Una nube de soldados de diversos cuerpos, se mezcló con los que se disponían a embarcar. Eran paisanos y amigos, que se acercaban al muelle para dar el último adiós a los que marchaban orgullosos del deber cumplido.

Un pontón que enlazaba la cubierta del barco con el muelle, facilitó el embarque de la tropa,

—¡Me faltan quince días!—gritaba un soldado arrojando el gorro contra el suelo.

—¡Qué me escribas la verdad!—decía otro.

—¡Recógeme los pañuelos que me dejé en casa de la Encarna!—ordenaba un tercero; y así, haciéndose mutuos encargos y recomendaciones, hasta que el pito del barco hendió el espacio con tres penetrantes silbidos, la hélice removió el fondo del puerto en espumoso borboteo, la cadena del ancla

se puso en tensión y la enorme masa flotante fué separándose palautinamente del muelle y dándole la popa, enfiló la proa hacia la mar libre.

Yamina entonces, corrió hacia la punta del muelle, por donde el barco pasó a pocas brazas; luego, vió como se alejaba en dirección a Tres Forcas y como los soldados seguían agitando sus pañuelos desde la cubierta. ¿Navegaba Juan en aquél barco? ¿Se había quedado en tierra? Lo ignoraba. Solo sabía que su corazón parecía querer escapársele detrás de aquella nave.

Abatida por el dolor, cayó de bruces sobre un bloque de piedra, donde lloró sin consuelo.

La pleamar comenzó a batir sobre la escollera, levantando columnas de agua, que barría el muelle, poniendo su vida en peligro.

Un marinero se acercó a ella diciendo;

—Levántate muchacha. La mar está picada y este sitio es peligroso con marea alta.

—¿Qué me importa si no me queda nada que perder en la vida?

—¿No tienes familia?

—¡El único ser que me quedaba, acaba de arrebatármelo ese barco!

—No puede ser. En él, solo van soldados españoles.

—¡Un soldado español fué quien se apoderó de mi albedrío!

—¡Pobre morita! En malas manos fuiste a colocar tu corazón ¿Cómo te dejaste engañar por un soldado?

—Ni soy mora, ni ese soldado me ha engañado. La fatalidad, que en este caso es mi abuela, se ha empeñado en separarnos.

Yamina refirió al marinero el origen de sus amores con Juan.

—Verdaderamente, ese soldado debe sufrir en estos momentos tus mismos pesares. ¿De qué regimiento es?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—Juan.

—¿Apellidos?

—No los conozco; solo sé que se llama Juan.

—Vente a mi casa, pequeña; allí pasarás la noche al lado de mi familia, y mañana trataremos de averiguar el paradero de Juan, aunque con los antecedentes que tienes, va a ser muy difícil.

—Aunque me ves pobremente vestida, tengo dinero para recompensarte el bien que me hagas.

—Guárdalo para volver al lado de tu abuela.

Aquella noche, la pasó Yamina acogida a la humilde barraca del marinero; al día siguiente, «Tiburón», que así llamaban los compañeros de embarcación a su compasivo protector, se puso en campaña para averiguar la filiación de Juan con los pocos antecedentes que de ella había recibido.

De cuartel en cuartel, de representación en representación, pasó «Tiburón» el día, regresando a su casa sin haber avanzado un paso en las averiguaciones.

Los días pasaban, ella se desesperaba y las

huellas de Juan se hacían más difíciles de descubrir.

Un día, considerándose ya fracasado el marino, preguntó a Yamina:

—¿No hay en el territorio de Melilla alguna persona que conozca a Juan?

—Todos los que con él estaban en Uestía le conocen.

—¡Buena salida! También le conocerán en su casa. Si no sabes decirme en qué fechas estuvo en Uestía, nada podré averiguar, porque el nombre de tu novio es tan vulgar, que en cada destacamento de esa posición, habrá habido una docena de juanes por lo menos.

—¡No sé, no sé! Hace ya mucho tiempo.

—«Tiburón» se desesperaba. Cansado de correr de la *Ceca a la Meca*, se le ocurrió llevar a Yamina a la Comandancia General, como último recurso, por si allí podían facilitar algún detalle.

Un jefe de Estado Mayor, les recibió muy atento.

—Vamos a ver — dijo. ¿Dónde conociste a Juan?

—En Uestía, señor — contestó Yamina.

—¿A quién más conociste en Uestía?

—A Carlos.

—¿Quién es Carlos?

—El prometido de Aixa.

—Bien. Observo que hablas solamente por las afecciones de tu corazón. Es necesario, que me facilites otros detalles auxiliares de mis investiga-

ciones — dijo sonriente el militar —. ¿No conocías a ningún oficial?

— ¡Sí, sí! El jefe de los españoles, era Carlos.

Hizo el militar sonar un timbre, se presentó un escribiente y le ordenó:

— Vea usted los inventarios de todos los destacamentos que han pasado por Uestía desde el año veintiuno hasta la fecha y dígame si entre todos los jefes de posición que por allí han pasado hay alguno que se llame Carlos.

— Poco después, se presentó el escribiente diciendo:

— El primer destacamento que ocupó la posición de Uestía después del desastre, tuvo un Capitán que se llamaba Carlos Luengo.

Los ojos de Yamina, brillaron con intensidad al oír las palabras del escribiente. Le parecía a ella que descubierta la pista de Carlos, no sería difícil hallar también la de Juan.

— ¿A qué cuerpo pertenece el Capitán Luengo?

— Al Batallón expedicionario del Regimiento de Burgos, que se encuentra ahora en Tetuán.

— Ponga usted inmediatamente un telegrama urgente al Jefe, para que nos diga cuál es su destino actual.

Yamina marchó loca de alegría por el resultado de su entrevista con el Jefe de Estado Mayor. A la mañana siguiente, volvió a la Comandancia, donde supo que Carlos había pasado al Tercio, encontrándose con la bandera que prestaba servicio en Dar-Quebdani. Anticipándose el Jefe a sus de-

seos, le había dado orden de que esperase conferencia en la tienda de teléfonos. Después de unas vueltas de manivela, correspondidas por el timbre, se estableció el siguiente diálogo.

—¿Quién llama?

—El Jefe de Estado Mayor. ¿Está el Capitán Luengo?

—Al habla.

—Hay aquí una morita que se llama Yamina y desea verle. ¿Puede usted bajar a la plaza?

—Inmediatamente. Le ruego que me envíe un automóvil rápido y que hasta mi llegada, la alojen en el mejor hotel. Esa morita, ha prestado a España servicios meritorios.

Yamina, prefirió esperar en la Comandancia.

Dos horas después caía en brazos de Carlos, que la estrechó con efusión contra su pecho.

Poco costó a Carlos averiguar, que Juan había marchado licenciado a Fuenteclara.

Después de obtener el correspondiente permiso, se dispuso a partir para España acompañando a Yamina, hasta dejarla unida al hombre, que tras de dibujar un edén en el horizonte de su primavera, había desaparecido de escena a los primeros contratiempos de la adversidad, dejándola entregada a los peligros de una sociedad avara, que no concibe el amor si no va entronizado sobre pirámides de oro.

—Todo está arreglado para que embarquemos esta tarde, Yamina. Solo falta que cambies esas ropas por otras a la europea—dijo Carlos.

—Nunca como ahora, para lucir aquellas galas que me compraste en Uestía. ¿Te acuerdas?

—¿Pero quieres entrar en España vestida de mora?

—Quiero que Juan me vea mora como me vió siempre; así creo que me querrá más y desaparecerá de su pensamiento el último vestigio de las dudas que le hayan originado las intrigas de mi abuela.

En una tienda del Mantelete, se vistió Yamina con un traje que hubiera causado envidia a la más elegante hija de Mahoma.

—¡Estás hermosísima! Pareces una sultana.

—Lo dices porque me miras con los ojos del alma. ¿Me verá él bajo el mismo prisma?

—Aunque le hayan desviado de tí las intrigas de tu abuela, Juan no ha podido dejar de quererte.

—¿Son muy hermosas las mujeres de León?

—Mucho. Llevan fama de serlo de cuerpo y alma; pero ninguna te supera.

Sobre la cubierta del J. Síster, contemplaba Yamina los parajes que días antes había recorrido con la vista.

Después de doblar el Cabo Tres Forcas y cuando ya navegaban con proa a Málaga, se retiró a descansar a su camarote. A la mañana siguiente, cuando subió a cubierta, quedó maravillada ante el soberano espectáculo que ofrecía a sus ojos la más bella ciudad del Mediterráneo, reflejando sobre la tersa superficie de un mar de plata, el armónico conjunto de sus torres, palmeras y azo-

teas, protegida por un anfiteatro de montañas rocosas y circundada por un vergel, en el que florecen los frutos de todos los países.

— ¡Qué hermoso pórtico tiene esta entrada de España! — exclamó Yamina con emoción.

— Todas las puertas de la Península Ibérica, ofrecen al visitante agradables sorpresas, que solo en nuestro país pueden encontrarse — contestó Carlos —, En Andalucía, rostros morenos, minaretes de mezquita, flores de lujuriantes perfumes, ojos que despiden fuego, bocas que reclaman besos, campos que se agostan sedientos y esclavos que arrastran indolentes la cadena que les sujeta al odioso latifundio del gran señor; todo, aderezado con salsa de dorada manzanilla, suspiros de guitarra y cánticos de nostalgia que parecen llantos. Estudiando delicadamente el carácter de Andalucía, se llegaría a la conclusión de que bajo su cielo de nítido azul, se cobija un pueblo con todas las características de sus vecinos los marroquíes. En otras regiones, como la meseta de Castilla, el carácter es de firmeza, de arrojo, de esfuerzo. Un castellano de la meseta central, tiene la mirada franca, el alma noble y la voluntad de hierro; cualidades que le presta el empeño de vencer sobre la miserable estepa. Son dulces y sencillos los gallegos como apacibles son sus valles; como lo fueron sus ascendientes los celtas.

— ¿Cómo son los leoneses?

— Tú, que tanto tiempo has convivido con uno, debes saberlo mejor que yo.

—Inconstantes, desapasionados, olvidadizos—
respondió Yamina con un mohín.

—No me dirás lo mismo cuando hayamos lle-
gado a Fuenteclara.

Desde el muelle, se trasladaron a la estación,
donde tomaron el correo de Madrid, a cuya capi-
tal llegaron al día siguiente, continuando viaje en
el rápido de Galicia.

Cuando llegaron a León, se sintió Yamina pro-
fundamente emocionada. Aquellas alamedas de
chopos que marcaban el curso del Bernesga, aque-
llas torres afiligranadas de la Catedral, aquellos
maravillosos calados en las ennoblecidas piedras
de la incomparable Basílica leonesa habían sido
tan perfectamente descritos por Juan durante los
largos meses de su éxodo, que ante ellos, reme-
moró los días felices de su infelicidad,

—Antes de continuar el viaje, quiero que visi-
temos el sepulcro de los reyes de León—dijo él—.
Tengo entendido que es una maravilla.

—Déjame de sepulcros, Carlos. Marchemos
rápidamente a descubrir las maravillas de Fuente-
clara, que me interesan más que los sepulcros de
todos los reyes juntos.

—A las cinco de la tarde se detenía un auto-
móvil en la pequeña plaza del pueblo, descendien-
do de él Carlos y Yamina.

Una nube de chiquillos les rodeó rápidamente.

—¡Chachas, venid!—gritaba una moza rolliza.

—¡Una mora, una mora!—se oyó gritar por
todas partes.

Pronto se vieron rodeados de una multitud de hombres, mujeres y chiquillos, a quienes empujaba la curiosidad.

—Debe ser la mora de Juan—se oyó decir.

—¡Sí, soy la mora de Juan!—respondió Yamina—. ¿Dónde está él? ¿Por qué no viene?

En aquel momento llegó hasta ellos abriéndose paso entre la masa de curiosos, un joven moreno, simpático, que sin ningún género de preámbulos, se abrazó efusivamente al Capitán exclamando:

—¡Usted en mi pueblo, mi Capitán! ¡Qué felicidad!

Después, desprendiéndose de él, gritó:

—¡Rosario! ¡Aquí tienes la mujer por quien tanto pena Juan!

—Rosario llegó corriendo y abrazando a la morita exclamó:

—¡Pobre! Le traes la vida.

—¿Dónde está? ¿Por qué no viene?—preguntó Yamina impaciente.

—No tardará en llegar, Todos los días, al regresar del trabajo, se detiene largo rato en el cementerio para orar en la tumba de su madre, pidiéndola que le libre del tormento de un amor que él cree imposible.

—No quiero esperar más; voy a buscarle.

Cogidas del brazo, se dirigieron Rosario y Yamina al cementerio, seguidas a respetuosa distancia por casi todo el vecindario, curioso por presenciar la escena de amor que estaba en perspectiva.

El corazón de Yamina, comenzó a latir con

violencia al descubrir a su amado en pie, al lado de un sepulcro, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho.

Caminando de puntillas, llegó hasta él sin ser vista, y le cubrió los ojos con las manos.

¡Yamina! ¡Mi Yamina!—exclamó Juan, con vehemencia, volviéndose rápidamente para oprimirla entre sus brazos contra su pecho. ¡Dime qué eres tu, el ser amado, quién se halla en estos momentos entre mis brazos! ¡Madre mia! ¡No consentas que se desvanezca esta ilusión! ¿Eres tu en realidad, Yamina de mi alma? ¿No me hallo ante una quimera de mi trastornado cerebro?

—Soy yo, Juan. Tu Yamina. Mírame a los ojos, y bésame en la boca si quieres convencerte.

—¡Sí, es ella! ¡Es mi adorada Yamina, que viene a devolverme la vida, que dejé entre sus manos!

—¡Sí! ¡Soy tu Yamina, que viene a unirse a tí para siempre!



volante al descubierto su pecho, en pie, al lado de un espejo, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho.

Comandante de puercas, llegó hasta el fin ser vista y le cubrió los ojos con las manos.

Yañal, ¡mí Yañal! exclamó Juan, con vehemencia, volviéndose rápidamente para mirar entre sus brazos contra su pecho, ¿cómo puede ser que el ser amado, quien se halla en estos momentos entre mis brazos, ¡mí! ¡mí! ¡no conientes que se desvanezca esta ilusión! ¿eres tu en realidad, Yañal de mi alma? ¿no me halla ante una guirnalda de mi castañado cerebro?

— Soy yo, Juan. Tu Yañal. ¿quieres que te mire en la boca si quieres convencerte que es ella? ¿es ella? ¿es mi adorada Yañal, que viene a devorarme la vida, que dejó entre sus manos?

— ¡Soy yo, Juan! ¡Soy yo, Juan! que viene a unirse a ti para siempre!

— ¡Soy yo, Juan! ¡Soy yo, Juan! que viene a unirse a ti para siempre!



— ¡Soy yo, Juan! ¡Soy yo, Juan! que viene a unirse a ti para siempre!

EPÍLOGO

Los remordimientos de conciencia, hicieron que doña María se arrepintiera del mal proceder seguido con su nieta, a la que llamó para entregarle los bienes de su padre, que hoy, administrados por Paco, han aumentado considerablemente de valor moral y material, al pasar criados y obreros a formar parte de una numerosa familia, en la que la palabra «Humanidad» preside todos sus actos.

Bajo la administración de Paco, ha desaparecido el sistema de jornales, para ser sustituido por una distribución de beneficios, en armonía con las necesidades de cada hogar.

Rehabilitado el honor de Miguel, se ha establecido con Sora y sus hijos en Melilla, donde auxiliado por sus antiguas amistades, despliega sus actividades de excelente arquitecto.

Un decreto del Gobierno Nacional, ha permitido volver a la patria querida a los desertores, que en un momento de incomprensión, abandonaron

sus deberes militares para lanzarse a una vida de oprobio y desventura.

Carlos, continúa su azarosa vida de campaña, esperando la bala salvadora que ha de redimirle de esta vida de miserias, para unirle por siempre con el espíritu de Aixa, que le llama.

Casianón, marchó a Extremadura con las ovejas y nadie ha vuelto a saber de él. Quizá de su alma se desprendió la cubierta metálica que la oprimía reduciendo sus anhelos a mezquinos horizontes, en los que solo descubría tierras de labor y manadas de borregos; y al vislumbre de los senderos de felicidad que el amor puro brinda al hombre honrado, sentiría remordimientos por el daño que produjo al prosternarse ante el Becerro de Oro que le libró del servicio y había de ponerle en posesión de los bienes de Rosario y como Caín, andará errante, ocultándose del terrible ojo de la Providencia.

Quien quiera conocer a los principales protagonistas de estas aventuras, debe trasladarse a Fuenteclara, a donde concurren todos los años a pasar los meses del estío.

Una de las pasadas tardes, cuando el sol había calmado sus ardores, se les vió sentados sobre una roca, al amparo de la sombra que proyectaba un frondoso nogal, contemplando embelesados los inocentes juegos a que se hallaban entregados sus hijitos.

—No seas malo, Paquito. No pegues a tu amiguita—decía Rosario a su hijo.

—No me hace daño, madrina—respondió una preciosa niña como de siete años—. Paquito, me quiere mucho. ¿Verdad Paquito que me quieres mucho?

—Sí, mucho—respondió el niño abrazándola y besándola.

—Estos niños, empiezan como nosotros, Rosario—. Dijo Paco, al oído de su esposa.

—Estos niños acabarán como nosotros—deslizó Juan al oído de Yamina.

I. Paquetiza. — La niña de los brazos. — Un cura modelo. — Vicarias del caciquismo.	3
II. Un hogar desahogado. — Amores solitarios y amores ilicítos. — La casa de Rosario. — Costumbres de la zona.	11
III. Cartas de amor. — María Parral. — De León a Ylio. — Momentos extraordinarios.	20
FIN	
IV. De Ylio a México. — Las máscaras azules. — Delincencia desahogada. — La quita en el lago. — Lugares de evasión. — El Mar Negro. — El día de la fiesta.	31
V. La plaza de Matig. — Fiestas de campo. — Actividades de las tropas. — La caída de los últimos paqueños. — Amores alternos.	38
VI. El despertar de un gaucho. — Carreteras y calcamuzas. — Los soldados del de. — Campesinismo. — Tiro y Carabina. — Costumbres.	46

ÍNDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
I. Fuenteclara.—La ronda de los mozos.— Un cura modelo.—Víctimas del caciquismo	3
II. Un hogar desgraciado.—Amores sublimes y amores financieros.—La ventana de Rosario.—Casianón a la vista.	12
III. Cartas de aliento.—Hacia Marruecos.—De León a Vigo.—Momentos evocadores.	22
IV. De Vigo a Melilla.—Las mujeres gallegas.—Delirante despedida.—La noche en el mar.—Lugares de evocación.—El «Mare Nostrum».—Melilla a la vista	31
V. La plaza de Melilla.—Horas de angustia. Actividad de las tropas.—La caída de los últimos puestos.—Rumores alarmantes.	38
VI. El despertar de un pueblo.—Convoyes y escaramuzas.—Los soldados del 36.—Compañerismo.—Tizya y Casabona. Espionaje.	46

VII.	El avance.—Castigo del Cielo.—Pedro «El Botero».—Un crucificado.—Paz a los muertos.—Del Batel al Río Igán.	59
VIII.	En Uestía.—Añoranzas.—El encuentro de «Lobatón».—Esperanzas y temores. La fidelidad de un perro.	69
IX.	Empujadas por la sed.—La sorpresa.—Aixa y Yamina.—Los dominios del Burrajai.—La falacia de los kaidés.—Corrientes de simpatía.	80
X.	Semillas de amor.—Los sueños de Yamina.—Tácito armisticio.—Idilios nocturnos.	92
XI.	Inútil espera.—Un rayo de esperanza.—La cabeza de Aixa.—El asalto a la posición.—Guerra a muerte.	100
XII.	Nostalgia.—Tempestades del espíritu.—La hora del correo.—El veneno de una carta.—Delirio de amor.—El Tercio de Extranjeros.—Dos kabileños de Beni-Said.—En los confines de M'talza.	105
XIII.	El relevo.—En busca de Yamina.—El cinismo de los moros.—Confidentes inconscientes.—El heroísmo de Paco.	118
XIV.	Aires de traición.—El tormento de Aixa. Propositiones humilliantes.—La soledad de Yamina.—Todo por el amor.—El puñal de Maimón.	137
XV.	El convoy.—Salvaoriyo el gitano.—El regreso.—El ataque.—La retirada.—Falta Juan a la lista.	158

XVI.	El éxodo.—El tormento de la sed.—El virus de la guerra.—El instinto de Lobatón.—A la vista de Kelacha. . . .	169
XVII.	El talento de Lobatón.—Carlos y Yamina.—Nicasio el de Taranilla.—Noticias de un desaparecido.—El deber de Yamina.	190
XVIII.	Remembranzas.—El hada de la noche. Efluvios de amor.—Vigilancia peligrosa.—El inmundo jal-luf.	201
XIX.	El último adiós.—Hacia otras tierras.—El convoy enemigo.—Muerte de Lobatón.—La tempestad.—El Hach Abdallah.—El castillo de Meskur.	210
XX.	Conjeturas.—Un rincón delicioso.—Dios es Dios...—La promesa de Yamina.—Cristo y Mahoma.	233
XXI.	La venta de cartuchos.—Huyendo de la guerra.—En los linderos de la libertad.—Legionarios traidores.—Perseguidos por Maimón.—El sacrificio de Yamina.	251
XXII.	A las puertas de la muerte.—Las dudas del Rumí.—Elocuencia de una medalla.—Historia de un expatriado.—La sombra de Maimón.	260
XXIII.	Los prisioneros de Ait-Kmara.—Los aeroplanos de bombardeo.—Escenas del zoko.—Difícil situación de Juan.—Un auxilio inesperado.	282
XXIV.	El rico te de Amed.—Muerte de Mai-	

món.—Hacia la libertad.—De Akba-el-Kadi a Uxda.—La fiesta de doña María de Mondragón.—Lucha de intrigas.	296
XXV. Encuentro inesperado.—Extraña conducta de Yamina.—Camino de Fuenteclara.—La casa vacía.—Compuesto y sin novia.—La boda de Rosario.	315
XXVI. Amor a la fuerza.—Alegria y dolor.—La bondad de un marinero.—La mora de Juan.—Al fin dichosos.	337
Epílogo.	361



PRECIO: 3 PESETAS

LAQUADA

G. Negrillo

Lamina

(Novela)

PRECIO:
PESETAS

1933

LAQUADA